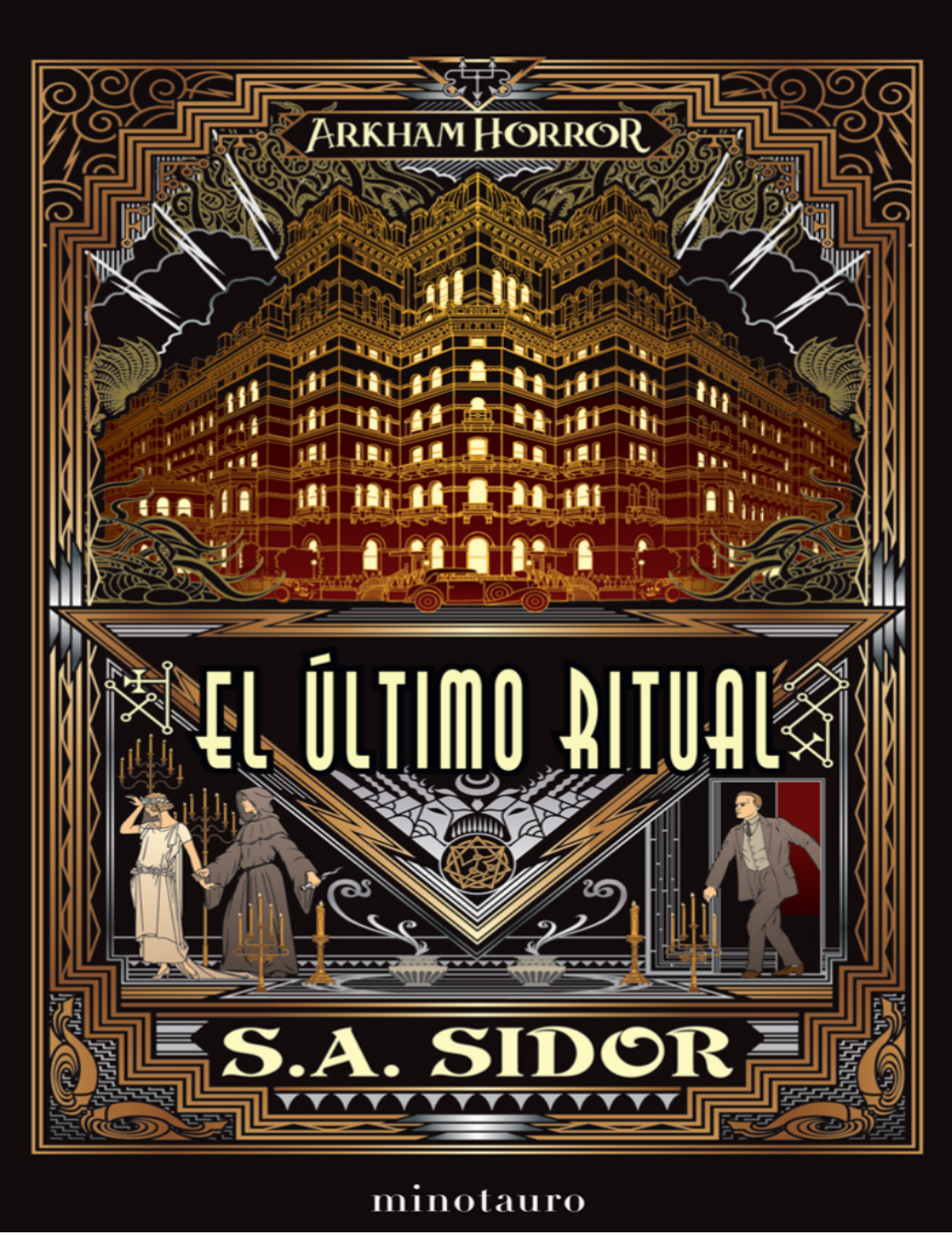
ARKHAM HORROR
EL ÚLTIMO RITUAL
S.A. SIDOR
minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
El último ritual
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Agradecimientos
Nota
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

SINOPSIS

El aspirante a pintor Alden Oakes es invitado a unirse a una misteriosa comuna artística en Arkham: la Nueva Colonia. Cuando el aclamado l Juan Hugo Balthazarr la visita, Alden y el resto de artistas no tardan en caer bajo su carismático hechizo. Balthazarr organiza una serie de fiestas llenas de excesos para la alta sociedad de Arkham y conjura ilusiones arcanas que difuminan los límites entre el sueño y la realidad.

Poco a poco, Alden empieza a sospechar que los rituales falsos de Balthazarr están destinados a romper esos muros y liberar lo que se esconde tras ellos. Alden debe actuar, pero puede que ya sea demasiado tarde para salvar a Arkham... o incluso a sí mismo.

ARKHAM HORROR

El ÚLTIMO RITUAL

S. A. SIDOR

minotauro

El humo se espesaba como la niebla y, al abrirse una puerta,
la corriente de aire llenó la habitación de remolinos de ectoplasma.

F. Scott Fitzgerald, *El joven rico*

El ÚLTIMO RITUAL

Reinaba el silencio a excepción de nuestra respiración cada vez más acelerada, un silencio que lo hacía todo aún peor por la anticipación aparentemente innombrable de los ruidos. Quería romper aquel silencio con mi voz, pero no me atreví.

—Me siento como si estuviera bajo el agua —dijo Nina—. No puedo respirar.

Entonces oímos algo: un sonido insistente, como un tejido siendo mordisqueado y desgarrado.

Subimos la escalera apresuradamente hasta llegar a una gran habitación.

Noté una fría corriente de aire y el suelo húmedo bajo mis pies. Mis zapatos resbalaron como si hubiese intentado caminar sobre un estanque helado; pero no se trataba de un estanque, ni tampoco lo que yacía obscenamente ante nuestros ojos era ningún animal en apuros.

Era mucho más espantoso.

CAPÍTULO UNO

—¿La última vez…?

Alden Oakes se alejó de la ventana mirando con calma al periodista novato, que había detenido el lápiz sobre el bloc de notas. Hasta ahora, Oakes había evitado sus preguntas con habilidad, empleando una combinación defensiva de charla trivial y silencios incómodos.

—Pensé que podríamos empezar por ahí —sugirió el reportero con insistencia. Tenía una fecha de entrega que cumplir.

Alden asintió y siguió caminando de un lado a otro por la habitación del hotel.

—Está raro el tiempo últimamente. Primero una densa niebla y luego una bruma que se levantó como un velo gigantesco y diáfano. Y ahora empieza a llover. Esta mañana no tuve que abrir este aparato durante todo el camino, desde la estación de tren hasta aquí —dio unos golpecitos en la ventana con el paraguas que estaba utilizando a modo de bastón. El reportero se había dado cuenta de que el famoso pintor padecía una leve cojera—. El aire está curiosamente templado para ser mediados de verano, ¿no crees?

—Es mejor que el calor —respondió el reportero. No tenía especial interés en hablar del tiempo, pero merecía la pena intentar cualquier cosa que ayudara a que su sujeto se relajase y se abriera a él.

Alden miró el cielo gris a través de la ventana como si estuviera tratando de descifrar las formas de las nubes.

—¿Cómo se siente tras haber vuelto de nuevo al hotel? —preguntó el joven, persistiendo con suavidad en su intento de que hablase una vez más y preguntándose si aquella tarde acabaría siendo una gran pérdida de tiempo.

Normalmente había dos formas de hacer las cosas: o forzabas todavía más al sujeto corriendo el riesgo de perderle o te quedabas callado y dejabas que la presión del silencio hiciera la magia. Aún no se había decantado por ninguna de las dos estrategias.

—El portero me saludó con el sombrero como si fuéramos viejos conocidos —respondió Alden.

La lluvia siseaba y se deslizaba por el cristal.

El reportero tomó una decisión. Había pasado horas intentando sonsacar historias a personas taciturnas en lugares mucho más

desagradables que el lujoso hotel Portal de Plata. Podía permitirse matar un poco el tiempo desde el confort de una habitación cara, así que dejó caer el lápiz sobre el bloc de notas y se apartó del escritorio de la habitación, dejando escapar un suave suspiro. Aunque era compacto, el escritorio era más cómodo que su abarrotado cuchitril del *Arkham Advertiser*, donde estaba obligado a compartir su espacio con un reportero deportivo: un consumidor habitual de aperitivos que dejaba marcas de café y migas de dónut por todas partes. Si el artista quería hacerse el tímido, esperaría lo que hiciera falta sin decir nada. Observó la vista sombría y gris del centro de Arkham tras el pintor.

Alden se alejó de la ventana y esbozó una sonrisa. Se sentó, apoyándose en el respaldo del sofá con las manos posadas sobre el mango del paraguas que sujetaba entre las rodillas. Inclinándose hacia delante, encendió una lámpara que bañó de luz la habitación, cada vez más oscura a pesar de que aún era mediodía.

—¿Estás listo?

—Sí, señor Oakes. Empezamos cuando quiera. —«¡Victoria!», pensó, y agarró de nuevo el lápiz.

Resignado, Alden se hundió entre los cojines de terciopelo verde claro del sofá y cerró los ojos.

—La última vez que vi el hotel Portal de Plata, estaba en llamas. Yo también, o al menos mi chaqueta lo estaba, antes de que un bombero de Arkham me derribase y me hiciera rodar por la hierba para extinguir las pequeñas llamas que subían por mi espalda. Escapé con vida, como dicen.

—Es usted un hombre afortunado —respondió el reportero.

Ahora que la pelota estaba en juego, solo tenía que hacerla rodar. Aún podría sacar una historia decente de aquello; después de todo, el trágico y sospechoso incendio del Portal de Plata había sido una de las noticias más importantes en Arkham el año pasado. Pero Alden Oakes solo se consideraba una pequeña parte de ella, una nota de una celebridad local a pie de página. Nada menos que un *pintor* famoso.

—Estoy seguro de que algunos me considerarían afortunado. — Alden le miró con astucia y el joven frunció el ceño, confuso. ¿Preferiría haberse churruscado como un trozo de beicon?

Alden prosiguió:

—La habitación en la que estamos, la que reservé para mi regreso a casa, sobrevivió intacta a la catástrofe. Sufrió graves daños por el humo, como el resto del hotel, pero nunca lo dirías a juzgar por la apariencia actual del edificio. Han lavado los ladrillos, que ahora relucen por la lluvia; el deslumbrante suelo de mármol del vestíbulo brilla como si se tratase de un tablero de ajedrez gigante y han puesto

jarrones llenos de rosas de color rojo viejo y calas blancas. ¡Menudo cambio! Sí, han obrado un verdadero milagro poniendo este hotel de nuevo en funcionamiento en poco más de un año.

El reportero comenzó a garabatear notas.

—La gran gala de reapertura está prevista para mañana. ¿Le sorprende que los dueños del hotel le hayan invitado?

—¿Por qué? ¿Por los rumores? ¿Por mi confinamiento? —Alden levantó la voz—. Nunca se confirmó nada de eso, solo fueron insinuaciones y conjeturas inútiles. La prensa sembró aquellas teorías para vender más periódicos. Gente como tú —controló su ira, reprimiéndola bajo la superficie—. Otros les influenciaron, por supuesto. Los médicos dijeron que necesitaba descansar. Sufría un agotamiento físico y mental. No, no me siento culpable por lo que le ocurrió al hotel, pero admito que fue una sorpresa recibir la invitación. ¿Quiénes son los dueños, por cierto? ¿Lo sabes?

El reportero negó con la cabeza.

—Es un maldito secreto. La empresa que lo gestiona se encarga de las actividades cotidianas, pero el papeleo legal es confuso y lleva una pirámide de compañías, la mayoría, europeas. Un fondo financiero anónimo paga los impuestos, eso es todo lo que he podido averiguar…

—No te molestes en hacerlo, no encontrarás nada. —Alden hizo un gesto con la mano—. Tampoco importa.

—Pero querían que estuviese aquí.

—Se me exigió que estuviera presente. —Alden se inclinó hacia delante—. Acabo de terminar una exposición en una galería de Nueva York. Ya no tengo un hogar real, no en Estados Unidos. Estaba debatiéndome entre volver a Francia o pasar unos meses en Sudamérica pintando ranas y orquídeas a orillas del Amazonas. Incluso pensaba en contratar un bote a pedales con una pequeña tripulación que me llevase hasta el interior de la jungla.

—Y, sin embargo, aquí está —respondió el joven, sacudiendo la cabeza con incredulidad. ¡Un viaje a la selva amazónica! —Ahora era el momento de cosechar una buena historia. Seguro que colgaban de los árboles como un racimo de plátanos. Un periodista podía escribir un libro enorme y grueso sobre ello—. ¿Por qué se perdería un viaje así, si puede saberse? Yo me apuntaría sin pensármelo dos veces.

—Las aventuras no necesitan un escenario exótico, solo el espíritu adecuado…

¿Qué narices significaba aquello? Bueno, el joven reportero no estaba allí para discutir sobre itinerarios de viajes al extranjero.

—Siga hablando, señor Oakes. No pretendía interrumpirle —dijo.

—No te preocupes. ¿Puedes repetirme tu nombre?

—Andy. Andy Van Nortwick.

—Bueno, Andy. Déjame hacerte una pregunta. ¿Cuántos años crees que tengo?

Complacido porque el humor del artista hubiese mejorado, Andy cerró un ojo y evaluó su sujeto. Oakes era delgado y su piel pálida rozaba un aspecto tísico, salvo por la cicatriz del tamaño de un centavo que adornaba su mejilla izquierda. Llevaba un bigote lápiz y el pelo peinado hacia atrás con una onda rubio arena que se rizaba desde su alta frente aristocrática. Solo vestía con ropa de primera, y esta vez había elegido un traje hecho en Londres a medida. Pero sus ojos lo delataban: parecían acuosos y viejos, atestados de arrugas causadas por la preocupación, las noches en vela y el arrepentimiento.

—Nunca he trabajado de adivino ni nada de eso, pero voy a suponer que tiene unos cincuenta.

—Un número muy redondo. Dejémoslo en cincuenta, entonces.

—Yo tengo veintinueve. Los cumplí hace dos semanas —las mejillas del reportero se tiñeron de rojo—. Lo siento, señor Oakes. No pretendía insultarle.

Alden sacó una pitillera dorada y un encendedor de bolsillo clásico, de los que funcionan con aceite. Le ofreció un cigarro al reportero y luego encendió ambos pitillos.

—Eso es lo que las aventuras les hacen a las personas, Andy.

Alden guiñó un ojo y se recostó en el sofá antes de exhalar una columna de humo hacia la habitación. Andy se sentía avergonzado. El reportero del *Arkham Advertiser* no levantó los ojos de su bloc de notas en ningún momento. Llevaba escribiendo para el periódico poco menos de un año, y antes de eso, había estado repartiéndolos subido en su bicicleta. Estaba ansioso por escribir una historia más trascendental que la del perro de la señora O'Reilly, que se había perdido al abandonar el porche en busca del lechero. En silencio, se maldijo a sí mismo por ser tan necio; un verdadero palurdo. No era como aquellos cínicos periodistas veteranos que metían sus mugrientas narices en todos los pasteles políticos y que escribían historias a cambio de favores o como venganza por algo. Él no tenía ningún plan secreto, nadie manejaba sus hilos. Aún no, al menos. Él solo quería contar la verdad. Cuando levantó la vista de nuevo, la expresión de Alden se había suavizado.

—No fue fácil caminar por estos pasillos después de lo que me ocurrió la última vez —dijo el pintor—. El corazón me latía con fuerza cuando me registré en recepción y me dieron la llave. Tienen al ascensorista vestido como un falso guardia de palacio. Es muy raro. Casi compadezco al pobre hombre, ahí sentado en su taburete.

—Yo también lo he visto —respondió Andy, sonriendo—. Apuesto a que se aburre de estar sentado en esa caja, subiendo y bajando todo el día.

—Estoy de acuerdo —dijo Alden—. ¿Soy yo o el personal del hotel parece terriblemente alegre? Me pregunto cuántos de ellos trabajaban aquí antes del incendio. Llegué pronto para evitar el ajetreo; la mayoría de los invitados a la gala no vendrán hasta la tarde o la noche. Mientras el ascensor subía, jugueteé con la llave de mi habitación, acariciando su llavero de latón. Tiene la forma de la fachada del Portal de Plata, pero en miniatura. Mira, échale un vistazo. —Alden sacó la llave de su habitación del bolsillo y se la tiró a Andy.

—Pesa —observó Andy, antes de devolvérsela.

—El fuego se detuvo en el duodécimo piso. Las mangueras nunca llegaron hasta aquí. —Alden dio unos golpecitos en el número de la llave—. 1481, mi habitación de esta noche. Entré y eché el cerrojo a mis espaldas. Solo el humo entró en la 1481 aquella noche infernal. Mucho humo. Lo olí en cuanto me encerré dentro y, como un sabueso que sigue el rastro de un olor, me puse a cuatro patas, pero no detecté más que el aroma a ropa de cama recién lavada y el perfume de aceite de limón del abrillantador de madera. La alfombra nueva tiene un tacto distinto, más mullido de lo que recordaba, y han repintado las paredes. El nuevo color es terriblemente insulso, mucho más pobre y claro que el original. Una persona normal no notaría la diferencia, pero yo sí. Hubiera sido mejor demolerlo, empezar de cero. Supongo que todo se redujo a los costes. Han optado por intentar encubrirlo todo, pero los restos siguen ahí, bajo la superficie. Pistas y ecos. Antes de que llamases a mi puerta, olí a humo en el baño. Estaba *seguro* de que lo había olido. Fue un olor fugaz pero nítido, distinto al de los cigarrillos y similar a un gas acre y asfixiante. Lo investigué, pero no encontré ningún rastro de él a excepción de un residuo decolorado que salía de la bañera. Fue extraño.

El reportero no pudo evitar respirar hondo.

—Ahora no hueles nada, ¿verdad, Andy?

—En absoluto, señor Oakes.

—Quizás esté jugando conmigo —dijo Alden—. El hotel, digo. O puede que sea otra cosa… —El pintor pareció perdido durante un momento, desconcentrado, con la cabeza inclinada como si estuviese escuchando un sonido apagado y lejano. Pero entonces volvió en sí—. Los muebles parecen sólidos y elegantes, aunque convencionales: una mesa, una cómoda y una mesilla de noche. El cómodo sofá y las sillas, ese escritorio pequeño y pulcro en el que estás sentado escribiendo mi

historia al completo… Mi versión de los hechos tal y como ocurrieron… lo que me pasó…

—¿*Qué* le pasó? Fue más que un terrible incendio, ¿no? —Los ojos de Andy chispearon.

—Algún día serás un buen reportero, Andy. Tienes olfato para ello, como dicen. Me pregunto si me creerías si te contase todo lo que vi, todo lo que sé que es verdad.

—Deme una oportunidad. —Andy dio unos golpecitos para sacudir las cenizas de su cigarrillo y se humedeció los labios secos.

—Tengo una botella de ginebra en mi maleta —dijo Alden, levantándose con rapidez para acercarse al armario. Sacó una maleta de piel de cocodrilo roja y la colocó en el portaequipaje antes de sacar una pequeña llave de un collar que llevaba bajo la camisa y desbloquear sus cierres. De la maleta sacó una botella de ginebra de contrabando, una coctelera y unas gafas, y luego la dejó abierta—. Pásame ese cubo de hielo, ¿quieres? ¿Tienes sed?

Andy encontró un cubo lleno de hielo exudando sobre la mesilla de noche y se lo llevó al pintor.

—No bebo mientras trabajo —respondió—. A mi jefe no le gustaría que infringiese la ley.

—Admirable —dijo Alden—, pero el Dry Martini es para mí. Tus *ginger ale* están en el cajón del escritorio. —Alden le tiró un abridor y, cuando ambos hombres tuvieron sus bebidas frías, volvieron a tomar asiento. Alden alzó su vaso para brindar—. ¿Por qué deberíamos brindar?

—¿Por la verdad?

Alden negó con la cabeza.

—Demasiada responsabilidad. ¿Qué te parece «por mi versión de los hechos»?

—Por su versión de los hechos —dijo Andy, dando un sorbo a su *ginger ale*.

Alden dio un largo trago a su ginebra.

—Eso es lo único que puedo decirte, en realidad. Ninguno de nosotros lo sabe, al fin y al cabo. Nina estaría de acuerdo. Le caerías bien.

—¿Quién es Nina? —preguntó Andy.

—Es mi mejor amiga —respondió Alden—. Ahora te hablaré de ella, es una parte importante de todo este enigmático asunto. También es escritora, mi Nina. Ella diría: «Alden, si nosotros no le contamos a la gente lo que ocurre, ¿quién lo hará?».

—Parece alguien a quien me gustaría conocer.

Alden sonrió con melancolía.

—Nina no está aquí para ayudarnos ahora. Su arma eran las palabras; la mía, los colores… Los lápices y las brochas; las pinturas y los lienzos. Ella habría sido una fuente muchísimo mejor para ti pero, en lugar de a ella, me tienes a mí. Si te entra el hambre, dímelo. Pediremos algo al servicio de habitaciones, ostras Rockefeller y cócteles de gambas. Añádelo a la cuenta del hotel.

—Genial. Nunca había comido como un ricachón.

Alden dejó su copa para fumar otro cigarrillo. Encendió su mechero dramáticamente y dijo:

—Mi curioso amigo reportero, haré todo lo que esté en mi mano para exponer las cosas correctamente. La terrible verdad de los sucesos tal y como ocurrieron e incluso los increíbles y escandalosos detalles y los hechos más repugnantes y asquerosos. Pero debes saber que todo empezó mucho antes de aquella aterradora noche en el hotel Portal de Plata.

El lápiz de Andy se movía de forma mecánica sobre la hoja en blanco, rellenando sus líneas.

Y, así, Alden comenzó su historia.

CAPÍTULO DOS

El verano anterior… Bueno, hace dos años más o menos estaba viendo una calurosa puesta de sol sobre un frío y brillante mar cuando escuché a alguien gritando mi nombre por la playa en Cannes.

—¡Oakesy!

Mi nombre real es Wilfred Alden Oakes, pero mi padre siempre será el único Wilfred Oakes, un reconocido industrial y filántropo. Todo el mundo me llama Alden, salvo una persona. Por eso, antes de verle atravesar las alargadas sombras que se extendían sobre la arena, supe que era Preston Fairmont el que caminaba hacia mí sujetando un vaso de martini en la mano y saludándome con la otra como si intentase parar un taxi.

—¡Oakesy! ¡Aquí! No me puedo creer que seas tú. ¿Qué te trae por tierras francesas?

Yo estaba sentado en una silla de mimbre junto a una mesita de madera en un café de playa, dejando que mis piernas descansaran tras haberme pasado el día subiendo las sinuosas callejuelas empedradas del casco antiguo, Le Suquet, en busca de inspiración. Preston agarró la silla frente a mí y la levantó de la arena. La bolsa con mis pinceles y pinturas cayó del asiento, pero no se derramó nada. Él la apartó de mi vista y se sentó ante mí, exultante y bronceado, esbozando una amplia sonrisa.

—¿Qué bebes?

—Un cóctel Rose —respondí.

—Espléndido.

Preston llamó la atención de la camarera. Tenía una actitud que nunca pasaba desapercibida para el personal: rezumaba dinero. La camarera deslizó otro posavasos sobre mi mesa.

—*Voulez-vous quelque chose à boire?*

—Tomaré uno de estos —dijo Preston, señalando mi bebida.

La camarera asintió con una sonrisa, pero Preston ya estaba mirando a las profundas olas azules, a la gente que descansaba en la arena y, finalmente, en cuanto ella se alejó, hacia mí. A pesar de la sorpresa que me había supuesto encontrarme con él, no tardé mucho en volver a familiarizarme con su encanto distante.

—¿Cómo estás, Preston? —dije.

—Glorioso. Me he pasado el día… no sé… ¿caminando? Nunca me

canso de este sitio.

—¿Te quedarás por mucho tiempo? —traté de sonar neutral. Hacía mucho tiempo que no hablábamos, y aquel lapso no había sido del todo por accidente. Preston y yo teníamos un montón de recuerdos y amistades en común. Yo prefería creer que nuestra relación era única en el mundo, pero él me lo ponía difícil.

Negó con la cabeza.

—Me voy mañana. Zarparé a primera hora, por eso es tan perfecto haberte encontrado justo ahora. He intentado ponerme en contacto contigo, pero eres terriblemente escurridizo, Oakesy.

—Llevo aquí todo el verano —dije, entrecerrando los ojos para protegerme del sol.

—¿En la playa? Me pregunto por qué llevas tantos años sin presentar una exposición.

Su comentario hirió mi orgullo.

A Preston le sirvieron su cóctel y yo pedí otro y la cuenta, esperando ajustar nuestro encuentro a la duración más agradable.

—La pintura no se reduce a adquirir y gastar. Aprender el oficio lleva tiempo. He crecido mucho este año, pero encontrar mi propio estilo ha sido más difícil de lo que anti…

—Los artistas dan las mejores fiestas —me interrumpió Preston—. Apuesto a que has ido a unas cuantas.

Preston Fairmont no era ningún aficionado a la hora de organizarlas. Durante la universidad, se convirtió en una leyenda de la Miskatonic, la UM. Había empezado a estudiar en la Universidad de Chicago, pero su falta de seriedad en los estudios provocó que sus padres le quisieran más cerca de casa. Así que, no sin reticencia, se trasladó a la UM al cabo de un año. Cuando nos alojamos juntos como compañeros de clase aún estaba en sus comienzos como anfitrión, ocupado en establecerse y maniobrando hábilmente en el terreno social. Durante la Gran Guerra hablamos de dejar los estudios para unirnos a la Marina porque nos gustaban sus uniformes. Y a las chicas también, o eso supusimos. Había algo romántico, aunque visceralmente tangible, en el mar; por esa razón siempre he disfrutado pintando en la costa. Bueno, ninguno de nosotros se presentó al final como voluntario para luchar y la guerra acabó el otoño siguiente a nuestra graduación. Para entonces, Preston ya era un entendido de la escena nocturna y un invitado de prestigio, y yo me aventuraba de forma ocasional en aquellos eventos, ya que me sentía más cómodo pasando las horas pintando lienzos en un estudio o sacando mi caballete al exterior.

—¿Por qué intentabas ponerte en contacto conmigo? —pregunté.

—Me avergüenza decirlo.

—Imposible —respondí. Preston tenía una confianza innata en sí mismo—. Nunca creí que fueras capaz de sentir esa emoción.

—Lo entenderás cuando te diga el porqué.

—Cuéntame.

—Me caso. —Preston sonrió con timidez.

—¡Felicidades! Eso no es nada de lo que sentirse avergonzado. ¡Enhorabuena!

Me sentía genuinamente feliz por el muchacho, pero aquella alegría fue rápidamente sofocada.

—Con Minnie Devane —añadió Preston.

El vaso vacío se me escapó de los dedos, cayéndose de la mesa y precipitándose sobre la arena. Por suerte, su sustituto no tardó en llegar. El inconveniente era el siguiente: Minnie Devane había sido mi rollo de la universidad, mi prometida y luego exprometida, mi inspiración y la primera mujer a la que creí amar. Ahora, podría escribir un libro sobre Minnie, pero si lo hiciera tendría que quemarlo antes de ser arrestado por violar la ley de Comstock. No es que Minnie fuera obscena. Verás, era como un pedazo de espejo roto, pequeño y brillante y, si no tenías cuidado, te desangraba. Reflejaba lugares ocultos en ti mismo que era mejor no examinar. Me enamoré de Minnie por su forma de hablar, inteligente y descarada; y por la manera salvaje, rápida y deslumbrante en la paseaba por la habitación haciendo que todos se sintieran llenos de vida. Era toda energía y calidez.

Sin embargo, a veces esa energía explotaba y la gente salía herida.

—¿Tú y Minnie? —parecía tan imposible, y, peor aún, obvio.

Tomé mi vaso y lo limpié de arena.

—¿No es magnífico? —dijo Preston.

Su frente estaba perlada de sudor y su camisa estaba teñida por dos manchas oscuras. No dejaba de cruzar y descruzar los brazos; sus manos eran como un par de pájaros a los que intentaba impedir que volasen. Me di cuenta de que su piel palidecía por momentos, como la de un hombre a punto de desmayarse. ¿*Tan* nervioso estaba por contármelo? No pensaba que mi opinión le importase tanto a Preston.

—¿Cuándo es el gran día?

—Oh, esperaremos al próximo verano. Tengo… tenemos un año para prepararlo —respondió.

Por supuesto, el golpe que la noticia me había dado seguía resonando en mi cabeza. Me sentía casi conmocionado, pero me estaba costando encontrar una razón por la que oponerme o incluso sentirme mal. Tanto Preston como Minnie me gustaban, ¿por qué no

iba a sentirme feliz por ellos?

—No sé si es lo que buscas, Preston, pero tienes mi bendición —dije.

Cuanto más pensaba en ellos como pareja, más veía que ambos pegaban mucho más de lo que Minnie y yo lo hicimos nunca. Yo era demasiado solitario para encajar con su personalidad firmemente sociable.

Preston y Minnie. Me llevaría tiempo acostumbrarme a ese enlace.

—Eso es muy bonito por tu parte, Oakesy. Me siento aliviado. —No lo parecía. Estaba escarbando con los zapatos bajo la mesa, mirando de vez en cuando para comprobar el progreso de su perforación. Tenía un aspecto aún peor que cuando me soltó el bombazo de la boda. ¿Había algo más?—. Eres el mejor. Esperábamos que no te molestara demasiado.

—Me alegro de que os hayáis encontrado el uno al otro. Sinceramente, creo que Minnie estaba frustrada conmigo. Supongo que yo era el artista solitario que nunca salía de su propia cabeza, de su mundo imaginario. «Pero si siempre está lloviendo en tu mundo», diría ella. «Ese es el problema». Quizás era demasiado peculiar para ella.

—Eso es lo que ella me dijo.

¿Eso había hecho?

Francamente, Preston y Minnie eran el tipo de personas que siempre hacían lo que se les antojaba. Si algo no les convenía, intentaban arreglar las cosas para que les fueran mejor a *ellos*; pero difícilmente se quedarían en vela por las noches pensando en las consecuencias que sus acciones tendrían sobre los demás. En cierto modo, eso me honraba de una forma extraña.

—Minnie y yo esperamos sinceramente que acudas a la boda. Es en Arkham.

Aquella inesperada invitación me mareó. Claro que podía acostumbrarme a la idea de que mi antiguo amor se casara con un amigo de la universidad, pero ¿quería ver cómo ocurría?

Preston centró su mirada en algo por encima de mi hombro y la comisura de su boca se curvó en una media sonrisa ansiosa. Me giré para ver lo que estaba mirando y me encontré con una mujer que llevaba una pamela caída con un lazo rosa. Tal vez debido a la mirada fija de Preston, o por la forma abrupta en la que me giré, se ocultó bajo el ala de su sombrero para escapar de nuestra atención.

Él estiró el brazo sobre la mesa y me agarró la muñeca, mirándome como si me rogase. Le compadecí.

—Por favor, dime que vendrás —dijo. ¿Por qué parecía tan

desesperado?

—Iré a la boda —yo tenía tiempo para amoldarme y él tenía muchas ganas de que fuera.

Su rostro se curvó con una sonrisa blanca y elástica.

—¡Eso es genial! Les hará tan felices…

—¿Les? ¿De quién hablas? —pregunté, confuso,

Preston hizo una pausa y luego se encogió de hombros.

—Solo estaremos Minnie y yo, nadie más.

—¿Y qué hay de la mujer sentada detrás de mí? La de la pamela —le di un golpecito en el hombro—. Te he visto sonreírle —entonces moví el dedo—. Minnie esperará de ti tu completa atención y la devoción más estricta, si es que aún no lo has descubierto.

Preston tragó saliva.

—Bueno, solo tengo ojos para ella.

—Eres un buen hombre. ¡Para el verano que viene deberás venerar a la diosa Minnie! —bromeé.

—¡Ja! —Aquella sonora exclamación asustó a los bañistas a nuestro alrededor.

Por fin, la camarera llegó con nuestras bebidas. Después de pagar la cuenta, fingí que se me caía el boli por accidente para lograr echar un segundo vistazo a la mujer de la pamela, pero se había ido.

Cuando estaba agachado, miré por casualidad bajo la mesa. Durante nuestra conversación, Preston se había quitado uno de sus zapatos blancos y había dibujado algo en la arena con el dedo: una figura con forma de copa que mantenía el equilibrio sobre un triángulo. Dentro de ella había dos óvalos y, junto a ella, había trazado un tridente menos perceptible.

«Realmente extraño», pensé.

Mientras intentaba dar sentido a los símbolos invertidos, Preston arrastró su pie sobre la arena, borrándolos. Al principio pensé que había sido algo propio de Preston, pero luego advertí su inquietud. Quizás aquella inminente boda estaba sacudiendo sus pilares, Minnie tenía ese efecto en algunas personas.

—¿Cuándo tienes pensado volver a Arkham? —me preguntó Preston en cuanto me senté.

—No tengo ningún plan serio. Me quedaré en Francia por poco tiempo, esperaba viajar por la costa española. Mi madre quiere que vuelva para Navidad. ¿Por qué lo preguntas?

—Minnie y yo vamos a dar una fiesta de compromiso, aunque aún no tenemos fecha. Probablemente sea en la casa de mis padres, en French Hill, o puede que en la casa que alberga la Orden. Nos gustaría que vinieras. Tenemos un montón de amigos que acudirán a la boda a

los que tienes que conocer antes de ir. Son gente fascinante. Tipos bohemios, perfectos para ti. Hoy en día, Arkham tiene una escena artística brillante; o eso me ha dicho Minnie.

—Suena interesante —respondí. ¿Desde cuándo los bohemios se reunían en Arkham?—. ¿A qué clase de artes se dedican?

La piel de Preston se volvió de un tono gris húmedo y pegajoso. La viva imagen bronceada de un hombre saludable había desaparecido. Apuró la bebida y comenzó a sorber el hielo. Me preocupaba que de pronto se sintiera indispuesto.

—¿Estás bien, amigo?

—Me temo que anoche me pasé con los *escargots* —respondió, limpiándose la frente empapada.

—Y quizás también con las botellas de espumoso para acompañarlos.

Preston esbozó una sonrisa.

—Qué bien me conoces, viejo amigo.

Pensaba que así era.

Me pidió que me planteara volver a Arkham en otoño, pues él y Minnie necesitaban empezar a preparar la celebración de su boda. ¿Y no es cierto que los árboles de nuestra pequeña ciudad de Nueva Inglaterra se teñían de preciosos colores durante el otoño? ¿Podría encontrar algo digno de pintar en las proximidades de mi ciudad natal?

—De todas formas, vuelve a casa antes de que hayan caído todas las hojas —dijo.

—Lo intentaré.

Mi respuesta no le pareció demasiado satisfactoria, pero nos estrechamos la mano (la suya parecía recién sacada del agua gélida) y nos dijimos *au revoir*. Nuestra camarera se dejó caer por la mesa y yo pedí una absenta. Todos mis nervios estaban crispados y, sin razón alguna, sentía como si todos mis sentidos estuvieran alerta. Era como si estuviera viviendo a base de café y cigarrillos.

El agua centelleaba con intrincados patrones metálicos. Atisbé un yate anclado en la bahía, más cerca de la playa que los demás. No era el más grande, pero sus esbeltas y blancas líneas flotaban justo por encima del agua como una esquirla de hielo oscilante. Rápidamente, en un impulso, cogí un lápiz y un bloc y comencé a dibujarlo.

Una figura de la que solo podía ver su silueta salió a la cubierta del yate. No tenía ni sexo, ni edad; y a aquella distancia, bajo la luz cada vez más tenue, podía haber sido cualquier persona en el planeta. No sabía qué podría haber atraído mi atención hacia ella, pero no podía apartar la mirada. La figura recorrió la longitud del yate. Me dije que

debía de ser un marinero llevando unas cuerdas, pues unos largos zarcillos se curvaban desde el centro de su cuerpo y se hundían en el mar. La figura parecía vibrar, un truco de la perspectiva. El reflejo del agua se batía en duelo con las numerosas sombras. Noté la boca seca y un sabor a sal antes de que las náuseas me inundaran como una onda sonora que viajara desde la mitad de la bahía. Mi mano temblaba mientras trazaba largas líneas continuas sobre el papel, tratando de capturar la rareza que había presenciado.

El horizonte se dividió en distintas capas: azul oscuro, índigo, púrpura, violeta y gris ahumado. La bahía de Cannes se convirtió en una lámina de vidrio. Aquellas cuerdas, si eso es lo que eran, se retrajeron; y la figura se alargó, creciendo la mitad de su altura. Ese marinero, o pescador, esa distorsión de una figura humana también llevaba algo en la cabeza. Unas grandes espinas, a modo de corona, y un oscuro racimo de apéndices con forma de bayoneta. Al menos, eso es lo que parecían.

Entonces la luz cambió, y una suave pelusa negra pareció brotar del propio aire. El yate se convirtió en un velero normal y corriente anclado entre otra docena de ellos. No vi a nadie a bordo.

La noche había caído. Miré a mi alrededor como si me hubiera quedado dormido en la silla y acabara de despertarme. El mar ondulado cobró vida una vez más, reflejando las luces titilantes de las cafeterías y los hoteles que rodeaban la costa. La gente hablaba, disfrutando de sus aperitivos y sus tazas de café.

Lo normal.

Cualquier peculiaridad que hubiera pasado brevemente por la bahía se había esfumado. Contemplé el lugar desde el que Preston me había hablado hacía menos de una hora. Puede que hubiera sido un espejismo, un conjuro, un producto de mi imaginación que había cobrado vida en un sueño. Recogí mi bolsa de la arena y me levanté para apartar mi bloc de dibujo. Me tambaleé, ligeramente aturdido. ¿Sería el licor? ¿El inicio de una fiebre? Concluí que había pasado demasiado tiempo al sol.

Caminé de vuelta al hotel aturdido y me dejé caer sobre la cama sin siquiera molestarme en desvestirme, sumiéndome en un sueño que se prolongó hasta la mañana siguiente. Me desperté en cuanto amaneció. La habitación olía mal, pero yo me sentía revitalizado, lleno de energía. Puede que tuviera un aspecto horrible, pero, vaya, incluso tarareaba. Después de desayunar, le dije al director del hotel que quería pagar la cuenta. Se me ocurrió la idea de que debía abandonar Cannes de inmediato. No tenía obligaciones, así que seguí este inexplicable deseo, decidido a saciar mi curiosidad sobre adónde

me llevaría. Compré un mapa de España, me las arreglé para alquilar un coche y me di el mes de agosto para preparar mi regreso a Arkham. Si alguien me hubiese sugerido cuando me dirigí hacia la playa para tomarme algo junto al mar que iba a cambiar mis planes para volver a los Estados Unidos antes de tiempo, bueno, quizás le hubiera creído. Pero si me hubiesen dicho que la razón sería una invitación a la boda de Preston y Minnie, me habría reído en su cara.

Estaba claro que podría haber dicho que no y haberme quedado en Francia. A veces me pregunto qué hubiera sido de mi vida de haberlo hecho. ¿Estaría donde estoy ahora? Y respecto a los rumores que me acompañan inevitablemente… ¿cómo sería vivir sin oírlos? Las horribles muertes, todo lo que vimos en los sucesos del Portal de Plata aquella noche, todo lo que surgió de aquel caos dañino…

Pero esos pensamientos son inútiles. Dije que sí, y nada de lo que ocurrió después cambiará jamás.

CAPÍTULO TRES

Conduje por la costa despidiéndome de Francia a cada kilómetro. Llevaba poco equipaje y los materiales artísticos ocupaban la mayor parte del espacio en mi elegante Renault amarillo. Conducía temerariamente: nunca fui un conductor especialmente bueno y no tengo sentido de la orientación.

En algún lugar entre Toulon y Marsella, mi mapa salió volando por la ventana y el viento lo arrastró hacia un barranco. ¿Cómo me podía perder? Mantuve el océano a mi izquierda y seguí conduciendo, serpenteando a lo largo de macizos pedregosos hasta que oscureció. Busqué un lugar que me proporcionase un plato caliente y una cama cómoda para pasar la noche. No había pueblos a la vista y me ardían los ojos a causa de la fatiga. Me planteé desviarme hacia la cuneta para echarme una siesta, pero las carreteras secundarias eran demasiado estrechas y no quería despertarme pegado a la rejilla de una furgoneta de reparto conduciendo a toda velocidad. Para mantenerme ocupado, me distraje pensando en Arkham. ¿Por qué me había ido? ¿Qué había echado de menos? ¿Cómo sería la ciudad cuando volviese?

Nací en Arkham. Mi familia era rica y prestigiosa, aunque mis padres se estaban haciendo mayores y Wilfred, mi padre, había cedido buena parte de la dirección de la empresa a sus socios más jóvenes. La mayor parte del dinero que ganaba provenía de la metalurgia y los productos químicos. Nunca entendí los detalles de lo que producían sus fábricas situadas en el Barrio Norte de la ciudad, ni tampoco me interesaba conocerlos en profundidad. La vida de mi padre me parecía insoportablemente sosa. Él clasificaba las artes en algún puesto por debajo de los deportes y marginalmente por encima de los juegos infantiles. Sabía que la guerra había beneficiado a la compañía y a mi familia, por horrible que sonase. Mi madre, Pearl, trabajaba en la caridad. No le preocupaba demasiado ayudar a las personas, sino que su causa se orientaba hacia los espacios públicos, como los parques y los museos. No le culpo demasiado. Estoy seguro de que mi pasión por la pintura nació de una de esas aburridas tardes vagando por los pasillos de una exposición durante una cena de recaudación de fondos. ¡Las pinturas aparecieron de improviso ante mí! ¡Qué colores! Las *vi* realmente por primera vez y me estremecí. Era como una epifanía

religiosa, solo que sin la devoción. O mi dios era el arte, supongo. En ese instante, decidí qué camino tomar en la vida. «Debo hacer esto», pensé con la claridad de un fanático. «Crearé cosas preciosas». Quería que *mi* trabajo se expusiera en los museos; que la gente, como mi madre y sus amigos, organizase recaudaciones de fondos para colgar los cuadros que algún día pintaría y, a cambio, yo ayudaría a los demás a escapar de sus deprimentes y tediosas vidas. Descubrí convenientemente la forma de escapar del sofocante futuro que me aguardaba.

Las visiones de Arkham inundaron mi mente durante el resto del viaje, y antes de que me diera cuenta, el mundo se volvió azul, luego dorado y, finalmente, de un blanco radiante, casi cegador. No buscaba ninguna experiencia singular o intensa en España, solo quería relajarme. Me alojé en una pensión situada en el centro de uno de los muchos pueblos de pescadores que se extendían a lo largo de la costa. Visité iglesias y paseé por sus calles empinadas y sinuosas, perdiéndome en un laberinto de viviendas pintorescas. Como en la mayor parte del Mediterráneo, los edificios que me rodeaban estaban encalados y decorados con tejados rojos y altas ventanas que impedían el paso de los rayos de sol durante las horas de más calor del día. Gatos de todos los colores y formas dormían la siesta a la sombra y me observaban con perezosa indiferencia. Me moví con más lentitud y sentí cómo me adaptaba a la inesperada invitación de mi antiguo compañero de habitación al que estaba seguro de que sería el evento social del año en Arkham. Me entusiasmé con la idea de ver a Minnie y Preston juntos y asistir a sus fabulosas fiestas. Estaría bien volver a casa.

Aunque estaba claro que era extranjero, los lugareños no me miraban, pero tampoco me ignoraban. Cuando se empeñaban, eran inusitadamente educados. Comí en restaurantes, devorando pan, aceitunas y platos de distintos pescaditos grasientos, y engullendo vasos de gazpacho, normalmente acompañándolos de un vaso de jerez andaluz, antes de arrastrarme a una cama blanda. Sufrí un maravilloso aislamiento. El idioma era como una jaula que llevaba conmigo adonde iba: no hablaba español y nadie a quien conocí hablaba inglés, pero descubrí que una mezcla de francés y mímica era cuanto necesitaba para hacerme entender.

Terminé más pinturas allí que durante tres meses en Cannes. Aunque eran buenas, les faltaba algo casi palpable, como si el sujeto real se hubiera marchado justo antes de comenzar a pintar, afligido por las ausencias, y las guardé. Preston estaba en lo cierto cuando aludió a mi falta de progreso artístico. Era verdad, llevaba siglos sin

organizar una exposición. Había llegado a un punto de estancamiento, un limbo creativo y perezoso en el que mi talento y yo nos sentábamos juntos como una vieja pareja de casados a la que le faltaba energía para discutir. La verdad sobre mi don artístico es que, si hubiese nacido con un poco más o con un poco menos de suerte, mi vida hubiera sido mucho más fácil. Nunca iba a ser uno de esos artistas que se envolvían en abrigos harapientos y vendían sus pinturas los fines de semana por las calles de la costa sur de Kingsport. Yo no tenía ninguna prisa, no era un buen vendedor. Nací rico, así que nunca me faltó el dinero y vivir como un pordiosero me parecía falso. Mis habilidades revelaban maestría en la técnica, pero lo que me faltaba y deseaba era la originalidad. Era un copista, un imitador de los pintores que me habían precedido y que poseían una visión superior. Me sentía un fraude. Había llegado a la conclusión de que la enfermedad que padecía era la ausencia de temas inspiradores que pintar, y, decidido, abandoné Arkham con destino a Europa. Una vez allí, me sumergí en la historia, en los museos y en las galerías, rodeándome empalagosamente de otros artistas que hacían lo mismo que yo. ¿Qué inédita aportación podría hacer Alden Oakes? ¿Dónde estaba mi visión? Era una concepción autocompasiva, lo sé, y como toda compasión, acabó siendo agotadora incluso para mí.

Así que me aislé. Pinté representaciones realistas de campos, bosques y orillas. Aunque técnicamente mi trabajo era excelente, estaba vacío y odiaba cada una de ellas. Apilé los lienzos en una esquina del cobertizo que alquilé a un campesino y luego descubrí que su tejado tenía fugas y las pinturas que había guardado se habían estropeado. Tampoco parecía tener ninguna prisa por producir más. Evité la compañía de otros artistas y me sorprendí abandonando las cafeterías llenas de humo y los cafés ruidosos y baratos. Preston tenía razón sobre las fiestas, pero no volví a acudir a ninguna. Aun así, mantuve la esperanza de descubrir un tema ideal que liberase mi potencial interior. El mundo debería prestar atención, por fin verían que tenía algo único y poderosamente hermoso que aportar al universo. Esas eran mis ensoñaciones.

Un día decidí abandonar aquel pueblo y aventurarme al sur, a Barcelona. ¿Alguna vez llegué a Barcelona? No lo *creo*. Sé que suena peculiar, pero ya he mencionado mi nefasto sentido de la orientación. Puede que llegase a la periferia más desconocida de la ciudad, o que me desviase hacia un barrio curiosamente apartado. No vi ni La Rambla, ni el barrio gótico, ni la basílica de la Sagrada Familia, ni ningún monumento famoso, de hecho. Se me ocurrió que quizás había visitado una ciudad totalmente distinta. La arquitectura estaba

abarrotada y destartalada, lejos de lo que esperaba encontrar. Había ido al lugar donde esperaba encontrar Barcelona, pero ningún letrero indicaba si había llegado o no con exactitud. Las calles por las que conduje tenían el carácter industrial de una metrópolis y había algo curioso: daba igual la carretera que cogiese, siempre sentía que conducía cuesta abajo. Incluso cuando intenté dar marcha atrás, el Renault se inclinó hacia delante como si estuviera atrapado en un túnel.

Vi un montón de soldados. Pasaban frente a mí en grupos o merodeaban en parejas, pero nunca vi ninguno caminando solo. Sus uniformes eran de un tono amarillo tostado y llevaban gorras de patrulla con visera y brazaletes de color granate. No podía saber qué pensaban los civiles respecto a ellos, pero me ponían nervioso sus rostros inexpresivos y su actitud de matón ocasional. Busqué un hotel agradable y limpio, aunque en cada lugar en el que me detenía me decían «estamos llenos». Cuando pedía recomendaciones, los recepcionistas me indicaban que no había habitaciones libres en toda la ciudad.

Aparqué frente a un banco, pensando en entrar para cambiar algunos francos y pedirle al cajero que me recomendase algún hotel. También quería aprovechar para preguntar si aquella sucursal estaba realmente en la propia Barcelona, pero nunca tuve la oportunidad, pues cuando intenté abrir las puertas, me encontré con que estaban cerradas. Miré a través de las ventanas. El interior estaba desierto y las luces, apagadas. No había nadie pese a que era un día laborable, estaba seguro de ello cuando dejé atrás el pueblo pesquero.

Encendí un cigarro y di una vuelta, fijándome en pequeños detalles de la calle para asegurarme de que al volver sería capaz de encontrar el coche. Tres carreteras se entrecruzaban, dando lugar a seis esquinas, y una isla con forma de estrella y una fuente seca en el centro ocupaba el medio de la intersección. Me acerqué para verla más de cerca.

Bajo una capa de agua verdosa y fétida, la fuente estaba repleta de monedas. Con curiosidad, me arremangué y sumergí el brazo en el agua para recoger un puñado de ellas. Las monedas estaban cubiertas de una película de limo amarillento y su temperatura tibia hacía que pareciesen deditos rozando mi palma. Rasqué la capa de suciedad con mi pulgar, pues nunca había visto unas monedas tan extrañas. Si aquello eran pesetas, debían de ser realmente antiguas. Tampoco había ningún número grabado en ellas: los símbolos que encontré estaban erosionados y eran difíciles de reconocer, pero representaban bestias mitológicas desconocidas para mí. Las dejé caer de nuevo en

aquella asquerosa agua. Puede que fuera una tradición local pedir deseos y tirar aquellas monedas peculiares y viejas. Esa fuente había tenido una estatua sobre ella en algún momento, pero ahora solo quedaba un pedestal. Dándole la espalda a la fuente, sondeé las posibles direcciones que tomar. «Pito, pito, gorgorito…» Escogí una de las seis calles y eché a andar.

Ninguna tienda estaba abierta al público y vi a poca gente. Las pocas personas que vi apartaban la mirada cuando pasaba por su lado. Con regularidad, aparecían por la avenida grandes y peligrosos agujeros en la acera, y el aire que arrastraba el viento que surgía de ellos olía a aguas residuales. Perplejo y alarmado, me pregunté por qué no estaban cubiertos y me recordé a mí mismo que tendría que tener cuidado en el camino de vuelta.

Una serie de escaleras que descendían hacia el subsuelo fueron la prueba de que había llegado al centro de la ciudad. Asumí que conectaban con un metro electrificado. Ignoraba la presencia de catacumbas en aquella región, pero las entradas de la estación no llevaban ningún nombre escrito que pudiera encontrar. Lo único que diferenciaba una escalera de otra eran unos símbolos primitivos esculpidos sobre unos paneles de madera situados sobre su umbral. Tras una inspección más cercana, estos grabados parecían ser grafitis, la obra que un vándalo artístico había creado con ayuda de su navaja. Me recordaban una exposición sobre runas druídicas antiguas que había visto una vez en el museo Miskatonic. Unas puertas de hierro cerraban el paso a través de las escaleras. Si aquello era un medio de transporte, estaba cerrado, al igual que el banco.

Cuanto más me adentraba en el barrio, más me fijaba en que los edificios a mi alrededor se encontraban en distintos grados de evidente ruina, y su arquitectura parecía cada vez menos sólida estructuralmente. Las fisuras recorrían los cimientos de los edificios y las grietas de sus fachadas hacían que me preguntase si la ciudad había sufrido un terremoto reciente. Era una escena de desintegración. ¡Aquello no podía ser Barcelona!

Había llegado bien entrada la tarde y ahora, un par de horas después, el sol caía sobre el oeste. La luz atravesaba los callejones como bayonetas doradas. Me giré en una intersección, siempre mirando hacia atrás para recordar uno o dos detalles clave. Por ejemplo, sobre mi cabeza había un maniquí sin cabeza vestido con una chaqueta de punto roja e inclinado hacia delante contra el polvoriento escaparate de un segundo piso. Aquí, unos bloques de cristal enmarcaban la palabra «Farmacia» grabada sobre la entrada. A lo lejos, una hilera de botas marrones estaba firmemente colocada sobre

un estante en el interior de una oscura y modesta zapatería. Tenía la intención de seguir este rastro de migas de vuelta a través de la selva urbana.

Una franja carmesí atravesó el cielo amoratado cuyas vendas no eran más que nubes. Escuché el murmullo de unas voces, muchas, hablando con entusiasmo; así que seguí aquel sonido.

¡Crac!

¿Un disparo? Me detuve en seco. Entonces oí una descarga de fuertes explosiones y un grito. La gente reía. Una mujer ataviada con un vestido de volantes blanco y negro corrió en diagonal por la calle frente a mí. Miró por encima de su hombro con una sonrisa que pensé que me dirigía a mí, pero entonces un joven de pelo negro rizado con una guitarra a la espalda la siguió. Los acompañé hasta una plaza donde se encontraban los vecinos del barrio. Unas largas mesas y unas sillas de cocina rodeaban la plaza y bifurcaban las calles que se cruzaban. En el centro de la plaza se elevaba una pirámide de muebles viejos, fragmentos de madera e incluso una puerta vieja y descascarillada. Las familias estaban sentadas alrededor de las mesas bebiendo vino y comiendo, y los niños corrían por todos lados. Un hombre encendió con un puro la mecha que llevaba en sus propias manos y lanzó un cohete por los aires, cerca de la pirámide.

¡Crac!

Los niños gritaron y rieron antes de salir corriendo. Era un festival de verano. Había oído hablar de ellos a mis socios franceses: era común ver fogatas en pleno verano, durante el solsticio, por toda Europa, una tradición que se remontaba a la época medieval o incluso antes. Muchas de ellas tenían su origen en antiguos rituales paganos, pues se decía que una diversión inofensiva y afable era eficaz repeliendo los malos espíritus. ¿Quién, aparte del aguafiestas más amargado, iba a estar en contra de quemar piras y beber durante toda la noche con los amigos hasta el alba?

«Debo haberme topado con una costumbre local», pensé. Antes de que pudiera plantearme ninguna otra pregunta, la joven del vestido de volantes me ofreció un vaso de sangría que acepté mientras su novio la guiaba a la sombra de la pirámide para que le escuchara tocar la guitarra. Advertí que algunos soldados se mezclaban entre el gentío. Parecía que provenían de aquellas familias, ya que el parecido entre ellos era innegable. Así que abandoné toda mi inquietud sobre los disturbios civiles mientras bebía mi sangría y fumaba, deseando haber traído conmigo el bloc y los lápices. Alguien me ofreció una silla y, mientras me sentaba, descubrí que me estaban rellenando el vaso. ¡Cuánta hospitalidad! Esperando a que cayera la noche y comenzaran

las celebraciones… oí por primera vez el nombre de Juan Hugo Balthazarr. Oh, no lo oí así, todo junto; sino en susurros, como el zumbido de un insecto que invadía el público.

—Balthazarr, Balthazarr, Balthazzzaaarrr…

¿Estarían hablando del pintor vivo más impactante del mundo? «No», me dije. «Debe de ser un nombre común por aquí». Pero, aun así, me preguntaba…

Juan Hugo Balthazarr era un español nacido en Barcelona. Se rumoreaba que aún vivía allí, en el interior de las ruinas amuralladas y derruidas de un monasterio gótico. Miré alrededor, convenciéndome de que algunas de aquellas personas podían ser familiares suyos. Pero no, no era posible.

¿Verdad?

A Balthazarr se le reconocía como un genio destinado a salvar el siglo veinte del arte irrelevante, algo que él mismo se encargaba de remarcar exageradamente. Como un implacable experimentador de renombre, dibujaba, pintaba y esculpía con increíble energía y resistencia; y siempre se decía que pasaba días o incluso semanas sin dormir para completar una de sus controvertidas y fantásticas visiones. Los críticos alababan sus trabajos por ser revolucionarios o los despreciaban con vehemencia, pero todos estaban de acuerdo en que sus creaciones eran tan impresionantes como indescriptibles. Sí, había algo de Goya en ellos, y de esos pintores medievales que representaban escenas torturadoras e infernales, pero las influencias de Balthazarr seguían siendo difíciles de determinar: los grabados sobre la madera de Gustave Doré, y, por supuesto, el dadaísmo y el cubismo. Actualmente era una fuerza importante del movimiento surrealista, pero siempre se mantenía fiel a sí mismo. Incomparable, prolífico y joven, era un poco mayor que yo. ¡Cómo le envidiaba! Ojalá pudiera emplear el talento que sentía en mi interior y presentarlo ante el mundo con tanta confianza, estilo y entusiasmo.

La gente comenzó a girar sus sillas para mirar en dirección a una de las calles y yo hice lo mismo.

Solo había visto una foto de Balthazarr, a quien, a pesar de su creciente fama mundial, no le gustaba demasiado que le sacaran fotos. Era alto y conocido por su físico atlético y su larga barba bifurcada. Miré por encima de las cabezas de los espectadores, pero no vi a nadie que se pareciese a él. ¡Qué lástima! Si había un solo artista en el mundo al que admiraba, ese era él. Decían que pintaba retratos de sus sueños más oscuros. Guardaba un recuerdo intacto de todo lo que le sucedía, tanto mientras dormía como mientras estaba despierto. Algunos afirmaban que era un vidente, otros lo ridiculizaban diciendo

que era la encarnación del demonio.

Me encontré con un hombre en París, un muralista inglés, que juraba que Balthazarr le había mantenido hipnotizado durante tres días enteros. Finalmente, despertó de su trance desnudo sobre la cornisa de una ventana en la habitación de un hotel marroquí con un escorpión en una mano y una bolsa llena de piedras semipreciosas en la otra. Dejó caer el escorpión e intercambió las gemas por dinero para comprar un billete de vuelta a Londres. Cuando le pregunté si le guardaba rencor al pintor, se rio y dijo que ese había sido el mejor fin de semana de su vida. Entonces me dijo que Balthazarr aún lo seguía.

—¿A qué te refieres con «sigue»? —dije.

—Oh, lo veo, normalmente en los reflejos de espejos o ventanas, o en la superficie de un estanque. Eso sí, nunca frente a mí. Siempre está merodeando a mis espaldas, con esa barba, ¡y esos ojos! Cuando me giro, desaparece. No creo que me esté amenazando, creo que me hace compañía. Lo único que quiero es que se quede.

En ese momento no supe qué contestar. El muralista parecía estar un poco loco. Tenía una piel tirante y amarillenta, con un aspecto poco saludable, y me di cuenta de que llevaba dos zapatos distintos, uno marrón y el otro negro. Sus uñas estaban descuidadas y manchadas de pelar pistachos rojos, que guardaba en todos los bolsillos de su chaqueta y sus pantalones. Luego oí que lo habían encontrado ahogado en el Sena, pero no sé si eso era verdad. Puede que hubiera vuelto a casa, a Inglaterra. Era un personaje de cuidado, el tipo del que te creerías cualquier cosa que te contaran. De todas formas, insistió en que Balthazarr era un hipnotizador y que, si quería, podía controlar una habitación llena de personas sin que ellas lo supieran. A una parte de mí le encantaban todos esos detalles salvajes y no le importaba demasiado si eran ciertos o no.

El sonido de unos tambores resonó desde una de las calles más estrechas, acrecentándose. La gente se levantó de sus asientos y formó un círculo en la plaza, alrededor de la pirámide de objetos listos para quemar en la hoguera, y yo me uní a ellos. Cuando los tamborileros entraron en la plaza, el sonido ya era ensordecedor. Llevaban unos disfraces rústicos que, aunque eran simples, cumplían su propósito de ser también aterradores. Eran una combinación de túnicas con capucha y máscaras hechas de cabello humano, hilo teñido de rojo y manchas grotescas pintadas de plata, cobre y oro sobre una áspera madera ennegrecida. Era sorprendentemente fácil creer que, en lugar de personas, los tamborileros eran duendes subterráneos. ¡El tipo de criaturas que podrían haber vivido en el lugar al que llevaban aquellas escaleras cerradas por las puertas de hierro! Debían llevar guantes

rellenos para que sus dedos pareciesen tan deformes y torcidos.

El público los aclamó y aplaudió. Dando vueltas y vueltas, los tamborileros rodearon la pirámide y, finalmente, una alta figura vestida con una túnica plateada apareció empuñando una antorcha.

—¡Balthazarr! ¡Balthazarr! ¡Balthazarr! —coreó el público.

Llevado por el espíritu de aquel momento, me uní a él. Un grupo entró corriendo desde la parte posterior, bloqueándome la vista. Molesto, me abrí paso a empujones a través de la multitud.

—Perdonen, me gustaría ver —dije en inglés, sin resultado. Se negaron a apartarse y yo empujé con más fuerza, sin importarme demasiado—. ¡Quiero ver a Balthazarr! ¡Dejadme ver!

Finalmente me abrí camino hasta la parte delantera. No había forma de distinguir quién era la figura alta en realidad, porque su cabeza estaba completamente cubierta por la máscara más deslumbrante que había visto, con la forma de un sol negro. Cada uno de los rayos en forma de daga brillaba en plata, como si estuviera bañado en polvo de estrellas. Su rostro era redondo y sombrío, con la boca y los ojos como finas rendijas a través de las que observar sin que se revelase su identidad. Mi pulso se aceleró. El interés y la ansiedad corrieron por mis venas.

La máscara debía pesar una tonelada y, sin embargo, su portador la llevaba de forma natural sin mostrar esfuerzo o desgaste físico alguno. Me di cuenta de que la túnica estaba formada por pequeños espejos, no más grandes que un naipe, y esquirlas de cristal roto sujetas por cables trenzados cosidos sobre un fondo de un material oscuro. Destellearon en el momento en el que la figura se giró, doblándose sobre su cintura para prender fuego a la base de la pirámide con su antorcha. La pila de madera debía de estar embadurnada de gasolina; esa era la única explicación lógica al rugido y la explosión de llamas que ascendieron hasta superar en altura a los edificios que conformaban aquella pequeña plaza. La alta figura lanzó la antorcha a la conflagración y el calor hizo que tuviera que retroceder y protegerme el rostro, pero el resto de juerguistas se acercó todavía más. No sé cómo podían permanecer tan cerca. Yo sentía cómo mi piel se tensaba, como cuando te quemas con el sol.

Los tamborileros desfilaron y golpearon sus instrumentos con más fuerza todavía y el público se meció y empezó a cantar en una lengua que no reconocí, pero que claramente no era español.

—¡Ebuma chtenff! ¡Gnaiih goka gotha gof'nn! ¡Fm'latgh grah'n ftaghu grah'n!

Una y otra vez, repitieron… no me atreveré a llamarlas palabras, pero estas toscas expresiones.

—¡Balthazarr! *¡Hafh'drn!* —gritó alguien, y la alta figura cubierta de cristales levantó los brazos.

No sé si soy especialmente sensible al calor, pues nunca había sentido una fragilidad especial en mi piel o mis nervios. Sin embargo, en aquella plaza y en aquel momento, me aterrorizó la idea de que mi cuerpo empezase a arder; de que mi piel pudiera derretirse, deslizándose entre mis huesos. Sonaba ridículo, pero el dolor me paralizó. Sentí como si mi columna se endureciera y el fluido de su interior se transformase en vapor. Mi médula ósea bullía y mi asustado cerebro se revolvía como una langosta en una olla de agua hirviendo.

¿Había escuchado mis huesos romperse o solo había sido el ruido de los petardos?

Debía de haber sido eso, los petardos. Observé una hilera de ellos que se retorcía en el suelo de la plaza. Un segundo equipo de artistas entró en el círculo alrededor de la pirámide en llamas. Este grupo era más ágil que los tamborileros: brincaban y saltaban, corriendo hacia el público y tocándoles. ¿Por qué verlo me revolvía el estómago? Los hábiles duendes blandían unas bengalas giratorias sujetas por la punta de unas largas picas. En cuanto se me acercaron, vi que en las puntas de las lanzas había unos tridentes similares al que Preston había dibujado con su dedo en la arena bajo la mesa, y en la punta de sus dientes rotaban unas ruedas de chispas blancas. No podía moverme o apartar la mirada.

Uno de los duendes empujó una carretilla hacia la figura alta, que se detuvo para alzar algo. ¿Dos marionetas? Tenían que ser marionetas, o unas grandes muñecas de trapo. Una estaba vestida como un hombre adulto y la otra, como una mujer. ¡Qué efigies tan indecentes! El guitarrista de pelo rizado rasgueó su instrumento y la joven del vestido de volantes bailó, no de la forma tradicional, sino como si estuviera poseída. La alta figura levantó las marionetas y una profunda voz de hombre habló a través de la máscara.

—¡Ebuma chtenff! ¡Gnaiih goka gotha gof'nn! ¡Fm'latgh grah'n ftaghu grah'n!

El público se apiñó, acercándose a las llamas. Alguien me empujó hacia delante y traté de protestar, pero mi garganta estaba paralizada. El guitarrista sacudió las cuerdas y la bailarina se tiró al suelo. Entonces, pareció como si una mano invisible alzara de nuevo su cuerpo con un golpe. A los pies de la ardiente pila, vi una pintura apoyada contra las llamas. El gentío me empujó aún más cerca. La temperatura era insoportable. En el cuadro había una ciudad… Estiré el cuello para verlo mejor, pero las llamas se lo tragaron y el lienzo

ardió.

La alta figura, cuyos espejos reflejaban imágenes del infierno, levantó la marioneta del hombre y la de la mujer… ¿Estaba una de ellas gimiendo? Dijo algo entre dientes en aquel idioma que parecía un trabalenguas. El intenso calor debía de hacer que aquellas marionetas se contonearan y retorcieran.

—*Lw'nafh. Lw'nafh. ¡Yuyu-Va'bdaa!*

Escupió esas últimas palabras y lanzó las marionetas a la pira. La pesada máscara resbaló y, bajo ella, me pareció ver el final de una larga barba bifurcada antes de que se colocara de nuevo la máscara en su sitio.

—*¡Yuyu-Va'bdaa! ¡Yuyu-Va'bdaa!* —gritó el público.

Ahora frente a él, su voz grave retumbó como un poderoso tambor.

—*¡YUYU-VA'BDAA!*

Me empujaron todavía más cerca y respiré el humo seco de la pira. Entonces, todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO CUATRO

Los toquecitos de un niño me despertaron al mediodía. Abrí un ojo e inmediatamente lo cerré de nuevo, pues el sol me cegó a través del campanario de una iglesia con una puntería digna de un francotirador. Me cubrí los ojos y volví a intentarlo. El chico, vestido como la marioneta masculina del festival, sonrió y se acercó cautelosamente con el palo medio quemado que había usado para sacarme de mi letargo en una silla de cocina.

Me incorporé y sentí cómo algo en el interior de mi cráneo chapoteaba como la leche cuajada. Tenía calor y la camiseta sudada se me pegaba a la piel. En mi regazo descansaba una jarra de fruta macerada que desprendía un olor dulzón y que resultó ser el resto de la sangría de la noche anterior. La dejé en el suelo antes de alejarla de mí con el zapato y de esta escapó una mosca que zumbó al pasar junto a mi mejilla. Me dolía la dichosa cabeza, había bebido demasiado y lo que había en mi estómago amenazaba con salir.

El chico me golpeó en la pierna con su palo.

A mis espaldas pude oír unas risitas nerviosas. Una chica de más o menos la misma edad salió volando de debajo del mantel y se detuvo junto al chico, ataviada con el mismo vestido que había llevado la marioneta femenina.

—Buenos días —les saludé en español.

—Buenas *tardes* —me corrigió la chica, y yo asentí.

Mi lengua se crispaba como una lagartija moribunda. Demasiado vocabulario español por hoy. Tratando de moverme lo menos posible y de utilizar únicamente mis ojos, estudié las ruinas de la plaza. Al igual que yo, había otros durmientes acostados sobre las sillas y bajo las mesas, como el hombre del cigarro que había encendido el cohete, que roncaba como un gato viejo a la entrada de una carnicería.

La pira había quedado reducida a cenizas y el olor a humo flotaba en el ambiente. Traté de levantarme y, en ese momento, fui consciente de mi error. Unas dagas me sacaron los ojos y caí de nuevo sobre la silla, a punto de volcar, algo que los niños encontraron sumamente divertido. Con los codos apoyados sobre mis rodillas, me sujeté la cabeza rota y traté de darle sentido a los fragmentos andrajosos de mis recuerdos sobre el festival. Las familias comiendo y bebiendo, los tamborileros, los duendes haciendo girar los cohetes, la pira ardiente,

las marionetas, la figura alta con la barba bifurcada, el cuadro de una ciudad en llamas…

Sentí otros dos pinchazos.

El chico estaba sujetando un vaso de agua en mi dirección, con la barbilla temblorosa. Sus ojos eran de un precioso color caramelo.

—¿Agua, señor? —dijo en español.

Tomé el vaso con las dos manos y bebí, sediento. Tras tragar con ansia, percibí el olor a azufre seguido del asqueroso sabor a moho y residuos aceitosos. Escupí el agua de mi boca sobre el suelo de la plaza, tosiendo y sintiendo cómo las náuseas ascendían por mi garganta, y miré el vaso. Unas gotas verdes y quemadas flotaban en el líquido tibio. Aquel parecía el agua de la fuente de las monedas.

El chico y la chiquilla rieron y corrieron por la plaza, gritando de felicidad. Me limpié la boca con el puño de mi camisa y, lentamente, me aproximé a las cenizas. Ni toda la sangría del mundo podría haber provocado una alucinación como la de la gran y terrible ceremonia que había presenciado, o eso supuse. Me abrí paso a patadas entre las brasas ardientes y, bajo la cortina de polvo, advertí los bordes exteriores de un diagrama dibujado con tiza. Me arrodillé junto a las cenizas; fuera lo que fuese aquel diseño, la fogata piramidal se había construido sobre él.

Dos grandes huellas carbonizadas se habían quemado sobre las piedras de la plaza. Había sido la figura alta de la máscara y la barba bifurcada la que las había dejado. Me froté la canosa mandíbula. ¿Qué había visto la noche anterior exactamente? ¿Qué podría testificar bajo juramento en un juzgado? ¿Se había cometido un crimen? ¿Un doble sacrificio?

No.

Puede que los eventos fueran parte de las celebraciones, después de todo, o que hubiese bebido demasiada sangría. Apenas tenía pruebas que apoyasen una teoría más siniestra; no puedes encarcelar a la gente por hablar un dialecto raro. Claro que actuaban de forma extraña o incluso te asustaban, pero ¿alguna vez has ido a una fiesta de gala en Arkham?

El hombre del cigarro gimió, girándose hacia el otro lado. Soplaba un viento cálido. Era un extraño allí, ¿quién era yo para cuestionar sus tradiciones, por inquietantes que parecieran ante mis ojos foráneos? ¿Cuánto de ello era fruto de mi propia imaginación? Sinceramente, no sabría decirlo. De pronto me asaltó la imperante necesidad de volver a casa. Quería sentir aquella rareza familiar que tanto conocía. Necesitaba ver Arkham.

Fue sorprendentemente fácil encontrar el Renault. Las calles

estaban desiertas y alguien había tapado las alcantarillas. Tuve miedo de no poder encontrar una salida de la ciudad, pero esa mañana tuve suerte y descubrí una calle paralela que daba a una avenida por la que no había conducido al entrar en la ciudad. No tardé en llegar a la autopista. En la primera intersección vi una señal con una flecha que apuntaba en la dirección contraria a la que venía y que rezaba «BARCELONA», por lo que supongo que nunca visité *esa* ciudad. Me encaminé de nuevo hacia el pueblecito pesquero.

Viajar es un estado liminal, y en esos estados, la mente siempre es vulnerable, o incluso frágil. De pronto, me entró el pánico y me sentí a la deriva. ¿Qué hacía allí, en España, y en el universo? Estos pensamientos asaltaron mi mente mientras conducía.

Pero podría haber sido solo la peor resaca de mi vida.

Me aseguré de que me sentiría mejor una vez llegase a Arkham. Ver las caras de personas a las que reconocía, amigos, conocidos de mi pasado, mi familia e incluso mi viejo perro, Pincho, me haría sentir cómodo y estable; con los pies en la tierra de Nueva Inglaterra.

—*Vuelve a casa, Alden* —me dijo una voz reconfortante.

Hice las maletas, cambié mi billete y le hice caso.

CAPÍTULO CINCO

—¿Señor Alden…? ¿Señor…?

Una mano huesuda me cogió del brazo y el frío de sus dedos penetró mi pijama de seda. Reconocí su tacto gélido: era Roland, el anciano mayordomo de nuestra familia.

La mano me zarandeó.

—Uuh… Hm… grrr…

—Señor, ¿está despierto?

—No —respondí, cubriéndome con la cobija hasta la barbilla.

—Unas visitas le esperan abajo.

—Échalos, no pienso entretener a nadie esta mañana.

—Es el señor Preston Fairmont, y la señorita Minnie está con él. Dicen que van a comer juntos.

Alarmado, levanté el borde de mi antifaz.

—¿Qué hora es?

Roland consultó su reloj de bolsillo.

—Casi mediodía.

Tiré las sábanas al suelo y salté de la cama. La habitación estaba sombría, y un trueno retumbó por toda la casa. El viento y la lluvia azotaban los arces escarlatas del patio de Oakwood. La mansión italiana de mi familia se ubicaba en lo alto del histórico French Hill, donde su arquitectura destacaba entre las residencias hugonotas y de inspiración colonial como un tiramisú en el escaparate de una pastelería parisina. A los Oakes no les avergonzaba ser el centro de atención.

—¿Qué día es, Roland? ¿Qué maldito día es hoy?

Me quité el pijama y mis pies descalzos aterrizaron sobre un charco del suelo. Las puertas de mi dormitorio se habían abierto desde el balcón, y las cortinas estaban oscurecidas a causa de la lluvia.

Roland frunció sus canosas cejas.

—Hoy es lunes, 20 de septiembre… del año de nuestro señor, 1925… Lleva en casa un par de semanas, debería haberse adaptado.

—¿Por qué están abiertas esas condenadas puertas? La habitación está inundada.

—Anoche insistió en que las dejáramos así, señor.

—¿Eso hice? ¿Y me hiciste caso?

—Me hizo jurar que así lo haría. Dijo que la lluvia le ayudaba a

dormir.

—Bueno, es obvio que tenía razón.

Roland me extendió un traje de lana y un par de Oxford bicolores de mi armario.

—Gracias, Roland. Ya sabes lo confuso y cascarrabias que me pongo antes de desayunar.

—Y de comer.

Asentí, abotonándome una camisa nueva de rayas moradas. Roland llevaba enfrentándose a mi habitual tardanza desde que dormía en una cuna. Era hijo único, y Roland era lo más parecido que tenía a un hermano muy, muy, *muy* mayor. Durante mi viaje por Europa, lo había echado de menos más que a mis propios padres, lo que no es mucho decir. Roland y yo habíamos pasado por mucho juntos: sentíamos debilidad por el sentido del humor del otro y nos divertían nuestros compromisos sociales, a menudo incómodos; aunque Roland debía tener cuidado con no compartir sus opiniones para mantener su puesto en la casa y yo no corría ese riesgo. Los ojos cristalinos y azules de Roland me miraron con un brillo alegre.

—Recíbalos, ¿sí?

Suspiré.

—Estaré abajo en un minuto. Prepara café.

—He preparado el harar etíope que tanto le gusta. Tendrá una taza lista en cuanto baje.

—Eres un ángel, Ro.

Con un atisbo de sonrisa, cerró la puerta.

• • •

—¡Minnie! ¿Cuánto tiempo ha pasado? Estás tan arrebatadora como siempre. —Tomé su mano y le besé los nudillos—. Y qué joyas tan descomunales, casi me rompo un diente.

—¡Oh, Alden! Preston se ha superado a sí mismo. Debe haber traído este gigantesco diamante de las montañas, a lomos de un elefante. —El perfume a jazmín de Minnie llenaba el vestíbulo tanto como su voz meliflua.

—Sin duda, tu prometido ha debido pasar numerosas noches a horcajadas sobre bestias enormes —dije.

Preston me lanzó una mirada de terror por encima de la cabeza de Minnie, pero ella nos ignoró mientras admiraba su anillo de compromiso.

Roland entró en silencio como un fantasma para anunciar que el café estaba listo y Minnie se sobresaltó de la presencia a sus espaldas.

—¿Me acompañaría a un café antes de que nos aventuremos en

este clima borrascoso? —le dije, tendiéndole el brazo; y ella lo tomó, entrelazando su mano libre con la de Preston.

Todos juntos seguimos a Roland.

Minnie tiró de mí y susurró:

—Tu sirviente me pone los pelos de punta. Hay algo sepulcral en él.

—Oh, Ro es un buen tipo. Recuerda que nunca les informó a mis padres de tus visitas nocturnas a mi habitación.

Minnie asintió, reconociendo la discreción de Ro, y me dio un apretón en recuerdo de los tiempos que pasamos juntos. Al llegar al salón principal, le retiré la silla para que se sentara y Roland trajo un carrito de plata abastecido con una jarra de café y dulces. La lluvia gris aporreaba el cristal de las ventanas y el viento sollozaba, atrapado en la chimenea. Preston parecía distraído, dando sorbitos a su café sin prestar demasiada atención a los detalles nupciales que Minnie describía. Supuse que habría oído aquellos planes docenas de veces. Puede que se sintiera inquieto, anticipándose al gran día. Preston parecía tan elegante como siempre, pero distante; algo frío. Minnie, por otro lado, estaba radiante. Nunca la había visto tan animada, y el movimiento la realzaba de la misma forma que la quietud enaltecía a otros. Ninguno de los retratos de Minnie que había intentado pintar le hacían justicia, siempre daban una impresión *más pobre*. Hacía falta conocerla en persona para experimentar su encanto. Dejando a un lado nuestro compromiso roto, siempre me había gustado Minnie, y me di cuenta de que aún lo hacía.

—Preston, cuéntale lo de las entradas —dijo ella, dándole un golpecito en la rodilla.

Preston despertó de su trance.

—Ah, claro, las entradas… Es una sorpresa. Queremos que vengas con nosotros, como regalo por haber vuelto de Francia antes de lo previsto.

—¿Entradas para qué? —dije.

—Díselo, díselo —chilló Minnie, llena de júbilo.

—Houdini —respondió Preston, metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿El mago?

—¿Y qué otro Houdini va a ser, tonto? —dijo Minnie—. Va a dar un espectáculo aquí, en Arkham. Nosotros vamos a ir, y tú nos vas a acompañar.

Preston me entregó la entrada.

—Pero si es esta noche en el teatro Ward —dije, sorprendido.

—Después iremos entre bastidores para conocer al propio Houdini

—añadió Preston.

—Bueno, en ese caso… —la idea de pasar el resto del día con Preston y Minnie me hacía saltar todas las alarmas. No quería hacer de carabina pero, por otro lado, siempre había querido ir a un espectáculo de Houdini. Además, rechazar la invitación de Minnie no era lo más conveniente—… me encantaría acompañaros.

Minnie aplaudió con sus diminutas manos.

—Seré la envidia de todas las mujeres presentes —dijo.

—Siempre lo eres, cariño —respondió Preston, y se besaron mientras yo estudiaba mi entrada.

—Aquí dice que es un espectáculo en tres actos. Me pregunto en qué consistirán.

Envuelta en los nobles brazos de Preston, Minnie recorrió el cabello de su prometido con los dedos.

—Trucos, fugas y revelación de fraudes —respondió sin aliento.

—Trucos, fugas y revelación de fraudes —repetí, tamborileando mis labios con la punta de los dedos como cuando uno medita sobre un misterio filosófico y profundo.

—El espectáculo es solo un juego, nada demasiado serio —dijo Preston.

—Solo estaba pensando que igual querríais prestar especial atención, todo lo que aprendáis podría seros de utilidad después de la boda.

Ambos rieron.

—Oh, Alden, ¡cuánto te he echado de menos! Eres el antídoto perfecto para el cielo encapotado de Arkham —dijo Minnie, separando sus labios y dejando al descubierto el intrigante huequito entre sus dientes delanteros.

—Espero que no le hayas echado demasiado de menos —respondió Preston con el ceño fruncido.

Estaba a punto de contestar algo ingenioso cuando Pincho, mi galgo gris, irrumpió en la habitación dando saltos, atraído de forma irremediable hacia Minnie y tratando de subirse a su regazo.

Ella le dio una galleta de mantequilla.

—¡Oh! ¿Podríamos llevarlo con nosotros a comer?

—Hay un pequeño restaurante en la esquina donde Pincho siempre es bienvenido —dije.

—Me encantaría llevarlo de paseo —se ofreció.

—Pues adelante —cogí la correa del perro de la percha en la pared.

—Mientras paseamos, me contarás todos los detalles sobre tu estancia en el Mediterráneo. ¿Cómo fue?

—Calurosa, interesante, aburrida… y extraña.

Minnie esbozó una sonrisa.

—¡Nos lo vamos a pasar muy bien este año! ¿Te lo ha contado Preston? Nuestra boda se celebrará en Halloween. ¿No te parece espeluznante? En el buen sentido, claro. Hay tanta gente nueva y fascinante por conocer, Alden. Arkham está cambiando. No te rías, es verdad. Y el ambiente se está caldeando. ¿Te acuerdas de lo difícil que era encontrar una buena fiesta hace unos años? La gente seguía deprimida por lo de la guerra y toda esa calamidad, pero ahora todo vuelve a ser divertido.

—¿A quién no le gusta pasárselo bien? —dije mientras los tres cruzábamos el umbral para adentrarnos en el frío exterior.

• • •

Houdini no decepcionó. Ejecutó el famoso truco indio de la aguja y su propia invención diabólica, la celda de la tortura acuática, que nos dejó sin aliento en el balcón del teatro Ward. Cada fuga y truco salió a pedir de boca. El ilusionista también dedicó algo de tiempo a desmentir los métodos de los espiritistas y otros farsantes. Decía que, incluso si alguien habla con los muertos, ellos nunca responden. Durante ese fragmento del espectáculo, examiné el público a nuestros pies y, para mi sorpresa, juraría que vi a Juan Hugo Balthazarr sentado en primera fila, hacia el centro del escenario. No tenía el mejor ángulo para confirmar si efectivamente se trataba de él, pero cuando el hombre se inclinó hacia delante atentamente, el parecido con la foto que había visto del español era asombroso. Llevaba una barba bifurcada y le sacaba una cabeza al resto de sus acompañantes. Además, la animosidad en su rostro cruel era inconfundible. Era como si le guardase un rencor personal al Houdini que desmentía todo aquello.

Minnie se había quedado dormida en el hombro de Preston durante el acto, pero para cuando acabó, ya estaba despierta de nuevo. Preston permaneció junto a ella en todo momento.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —me preguntó.

—En gran medida.

No podía saber que parte de mi entusiasmo se debía al posible avistamiento de Balthazarr en el teatro. ¡Esta podía ser mi oportunidad de conocer al célebre surrealista! Le busqué tras el alboroto que siguió a la actuación, pero entre el gentío que abandonaba el teatro no divisé ningún hombre alto con una barba bifurcada. Puede que estuviese equivocado y Balthazarr nunca hubiera estado allí.

—¿Listo para ir al área de entre bastidores? —nos preguntó Preston, y Minnie asintió con entusiasmo.

—¿Sabes? Lo llaman «El rey de las esposas».

—Ten cuidado, querida —dije—. Puede que te atrape y luego te corte por la mitad.

Preston hizo una seña.

—A través de esas pesadas cortinas está la puerta de acceso al área entre bastidores. Tú primero, Oakesy. Si nos encontramos con los de seguridad, les diré que soy un Fairmont. Hemos salvado este sitio de su cierre. Han tenido un estreno terrible, con una obra sobre no sé qué rey de amarillo, y la gente ha muerto, literalmente. Una pena, ya que por lo que he oído, la obra era excelente. No hay quien entienda el arte dramático.

Encontré la escalera y descendí por ella, con Minnie y Preston pisándome los talones. Cuanto más descendía, más oscuro se volvía todo. En la negrura del último tramo, tropecé con los escalones del final y caí sobre una puerta de acero que se abrió de par en par, dando paso a un estrecho pasillo con puertas cerradas en ambos extremos. Una débil bombilla colgaba del techo únicamente sujeta por un hilo, y en el suelo descansaba una jaula llena de palomas blancas. Me había estrellado contra la puerta con tal fuerza que había golpeado la pared de ladrillo tras ella, provocando un gran estruendo que resonó por todo el pasadizo y provocó que las palomas batieran las alas.

Estaba a punto de preguntar a Preston si estábamos en el lugar correcto cuando una de las dos puertas se abrió y una cabeza asomó por ella. El propio Houdini me miró detenidamente desde la esquina, con unos intensos ojos que brillaban en la penumbra. Minnie y Preston aparecieron a mis espaldas, riendo, y entonces ella se quedó sin aliento.

—¿Es él? ¿El verdadero McCoy?

—No soy McCoy, pero si le sirve de consuelo, soy el verdadero Houdini —dio un paso hacia delante e hizo una reverencia.

Houdini no era un hombre grande, pero sí compacto y fornido. Incluso vestido con camisa, se adueñaba completamente de todo lugar al que entraba. Nosotros le devolvimos la reverencia. Llevaba una toalla alrededor del cuello, pero en él parecía un misterioso accesorio en lugar de una simple tela para limpiarse el sudor después de una exhibición físicamente agotadora de sus habilidades.

Yo me había quedado paralizado y sin palabras, pero Preston no estaba tan anonadado.

—¿Podríamos charlar con usted? Tenemos pases para acceder al área de entre bastidores.

—Por supuesto. Por favor, acompáñenme a mi camerino —respondió Houdini.

Nos sorprendió encontrarle solo.

Cerró la puerta y nos adelantó.

—Mi mujer, Bess, ha salido a buscar la cena. Por favor, siéntense, ¿quieren?

La habitación era pequeña y sucia. Una alfombra harapienta cubría parte de la tarima rayada y el aire olía a humedad y a falta de ventilación. Una vez estuvimos los tres congregados alrededor del mago, me sentí oprimido y casi claustrofóbico, pero a Houdini no parecía importarle. Se reclinó en una *chaise longue*, bebiendo un vaso de agua con hielo. Ahora que teníamos un acceso especial, no sabíamos qué hacer exactamente y un silencio incómodo se adueñó de la habitación.

Preston carraspeó.

—Espero que esté disfrutando de su visita a Arkham —dijo Minnie.

—Me encanta actuar aquí. Tengo muchos admiradores sedientos de magia —respondió Houdini,

Y de nuevo, silencio. Solo se oía el tictac de un reloj inadvertido y el sonido de pisadas en el pasillo.

Solté la lengua.

—Siente usted un verdadero fervor por exponer a los charlatanes —dije.

—Son buitres —respondió—. Se aprovechan de los débiles y los afligidos. Son un insulto a mi intelecto y al vuestro, así que pienso luchar contra ellos. He ofrecido una recompensa de 10.000 dólares a cualquiera que declare tener supuestos poderes sobrenaturales y que pueda demostrar no ser un estafador ante mis ojos. Nadie la reclamará nunca, pero mantendré la mente abierta. Me gustan las sorpresas, solo pido que me lo demuestren.

Entonces sonaron unos golpes firmes en la puerta del camerino.

—Disculpen —dijo Houdini, y nos rodeó para saludar a su nuevo invitado.

Preston se inclinó hacia Minnie y hacia mí.

—Puede que nos enseñe algún truco de cartas.

Yo negué con la cabeza.

—Ya nos ha dado un espectáculo que no olvidaremos jamás. Deberíamos irnos.

—Al menos podría firmarnos los programas —propuso Minnie, y Preston estuvo de acuerdo con ella—. Deberíamos tener algún recuerdo de esta noche.

—Yo, al menos, nunca la olvidaré, aunque no nos dé nada más.

Houdini, que hasta entonces había estado hablando en susurros con su invitado, emitió un súbito alarido de dolor y se tambaleó hacia atrás, chocando contra Preston. Este agarró al mago por los hombros para evitar que se desplomase en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Pero si está más pálido que un fantasma —dijo Minnie.

Me apresuré hacia la entrada y me asomé al pasillo justo a tiempo para ver la figura de un hombre alto con un sombrero de copa y una capa de seda que se alejaba rápidamente hasta desaparecer entre las sombras.

—¡Usted! ¡Deténgase!

El hombre alto se dio la vuelta y pude ver la barba bifurcada. Era el mismo hombre que había observado en el auditorio, ¡el que creía que era Juan Hugo Balthazarr! Fui en su busca.

—¿Balthazarr? ¿Es usted? ¿Qué está pasando?

Pero el hombre alto siguió su camino sin ralentizar la marcha.

—Alden, ¡ayúdanos! —gritó Minnie.

—¡Creo que Houdini no respira! —añadió Preston—. ¡Llama a un médico!

A pesar de mi deseo de perseguir al fantasma, volví junto al indispuesto ilusionista.

—¿Dónde voy a encontrar un médico, Preston?

Él se encogió de hombros con la cabeza de Houdini en su regazo. Los ojos del mago estaban fijos en algún punto lejano y su boca estaba entreabierta. Era como si hubiese visto algo terrorífico e innombrable acosándolo, algo de cuyas garras no pudiera escapar.

—¡Houdini! ¡Houdini! —lo zarandeé.

De pronto respiró hondo, como un hombre salvado de morir ahogado.

—Me han apuñalado. Abajo, en el costado derecho. El demonio me ha clavado su cuchillo.

Por más que buscamos, Preston y yo no encontramos ninguna herida… ni rastro de sangre alguno…

—Está intacto —dije—. No veo ninguna herida.

Houdini se palpó el cuerpo, al principio con cautela, pero después con más fuerza. Comprobó sus dedos en busca de la prueba roja que demostrase la presencia de una herida.

—¡Increíble! *Sentí* cómo la hoja me atravesaba, ¡como una sacudida eléctrica! Ese demonio me tocó con su mano y me habló en una lengua que no había oído nunca. No entendía ni una palabra, pero juraría que me estaba matando. Esperen: sí que entendí algo de lo que dijo. Mientras me atravesaba, dijo: «Dígame si esto le parece lo

suficientemente real, señor».

—¿Lo reconoció? —pregunté.

Houdini negó con la cabeza.

—Era un extraño.

Dudé si mencionar el nombre de Balthazarr. No tenía ninguna prueba, ni una sola.

Incorporándose, el mago recuperó sus fuerzas lentamente.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —preguntó Minnie.

—¿Y qué crimen se ha cometido? —respondió Preston.

—Este hombre ha sido agredido —dije.

—A mí me parece que ya está perfectamente. Quizás solo se tratara de una broma —respondió él—. Un mero truco.

Houdini se puso en pie con nuestra ayuda y se sacudió la ropa, examinándose de nuevo el costado derecho.

—Su amigo tiene razón —dijo, apretándome el brazo—. No he recibido daño alguno y mi atacante debe de estar ya muy lejos. Solo necesito descansar.

Fue entonces cuando llegó la mujer de Houdini, Bess. Le contamos lo del incidente y, aunque se asustó al conocer aquel desconcertante encuentro, su marido le aseguró que se sentía bien. Nos separamos y no sentí vergüenza alguna cuando Preston y Minnie le dieron sus programas al ilusionista para que los firmase. Houdini fue amable y servicial, y con el bolígrafo en la mano, me preguntó dónde estaba mi programa. Lo tenía en el bolsillo, pero le dije que me lo había dejado en el asiento.

—Puede firmármelo la próxima vez que venga a Arkham —propuse.

—Así lo haré. Gracias por venir —respondió.

Estábamos a punto de salir cuando, de pronto, exclamó:

—¡Esperen! —Nos giramos a la vez para ver al escapista rebuscando en un rudimentario saco tras el diván hasta que, por fin, encontró lo que andaba buscando.

—Por favor, déjeme obsequiarle con una muestra de mi gratitud.

Houdini sujetaba un par de esposas y, cuando extendí el brazo para aceptarlas, me las colocó alrededor de las muñecas. Luché por abrirlas sin éxito, y el grueso hierro me hirió la piel.

—¿Cuál es el truco? —preguntó Minnie.

Houdini nos mostró sus manos vacías.

—No hay truco. Extienda la palma de su mano, querida. —Minnie obedeció y él cubrió su mano, cerrando el puño sobre ella. Entonces, extendió los dedos—. La mejor forma de abrir un cerrojo es tener la llave.

La dejó sobre la mano de Minnie y ella chilló de alegría. Después de algunas provocaciones, introdujo la llave en el cerrojo y me liberó. Yo me froté las muñecas y Houdini me dio una palmadita en la espalda.

—Las guardaré como un tesoro —dije, metiéndose las esposas en el bolsillo.

Mis amigos y yo abandonamos el teatro Ward. Había escampado, pero el aire nocturno era denso. La niebla cubría la ciudad, y en el centro, las luces de gas titilaban como antorchas flotando por el espacio. Me imaginé a aquel hombre alto y barbudo entre la niebla, observándonos. *Dígame si esto le parece lo suficientemente real, señor.* Me recorrió un escalofrío. Aquella tarde me había perturbado. Ese hombre no podía haber sido Balthazarr.

¿O sí?

Un año después (en Halloween, de hecho), el Gran Harry Houdini murió tras un espectáculo en Detroit. Los médicos determinaron que la causa de la muerte había sido una peritonitis derivada de una apendicitis, aunque los rumores subsiguientes culpaban a un universitario canadiense que presuntamente había golpeado a Houdini en la tripa unos días antes. Las últimas palabras de Houdini fueron «estoy cansado de luchar».

Apuesto a que así era. Llevaba meses con aquella maldición extendiéndose por su interior. Pero dejaré que te formes tu propia opinión sobre el tema, yo ya tengo la mía.

CAPÍTULO SEIS

Para mediados de octubre, la mansión de la familia Oakes había demostrado ser demasiado estrecha para albergarnos tanto a mis padres como a mí, a pesar de nuestra costumbre de dedicarnos a tareas opuestas en habitaciones separadas. Una mañana, Roland me trajo un sobre sobre una bandeja de plata con una carta de Madre en su interior:

Querido Alden:

¡Ya sabes que tu padre y yo te adoramos y nos complace profundamente tenerte de vuelta en Oakwood con nosotros! Sin embargo, no podemos evitar preguntarnos si no estarías más feliz aún rodeado de personas de tu edad que se alegren al escucharte merodear por la casa sin importar la hora. Por supuesto, puedes quedarte si así lo deseas; nosotros estaríamos encantados de tenerte aquí. ¿Pero no sería mejor para todas las partes interesadas que buscaras otras alternativas?

Con todo nuestro apoyo y ánimo,
M y P

—¿No es genial? Me está avisando, Ro. Toca evacuar el lugar. —Siempre me había sentido un estorbo para mis padres, así de acogedor era Oakwood.

Supongo que debería haberlo visto venir.

El viejo Roland, que siempre había sido mi hombro mudo en el que llorar, se colocó junto al escritorio con la vista fija en los arces escarlatas del jardín. El aroma a hojas ardiendo ascendía hacia el cielo como si se tratara de incienso sacrificatorio mientras los jardineros preparaban el terreno para el invierno. A lo lejos se elevaba un edificio de hierro y cristal con la forma de una pequeña capilla gótica: el invernadero de mi madre, donde rotaba las macetas de violetas africanas controlando su luz, revisándolas en busca de pulgones, arañuelas, ácaros y cochinillas blancas; hundiendo su meñique en la tierra para supervisar si estaban demasiado secas o húmedas.

Garabateé una nota en el reverso de la carta de mi madre:

Estimada madre:

Comenzaré mi búsqueda de forma inmediata. De no hallar nada, he oído que hay una vacante «de lujo» en la Pensión de Ma. ¡Estaría lo suficientemente cerca como para que padre y tú os acercaseis a disfrutar de un plato del famoso estofado casero de Ma junto al resto de huéspedes!

–A

—Ya está —dije—. Eso servirá para darle un susto. —Doblé la nota por la mitad y la tiré sobre la bandeja. Madre odiaba las provocaciones, y el humor, en general—. Voy a salir, Ro.

Roland se volvió, alejándose de mí. Pero antes de irse, se detuvo.

—¿Quiere que llame a un taxi?

—No, gracias. Iré caminando. ¿Tienes el periódico de hoy? Necesito encontrar una nueva casa.

—Iré a buscarlo al estudio. ¿Desea también los periódicos de Boston?

—Comienza por el *Advertiser*. Dime, Ro, ¿cómo busca uno alojamiento en esta ciudad?

—Creo que con cuidado, señor —respondió—. Llevo viviendo en Oakwood desde hace mucho. Apenas recuerdo lo que es vivir en ningún otro sitio, pero me alegro de ello. Se oyen historias…

—¿Qué tipo de historias?

—Oh, historias horribles… sucesos peculiares, desapariciones, asesinatos extraños que ni los detectives más experimentados son capaces de explicar, cuerpos mutilados flotando en el río Miskatonic y a lo largo de las vías del tren… Una vez desaparecieron dos bailarinas jóvenes y encantadoras, y luego encontraron sus cuerpos quemados… algo horroroso, si lo piensa. —Sonrió, tocando con la punta de su afilada bota negra el umbral. Roland disfrutaba con un buen cuento macabro.

—Solo pensaré en cosas felices mientras busco apartamento.

—Una idea excelente —respondió—. Merece la pena ser positivo.

Esbozó una sonrisa y se fue.

Tras unos minutos, estaba recorriendo mi mandíbula enjabonada con una cuchilla cuando Roland deslizó un periódico por debajo de la puerta. Me sequé con una toalla y lo recogí antes de oír unos arañazos curiosos en el pasillo. Abrí la puerta para echar un vistazo y Pincho entró en la habitación.

—¿Cuáles son las últimas noticias en Arkham, Pincho? —Me tiré sobre la cama y empecé a hojear el *Advertiser* mientras Pincho se despatarraba a mis pies con un profundo suspiro.

Mi padre leía el *Arkham Advertiser* desde los tiempos en los que aún se llamaba *Gaceta de Arkham*. Al principio lo hacía con la

intención de ver su nombre en el periódico mientras su fama como empresario crecía pero, una vez fue rico, comenzó a dedicar más tiempo a mantener su nombre y el de sus empresas alejadas de la prensa. No era un gran admirador del actual jefe de redacción del periódico, ni tampoco de los «escritores de ficción entrometidos», como llamaba a su equipo de periodistas de investigación sensacionalistas; pero pagaba una suscripción para poder leer sobre sus rivales, reírse entre dientes de sus infortunios y maldecir sus logros con su cucharada de pomelo matutina. Entre mordisco y mordisco de pan de centeno tostado con mantequilla, interrumpía su escrutinio de las noticias exclamando: «¡mentira!», «¡memos!», «¡eso es imposible!» y, de vez en cuando, formulando alguna pregunta retórica: «¿quién le da trabajo a estos imbéciles?» o «¿en esto gastáis la tinta?». Además, creo que simplemente le gustaba quejarse.

Ya había leído por encima la mayor parte de la edición matutina y estaba a punto de tirarlo todo al suelo a excepción de los anuncios por palabras cuando una historia en la página trasera me llamó la atención.

ESCULTOR ASESINADO POR UNA GÁRGOLA EN MAL ESTADO

Arkham, MA, 13 de octubre – El artista Courtland Elias Dunphy falleció durante la mañana de ayer en la Iglesia Católica Romana de Todos los Santos del Sur de Arkham mientras tomaba medidas para el reemplazo de la gárgola de la esquina noroeste del tejado de la Iglesia del Sur. Los testigos afirman que un fragmento de la estatua se desprendió del edificio, lo que provocó que el artista perdiese el equilibrio y cayera sobre la acera bajo sus pies. Dunphy se trasladó a Arkham desde Wisconsin el mes pasado después de ganar un concurso nacional patrocinado por un contribuyente anónimo para adornar la Iglesia del Sur con nuevas estatuas. «Court era un alma sensible y un magnífico escultor. Ojalá hubiese tenido más experiencia escalando antes de emprender este proyecto», ha dicho el padre Michael Cryans, pastor de la Iglesia del Sur. Dunphy no tenía parientes conocidos.

—Esto es espantoso.

Quizás este era el tipo de historias extrañas y horribles de las que hablaba Roland. Sin razón aparente, me vino a la mente una imagen del estrambótico festival al que había asistido en España: la figura de la máscara como un rayo solar, el fuego y el cuadro de una ciudad en llamas. Tan rápido como llegó la visión, desapareció; no entendí por qué me había venido justo en aquel momento. Me incliné para acariciar la cabeza de Pincho.

—Es usted un tipo desafortunado, señor Dunphy. —Pincho sintió un escalofrío y, lloriqueando, se acurrucó alrededor de mis tobillos—. Tienes razón, Pincho. Le prometí a Roland que solo pensaría en cosas felices.

Hojeé los anuncios por palabras, pero como no encontré nada, decidí darme el capricho de salir a dar una vuelta por la ciudad en busca de un cartel en alguna ventana que indicase que había una habitación en alquiler. Descarté la idea de comprar una casa: llevaba vagando por Europa meses y no estaba listo para echar raíces. Alojarme en hoteles europeos mientras viajaba me daba una sensación de libertad que me había acabado gustando, pues podía recogerlo todo y marcharme cuando me diera la gana. Pero pensar en hacer lo mismo en Arkham era muy distinto. Todas las personas a las que conocía aquí vivían aún en casa con su familia o estaban casados y empezando una nueva familia por su cuenta. Sabía que había un par de solterones de cuando iba a la universidad que estaban viviendo juntos, pero eran tan cercanos como un matrimonio y prefería no inmiscuirme en su organización doméstica. No, lo que me molestaba no era la idea de mudarme, sino la de no avanzar o quedarme atrapado de nuevo en el estancamiento que me había obsesionado durante mi estancia en Cannes. Había sacado las pinturas que había hecho en España después de reasentarme en mi estudio de Oakwood. Eran buenas, mejores que los proyectos fallidos y a medio hacer que las precedían; pero, aun así, les faltaba algo. Era como si estuvieran esperando a que llegase otra pieza, así que las aparté.

No había pintado nada desde que había vuelto a Arkham. Esa era la dirección que estaban tomando mis pensamientos inconexos cuando alcé la mirada para encontrarme frente a la Iglesia del Sur, el escenario del terrible accidente en el que Courtland Dunphy había fallecido hacía solo un día. Mis pies me guiaron hacia el lugar casi de forma automática. En efecto, el cerebro es un órgano raro. Funciona a unos niveles que la ciencia aún no ha explorado. Alguna parte de mi consciencia me había traído allí. ¿Podría ser una coincidencia? Lo descarté inmediatamente. Había leído sobre aquel caso y ahora estaba ahí. ¿Me moría de curiosidad a un nivel instintivo del que no era totalmente consciente? ¿O me había guiado otra cosa? ¿Un impulso misterioso?

Levanté la mirada hacia el campanario y advertí que me encontraba en el lado equivocado de la iglesia. Aquí estaban las puertas que protegían el nártex, pero Dunphy se había caído por la parte trasera, tras el santuario. No había gárgolas colgando de esta parte del tejado. El ángulo del sol teñía la vidriera de un color aún

más bermejo, como si rezumase sangre. ¡Ah, mi macabra imaginación! Avancé con pasos pesados, haciendo crujir las hojas secas que bordeaban los laterales de la iglesia. Cuando di la vuelta a la esquina de piedra gris, me sorprendió ver a otra persona, una mujer joven, merodeando por el lugar del deceso de Dunphy. Su mirada estaba fija en algo a sus pies.

Tuve tiempo para observarla antes de que advirtiera mi presencia. Tenía un aspecto elegante, ataviada con un vestido de lana verde oliva y un sombrero campana negro ajustado sobre su media melena rizada. Estaba agachada sobre el bordillo de la calzada, revolviendo con sus dedos una pila de hojas, pero en cuanto se levantó, se dio cuenta de mi presencia y gritó, asustada. Se quedó en una posición rara, ladeada y de puntillas sobre sus estilizados tobillos en el bordillo de aquella calle empedrada.

—¡Ah, jo…! —gritó.

Me apresuré hacia ella y la sujeté por la muñeca.

—Lo siento —dije.

Soltó mi agarre.

—No debería acechar a la gente, es de mala educación.

—No estaba acechándola.

—Pues asustar —respondió.

Sus ojos eran castaños, al igual que su pelo; y ambos parecían oscurecerse bajo su sombrero. Alzó su barbilla para observarme de arriba a abajo y no pudo evitar parecer altiva y molesta mientras me miraba por encima del hombro. De pie, medía medio palmo más que yo.

—Le pido disculpas —dije—. No era mi intención sorprenderla.

—¿Por qué está usted husmeando la parte de atrás de esta iglesia?

—¿Por qué lo hace *usted*?

Nos miramos el uno al otro con los ojos entrecerrados, pero ella habló primero.

—He venido para investigar el lugar de la muerte de un hombre.

—Yo también —respondí.

Nuestro intercambio dio paso a otro duelo de miradas, pero esta vez fui yo quien rompí el silencio.

—He leído sobre ello en el *Advertiser* y tenía curiosidad.

Ella asintió.

—Pues yo le conocía —dijo, con un leve deje de superioridad.

—¡Le conocía! Lo siento mucho, lamento profundamente lo ocurrido.

Ella negó con la cabeza.

—No me trataba demasiado con él. Éramos conocidos, nos

saludábamos cada mañana al pasar. Él estaba entregado a su trabajo en la iglesia —señaló el edificio.

Al alzar la vista, me encontré unas gárgolas encorvadas como rapaces de piedra sobre las esquinas de la estructura. Mi mente hizo una serie de cálculos rápidos y, efectivamente, una caída desde esa altura sería fatal. Sentí un vuelco en el estómago, como si yo también me estuviera cayendo.

—¿Era un hombre religioso? —pregunté.

—No creo —respondió ella, y sus labios se curvaron en una media sonrisa—. Creo que su religión era el arte, pero nunca hablábamos sobre filosofía. Como le he dicho, éramos conocidos.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Ustedes también se conocían? —frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Soy artista… pintor. —Hice una vergonzosa floritura con un pincel invisible.

—Oh —respondió. Sus labios estaban pintados de color granate y no quería que dejara de hablarme.

—¿Y usted? ¿Es artista? —pregunté.

Ella apartó la mirada.

—No, escribo aquí y allá. Algunas cosillas, pequeños artículos…

—La escritura es un arte.

—No de la forma en la que yo lo hago. Al menos eso es lo que me dicen, especialmente los hombres.

—No puede hacer caso siempre a lo que dicen los demás, especialmente si son hombres. Son criaturas débiles, créame, lo sé bien. Yo soy uno. No hay muchas cosas que entendamos, pero no podemos soltar prenda sobre nuestras carencias u otros como nosotros nos atacarán. Yo pienso que debería hacer caso a su musa.

—Eso suena antiguo y fantástico.

—¿Como las gárgolas? —señalé el tejado.

—Como los griegos.

—Oh, ellos —respondí—. ¿Tiene algo en la mano?

—Puede ser —respondió.

—Sé que lo tiene, lo vi cuando la agarré de la muñeca. ¿Una piedra, quizás? ¿Es una pista?

—¿Una pista de qué, exactamente?

Yo me encogí de hombros.

Abrió su mano y me mostró un cono de piedra caliza, agujereado y de aspecto áspero.

—Es el cuerno de una gárgola —explicó—. Mire, es más blanco y afilado por este lado… —Tocó el extremo más grueso con la uña.

—¿Cree que se ha desprendido de la que está ahí arriba? —Entorné los ojos, tratando de avistar la gárgola del tejado. Parecía más antigua y sucia que el techo sobre el que se sustentaba.

—Courtland debió de agarrarse a él antes de caer —respondió.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Entre estas hojas —dio una débil patada al montón—. He supuesto que aquí es donde cayó. ¡Pam! Se da contra el suelo y su mano se relaja, abriéndose y dejando que el cuerno salga rodando. O puede que lo dejase caer al precipitarse. De todas formas, el cuerno no llegó muy lejos. Los detectives lo pasaron por alto, pero yo no.

—¿Qué le hace pensar que cayó justo aquí?

Ella caminó trazando un semicírculo.

—Mire, hay sangre seca entre los adoquines.

Se agachó y yo me arrodillé. «Tiene sangre fría», pensé, mirando con atención cada detalle. «Quizás quiera ser reportera criminal, hace falta un cierto desapego si eso es lo tuyo».

—Creo que aquí estuvo su cabeza, y por allí los pies. Los brazos estarían extendidos así. —Me hizo una demostración en la que parecía como si estuviera rezando, suplicando a un semidiós antiguo. Estábamos cerca y podía sentir cómo su aliento me rozaba. Aunque hacía frío, yo sentía calor—. Eso tiene que ser su sangre. Han limpiado las piedras, pero no el hueco entre ellas. Se pueden ver burbujas secas donde se escurrió entre el barro.

Me dolía mirarla, pero no entendía por qué. Quizás era demasiada información para procesarla de una vez, una presión por absorberlo todo para así no olvidarlo nunca.

—¿No le parece sangre? —preguntó.

Había un residuo negro con un tono purpúreo y oxidado pegado entre las grietas. Solo de imaginar cuánto líquido habría rezumado el hombre, me mareé. «¿Habría muerto al instante?», me pregunté. «¿O se habría quedado ahí tendido viendo cómo todo aquel líquido abandonaba su cuerpo como la cerveza saliendo de una botella rota y cómo la espuma de su vida se esfumaba mientras gruñía entre dientes?». Un escalofrío me recorrió.

—No sé qué aspecto tiene la sangre seca.

—Ese. —Se puso en pie y la imité, quitándole el polvo a mis pantalones.

—¿Por qué está aquí recogiendo cuernos y pensando en la muerte en este día de otoño?

—Los chicos no son los únicos que sienten curiosidad, también las chicas queremos saber. Podría preguntarle lo mismo. De hecho, eso haré. ¿Por qué está aquí? ¿Le gusta acechar a la gente?

—Ya le he dicho que no estaba acechándola, estaba dando un paseo. Sinceramente, no sé lo que me trajo aquí. ¿Qué va a hacer con ese cuerno?

Ella lo examinó, haciéndolo rodar de manera reflexiva entre sus manos.

—Creo que me lo voy a quedar.

—¿No debería tenerlo la policía?

—¿Por qué? Ellos son los que lo dejaron aquí. Ni siquiera fue un crimen, según ellos.

—¿Le interesan los crímenes?

Ella retrocedió, examinándome.

—¿Y si fuera así?

Yo me encogí de hombros.

—Todo el mundo siente pasión por algo. Ese cuerno… es espeluznante. ¿Se lo va a quedar?

—Sí —afirmó, desafiante.

—¿Como una especie de amuleto?

—A Courtland no le trajo demasiada fortuna. Creo que para mí será como un recordatorio o una advertencia.

—¿Advertencia sobre qué?

Se tomó unos segundos para reflexionar la respuesta.

—Cuidado con lo que coges. —Se metió el cuerno en el bolsillo y se dispuso a darse la vuelta, pero yo temía que se marchara.

—Escuche, me gusta hablar con usted y antes he pasado junto a una cafetería a una calle de aquí. Si tiene tiempo, quizás podríamos tomarnos un café y hablar un poco más.

Ella negó con la cabeza.

—No, llego tarde a un compromiso y solo pensaba parar aquí un momento —dijo, alejándose de mí, recelosa pero sonriente. No estaba asustada.

—¿Cómo sé que volveremos a encontrarnos?

—Arkham es un lugar pequeño. Siempre me sorprende la frecuencia con la que las personas y las cosas… coinciden. —Abrió mucho los ojos, como si hubiese dicho algo escandaloso y estuviera haciendo un esfuerzo por contener la risa. Yo quería escuchar el sonido de sus carcajadas—. Adiós —dijo, haciendo un gesto con la mano.

—Adiós.

Y así, desapareció rápidamente tras la esquina. No le había preguntado su nombre ni tampoco yo le había dicho el mío. Corrí tras ella, pero ya era demasiado tarde. El lateral de la Iglesia del Sur estaba vacío, a excepción de las hojas arrastradas por el viento y los

árboles torcidos.

CAPÍTULO SIETE

—Roland, hay un duende entre los arbustos. —Madre sacudió las cortinas—. ¡Roland!

Dando la espalda a la ventana, examinó mi traje en cuanto llegué a los pies de la escalera.

—¿Qué se supone que eres?

—Soy Pagliacci. —Exhibí mi camiseta holgada con sus chorreras gigantes negras y sus botones de pompón, y el deprimente espectáculo de mis pantalones caídos. Mi largo gorro le hubiera servido de manga pastelera a cualquier chef.

El rostro de madre se mantuvo inexpresivo.

—¿El payaso? ¿El de la ópera? Pero si no sabes cantar.

—Eso no importa. Es una fiesta de disfraces, no un concurso de canto.

Roland apareció de donde quiera que estuviera cuando no le necesitábamos.

—¿Me llamaba, señora?

—Deshazte de esos jaraneros —ordenó Madre.

—Sí, señora. —Roland tomó de la rinconera una canasta de mimbre llena de barritas Abba-Zaba y se encaminó hacia la puerta para repartir los dulces de Halloween.

—Solo es un día al año —le recordé a mi madre.

—Ya me parece demasiado. ¡Qué pesadez! Un montón de jóvenes entrando a hurtadillas en las casas como vándalos. ¡Y encima los alimentamos gratis! Qué falta de educación. Pero la gente hablará si no abrimos la puerta…

Madre me ajustó los pompones, comprobando que todo estaba en orden como si fuera una de sus violetas africanas.

—¿Ya has encontrado un nuevo hogar?

—No —suspiré.

—¿Has mirado por la Periferia? Allí es donde viven todos los estudiantes de la Miskatonic.

—Ya sé dónde viven. Y ya no soy un estudiante.

—Claro que no, cariño. No me grites, solo intento ayudar —respondió.

Vi mi reflejo en el espejo del vestíbulo. Me había pintado la cara con maquillaje de teatro, utilizando únicamente el blanco excepto en

las cuencas de los ojos, coloreadas de negro. En efecto, un payaso triste.

—¿Dónde es esa fiesta a la que vas?

—En el observatorio. ¿Te acuerdas de la fiesta de compromiso de Preston y Minnie? Te lo conté.

—¡Mira! *Deberías* encontrar un sitio en el que vivir cerca de la Miskatonic, Aldie. Pregunta por ahí, seguro que Preston conoce el sitio ideal para un soltero. Su familia tiene más conexiones que el metro de Nueva York. —Retrocedió para examinarme—. ¡Listo! Pareces bastante operístico.

Una nueva ráfaga de golpes sacudió la majestuosa puerta de Oakwood.

—¡Roland!

La expresión de madre se suavizó y apretó por unos segundos mis dedos antes de soltarlos.

—Te deseo lo mejor, mi pequeño Pagliacci.

—Sé que lo haces. —Se preocupaba por mí a su manera, distante y cultivadora.

—¡Pásalo bien!

• • •

Por supuesto, la velada de compromiso de Preston y Minnie tendría que ser una fiesta de disfraces. Habían alquilado el Observatorio Astronómico Gerald Warren, en el campus de la Universidad Miskatonic. Estoy seguro de que todos se extrañaron al recibir sus invitaciones; por lo que sabía, el observatorio no estaba disponible para ser alquilado, pero, como había dicho mi madre, los Fairmont tenían contactos. Derramaban sus dólares sobre las arcas de la Miskatonic, así que podían celebrar una fiesta donde quisieran. Según la tradición, las reglas de Arkham no se aplicaban a los Fairmont o a las personas como ellos. Sabía que era cierto porque yo era una de ellas.

Le pedí al taxista que me dejara cerca del campus, pues no quería esperar una larga cola de coches e invitados haciendo una gran entrada. No era mi estilo. Prefería llegar a pie, a mi ritmo, y echar un vistazo antes de entrar. Esta solía ser mi gente, pero ahora dudaba, preguntándome si la habría dejado atrás durante mi ausencia.

Llegué tarde, por supuesto. La fiesta había sobrepasado los confines del observatorio y el jardín cubierto de hierba marchita sin podar tras el pequeño edificio estaba lleno de duendes y brujas con sombreros puntiagudos bebiendo ponche con *bourbon*. Una banda de jazz en vivo cuyo cantante conseguía una buena imitación de la

burlona voz nasal de Eddie Cantor tocaba «You'd be surprised!» y las puntas de los cigarrillos brillaban con un tono anaranjado entre las sombras, oscilando bajo las extremidades arqueadas de los cerezos que se extendían hacia ellos a modo de bienvenida. El aire estaba cargado de un dulzor afrutado que se mezclaba con el humo de una hoguera situada en el centro de un círculo de piedra junto a la parte trasera del edificio, donde los demonios se juntaban con los fantasmas, o con una colección de animales tanto reales como fantásticos, en busca de privacidad. No era el único payaso entre los asistentes al festejo de esa noche. Mi disfraz fue una elección popular entre personas de ambos sexos, aunque yo seguía siendo el único Pagliacci. Me fumé un cigarrillo y entré por la puerta trasera. Sentía la garganta seca y la necesidad de tener algo que evitase que mis manos colgaran indolentemente a ambos lados de mi cuerpo. Junto a la ponchera ya no quedaban copas, pero encontré una abandonada en lo alto de una librería, así que la limpié con la manga y me serví.

No pude divisar a Preston o a Minnie. Arkham llevaba lejos de ser mi terruño unos cuantos años, pero me sorprendió reconocer a tan pocas personas. Lo atribuí a sus ingeniosos disfraces, pero sabía que era más que eso: llevaba fuera de la circulación demasiado tiempo. Aunque el movimiento social de Arkham no era el de Boston o Nueva York, mi actual estado de distanciamiento me hacía sentir repentinamente viejo y, como Pagliacci, más bien confuso.

La banda anunció que iba a tomarse un descanso durante unos minutos y aprovecharon para recordar la existencia de un banquete que se servía en el pasillo. No estaba especialmente hambriento, pero como tampoco tenía nada mejor que hacer, fui a echarle un vistazo a los aperitivos.

Los juerguistas no estaban demasiado interesados en comer y me encontré solo en el pasillo, mirando con atención los huevos rellenos, las gelatinas de tomate, los pinchos de albóndigas, las *crudités*, las ostras servidas sobre un lecho de hielo derritiéndose, la macedonia, los champiñones rellenos y los cócteles de gambas a los que les faltaban la mayoría de los crustáceos. Cogí un puñado de frutos secos tostados; estaba masticándolos cuando, de pronto, un anciano con una larga barba a lo Walt Whitman surgió de la escalera. Ojeó la mesa con curiosidad y, puesto que yo tenía la boca llena, lo saludé con un movimiento de la cabeza.

—Mi mujer, Bernadine, solía decir que, si pones un surtido de comida cerca de unos científicos, no tardarán en descubrirlo. No me gustan las fiestas, pero parece que los asistentes han encontrado algo mejor que hacer y todas estas sobras acabarán desperdiciadas,

¿verdad? Es una pena —dijo.

Yo ya había terminado de masticar.

—Adelante, llénese el plato. Mis amigos han costeado esta fiesta y no les importará. Hay de sobra, y la mayoría están demasiado ocupados bebiendo.

Al anciano le sorprendió mi oferta.

—Gracias. Mi mujer decía que nunca comía lo suficiente cuando estaba aquí. «Tienes la cabeza en las nubes», repetía, pero me enfrasco tanto en mi trabajo que se me olvida.

Yo cogí más frutos secos. Aunque la sala estaba vacía, hacía un calor horrible en el observatorio debido a todos los cuerpos que lo habían atestado. Ahora entendía por qué la gente se había amontonado en el exterior.

—¿No le estará esperando su mujer para cenar?

El tipo barbudo esbozó una sonrisa triste.

—Ya no.

—Ha tirado la toalla, ¿no? —bromeé.

—No, ha fallecido.

Ahora me sentía estúpido e incómodo, y deseaba con todas mis fuerzas haber dejado a un lado los frutos secos para seguir a los demás hacia el jardín.

—Por favor, perdóneme. Lamento lo de su mujer.

—No se preocupe. —El científico continuó llenando su plato—. Prefiero hablar de ella que olvidar lo afortunado que fui. Norman Withers —extendió su mano—. Trabajo arriba.

—¿En ese enorme telescopio? —pregunté, algo menos avergonzado, y se la estreché.

Norman asintió.

—Y también en el laboratorio, donde tienen lugar los descubrimientos de verdad. Reviso los datos, deduzco qué significan los números… Pero incluso así, a veces veo cosas que desearía no haber visto.

—¿Como qué? —pregunté, intrigado. Apuré de un trago mi copa de ponche, deseando tener más.

—Oh, últimamente ha habido vacíos… perturbaciones… desviaciones inesperadas.

—Suena casi espeluznante cuando lo dice así.

—El universo es misterioso —respondió—. Sin embargo, basándonos en años de investigaciones, sabemos dónde hay ciertos objetos. Podemos predecir su ubicación y marcarlos en el mapa. Aparecen una y otra vez, como un reloj, pero cuando miro al cielo y no están todos…

Tenía la sensación de que quizás el profesor tampoco «estaba del todo» conmigo. Parecía agradable, aunque también un poco solitario. Nunca me habían interesado demasiado las ciencias, pero me gustaban los misterios inexplicables.

Él se apoyó contra la pared y devoró un huevo relleno.

—¿Podría ser solo un fallo?

—¿Un error en los datos? —preguntó, y yo asentí—. Sí, teóricamente es posible. He revisado las medidas, recalibrado mi equipo… y no hay nada raro en el telescopio. Pero son demasiados errores…

—Quizás debería hacerse un chequeo —bromeé.

—Ojalá fuera tan sencillo. —Norman terminó su comida antes de repasar de nuevo la mesa del banquete y reabastecer su plato.

Un camarero se acercó con una jarra del ponche «festivo» y me sirvió otra copa. Por casualidad, miré hacia la puerta trasera y divisé a Preston haciéndome señas para que me uniese a él. Justo cuando estaba a punto de despedirme del astrónomo, este volvió a hablar.

—Ese tipo, Hubble, defiende una teoría de otro planeta, si me permite el doble sentido. Las nubes turbulentas de polvo y gases a las que denominamos «nebulae» son, de hecho, galaxias lejanas. La Vía Láctea no es más que un remolino en un torbellino constante. Estamos girando como un huracán en un vasto océano oscuro entre un impactante cúmulo de ciclones, agitándonos y revolviéndonos. Nuestro sol, que ha sido venerado durante milenios y por el que se han derramado galones de sangre expiatoria, no es más que una ajada estrella menor. Como ve, el cosmos es un lugar tremendamente mayor de lo que pensábamos.

—Y los humanos estamos…

—Viviendo en una mota de polvo —respondió.

Sintiéndome pequeño, algo mareado y aparentemente insignificante, apuré el ponche.

Era obvio que Norman era un erudito, pero en ese momento tenía la mirada salvaje y perdida de un paciente de asilo, exhausto y turbado. Y mentiría si dijera que no me había asustado.

El pianista comenzó a tocar «Fascinating rhythm» y traté de mirar el lado bueno.

—Puede que la vida sea lo que hace única a la Tierra.

Los músicos tocaron aún más fuerte y la gente volvió a entrar apresuradamente para ver a la banda.

—¿Y si no fuera así? —dijo Norman—. ¿Y si no fuera algo único? ¿Quién sabe el inmenso tamaño y las formas irracionales que podrían tener nuestros «vecinos»? Podrían ser nuestros competidores o incluso

nuestros enemigos. ¿Cómo nos tratarán cuando lleguen? Podríamos estar a su merced.

Un patizambo con el disfraz completo de fauno (zampoña incluida) saltó sobre el escenario de la banda y plantó una diadema de cuernos de ciervo falsos sobre la cabeza del pianista antes de alejarse furtivamente dando saltos. El ambiente era embriagadoramente caótico y divertido, y al público le encantaba. Sin perder el ritmo, el pianista cantaba:

—*Got a little rhythm, a rhythm, a rhythm*
That pit-a-pats through my brain;
So darn persistent
The day isn't distant
When it'll drive me insane… *

Las bailarinas extendieron las piernas con los brazos en alto y menearon su cuerpo. Una bandeja de copas cayó al suelo, haciéndose añicos, y una mujer gritó, fingiendo terror. El pianista aporreaba las teclas frenéticamente. Cada vez hacía más calor en la sala, y las ventanas se empañaban. Por todas partes la gente se moría de risa, disfrutando de la que con certeza sería la fiesta más estilosa del año.

Le grité una última pregunta a Norman.

—Dígame, profesor. ¿Realmente cree que no somos los jefes del nuevo cosmos?

Norman entrecerró los ojos y sus cejas grises se erizaron. Con cuidado, pero también con cierta urgencia, me empujó hacia una esquina iluminada por un aplique. Pronto me di cuenta de que no estaba preocupado por mí, sino que miraba fijamente algo en el suelo junto a la pared, al borde de la mesa. Allí, una cucaracha parda se escabullía bajo el zócalo.

El anciano la aplastó con una carcajada.

—Puede que solo seamos las cucarachas.

Con la pierna en alto, el astrónomo observó los restos viscosos del insecto pegados a la suela de su bota antes de limpiarlos con una servilleta y tirarla a la basura.

CAPÍTULO OCHO

Una vez Norman volvió a su laboratorio, salí a la puerta trasera para respirar una bocanada de aire fresco. Estaba apoyado contra la jamba de la puerta encendiendo un cigarrillo cuando Preston se me acercó por la espalda para gritarme en el oído.

—¿Era Matusalén con quien estabas hablando? —preguntó.

Di un brinco como si me hubiera dado una descarga eléctrica, dejando caer mi cigarrillo en la hierba.

—¡No hagas eso! —dije.

—Perdón por asustarte, Oakesy. Parecías perdido en tus pensamientos y quería asegurarme de que te lo estabas pasando bien.

—Me lo paso bien cuando mis amigos no me matan del susto.

Preston se agachó.

—Aquí tienes tu Lucky.

Le quité algo de hierba al cigarrillo y lo inserté entre mis labios.

—No era Matusalén, por cierto. Su nombre es Norman, Norman Withers.

Preston se unió a mí en el umbral, lo que provocó que la gente que quería entrar tuviera que caminar entre nosotros como si estuviésemos montando guardia. Saludaban con un gesto cordial a Preston mientras que a mí me lanzaban miradas extrañas, como si estuviesen intentando adivinar quién era o qué pintaba allí.

—Nunca he oído hablar de él. Debe de ser un conocido de Minnie.

—Ninguno de los dos lo conoce —exhalé una columna de humo—. Es un científico, trabaja en el observatorio estudiando los cielos. Un tipo intrigante. No creo que hable demasiado con extraños, y por extraños me refiero a los que no son académicos. Tenía mucho que decir.

—Oh, ¿sobre qué?

—Sobre el cosmos y desviaciones flotando por ahí arriba. Dibujó un panorama desolador.

—Qué gracioso, el viejo. —Preston deslizó la mano en el interior de su chaqueta y sacó una botella de la que bebió un trago antes de pasármela—. Bueno, espero que él también se lo estuviera pasando bien.

—Este *whisky* es realmente bueno —dije, limpiándome los labios. Sentí un calor reconfortante, como una acogedora fogata brillando en

mi interior—. ¿Canadiense?

Preston guiñó un ojo.

—Tienes buen gusto. Pero es normal, ¡eres artista! —Parecía más ebrio de lo que había pensado en un primer momento, con los ojos rojos y el cuello de la camisa doblado. También tenía una mancha del color de la sangre seca en el puño de su camisa y su ropa olía a humo de pachulí—. ¿Qué opinas de los asistentes? Conozco a mucha gente, Oakesy, gente nueva y maravillosa. Y muy pronto tú los conocerás también.

A mí no me parecían muy distintos de la gente que ya conocíamos.

Un grupo de fiesteros —con los brazos entrelazados como si fueran náufragos del *RMS Titanic* abrazados mientras esperaban por un bote salvavidas— trató de pasar entre nosotros, estrechándose las manos resbaladizas.

—Quizás deberíamos movernos —propuse. Aquella multitud me había hecho retroceder de puntillas.

—Es mi fiesta, Oakesy, y me quedaré donde me dé la gana. Pero tienes razón, como siempre.

Me empujaron contra el marco de la puerta coreando a todo volumen una mezcla entre «¡dejadnos pasar!» y «¡fuera!» mientras pasaban por nuestro lado. Era una estampida feliz de borrachuzos que no suponía un peligro más que para ellos mismos. A la mañana siguiente tendrían una resaca radiante, con el ruido metálico de las cacerolas y las sartenes retumbando en sus cabezas mientras volvían a la habitación notando cómo los rayos del sol penetraban en su cráneo. Serían tantos los actores domingueros con su maquillaje manchado y su vestuario chabacano de alquiler…

Preston gozaba de gran reconocimiento entre este público (sus invitados, su *gente nueva*), así que yo me llevé la peor parte: la presión física. Lo estoy describiendo peor de lo que fue: lo que sentí principalmente fue una emocionante, aunque breve, simbiosis con los demás, como si de forma fugaz nos hubiéramos convertido en la misma criatura. Una energía palpable surgía del grupo como si fueran chispas. El licor canadiense de Preston era bueno, pero no lo suficiente como para que mi cabeza emitiese un zumbido más fuerte que el jazz de fondo. Tenía que ser otra cosa.

Preston siguió al público y entró de nuevo, pero yo sentía que necesitaba respirar aún más. Tan pronto como me alejé dos pasos del edificio, mis pantalones de payaso empezaron a caerse por la pierna izquierda y noté un peso contra mi muslo. Metí la mano en el bolsillo y saqué un pedazo de piedra caliza tallado en forma de cuerno curvado. Era de la gárgola de la Iglesia del Sur, el último asidero del

pobre Dunphy. En cuanto me di cuenta de lo que era, levanté la vista para encontrarme con la mujer que había conocido en el patio de la iglesia. En ese momento estaba de pie, bañada por la humeante luz de la fogata de la fiesta que titilaba con un brillo gualdo.

No podía vislumbrar al detalle su rostro, pero sabía que era ella. Tenía la pierna en alto, con su pie descalzo descansando perezosamente en un tocón y un montón de lazos colgando de su cuerpo. Estaba observándome con la comisura de sus labios curvada en una sonrisa, la barbilla alzada y la cabeza reclinada. Eso era todo lo que podía ver, así que me acerqué. Tú también lo habrías hecho y, diablos, cualquier hombre, y quizás alguna que otra mujer. Vi que no eran lazos, sino *vendas*; eso se suponía que era lo que envolvía sus piernas por separado y su torso. Llevaba un vestido corto de color carne debajo de ellas y algunos vendajes desenredados pendiendo de sus muñecas. Un surtido de pulseras metálicas se amontonaba a la altura de sus codos, resplandeciendo a la luz del fuego, y alrededor de su cuello había atado un fragmento de mortaja al estilo de una corbata de nudo francés, como si se tratase del complemento más chic. No llevaba nada en la cabeza a excepción de una pequeña corona dorada decorada con un conjunto de aguamarinas en su centro. Se había planchado la media melena, de un color más oscuro de lo que lo recordaba, aunque quizás fuera la noche la que le (o me) afectase. Tenía una mirada astuta pero expectante, con unos ojos grandes y luminosos enmarcados dramáticamente por el *kohl*, los labios de color burdeos y los dientes, húmedos. Estaba esperando algo, ¿quizás algo que le debiera? No era inofensiva, ni por asomo. Esos ojos penetrantes eran capaces de ofender y mostrar su furia al mismo tiempo. «No quiero que esta mujer se enfade conmigo nunca», pensé. «Es el tipo de dama que te clavaría unas tijeras si llegase a la conclusión de que es lo que te mereces, o que moriría por ti. Depende».

Aunque no sabía exactamente de qué.

Hice mi mejor esfuerzo por no parecer demasiado entusiasta, pero estoy seguro de que fallé estrepitosamente.

—¿Qué es? —pregunté.

Ella pareció sentirse insultada.

—¿Quiere decir que no lo reconoce? —Tomó la boquilla de su mano derecha y la asió entre sus dientes. Entonces, extendiendo los brazos sobre su cabeza, giró sobre sí misma—. Soy una momia egipcia.

—Pero no lleva la cara vendada.

—¿Usted se vendaría esta cara si fuera suya? —Exhaló el humo en mi dirección.

—No puedo asegurarle que lo haría.

Su mirada se posó en mi mano.

—¿Qué tiene ahí?

—Creo que ya lo sabe —dije.

—No es así. —Ahora estaba jugando conmigo.

¿Qué hacía ella en la fiesta de Preston y Minnie? ¿Era uno de sus nuevos amigos?

—Me ha metido eso en el bolsillo —le mostré el cuerno de gárgola.

—¿Eso he hecho? Vaya, vaya, eso ha sido extremadamente impertinente por mi parte. ¿Qué me habrá llevado a meter las manos en su bolsillo?

—Déjeme decidir eso por usted.

—No prometo nada —respondió ella.

Sus manos estaban cubiertas de un polvo dorado que destelleaba con cada uno de sus movimientos. Había restos de ese polvo en sus mejillas y en la barbilla, en los puntos en los que se había tocado el rostro; y sus pies descalzos también tenían un color áureo. Vi un par de tacones negros que seguramente se había quitado de una patada sobre el césped, detrás del tocón. No tenía ninguna bebida en la mano, pero olía a ginebra.

—¿Por qué me ha dado esto? —pregunté, señalándola con el extremo del cuerno. Ahora mi mano también estaba reluciente.

—Para recordarle la desafortunada razón por la que nos hemos encontrado —respondió.

—¿Courtland Dunphy?

Ella hizo un puchero.

—Vivía al otro lado del pasillo, aunque aquello no duró mucho. Acababa de llegar a la ciudad. ¿Ya le había contado esto?

—No, solo me dijo que lo veía al pasar.

—Court era un tipo serio, solo pensaba en su trabajo. Tenía un rostro amable. No fue el primero, ¿sabe? Ya ha habido unos cuantos. Solo fue el último.

—El último… ¿qué? —No le estaba siguiendo el ritmo. Durante unos segundos pensé que sí, pero no.

—La última muerte… Suicidios, asesinatos, desapariciones… es prácticamente una epidemia.

—Oh —dije—. He oído hablar de ello. Pero he estado fuera de la ciudad, así que aún me estoy poniendo al día.

—Entonces le tacharé de mi lista. —Se giró para encender otro cigarrillo.

—¿Qué lista?

—Mi lista de sospechosos —respondió, ofreciéndome uno.

Antes de que pudiera aceptar su oferta, un monje encapuchado salió de entre las sombras cargando con lo que pensé que sería un barril de cerveza sobre su cabeza. Por fin reconocía a alguien de los viejos tiempos. Era Clark Abernathy, otro de mis compañeros de la universidad, disfrazado de Fray Tuck. Y no llevaba un barril de cerveza, sino un tronco nudoso que lanzó a la hoguera. ¡Craaac! Las chispas explotaron bajo el cielo y las ramas de cerezo ennegrecidas se iluminaron con sus brazos descarnados y macabros cerniéndose sobre nosotros y haciéndonos señas agoreras sobre un caldero hirviendo.

Clark no me había visto. Pensé en llamarle, pero estaba en medio de una conversación.

—Arkham siempre ha cargado con un buen puñado de tragedias a sus espaldas —dije—, pero la mayoría las he atribuido a rumores o leyendas. A la gente de esta ciudad le gusta contar historias.

—No todas son rumores y leyendas —respondió—. Estas cosas han ocurrido de verdad. La gente ha muerto.

—¿Y qué está haciendo la policía para evitarlo?

Ella hizo un gesto burlón.

—Nada. ¿Qué han hecho con lo de Court?

—Pensaba que lo que le había ocurrido a Court había sido un accidente.

—Ah, ¿sí? Porque Court tenía el presentimiento de que algo malo le ocurriría.

Parpadeé, sorprendido.

—¿Eso le dijo? Pensaba que no le conocía demasiado.

Ella me arrebató el cuerno.

—A usted tampoco le conozco demasiado, pero ¿y si fuera usted el que estuviera amenazado? Me daría cuenta —dijo—. Por ejemplo, podría saber si está asustado.

—¿Y lo estoy? —la miré fijamente a los ojos.

—Claro que sí —sonrió—. De todas formas, creo que hay algo en esa iglesia que mató a Court.

—¿La gárgola? —Ahora estaba confuso, pero intrigado.

—La gárgola lo mató literalmente. —Ella arqueó una ceja, desafiándome a discutirle; pero cuando vio que no lo hacía, prosiguió —. No me refiero a que haya cobrado vida, eso sería una bobada. Me refiero a una fuerza más sutil. ¿Qué hizo que Court subiera? ¿Por qué estaba tan cerca del borde? ¿Sabe que aquella mañana había llovido? El tejado estaba resbaladizo y estaba previsto que la gárgola se retirase en una semana. Su traslado había sido planeado meticulosamente. Iban a traer andamios, escaleras, cuerdas y poleas; un sistema seguro y lógico. Court nunca le dijo a nadie que iba a

subir, ni siquiera el padre Michael lo sabía. Él tenía su propia llave de la iglesia. ¿Por qué habrá cogido ese cuerno? ¿Fue para mantener el equilibrio en un momento de pánico? Sabía las condiciones en las que se encontraba la gárgola, la había examinado muchas veces. ¿Fue su caída una simple casualidad?

—Podría decirse que fue cosa del destino. —Empezaba a entender adónde quería llegar con todo aquello.

—O quizás, y solo quizás… haya sido otra cosa.

—¿Como una maldición?

Ella se encogió de hombros.

—Prefiero llamarlo una *influencia inteligente*.

—¿Te refieres a que alguien, o algo, le obligó a hacerlo?

—Oh, maldita sea, aquí viene.

Miré a través de las llamas de la pira y divisé a Minnie aproximándose.

—Ahí está mi payaso favorito. —Minnie me plantó un beso en la mejilla pintada. Llevaba unos leotardos grises con lentejuelas—. Por si os lo estáis preguntando, soy un pavo real. —Se dio la vuelta para que pudiéramos apreciar su colorido plumaje iridiscente—. ¿Has visto a Preston? Se suponía que cantaríamos juntos un dueto con la banda, pero no lo encuentro por ningún lado.

—La última vez que lo vi estaba entrando con el resto del público.

—Joooooo… ¿Y eso cuándo fue?

Yo me encogí de hombros.

—Hace cinco minutos.

Minnie frunció el ceño.

—Espero de verdad que pueda recordar la letra de nuestra canción. —Caminó de un lado al otro alrededor de la fogata, inspeccionando con la mirada el oscuro jardín en busca de su prometido perdido—. Últimamente Preston se preocupa por todo y se sobresalta con cada pequeño bache. Además, podría creer que me está engañando por la forma en la que se escabulle sin decirme adónde va, y por sus horarios raros. Es como el conde Drácula, apenas pega ojo, ni siquiera cuando no está conmigo. Es por la boda, estoy segura. Ambos estamos terriblemente entusiasmados, pero juraría que ahora mismo me asustaría si no lo conociese tal y como es. No conviene molestar a Preston. Alden, tú has vivido con él. Siempre acepta la vida como viene, ¿verdad? Y que le den al mañana.

Yo asentí.

—Es imperturbable, eso es lo que es. A mí me parece que está perfectamente.

—Pues no lo está —dijo Minnie.

Lo que no le dije es que Preston no se preocupaba por el mañana porque alguien siempre se había preocupado del suyo, asegurándose de escoger lo mejor que el dinero podía comprar para cada situación que le plantease la vida. Era imposible imaginar nada que pudiera suponer un peligro real para él. Desde que nació, había llevado una vida privilegiada e infantil, y quizás pensaba que eso estaba a punto de acabar.

—Bueno, será mejor que vaya a buscarlo. —Minnie se marchó, pero antes de rodear la hoguera, se detuvo y ladeó la cabeza—. ¿Quién es tu tímida amiga? —Pero no le interesaba la respuesta, solo lo preguntaba por educación. Así que no esperó a que contestase.

—¿Quién *es* mi tímida amiga? —dije—. Nunca me llegó a decir su nombre. Soy Alden Oakes.

—Nina Tarrington —respondió la reina momia.

Ambos nos inclinamos ante el otro.

—Nina Tarrington. ¿Dónde he oído ese nombre antes?

—Preston también estuvo a punto de casarse conmigo hace tiempo.

Si hubiera estado bebiendo, habría escupido mi bebida sobre las llamas. «Dios», pensé. «Es verdad». Entonces recordé que Preston se había prometido con una tal Nina Tarrington, una mujer de Boston cuyo padre era editor y el propietario de un grupo mediático. Preston y Nina no se llevaban demasiado bien y peleaban constantemente. Al final, la boda fue cancelada a solo unos días de la ceremonia. La noticia venía acompañada de una historia disparatada, algo sobre una espada, un velero naufragado, botellas de champán hechas añicos y un hombre que se cayó trágicamente por la borda.

—¿Eres *esa* Nina Tarrington? —pregunté—.

—¿Ves? Te dije que la gente coincidía en Arkham.

—Está claro que así es.

—Alden, ahora que ya nos conocemos un poco mejor, ¿podrías conseguirme una bebida?

—Haré todo lo posible.

—¿Qué más podría pedir una mujer?

Le ofrecí mi brazo y ella lo tomó.

—¿Sabes? Yo estuve comprometido con Minnie. Yo creo que eso nos convierte en amigos.

CAPÍTULO NUEVE

—¿Tú y Minnie? ¡Que me aspen! Debemos aprender de nuestro pasado —dijo Nina.

—Esa es mi intención. —Estábamos volviendo de nuestra excursión a la ponchera, y yo alcé mi copa para brindar—. ¡Por aprender! —Nina chocó su copa con la mía y entramos en la biblioteca del observatorio.

Al principio parecía acogedora, pero una exploración más profunda reveló un laberinto de rincones y pasillos llenos de tomos que se curvaban alrededor de uno de los lados del edificio. La gente deambulaba dentro y fuera de ella, pero nadie se quedaba mucho tiempo. Era horriblemente sombría para ser una biblioteca: por alguna razón, la luz eléctrica de la sala no funcionaba. Me pareció extraño, pero el cableado de Arkham no siempre era regular. Encender los interruptores de la biblioteca no solucionó nada, así que únicamente pudimos guiarnos por la luz de la luna. Nina y yo encontramos una esquina apartada, donde se acurrucó como un gato en un agrietado sillón orejero de cuero mientras yo me encaramaba sobre una librería baja llena de folletos científicos. Todo tenía un aspecto muy victoriano, propio del siglo XIX, y la música de la banda retumbaba en las paredes como el latido de un corazón.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunté.

—¿Fuera, antes de que viniera Minnie? Te estaba hablando sobre las muertes inexplicables.

—Es verdad. Arkham lleva una mala racha últimamente.

Nina entrecerró los ojos.

—No es solo una mala racha. Creo que los incidentes están relacionados.

—¿Con qué?

—Entre ellos, para empezar —respondió.

—¡Santo cielo! ¿Tienes pruebas que respalden esa teoría?

Al moverme, mi espalda chocó contra la librería y tropecé con algo. Era un planetario que representaba nuestro sistema solar: el Sol, los planetas y todas sus lunas. Lo tomé en mis manos. Aquel frío aparato de latón me recordaba a un autómata sin rostro haciendo malabarismos con los orbes semipreciosos entre sus larguiruchos brazos. Unos engranajes se movían en el interior de la cúpula de

cristal que conformaba su base, como un hipnotizante mecanismo de relojería. Me recordaba a la lección cósmica de Norman, el astrónomo, pero lo dejé a un lado para escuchar a Nina.

—He descubierto algunas cosas —dijo—. Pero el panorama completo aún está un poco borroso.

—¿Una serie de asesinatos? Eso es horripilante. —El ambiente en la ciudad parecía apagado aquellos días.

—No todos fueron asesinatos. Algunos fueron suicidios.

—Eso no lo hace mejor.

—Tienes razón —respondió—. También ha habido un repunte en el número de personas desaparecidas. Podemos asumir que algunas de ellas se convertirán en muertes sospechosas. Y me he encontrado con un par de rarezas más, lo que el forense denomina «muertes accidentales». Pero están lejos de ser accidentes normales.

—Como la caída de Court Dunphy desde el tejado de la Iglesia del Sur —dije.

—Exactamente. Mi investigación me está llevando a plantear la hipótesis de que existe un patrón subyacente a estas muertes, por su método o por su estilo. Comparten el mismo… diseño único.

—Esa «influencia inteligente» que mencionaste ahí fuera.

Normalmente no me llamaban demasiado las cosas macabras, al contrario que a Roland y, al parecer, a Nina. Pero sí me gustaban los puzles. Sin embargo, este parecía demasiado extraño y oscuro para ser real. Entonces recordé por un momento el estrambótico festival callejero que había presenciado en España. Puede que el mundo fuera más raro de lo que pensaba… Aun así, me preocupaba que Nina fuera más excéntrica de lo que había creído en un primer momento. ¿Le enfadaría que Houdini desmintiese todos esos trucos? Esperaba que no. Era un gran admirador de las soluciones lógicas y terrenales.

—Si el diseño es el mismo, puede que exista un diseñador, una personalidad unificadora tras ello. Como un artista componiendo un catálogo de su obra. ¿Sospechas que hay una fuerza oculta tras estos eventos mortales?

Nina reflexionó la respuesta.

—No siempre está oculta. Algunas de las muertes fueron homicidios violentos cometidos por personas. Sin embargo, el móvil era… bastante inusual.

Exhalé un suspiro de alivio. Al menos no hablaba de fantasmas vengativos.

—Me alegra escuchar eso —dije.

—¿A qué te refieres? —Me miró con el ceño fruncido.

—Estas muertes misteriosas son como un puzle. Nos presentan un

desafío, y a mí me gustan los desafíos. Quizás podría ayudarte a resolverlo.

Ella se incorporó.

—En ningún momento te he pedido ayuda.

«No lo arruines, Alden», pensé.

—Quizás te vendría bien tener… ¿cómo se dice?… Una especie de *colaborador*. Alguien con el que hablar sobre los crímenes, otra mente en el juego. Un compañero.

—¿Y cómo podrías ayudarme? —Arqueó una ceja, perpleja.

Había planteado una pregunta para la que no tenía ninguna respuesta preparada.

—No lo sé exactamente. —No tenía experiencia como investigador, solo era un artista.

—Muy bien. —Nina se incorporó en el sillón como si fuera a levantarse.

—Tengo una buena imaginación —me apresuré a añadir—. Soy un pensador visual. ¿Y si describes los asesinatos y yo me formo una imagen de ellos en mi cabeza? Quizás vea algo útil.

Tras una inclinación escéptica de su cabeza, Nina volvió a reclinarse en el asiento.

—Supongo que merece la pena intentarlo —respondió.

—Oh, yo también lo creo. —Quizás no había sido exactamente así hasta entonces, pero ahora quería escuchar aquellos casos inexplicables para ver si podía contribuir con algo.

Nina respiró hondo.

—La doctora Juliana Silva fue encontrada colgando de una farola frente al Hospital de Santa María, en la Periferia. Estaba de visita en Arkham, pues vive en Río de Janeiro, Brasil. Era una experta en enfermedades contagiosas de las Américas que vino para dar clases durante un curso. Una enfermera del turno de mañanas que entraba a trabajar descubrió el cuerpo de la doctora Silva.

—Ahorcada por la noche en el hospital. ¿No fue un suicidio?

—Las manos de la doctora Silva estaban atadas a su espalda y estaba meciéndose a seis palmos por encima de la acera. Nadie vio ni oyó nada, ni tampoco se encontraron señales de que se hubiera defendido de ningún atacante. Aún llevaba su estetoscopio y su monóculo. También guardaba flores violáceas de yerba de las brujas en el bolsillo de su bata. No son flores fáciles de encontrar, pero crecen cerca de la Colina del Ahorcado. Se sabe que la doctora Silva solía pasear por allí durante el día, aunque nunca después del anochecer.

Cerré los ojos, concentrándome, y la escena apareció ante mí como

un boceto, trazo a trazo, en mi imaginación.

—Flores robadas de una fosa común… su asesino sabía por dónde paseaba. Quizás cogió las flores sabiendo que le gustaban y las utilizó para atraerla. —Mi boceto mental mostraba un ramo, una mano extendida y una cuerda escondida tras la espalda del estrangulador.

—Mmm… Así que no huyó ni peleó porque no veía a su asesino como alguien peligroso. —La voz de Nina traicionó su sorpresa—. No lo había pensado. ¿Murió rápido?

—Ni idea. Vamos, cuéntame otro…

—Udo Ganz, sindicalista. Su cuerpo fue hallado flotando en el río Miskatonic, cerca del muelle. —Esta vez oí una pizca de emoción en su resumen.

Abrí los ojos.

—No hay mucho misterio ahí. Mi padre es el dueño de un negocio local y odiaba a Ganz, como la mayoría de los empresarios de Arkham. Está claro que fue un crimen. No me extrañaría que un matón contratado por alguno de ellos lo hubiese ahogado, por desgracia.

—Salvo porque no se ahogó.

El aburrimiento dio paso al desconcierto.

—¿Lo mataron a golpes?

Nina negó con la cabeza.

—El señor Ganz fue desollado. Enviaron un traje hecho con su piel y conservado en hielo al *Advertiser* junto a una nota que explicaba que Ganz debía morir. Los múltiples y complejos tatuajes que le cubrían el pecho y la espalda facilitaron su identificación. Una fuente confidencial me ha dicho que Ganz había reducido sus protestas porque había estado recibiendo sobornos de las mismas empresas que llevaba años combatiendo. En otras palabras: se había vendido, pero los miembros del sindicato no lo sabían. Su funeral desembocó en unos disturbios en apoyo a los trabajadores. Prendieron fuego a las fábricas, destruyeron el equipo y la policía arrestó a más de cincuenta manifestantes.

Decidí no formarme una imagen mental del traje de piel, pues los hechos relatados por Nina bastaban para determinar que el deceso de Ganz había sido horrible. ¿Cómo podía alguien cometer un crimen así salvo que estuviese loco?

—Hay más casos, ¿verdad?

Nina asintió y yo cerré los ojos de nuevo.

—Las hermanas Galinka, Mary Lou y June, perecieron en la Isla Ignota. Una tropa de *boy scouts* que había salido de piragüismo un sábado descubrió sus huesos carbonizados.

—Oh, ¡mi mayordomo me lo contó! ¿Eran bailarinas?

—Eso es. Así que sabías lo de Ganz y lo de las Galinka. Quizás tú eres el nexo de unión entre estas muertes… —bromeó.

O eso esperaba.

—Ja, ja… Que conozca un par de nombres no significa que sea culpable. Continúa, por favor.

—Las gemelas regentaban un estudio de baile en el que enseñaban ballet y las últimas tendencias en danza, pero desaparecieron la noche de un viernes tras un recital. Eran conocidas por su personalidad alegre y vibrante. Los testigos afirman haber visto una «pared de llamas» en la isla la madrugada del sábado, pero estas declaraciones fueron ignoradas por la policía, que asumió que se trataba de la fogata de un vagabundo.

Tras mis párpados pude ver un anillo de árboles rodeando una llamarada cuyas lenguas de fuego anaranjadas se retorcían hacia el firmamento como bailarinas en la oscuridad.

—¿Todos estos asesinatos tuvieron lugar el año pasado? —pregunté, impactado.

Ella me miró fijamente.

—No, en los últimos seis meses. Pero si retrocedemos un año, podemos añadir otra media docena de muertes extrañas sin resolver, cada una más rara que la anterior. ¿Mi favorita? La aparición del cuerpo de un vagabundo en un vagón de la estación de tren. Le habían abierto la garganta de oreja a oreja con una navaja automática. Tenía la cuchilla en la mano y ni una gota de sangre en él, o sobre él. Ni tampoco en ningún lugar del vagón.

—¿Qué explicación dio la policía?

—No dio ninguna. —Nina alzó los brazos y su perfume a Chanel n.º 5 me cautivó. Recorrió su cabello corto y suave con los dedos, mirando por la ventana la pálida luna.

—Mira —susurró.

Y obedecí.

—No, la luna no, tonto. —Nina sopló con suavidad sobre el polvoriento cristal y una tela de araña tembló en una de sus esquinas, donde una delicada araña se balanceaba sobre los hilos oscilantes.

Esperando.

Observando.

Un escalofrío me recorrió la piel.

—Por desgracia, esta charla sangrienta me ha hecho recobrar la sobriedad.

—Tengo la intención de atajar este problema cuanto antes —dije, ofreciéndole mi mano a Nina.

Navegamos por los pasillos de aquella biblioteca laberíntica y estigia, en la que el aire olía a moho, libros envejecidos y polvo. De pronto, Nina se detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

Yo agudicé el oído.

—No oigo nada. Estamos cerca de la puerta.

—La puerta está por el otro lado. —Se detuvo de nuevo y tiró de mí hacia atrás.

Estábamos en un pasillo muy oscuro, y empezaba a pensar que tenía razón.

—Quizás no esté buscando una puerta, ¿te lo has planteado? Quizás esté explorando. —Me giré, dubitativo, entre las opresivas estanterías. ¿Por dónde estaba la maldita puerta? Entorné los ojos, pero no sirvió de nada.

—Algunos exploradores se pierden y no se vuelve a saber nada de ellos —dijo a mis espaldas, y sentí cómo rozaba suavemente mi cuello con la uña. Entonces noté cómo hundía la cálida punta de su dedo sobre mi piel.

—Puede que quiera perderme. Ese ha sido mi plan en todo momento.

En ese momento, la conversación se cortó y me giré hacia ella, pero apenas veía nada más que siluetas. Nina se acercó hasta que nuestros rostros quedaron a solo unos centímetros de distancia. ¿Íbamos a besarnos? La música de la banda había cesado, aunque juraría que había oído la sangre latiendo en nuestros corazones.

Se oyeron unos débiles murmullos y giró la cabeza, rompiendo el contacto visual.

—¿Qué *es* ese ruido? No estoy de broma, Alden. Escucho voces. Creo que son dos personas. —Ladeó la cabeza para escuchar mejor—. Están hablando, ¿lo oyes?

—Estamos solos —dije—. ¿Verdad?

Pero no era así, porque ahora yo también podía oír aquellas suaves voces. Sonaban… raras. Guturales, graves y fuertes; pero también siseantes, llenas de fricativas. Sentí un desagradable escalofrío, como un nudillo frío y húmedo deslizándose por mi columna vertebral.

—Viene de allí —dijo Nina.

Recurrí a mi encendedor banjo para que pudiéramos ver mejor. Justo bajo nuestra barbilla, Nina se aproximó a una estantería que albergaba libros de texto encuadernados en cuero sobre astronomía y mapas celestes; una traducción al inglés del *De Revolutionibus Orbium Coelestium* de Copérnico, y un maltratado tomo titulado *Las maravillas de la ciencia*, de Morryster. Rápida, pero silenciosamente, retiró los

libros rancios y gruesos para apilarlos en mis brazos y, una vez hubo despejado el espacio, Nina introdujo la cabeza en aquel cuchitril vacío.

—Están tras esta librería —dijo—. Al otro lado de la pared.

—¿Aún los oyes?

—¡Shhhhh! —señaló el cubículo y asintió.

Yo me pegué a ella para conseguir oír algo. Mantuve la tambaleante llama de mi encendedor en alto, aunque no había nada que ver, pues solo se escuchaban sonidos. Nos inclinamos hacia delante juntos.

¡Oía unas voces! Sí, las oía con más claridad ahí dentro, donde el espacio se convertía en una especie de amplificador acústico. Las voces hablaban siguiendo un ritmo, una cadencia; como si estuvieran rezando… peligrosamente cerca.

Nina sostuvo dos dedos en alto y yo asentí. Había dos personas hablando, y ella susurró:

—Un hombre y una mujer.

—Sí, yo oigo lo mismo.

Era casi musical, pero discordante; como un patrón estridente. Si aquello eran palabras, no tenían ningún sentido para mí. Ahora podía escucharlas lo suficientemente bien, pero su significado seguía siendo un misterio. Podría haber dicho que se trataba de un galimatías, pero, a pesar de no comprenderlo, las voces me estaban afectando. Me sentía incómodo, mareado, y me dolían los músculos como si hubiera contraído la gripe. Estábamos escuchando una especie de lenguaje caótico, sonidos disparatados y sin orden alguno, pero repetitivos.

—¿Yuhuu? LA. Pada —dije, tratando de recrear lo que oía.

—Algo así, pero no exactamente —respondió Nina—. Están repitiendo lo mismo una y otra vez. ¿Yu? ¿Yu? *Fapada. ¿Vadada? ¿Rabada?*

La fuente del sonido estaba desalentadoramente cerca. ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Quiénes eran los que hablaban? La cabeza me daba vueltas y un pensamiento cruzó mi mente. Había oído algo en aquella lengua antes, pero ¿dónde? ¿Cantos gregorianos? No. ¿Un recital de poesía dadaísta?

De pronto, olí algo acre quemándose y perdí el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué es ese horrible olor? —preguntó Nina, justo en el momento en el que una llama se alzaba junto a ella como la cabeza de una serpiente—. ¡Fuego!

Nina se apartó de la estantería y la ambarina serpiente de fuego la siguió, enroscada alrededor de su brazo izquierdo. No había nada más

exótico que una serpiente en llamas. Distraído, había prendido fuego por accidente a una de las vendas de momia que colgaban de la muñeca de Nina. Ella sacudió su brazo en llamas con brusquedad y, sirviéndome de mi sombrero caído de payaso, traté de apagar sus vendajes ardientes. Las llamas no tardaron en extinguirse y las vendas quemadas quedaron reducidas a un cúmulo de negras cenizas.

De mala gana, pulsé la rueda de mi encendedor. Bajo la luz, la piel de Nina parecía ligeramente rosada.

—¿Estás bien? —Me sentía fatal, responsable y estúpido.

—Tengo la piel ardiendo, pero no me he quemado. No te preocupes, estoy bien.

Cuando inclinamos la cabeza de nuevo hacia la librería, las voces habían cesado.

—¡Maldita sea! Se han ido —dijo Nina, decepcionada—. El ambiente ha cambiado. Es como si pudiera sentir su ausencia. ¿Tú también lo sientes?

Así era.

Nina insistió en que debíamos buscar la habitación tras la estantería, y yo estuve de acuerdo. Empezamos inspeccionando el pasillo, pero no encontramos ninguna puerta por ese lado. Como todos los accesos al segundo piso estaban cerrados, salimos al exterior. El área del edificio en cuestión no tenía ventanas y me pregunté si sería un almacén. Sobre el jardín se cernía la cúpula del observatorio.

—Tenemos que encontrar la forma de entrar —dijo Nina—. ¿Y si alguien está atrapado?

—Eso no parece muy probable.

—Necesito saber de dónde venían esas voces.

Nos serví más ponche, pues el alcohol hacía nuestra misión más viable.

—Bueno, conocemos una posible forma de entrar, ¿no? —dije.

Nina frunció el ceño, pero, mientras bebíamos a sorbos, observé cómo sus ojos se agrandaban. Al ver su sonrisa, supe que me había entendido.

—Vamos a necesitar algunas herramientas.

—Y más ponche —añadí.

La fiesta había recuperado su vigor y la banda había vuelto al escenario tras la pausa para el piscolabis. Aprovechando la distracción, Nina y yo volvimos a la biblioteca. Esta vez, estábamos solos. Rápidamente, bloqueamos las puertas de entrada desde el interior para evitar tener que dar explicaciones sobre nuestras peculiares y destructivas actividades. Nina descubrió un armario del conserje sin cerrar y se hizo con un martillo y un robusto mango de

fregona que sujetó en la mano.

—Primero el martillo y luego el palo. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunté.

—Casi segura. —Me pasó el mango de la fregona y practicó con el martillo.

—¿Casi segura o segura del todo?

—Segura del todo. Vamos, hagámoslo. Preston puede pagar por los daños después, me lo debe.

A modo de prueba, golpeé con los nudillos en el interior de la librería vacía, escuchando el sonido hueco.

—Las damas primero.

—No toleraría lo contrario.

Nina golpeó la parte trasera de la estantería con el martillo y la madera, vieja y seca, se rompió en pedazos con un crujido. Yo la golpeé con el mango de la fregona, abriendo un agujero aún más grande. Incluso con la banda aporreando sus instrumentos en la sala de al lado, no podía creer que nadie hubiese escuchado nuestra demolición. Allí descubrimos un hueco donde debería haber una pared sólida. Como Howard Carter introduciendo una vela en la tumba de Tutankamón, metí la mano en aquel hueco, percibiendo un fuerte olor a incienso de almizcle y algo más metálico y mucho menos agradable.

—Alden, hay algo terrible ahí dentro. Lo presiento —dijo Nina, con una mano en el estómago.

—Me temo que tienes razón. —Tenía la horrible sensación de estar en un bosque y sentirme perdido.

—Ahora que hemos llegado hasta aquí, no vamos a echarnos atrás.

No discutí.

Estaba listo para arrancar de cuajo la estantería cuando, de pronto, mis dedos dieron con un agujero tras la moldura de la corona. Parecía un pestillo, así que lo accioné. La librería giró sin ayuda, revelando una puerta escondida: un truco habitual del gótico. Hombro con hombro, Nina y yo seguimos la diminuta llama de mi encendedor hacia la bóveda.

—Mira, al final no es una habitación —dije.

—Es una escalera secreta. ¿Adónde crees que llevará?

—Solo hay un modo de saberlo.

—Estas escaleras son bastante estrechas —se quejó ella—. Te seguiré.

—Oh, ¡gracias!

Subí un escalón y Nina me siguió, presionando firmemente mi espalda con su mano candente.

—Puede que esto sea lo más cerca que he estado nunca de sentir

miedo —dijo en mi oído.

—Yo hace tiempo que pasé esa fase. No sabemos lo que hay al final de esta escalera.

La escalera de madera era funcional y estaba pintada entera de negro. Sobre nosotros, un espacio rectangular de color gris claro esperaba nuestra llegada mientras yo seguía viendo formas voluminosas e imaginarias brotando ante mis ojos. Reinaba el silencio a excepción de nuestra respiración cada vez más acelerada, un silencio que lo hacía todo aún peor por la anticipación aparentemente innombrable de los ruidos. Quería romper aquel silencio con mi voz, pero no me atreví.

—Ese olor a hierro es sangre, ¿no? —preguntó.

—Eso creo.

¿Por qué parecía que la negrura ante nosotros comenzaba a tornarse roja?

No, era negra.

Nina ahogó un pequeño grito en la parte posterior de su garganta.

—Sigue subiendo.

Avanzamos cinco escalones más sin vacilar, pero me detuve antes de llegar a la parte superior.

—Podríamos volver. —Ahora sentía una presión tanto delante como detrás de nosotros que parecía tan sólida y real como los escalones bajo nuestros pies y nos empujaba—. No hay nada de qué avergonzarse.

—Me siento como si estuviera bajo el agua —dijo Nina—. No puedo respirar.

Entonces oímos algo: un sonido insistente, como un tejido siendo mordisqueado y desgarrado.

—¿Crees que algún animalillo se habrá quedado atrapado? —preguntó ella.

—¿Y que se estará comiendo su propia pata?

—¡Vamos! Da igual lo horrible que sea, necesito comprobarlo —dijo—. No puedo soportar más esta inquietud.

Subimos la escalera apresuradamente hasta llegar a una gran habitación. Una luz tenue y plomiza brillaba sobre nuestras cabezas. Noté una fría corriente de aire y el suelo húmedo bajo mis pies. Mis zapatos resbalaban como si hubiera entrado en un estanque helado; pero no se trataba de un estanque, ni tampoco lo que yacía obscenamente ante nuestros ojos era ningún animal en apuros.

Era mucho más espantoso.

CAPÍTULO DIEZ

Era el cadáver desnudo de un hombre, anegado de sangre y sin cabeza.

Yacía sobre su espalda en un charco rojo y reluciente, con los brazos y las piernas extendidos como una estrella de mar varada, excepto por un detalle: la parte del cuerpo que le faltaba no volvería a regenerarse. La mancha carmesí bajo su cuerpo se extendía hasta el borde de las escaleras. Era difícil mirarlo fijamente, pero también lo era apartar la mirada. Me sentía paralizado y asqueado a partes iguales. ¿Se trataría de un truco de Halloween especialmente realista? ¿O sería algún tipo de broma organizada?

La carne hecha jirones y el brillante anillo de la columna cervical expuesta aclararon mis dudas: «no». Esto no era ninguna broma ingeniosa.

Mi estómago se revolvió ligeramente y el *whisky* en su interior no ayudaba. Aparté la mirada y me encontré con el rostro de Nina, que aún estaba procesando la magnitud del horror con el que nos habíamos topado. Estaba boquiabierta y ni siquiera pestañeaba. De pronto, cogió una bocanada de aire.

—¿Qué diablos…?

Estaba a punto de sugerir que volviésemos por donde habíamos venido cuando se me ocurrió que el verdugo de aquel desafortunado y difunto individuo quizás estaría aún en la sala con nosotros, y no quería ofrecerle al asesino mi espalda al descubierto. Giré sobre mis talones con los nervios a flor de piel, pero no vi a nadie. Como he dicho, la habitación era enorme, pero también estaba despejada de muebles. Un atacante lo habría tenido difícil para buscar un escondite, salvo que fuera un contorsionista o alguien muy, muy pequeño. Aun así, en cuanto localicé un interruptor en la pared, lo encendí rápidamente.

No ocurrió nada.

Entonces recordé que se había ido la luz en la biblioteca. ¿Formaban estas salas parte del mismo circuito? ¿Y si lo habían cortado intencionadamente para preparar el asesinato? A pesar del obstáculo que suponía la inevitable oscuridad, sabía exactamente dónde estábamos. Sobre el cuerpo se alzaba de forma imponente la principal atracción del observatorio: su enorme telescopio refractor,

como un gigantesco dedo de metal cuya punta más estrecha señalaba el cadáver decapitado. Junto al cuerpo había una escalera con ruedas por la que los astrónomos de la Miskatonic ascendían para mirar a través del ocular del telescopio. Cada uno de los amplios escalones tenía una doble función, pues también proporcionaban asiento durante su estudio extensivo de la galaxia.

—Alguien ha empujado esta escalera hasta aquí —dije—. Está muy lejos de su sitio habitual.

—Debe haber sido el asesino —señaló Nina.

—Tenía espacio de sobra para actuar, ¿para qué mover las cosas?

Nina se agachó junto a los restos mutilados.

—¿Ves esto? Bajo la sangre hay unas marcas dibujadas en el suelo. ¿Crees que son científicas?

La mayoría del diseño estaba oculto por la sangre y el cadáver. A juzgar por lo que quedaba a la vista, el hombre yacía sobre un diagrama compuesto de ángulos y círculos conectados. Me incliné y lo toqué suavemente con el dedo, emborronando una de las líneas sin llegar a tocar la sangre. Luego me froté los dedos y los olí.

—Es tiza. Dudo que ningún astrónomo lo haya dibujado, ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Y si el astrónomo fuera también el asesino? —preguntó Nina. Se puso en pie y caminó hacia una mesa de laboratorio oculta tras las sombras. Entonces miró hacia el cielo y señaló en esa dirección—. La corriente viene de ahí. —Las contraventanas del observatorio estaban abiertas y la luna entraba a través de la rendija del tejado abovedado. Nina encontró los restos de una vela pegados a una mesa—. Pásame tu encendedor.

Yo obedecí. La luz de la vela se mezcló con la de la luna, pero ninguna de las dos consiguió que aquel escenario pareciera menos terrible.

—La sangre es tan roja… —dije—. Y tan… real —tragué saliva, incómodo.

Pese a que yo estaba al borde del mareo, Nina parecía calmada de forma poco natural.

—Me pregunto quién será —dijo, volviendo hacia el cuerpo.

—¿Nada de esto te afecta? —dije—. Es todo tan… gráfico y, bueno… auténtico.

Nina se encogió de hombros.

—Ya he visto cadáveres antes.

—¿Dónde?

—Cuando era niña, mi padre estaba obsesionado con la criminalidad. Era un periodista y una especie de detective *amateur*. Me

llevaba a las escenas del crimen, siempre reciente. Sé que suena extraño, pero me gustaba acompañarle y ver el lado oscuro de Boston. Era emocionante. Heredé mis gustos sórdidos de él. Papá compró un periódico, y luego algunos más, y dejamos de deambular juntos por las calles. ¿Dónde crees que estará la cabeza de este hombre?

—¿Y si se la llevó el asesino?

—Sí. Le oímos, ¿no? Rebanándole el cuello segundos antes de que entrásemos. ¿Cómo conseguiría atravesar las contraventanas con ella? Están demasiado altas como para saltar y nosotros estábamos bloqueando la escalera secreta, que debe de ser el atajo que usan los astrónomos para llegar a la biblioteca. La puerta principal lleva al piso de abajo, al banquete, así que sería demasiado arriesgado utilizarla.

Podíamos oír el alboroto amortiguado de la fiesta bajo nuestros pies.

El hecho de que Nina mencionara el banquete me trajo a la mente a Norman Withers.

—¡Santo cielo! Nina, déjame la vela.

Examiné el cuerpo de cerca.

—¿Qué ocurre, Alden?

Iluminé el cuerpo con la llama de la vela, teniendo especial cuidado con que la cera no cayese sobre él.

—Esta noche, en la fiesta, conocí a un astrónomo de la Miskatonic. Un tipo hablador, de barba larga y ojos alegres. Aunque esos detalles no nos sirvan de mucho ahora. Estaba trabajando en el laboratorio del piso de arriba. Temía que se tratase de él, pero no es así. —Me separé del cadáver—. Este tipo es demasiado joven y corpulento como para ser ese hombre. Incluso a falta de ver la cabeza, no puede ser Norman Withers.

—Buenas noticias para Norman —respondió ella—. Me pregunto quién…

Unos suaves gañidos llamaron mi atención, provenientes de la esquina más alejada de la habitación. ¿Una rata? No me gustaban las ratas, pero supongo que ese era el menor de nuestros posibles problemas. Aun así, las ratas le provocan hormigueos a cualquiera. ¿Y si las alimañas habían olido la sangre? Un laboratorio de astronomía no era el lugar ideal para encontrar un arma decente, y habíamos dejado nuestro martillo y nuestro palo de fregona en el piso de abajo, así que tomé una regla de cálculo de la mesa.

—Ven conmigo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Quiero asegurarme de que estamos solos bajo la cúpula.

—Y si no fuera así, ¿vas a tomar medidas?

Ignoré su burla. Vela en mano, inspeccionamos a fondo la habitación. Sé que esto sonará cruel, pero una vez hubimos pasado la conmoción inicial por aquel repugnante asesinato, fue más fácil apreciar el apasionante tamaño del gran telescopio que estábamos circunvalando.

—Se parece a la Gran Berta, ¿no crees?

Nina se encogió de hombros.

—No sabría decirte. Nunca he visto un obús con mis propios ojos.

—En fotos es impresionante. —Señalé una viga de hierro que rodeaba la sala—. La cúpula rota sobre raíles y se mueve mediante cuerdas y poleas. Esa que cuelga sobre la entrada controla el cierre de la ventana. ¡Eh, mira! ¿Eso es sangre? El asesino debía de estar cubierto de ella.

—Pareces saber muchas cosas de este lugar. —Nina examinó el cable manchado.

—Vine aquí con el colegio cuando era un crío. —Ahora que habíamos examinado la habitación a fondo, me sentía menos amenazado por un ataque inminente—. Creo que podemos decir con cierta seguridad que el asesino ha huido. Es hora de llamar a la policía.

Nina hizo un mohín, dándose toquecitos en la barbilla con el nudillo.

—¿De verdad te parece un movimiento inteligente? —dijo.

—Un hombre ha sido asesinado. ¿Qué otra opción nos queda?

—¿Qué explicación les vamos a dar? Por ejemplo, ¿cómo descubrimos el cuerpo?

—La policía lo entenderá. —No tenía demasiadas ganas de involucrar a las autoridades. Generalmente, la gente como yo prefiere manejar las situaciones vitales y socialmente embarazosas con menos formalidad. ¡Pero había un hombre decapitado!—. Encontrarán la forma correcta de manejar esto.

—Según mi experiencia, no siempre es así. —Caminaba de un lado a otro, nerviosa—. Debemos pensarlo bien. Encontrarán el cuerpo mañana como muy tarde. Tendrán que venir a limpiar después de la fiesta. De todos modos, eso no le ayudará. —Ladeó la cabeza en dirección al cadáver y luego suspiró profundamente—. Si te soy sincera, no quiero convertirme en una sospechosa, Alden.

—¿Una sospechosa? —No entendía nada—. ¿Por qué diablos ibas a ser *tú* una sospechosa?

—Ya he tenido problemas con la policía… en el pasado. —Parecía asustada.

Tenía curiosidad por averiguar más sobre ello, pero sabía que sería

reacia a contarme nada. Si pecaba de fisgón, ella se cerraría en banda, así que encendí dos cigarrillos y le pasé uno de ellos. Fumamos sin mediar palabra en la penumbra, los dos solos, pensando. Yo estaba esperando a que tomase una decisión. ¿Confiaba lo suficientemente en mí como para decir algo más?

Nina miraba fijamente la abertura de la cúpula, observando cómo el humo escapaba a través de ella. Sus grandes ojos se encontraron con los míos de frente.

—¿Te acuerdas cuando te hablé del funeral de Udo Ganz? ¿De los disturbios que lo siguieron y de los manifestantes que fueron arrestados? Yo fui uno de ellos.

—¿Te cogieron durante una protesta política? —Aquello no parecía tan malo.

—Era mucho más que una protesta, pero no fui allí por razones políticas, sino para echar un vistazo a la multitud. Tal vez pensé que la persona que había matado a Ganz aparecería. No sé en qué estaba pensando. ¿Que los miraría y de alguna manera lo sabría? O puede que solo fuera mi propia fantasía de resolver el asesinato. Pero la marcha no tardó en volverse peligrosa y todo se descontroló. Se empezaron a lanzar botellas y tanto los manifestantes como los policías intercambiaron amenazas e insultos. La muchedumbre me rodeó y no pude escabullirme, así que la corriente de cuerpos me arrastró. Y entonces, la policía cargó contra nosotros. Fue horrible. Sentía puñetazos y garrotazos por todas partes. Parecía un combate de boxeo más que un arresto masivo.

—Nina, llamaré a la policía y, cuando lleguen, ambos tendremos que hablar con ellos. No podemos evitarlo, pero podemos permanecer juntos. Y si surge cualquier problema, de cualquier tipo, llamaré al abogado de mi padre para que venga esta misma noche. Nadie saldrá perjudicado.

Nina me abrazó y yo ladeé la cabeza en cuanto me rodeó con sus brazos, tratando de apartar la vista del cuerpo encharcado en la sangre.

—¿Alden? Hay más…

—¿Más? —Deshice el abrazo, pero mantuve las manos en sus hombros.

—Solo un poco.

—Cuéntame.

Se volvió y comenzó a caminar de un lado al otro, retomando la historia.

—¿Te acuerdas de cuando hallaron a las hermanas Galinka en la Isla Ignota? Después, la historia se publicó en los periódicos y todo el

mundo supo lo que había pasado. Ese día, tomé prestado un bote, una vieja barca de remo agujereada que encontré atada en la orilla. Remé hasta la isla para ver el escenario con mis propios ojos, ¿sabes? Bueno, pues ese bote pertenecía a un pescador mugriento. ¡Pensé que estaba abandonado! Pero fue a comisaría y dijo que yo se lo había robado. Salieron disparados con media docena de enormes barcos de la policía porque pensaban que, a lo mejor, la persona que había robado el bote de aquel pescador podría haber sido también la que encendió el fuego y quemó los huesos de las pobres chicas de Galinka. Los policías recorrieron la isla empuñando sus pistolas y garrotes como salvajes. ¡Parecía que estaban locos! Y cuando me vieron, salí corriendo. Intenté huir porque estaba asustada, pero ¿adónde iba a ir? Me persiguieron por todas partes haciendo sonar sus silbatos. Solo había ido allí en busca de pistas…

—¿Volvieron a arrestarte?

Ella asintió.

—Me esposaron y me llevaron al cuartel general, donde me tuvieron sentada en una celda durante horas. Les expliqué la situación, pero actuaron como si les estuviera mintiendo. Sacaron a la luz mi ficha policial del altercado de Ganz y me obligaron a prometer que no volvería a investigar nada por mi cuenta. «Déjanos el trabajo de policía a nosotros», dijeron. Y se lo prometí para que me dejaran volver a casa.

—Y dijeron que si volvían a cogerte en una escena del crimen…

—Me encerrarían durante mucho tiempo. El suficiente como para que la gente se olvidase de mí.

—Pues lo siento por ellos, pero no creo que me olvide de ti jamás.

Me hubiera gustado que nos besásemos justo en ese momento de no ser por el hombre muerto que yacía en el suelo. Nina me miró inquisitivamente. ¿Me habría oído mal? El rastro de una sonrisa en su rostro me confirmó que no era así. Estaba sorprendida, solo eso. Y sinceramente, yo también.

• • •

Acordamos que diría que me había colado en la sala del telescopio por mi cuenta. Me había estado echando una siesta en la biblioteca inducida por el *whisky* cuando oí unos ruidos raros que provenían de la pared tras la estantería. Entonces salí al pasillo y, sin saber cómo entrar en la sala, cogí las herramientas que pude encontrar en el armario del conserje. Estaba medio borracho y pensaba que alguien se había quedado atrapado en el interior de la pared. Sonaba creíble, aunque la policía dejaría de prestarme atención en cuanto viesen el

cadáver. Nina no formaría parte de la historia. La vi descendiendo la escalera secreta, desapareciendo entre las sombras.

Yo también me disponía a bajar por las escaleras para llamar a la policía cuando avisté una hilera de perchas en la pared. De una de ellas colgaba una capa marrón con capucha, una sotana de monje. La descolgué. ¿Dónde había visto aquel rústico disfraz? El alcohol del ponche debió nublarme los sentidos. Mi mente se quedó completamente en blanco hasta que vislumbré un bastón grueso de madera apoyado contra una esquina.

¡Fray Tuck!

Era el traje del compañero tonsurado de Robin Hood. ¡Clark Abernathy! Mi viejo compañero de clase, que había arrojado aquel grueso leño a la fogata del jardín mientras Nina me ponía al corriente sobre la serie de muertes inexplicables de Arkham. Si este era su disfraz de Halloween, entonces Clark…

Aunque nunca fuimos amigos, sino más bien conocidos, Clark formaba parte de mi grupo de compañeros de la universidad. Los Abernathy eran nuevos ricos, toscos pero ansiosos por complacer. Se podía contar con el rubicundo, pecoso y prematuramente alopécico Clark para beber una botella de *ale*, o una docena de ellas. Le gustaba lanzar la pelota y luchar contra sus compañeros sobre las esterillas del gimnasio. Clark también era una leyenda del comedor, alabado por su insaciable apetito. Él solito había engullido de una sentada una pierna de cordero rellena, tres cebollas a la crema, una bandeja de bollos de canela y una tarta *Nesselrode* de crema de castañas. Los años posteriores a la universidad le habían alejado del gimnasio, pero no de la mesa. Su padre le estaba preparando para que se encargase del imperio familiar de artículos de deporte. El simpático Clark era un vendedor nato, y su prestigio en los artículos deportivos había seguido el ritmo previsto… hasta esta noche.

Volví a acercarme al cuerpo.

Durante nuestro tercer año de carrera, Clark sufrió un accidente debido al alcohol y cayó con su bicicleta a las vías del tren. Se había hecho un corte profundo en la rodilla que requirió varios puntos y el uso de una muleta de forma temporal. Lo recuerdo porque fui yo quien le llevó al hospital esa noche, y quien vio cómo el doctor le cosía los puntos.

Con ayuda del encendedor, localicé la cicatriz rosa de la rodilla del cadáver.

La rodilla de Clark.

Pobre. Nunca había hecho daño a nadie y, aun así, ahí estaba. Resistí el impulso de cubrirlo con su hábito, pues no quería estropear

ninguna prueba. En lugar de eso, bajé las escaleras con la intención de llamar a la policía. Pero antes encontraría a Preston. Clark era su amigo y el padrino de su inminente boda. Quería decírselo antes de que la policía lo hiciera.

Pobre Clark.

• • •

—Oakesy, no puedo hablar contigo en privado ahora mismo. ¡Estoy en mitad de una fiesta! Minnie, cariño, ¡ven aquí!

Al principio había pensado que Preston había acudido a su propia fiesta sin disfraz, pero ahora llevaba una chistera de fieltro cárdena con un pedazo de papel sujeto a ella que rezaba «10/6», como el sombrerero loco de *Alicia en el País de las Maravillas*. En una mano sujetaba un cigarro de cuyo extremo colgaba un dedo de ceniza a punto de caer en picado, y con la otra aferraba una enorme taza de té de porcelana llena de Dry Martini. A su alrededor, los invitados bailaban.

—Preston, Clark Abernathy ha muerto —dije.

—Eso es imposible, Alden. Le he visto hace menos de una hora. Está aquí, en mi fiesta. —Preston dio un sorbo a su martini.

Minnie se materializó entre el gentío, avanzando apresuradamente hacia su prometido.

—¿Qué ocurre, mi sombrerero loco?

—Alden cree que Clark está muerto. Dile que está equivocado, el chico ha bebido demasiado ponche. —Preston se dejó caer pesadamente sobre una silla de respaldo alto, ofreciéndole a Minnie su rodilla como asiento. Ella tomó prestado su cigarro y se llenó la boca de humo antes de exhalar una hilera de aros hacia el techo. Preston la observó con sus ojos cargados de posesión altanera antes de volver a centrar su atención en mí—. Ahora dime, Oakesy. ¿Dónde has estado?

—Arriba, bajo la cúpula del observatorio. Ahí es donde encontré a Clark. Tenemos que llamar a la policía —dije, exasperado.

—¡Estás de broma! ¡Oh, Alden! —gritó Minnie, muriéndose de risa.

La gente comenzó a congregarse alrededor de nuestra esquina para enterarse de lo que se estaban perdiendo.

—Por favor, venid. Os lo enseñaré —dije.

De fondo sonaba el triste solo vodevilesco del trombonista. Preston se levantó y me rodeó con su brazo, dejando caer un puñado de cenizas sobre mi camisa.

—Vamos, vamos. Oakesy, está claro que estás alterado. No me gusta verte así. Vamos a acompañarte para aclarar todo este malentendido. —Se volvió hacia los invitados que se aglomeraban a su

alrededor—. Que todo el mundo espere aquí. Tenemos un asunto privado que resolver. Minnie, puede que necesite tu ayuda. —Ambos se pusieron en pie, tambaleándose en los brazos del otro.

—Deberíamos llamar a la policía —repetí, y Preston me miró con un afecto genuino.

—Estás demasiado serio, amigo. Seguro que es solo una broma, a Clarkie le encanta gastarlas. Esta noche han venido todos mis amigos y no pienso llamar a la policía para que se los lleven a la cárcel por beber. Venga, ¿por qué no vamos nosotros tres a la cúpula y le echamos la bronca a Clark por su bromita de mal gusto?

Preston tomó un candelabro de la mesa y Minnie se aferró a él.

Yo les guie hacia las escaleras.

—Preparaos, porque hay mucha sangre.

La expresión de Preston se volvió seria por primera vez.

—¿Sangre?

—Alguien le ha cortado la cabeza a Clark y se la ha llevado. —Mis palabras me sonaban descabelladas.

Preston parecía intranquilo.

—Será mejor que vayas tú delante, se me revuelve el estómago con estos temas. Tiene que ser una broma, ¿no? No puede ser verdad. Será sangre falsa, ya le llamaré la atención a Clarkie por esto. No debería asustar a mis amigos. Cuando llevas las cosas demasiado lejos, deja de ser divertido. —Preston avanzó a pasos largos hacia la puerta y trató de girar el pomo—. Está cerrada.

—Hay otro camino —dije—. Un pasadizo secreto a través de la biblioteca.

—¿Has dicho «pasadizo secreto»? —Preston arqueó una ceja.

—Oooh, me gusta cómo suena —dijo Minnie—. ¡Parece algo escrito por Poe!

Les guie hacia la biblioteca, pero las puertas no cedieron ni un ápice.

—Se me había olvidado que bloqueamos las puertas desde el interior.

—¿Tú y quién más? —preguntó Preston.

No iba a mencionar a Nina.

—No importa. Quizás si empujamos juntos…

Y así lo hicimos. Las puertas se movieron lo suficiente como para que pudiéramos colarnos por ellas y, en el interior de la biblioteca, les enseñé la estantería y la entrada oculta que escondía.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Preston.

—Lo siento, pagaré los daños. Lo que tengo que enseñaros está aquí dentro, arriba —dije.

—Tienes suerte de que no hayamos llamado a la policía. Te arrestarían por vandalismo —respondió él.

Minnie se adelantó a empujones para echar una ojeada en el interior del agujero irregular que había abierto con Nina y luego examinó el hueco tras la puerta.

—*Sí* que es un pasadizo secreto. Por favor, Preston, no le regañes. Esta va a ser la fiesta más memorable a la que he asistido nunca. — Antes de que pudiera detenerla, se apresuró hacia la entrada y subió las escaleras con sus diminutos pies, dejando que las plumas rozasen las paredes a su paso. Preston se agachó para introducirse también en el pasadizo, persiguiendo a su prometida.

—¡Esperad! ¡Esperad! —traté de advertirles, pero no sirvió de nada. Había perdido el control de la situación. *«¿Dónde estaría Nina ahora?»*, me pregunté. Esperaba que estuviera de vuelta en su casa, sana y salva. Subí los últimos escalones del pasadizo a la zaga de Preston y Minnie, siguiendo el brillo del candelabro como si se tratara de una antorcha.

Este se detuvo cerca del telescopio y por fin los alcancé, sin aliento.

—Lo siento, Minnie. Preston, debí avisarte de lo que encontraríais, y de lo horrible que es. Nadie debería ver nunca algo así.

—¿Ver qué? —Preston dejó que su luz bañase el suelo, empujando hacia un lado las escaleras con ruedas e iluminando sus peldaños. Luego recorrió la sala, alumbrando las cuerdas y las poleas, las mesas de trabajo y los raíles que rodeaban la cúpula—. Aquí no hay nada, Oakesy. Nada de nada.

Preston tenía razón. El cuerpo de Clark había desaparecido.

Creí que habría perdido la cabeza, pero no había duda alguna: aquel era el lugar exacto en el que había estado con Nina. Me agaché y toqué la tarima mientras Minnie se volvía hacia su prometido y él la acogía en sus brazos.

«*Están de pie donde Nina y yo casi nos besamos hace menos de media hora*».

¿Dónde estaba el cuerpo? ¿Dónde estaba el pobre Clark?

—Esperad. Clark iba disfrazado de Fray Tuck, llevaba una sotana y un bastón. —Corrí hacia las perchas, pero su traje había desaparecido. No me estaba inventando nada. No estaba tan borracho, ¿verdad? No, y tampoco estaba solo en el momento en el que encontré a Clark.

—Nina también lo ha visto.

—¿Quién? —respondió Preston.

—Nina Tarrington.

Preston se quedó patidifuso.

—¡Por Zeus! Hacía siglos que no escuchaba ese nombre. ¿Qué mosca te ha picado, Alden Oakes? —Preston no estaba enfadado conmigo, sino más bien confuso y perplejo ante mi comportamiento errático—. Puede que hayas bebido demasiado. Ese licor canadiense te ha atontado, viejo amigo. Siéntate, vamos a buscarte algo de agua o un café caliente. ¿Te encuentras mal? ¿Crees que está enfermo, Minnie? —Preston atrajo a Minnie hacia sí y me acercó el candelabro a la cara.

Su luminosidad me arrancó una mueca de dolor.

—Está muy pálido —dijo ella.

Efectivamente, me encontraba mal. La cabeza me retumbaba con fuerza, y la luz me molestaba, así que la aparté de mí.

—Ha dicho que vio a Nina. ¿Lo has oído, Minnie? ¿Habrá vuelto a la ciudad?

—Ha estado aquí esta noche, en tu fiesta —respondí.

—¿Aquí? No lo creo. —Miró a Minnie fijamente—. ¿Te imaginas que apareciese?

—Me viste con ella junto a la hoguera —dije.

Minnie parecía sorprendida. Negó con la cabeza empáticamente.

—Dijiste «¿Quién es tu tímida amiga?».

La chica procesó aquello.

—¿La momia?

—Sí, la reina momia. Nina estuvo aquí, y ambos hallamos juntos a Clark.

—No creo que esa momia fuera Nina, Alden —dijo Minnie—. Y Clark tampoco está aquí. Yo no lo he visto. Su padre llamó para avisar de que se había lesionado la espalda jugando al polo y no podría venir esta noche. ¿No es así, cariño?

Preston asintió. Parecía avergonzado, y podía ver la compasión en sus ojos.

—Nina estuvo aquí, estoy seguro —repetí—. Y Clark también —dije, casi para mí mismo. No podía haber soñado todo aquello, era una locura. Mayor aún que la que creí haber presenciado en España, con sus rituales y sacrificios. Esto era Arkham, y conocía esta ciudad. Eso es lo que intentaba decirme a mí mismo.

—Vuelve a casa, Alden. —Minnie me miró con tristeza—. Preston, pídele a tu chófer que le lleve. Parece agotado.

—No estoy cansado. Iré caminando. —¿Así era cómo te sentías al tener una crisis nerviosa? Pero yo no estaba teniendo ningún ataque. No, quizás había bebido demasiado. Habría probado alguna bebida de contrabando que había hecho que se me revolviese la cabeza. No tardaría en despejarme y a la mañana siguiente volvería a ser yo

mismo.

—Puede que te venga bien tomar el aire —dijo Preston—. Pero ten cuidado, Arkham puede ser peligrosa de noche.

Una vez en el exterior, busqué a Nina. Quizás estuviera escondida en algún lugar cercano, atenta por si aparecía algún coche de policía y quedándose para ver si conseguía salir ilesa. La busqué alrededor del fuego que comenzaba a extinguirse. Traté de recuperar alguna traza de aquel pesado leño que Clark había arrojado a las llamas, pero no había más que brasas y ceniza.

No había rastro de Nina, así que me marché.

CAPÍTULO ONCE

¿Alguna vez has vuelto a casa bien entrada la noche y has pensado que alguien te estaba siguiendo? No me refiero a un atracador, ya me crucé con varios en Europa que buscaban atracar a algún borracho y robarle la calderilla. Como hombre, nunca he tenido las mismas preocupaciones a las que se enfrentan las mujeres que recorren las calles solas, especialmente por la noche. Hablo de algo distinto. Me refiero a alguien que te sigue únicamente a ti. Que no te ha elegido de forma aleatoria o por ser víctima de unas malas circunstancias, sino que te ha escogido desde un primer momento solo por ser tú. El acoso que sentí esa noche fue muy concreto: alguien me quería, a mí, Alden Oakes, urgentemente.

Pero me estoy adelantando.

Salí del observatorio de mal humor. Minnie tenía razón, me sentía cansado, pero no era solo eso. Habían jugado conmigo y estaba furioso. Si me habían gastado una broma, no la había pillado; nada en ella me hacía gracia. Ese muñón de cuello purulento era muy real. Clark estaba muerto, pero ¿cómo habían logrado borrar las huellas del crimen tan rápido? Parecía cosa de magia, algo que el propio Houdini podría haber enseñado a su público. Sin embargo, cuando Houdini actuaba, el público era parte del juego y sabían que estaban siendo engañados. Eso era parte del encanto. Mi experiencia con el cuerpo decapitado me había dejado confuso, preocupado y a punto de perder la cabeza; pero sabía que no sería así. Yo no estaba loco. Más bien, estaba enfadado conmigo mismo por haber sido manipulado. ¿Quién había jugado conmigo? ¿Quién había matado a Clark?

¿Y por qué?

Tras abrir mi pitillera y encontrarla vacía, descendí Crane Hill con los nervios a flor de piel. Me sentía inquieto. Un automóvil lleno de chicos de la fraternidad de la Miskatonic pasó a mi lado, profiriendo insultos a mi condición de payaso y al estado marital de mis padres en el momento de mi nacimiento. Les respondí con un gesto, algo de lo que me arrepentí inmediatamente en cuanto vi cómo aparcaban el coche en el bordillo de la siguiente esquina. De él salieron varias figuras que se mantuvieron a la espera. Puesto que había pasado buena parte de mi juventud en internados y, posteriormente, en bares rudos e ilícitos donde imperaba la jerarquía masculina, no era ajeno a

las peleas a puñetazos. Evitaba la violencia siempre que me era posible. Los artistas, por naturaleza, tienden a ser muy temperamentales e impulsivos. Me declaro culpable de ser ambas cosas, aunque esperaba que la madurez hubiera mejorado mi juicio. El coche siguió su camino y sentí una oleada de alivio. Los chicos se habían limitado a aliviarse, dejando un charco en la acera y tres botellas de cerveza vacías tiradas en la hierba.

El aire nocturno se había vuelto húmedo y una niebla fría se colaba entre los edificios, enganchándose entre los setos y los árboles como una telaraña. Sin darme cuenta, me encontré desviándome hacia el oeste, bajando la colina hacia el río. El fangoso y negro Miskatonic fluía como el alquitrán, y su olor no era menos nocivo, aunque más similar al del pescado.

Me detuve en la cima del puente que cruzaba el río en West Street. No necesitaba ir por allí, pues mi casa estaba en la misma orilla del Miskatonic que la universidad, pero quería tomarme un tiempo para tranquilizarme. El río siempre había sido un buen sitio para pensar, al menos durante el día. Nunca venía aquí de noche. Unos enormes almacenes se erigían a mis espaldas y los retorcidos embarcaderos se sumergían en el agua como suicidas. Esa noche había pocos botes atracados, y una veintena de gaviotas dormía sobre los tejados de los almacenes. Apilado contra una pared de ladrillo descansaba un montón de redes de pesca enmarañadas como una masa amorfa, destelleando de forma curiosa bajo las luces como si estuviera cubierta de miles de ojos enjoyados y parpadeantes. No podía imaginarme comiendo nada que viviera en aquel lodo contaminado. Las olas dibujaban sucios cuellos de encaje sobre los pilares y una gruesa capa de fango del color de las sanguijuelas brotaba en cada sitio bañado por el agua. De pronto capté un movimiento tan veloz como un rayo sobre la dársena: una rata. *Puaj*. No podía evitar pensar «¡una plaga!» cada vez que veía una escabulléndose por ahí, pero este espécimen rollizo siguió a lo suyo sin prestarme atención alguna.

Sobre el agua, agazapada en mitad del río, estaba la razón por la que había venido: la Isla Ignota, el lugar en el que los *boy scouts* habían caminado sobre los huesos carbonizados de las gemelas Galinka y donde la policía le había echado el guante a Nina tras su excursión con el bote robado, si es que decía la verdad. ¿Por qué no iba a creerla? ¿Porque Preston y Minnie me habían dicho que no se había presentado a su fiesta? Yo sabía que sí. Había hablado con ella y me había tropezado con un muerto mientras estaba a su lado. Un Preston borracho y Minnie no eran los testigos más fiables, aunque yo también había bebido, claro. Sabía lo que había visto. Era absurdo

pensar lo contrario, pues cuestionarme a mí mismo era cuestionar mi propia cordura. No estaba listo para hacerlo. Sinceramente, en retrospectiva, solo estaba un poco ebrio.

Escuché más chillidos a mi derecha…

…donde otras dos ratas estaban manteniendo una educada conversación sobre la calidad de los restos en la orilla en esa fría y húmeda noche de Halloween. Una niebla densa se arremolinó sobre el agua y me subí el cuello de mi camisa de payaso. A mi izquierda, al otro lado de aquel foso, podían verse las vías de tren de Boston y Maine, el mismo lugar en el que un Clark universitario se había caído de la bici y abierto la rodilla.

Pensé en lo que había dicho Preston.

Obviamente deseaba que Clark estuviera vivo aún, pero sabía que no era así. Es verdad, no había hablado con él la noche anterior a su deceso, ni tampoco había verificado la identidad del fray Tuck, pero el hombre disfrazado de monje era exactamente igual que Clark. Quizás era un poco más carrilludo de lo que lo recordaba, pero estaba seguro de que debía de ser él.

Oí un parloteo.

Ahora era una fila de ratas (una patrulla nocturna, supuse) la que avanzaba a lo largo de la rampa de carga de uno de los almacenes. Aquel desfile me provocó un escalofrío. Los muelles son famosos por sus ratas, pero verlas en acción era repugnante. Sus ojos hambrientos rebosaban de inteligencia y sus colas pálidas y sin pelo oscilaban de arriba a abajo como raíces sucias sobre el callejón, sugiriendo pestilencia. Ninguna criatura terrestre debería infundir una reacción de pura repulsión, pero yo no era ni un filósofo, ni un santo. Las ratas me ponían los pelos de punta. Avancé caminando por el puente hasta estar a una distancia prudencial de los roedores.

Tenía que encontrar a Nina, pero ¿dónde buscarla?

Sabía que vivía en el sitio en el que se alojaba Courtland Dunphy cuando este pereció. No debería necesitar una investigación exhaustiva para encontrarla. Teníamos que hablar. ¿Se había colado en la fiesta de Preston y Minnie sin invitación? Hubiera sido descarado, pero perdonable. Quizás la curiosidad se había apoderado de ella. Parecía tener ese problema cada cierto tiempo, llevada por la necesidad de saber. Y yo lo respetaba. Pero, sobre todo, quería contarle lo de la desaparición del cadáver de Clark. Con todas aquellas emociones, no me había dado cuenta antes, pero estaba seguro de que había pasado a formar parte de la lista de Nina sobre muertes recientes e inquietantes en nuestra ciudad.

¿Qué estaban haciendo aquellas ratas?

Las observé bajo la luz brumosa que rodeaba los almacenes. Ahí estaban las redes de pesca apiladas, entre las que las ratas saltaban una detrás de otra como si desaparecieran. Tenía que ser una ilusión óptica: el número de ratas que se precipitaban hacia el interior del montón era sorprendente. ¿Adónde irían? Debía de haber un premio verdaderamente deleitable atrapado en el interior de aquel revoltijo de cordeles enredados para que se sumergiesen en él a tanta profundidad. Algo podrido y delicioso, y sin duda, exquisito. Un nuevo escalofrío me recorrió el cuerpo. Juraría que oí las ratas masticar, y aquel sonido me recordó a los mordisqueos que habíamos oído en el observatorio, cuando le habían arrancado la cabeza a Clark.

¿Ratas?

No, no era posible… ¿Se habrían fugado con el cuerpo y limpiado después? Solté una carcajada y el estruendo de mi voz en contraste con el silencio del puente fue alarmante. Siempre había tenido mis propias ideas sobre los individuos que se reían en voz alta con sus propios pensamientos. Y, sin embargo, ahí estaba. La pila de redes se sacudió, lo que supuse que podría ser normal teniendo en cuenta que estaba llena de ratas. Pero lo que más me chocó fue la poca naturalidad de su movimiento, como si fuera un tejido tembloroso, vibrante y nervioso. En un principio, había pensado que aquellas diminutas manchas enjoyadas de las redes parecían ojos. Pues bien, ahora parecían actuar como tal, porque aquella masa amorfa se incorporó, apoyándose sobre dos piernas… flácidas… y la criatura formada por redes… se alejó de su morada junto a la pared… Su cabeza deforme, con más ojos que el resto, se giró para mirarme. Juraría que sus ojos me miraron sobre el agua pringosa y me identificaron cuando me incliné sobre la barandilla del puente, oculto entre la niebla.

Aquella cosa me hizo señas.

Lo sé, lo sé. ¿Cómo puede ser posible? Dirás que es absurdo, pero te aseguro que una maraña de redes se separó del cuerpo de aquella masa movediza y permeable. ¡Un brazo! Me hizo una señal con él y me sobresalté, un sentimiento que dio paso al pánico.

—*Ven, Alden.*

Yo me quedé sin aliento. ¡Palabras! ¡Pronunciaba palabras! Me limpié la cara con la manga, pensando que, de alguna manera, la niebla me estaba alterando la visión. Estaba claro que mis ojos estaban fatigados y que debía haberse metido algo en ellos: algún residuo, una gota salada de sudor, algo de contaminación de origen desconocido o quizás una voluta de niebla tóxica proveniente de la superficie ondulante del Miskatonic. Una mancha que distorsionaba… ¿qué,

exactamente? No tenía respuesta para aquello. Por más que froté, la visión frente a mí no cambió para mejor. No, esa cosa volvía a hacerme señas.

—*Acércate, Alden. No tengas miedo, quiero enseñarte algo. Escúchame*.

Lo oí hablar. No tenía boca, pero oí cómo me hablaba, pronunciando palabras con un tono cálido, meloso y barítono tan relajante como cautivador. Era una voz que inspiraba confianza, aunque no tenía muy claro de dónde provenía. Aquella masa amorfa era la que hablaba, pero los sonidos emanaban de todas direcciones a la vez, atacándome por todos los frentes.

—*Eso es, sigue caminando. Te esperaré justo aquí*.

¿Sigue caminando? ¿A qué se refería?

De pronto me di cuenta de que me había acercado al cúmulo informe. Bajé la mirada y vi que mis pies se arrastraban lenta pero insistentemente hacia aquella… cosa enredada. ¡Santo cielo! Estaba obedeciéndola sin saber lo que hacía. Me obligué a mí mismo a detenerme y extendí la mano, aferrándome a la barandilla del puente de hierro para ayudarme.

—No —dije.

—*¿Por qué huyes de lo inevitable? ¿Quién eres tú para desafiarme?*

—¿Quién eres tú? —grité.

—*Ya sabes quién soy*.

—Yo… no lo sé…

—*Sí que lo sabes. No soy nadie. Soy tú, Alden. No soy nadie y soy todos*.

—Eso no tiene sentido. Déjame en paz.

—*Fuiste tú quien me llamó, y yo siempre acudo a la llamada. Querías ver. Mírame, Alden*.

—Nunca te he llamado, y si lo he hecho, ha sido sin querer. Ahora te pido que te vayas. —Mi voz sonó débil, como si estuviera perdiendo la capacidad de resistirme. O peor aún, la voluntad.

—*Eso es algo que nunca ocurrirá. Nadie nos da la espalda después de llamarnos. Nadie*.

Tiró de mí como un imán que atrae carne y hueso y sentí cómo mi cuerpo se arrastraba hacia aquel montón de hilos fibrosos cubierto de globos oculares y lleno de ratas que apestaba a pescado podrido. Me agarré con las dos manos al puente, pero mis dedos resbalaron sobre la barandilla húmeda. Tensé aún más mi agarre, viendo cómo los nudillos comenzaban a palidecer.

La masa de redes suspiró, exhalando un aliento de agua putrefacta, y un nauseabundo y grasiento barro me envolvió.

—Si tú no vienes a mí, yo iré a por ti, Alden. Iré a por ti. Iremos, todos nosotros. Ahora puedes vernos, tal y como deseabas, y pronto te unirás. Todos somos uno. Tú. Nosotros. En las estrellas…

Se deslizó por la dársena, arrastrando junto al montón de redes viejas flotadores de corcho, conchas rotas, manojos de maleza y algas en descomposición arrancadas del lecho del Miskatonic. Grité, notando el sudor frío que me envolvía como si se tratase del agua helada que fluía bajo el puente. ¿Es que no había nadie más en el muelle a esas horas? ¿Nadie vigilaba los almacenes? ¿Ni siquiera un atribulado contable de ojos saltones que se hubiera quedado hasta tarde trabajando junto a su café y sus cigarrillos bajo la luz del escritorio? Supongo que no, porque grité hasta desgañitarme y nadie acudió en mi ayuda.

—No somos nadie. Vamos a por ti.

La masa amorfa reptó, esforzándose al máximo por arrastrar su peso hacia delante, y subió el puente cojeando. Era lento, sí, pero admirablemente persistente. Su olor me abrumó, pues cada una de sus respiraciones olía como a basura cocida y entrañas fétidas y verdosas. Un halo de moscas zumbaba a su alrededor, haciendo caso omiso del frío para darse un festín con los bocados escondidos en sus huecos —su panal de cieno añejo— sorbiendo la gelatina grumosa y fecunda de su maloliente mácula.

Las luces del puente brillaban a través del cúmulo informe, en cuyo interior las ratas giraban como si estuvieran en el interior de una rueda. De alguna manera sabía que la energía turbulenta de sus fuerzas vitales era la que alimentaba e impulsaba aquel monstruo. El movimiento de sus cuerpos daba vida a su horror. Si la masa amorfa me consumía, pasaría a darle energía como lo hacían las ratas, y no iba a dejar que eso ocurriera.

Me solté del puente y la masa abrió los brazos, inflándose hasta alcanzar un enorme tamaño para atraparme.

—Únete a nosotros. Uno de nosotros. Sé uno de nosotros.

Dejé que me arrastrara hacia ella, pero un segundo antes de que su abrazo me rodease y me cubriese con sus pliegues fibrosos, salté sobre el puente. Mis músculos se torcieron, apreté los dientes y, aferrándome de nuevo a la barandilla, corrí hasta quedarme sin aliento para aterrizar tras el monstruo, donde su misteriosa atracción no ejercía fuerza alguna sobre mí. «¡Vamos, corre!», me dije. El pánico me cargaba de energía.

Subí corriendo la cuesta de West Street sin mirar atrás hasta llegar al campus de la Universidad Miskatonic. Una vez allí me detuve, inclinándome hacia delante con las manos en los muslos, inhalando

aire fresco. La niebla se hizo más espesa y el camino hacia el río se sumió en la oscuridad; de hecho, parecía como si la niebla se estuviera extendiendo desde el canal hasta la zona alta de la ciudad, arremolinándose con una velocidad que me incomodaba y me creaba una nueva aprensión. Si un montón de redes de pesca viejas podía cobrar vida ingiriendo ratas, ¿podía la niebla estar viva y animada? ¿Y si esto no era el clima normal, sino la manifestación hasta ahora desconocida de un fenómeno extraño y consciente?

—Solo es niebla —dije. «Niebla, nada más».

Entonces tomé la decisión de darle la espalda y seguir mi camino a casa, pero esta vez caminando, no corriendo. Traté de restarle importancia a mis miedos para recuperar algo de control. Me negué categóricamente a darme la vuelta para saber si el aire estaba cargado de humedad. En un intento por distraerme, traté de buscar una explicación para mi extraño encuentro con aquella masa amorfa. ¿Cómo podría justificarlo? «¡Es Halloween!», traté de decirme. «¡Has visto un fantasma!». ¿No era un pensamiento pintoresco?

No hay límite alguno para la mente cuando se trata de sembrar la duda sobre su propia experiencia con lo extraño, pero únicamente cuando la amenaza física ha dejado de existir. Con qué rapidez cambiamos de opinión para seguir contándonos entre aquellos a los que denominamos «cuerdos». Las conversaciones internas machacan toda observación que hayamos podido hacer de primera mano a favor de soluciones más mundanas. «Alden, solo has visto a alguien vestido con un disfraz ingenioso. No era más que uno de esos universitarios gastando bromas a un borracho solitario que se tropezaba junto al río. Los estudiantes pueden ser terriblemente astutos. ¿Qué has visto en realidad, Alden? ¿Qué has oído? Aún no estás listo para ir al manicomio, ¿no?»

«He visto un monstruo formado por redes que sabía mi nombre».

«Oh, jo, jo… ¿Quién te va a creer? Tú mismo has admitido que había mucha niebla. Has bebido bastante, y crees que has visto un muerto esta noche. Quizás va siendo hora de que vuelvas a casa y te acuestes. Mañana será otro día y verás las cosas con más claridad. Seguro que entonces no te parecerán tan siniestras y terribles. Te has llevado un buen susto, un susto de muerte. Una cosa llevó a la otra y, al final, fue solo el típico caso en el que te dejas llevar. Estabas aterrado, simple y llanamente. Eres un tipo creativo, ¿verdad? Pues mira. Tu excelente y fructífero cerebro ha estado alimentando tu miedo con las ideas más excéntricas. ¿Sabes lo que deberías hacer? Ir a casa y pintar algo. Hace tiempo que no pintas, ¿no? ¿Has pintado algo desde que has llegado a Arkham? ¿No? Pues este es tu cerebro,

inspirándote. Está rompiendo ese muro que habías levantado sin saberlo. ¿No es exactamente lo que querías, Alden, viejo amigo? Un escalofrío repentino de inspiración de la buena, de la de toda la vida. Sí, era fantástica y, bueno, siendo sinceros, extraña. Pero ¿quién va a negar que no es lo que necesitas? Los surrealistas a los que tanto admiras son raros. Quizás tú seas como ellos. Tienen sueños y visiones demenciales, como el que tú has tenido esta noche. No estabas dormido, pero quizás estabas a punto de sumirte en un profundo sueño y te convertiste en un sonámbulo. No lo cuestiones ni lo temas. Píntalo, chico. ¡Vamos! ¡Píntalo!»

CAPÍTULO DOCE

A la mañana siguiente desperté en mi cama y me di un baño caliente para limpiarme el maquillaje y cualquier otro resquicio de la noche anterior. El vapor inundó la habitación mientras me hundía en el fondo de la bañera con patas, dejando fuera únicamente los ojos y la nariz. Estuve en remojo durante un buen rato, pensando en todo lo que había ocurrido en la fiesta de anoche y después de ella. Cuando salí, me sequé con una suave toalla dorada, hundiendo los dedos en una alfombra de terciopelo del mismo color. Teniendo en cuenta todo lo que había pasado, me sentía sorprendentemente bien descansado, aunque tenía ganas de desayunar. Limpié el espejo y me afeité antes de ataviarme con mi ropa de pintor: unos pantalones de lona deshilachados y salpicados de colores y una camisa de gamuza color canela. Me puse un par de mocasines y bajé a mi estudio de arte. Las paredes de la sala eran de ladrillo y por ellas se colaban algunas corrientes de aire, así que encendí un fuego en la chimenea y eché algunos troncos de abedul. Roland debió percatarse de mi presencia porque enseguida se pasó por la habitación para traerme una jarra de café, mi taza descascarillada favorita y un plato de huevos revueltos junto a una tostada de pan de centeno con mantequilla. Le di las gracias. Ya estaba listo para trabajar.

Empecé como solía hacerlo siempre: con un boceto. Saqué mis carboncillos y un bloc de papel de periódico, improvisando una docena de composiciones rápidas para conseguir la mejor perspectiva (en mayor o menor medida) con la que representar mi encuentro en el puente. De entre todas las opciones posibles, me quedé con unas vistas sobre el Miskatonic hacia el muelle. Evité los óleos y cogí mi caja de acuarelas. Luego preparé un tablón y extendí sobre él una hoja de papel hecho a mano que humedecí con una esponja de mar y aseguré a la tabla con cinta adhesiva. Apoyé la tabla contra una pared cercana a la chimenea para que se secara más rápido mientras preparaba la que sería mi paleta, los tubos de colores fríos y en tonos tierra que utilizaría y un par de mis pinceles de marta favoritos. No iba a complicarme demasiado. Cuando el papel estuvo seco y listo para pintar sobre él, tomé un lápiz afilado y esbocé el río, el arco bajo el puente y las lenguas del muelle adentrándose en la tierra, dejándome a mí fuera de la imagen y también un espacio en blanco piramidal en

la parte central de la arcada del puente.

Cerré los ojos para viajar en el tiempo hasta la noche anterior y, al verlo de nuevo, traté de asimilarlo todo de una vez como quien digiere una pastilla. Luego abrí los ojos de nuevo y dibujé lo que había visto allí, acechando en la oscuridad oculta tras la neblina. Entonces posé el lápiz, tomé los pinceles y la pintura y me puse manos a la obra.

A última hora de la tarde ya había conseguido algo que me satisfacía casi completamente. Retrocedí y me aparté para tomar un respiro. Saboreé los huevos fríos y la tostada, pero ya no tenía hambre. Me había bebido todo el café. El bueno de Roland me había traído una segunda jarra, así que me serví otra taza tratando de mantener la mente tranquila y vacía de pensamientos. Solo quería tener una cosa en mente: mi amigo deforme del puente. Abrí las cristaleras que daban al camino de entrada de gravilla y a nuestros garajes y fumé tres o cuatro cigarrillos. Una vez me sentí rejuvenecido, volví adentro y observé el cuadro que había pintado.

No era perfecto, ninguna pintura lo era; pero tampoco lo odiaba.

Era… parecido… muy parecido a lo que había presenciado la noche anterior: las dársenas nocturnas, remansos de luz condensada, un río similar a una hoja de estaño ondulada, y, arrastrando los pies hacia lo alto del puente, una espantosa criatura hecha de redes, fragmentos de pescado y múltiples ojos. La luz alumbraba a través de él, iluminando las ratas que rodaban en su interior mientras alzaba su brazo enmarañado, haciéndome señas. Sí, con esto bastaría por ahora.

Limpié mis pinceles, cerré las cristaleras y me fui.

• • •

Una vez hube terminado el primer intento de procesar aquella extraña experiencia en la arcada sobre el Miskatonic, sentí que debía volver a encontrar a Nina. Necesitaba verla y hablar con ella. Quería contarle todo lo que había pasado después de que nos separásemos, además de formularle algunas preguntas. ¿Se había colado en la fiesta? ¿Adónde fue después de marcharse? ¿Le pasó algo extraño durante el camino a casa? Me llevó casi dos horas localizar el edificio de Courtland Dunphy. Empecé por la rectoría de la Iglesia del Sur, adonde fui en busca de su dirección. El pastor fue amable, aunque no tenía ni un pelo de tonto. Le encontré en el exterior de la iglesia, fumando su pipa mientras admiraba un par de cuervos bañándose en la pila para pájaros tallada en piedra de la rectoría. Yo aún iba vestido con mi ropa de pintor, pero llevaba un abrigo de lana negro sobre ella para que no fuera demasiado evidente. También me había cambiado los mocasines por unas botas y me había abrigado la cabeza con una

boina. Me acerqué al sacerdote:

—Dicen que los cuervos son un mal presagio. ¿No es así, padre?

—Dios creó a los cuervos de la misma forma que nos creó a ti y a mí. —Apartó la pipa y, con una sonrisa, me pidió que le ayudase a llevar tres cestas de flores al interior del santuario.

—Por supuesto, padre Cryans. ¿Lleva este sitio usted solo?

Él me pasó la cesta más pesada y, después de abrir la puerta, la calzó con su pie y cogió el resto de adornos florales.

—Llámeme padre Mike. Me ocupo de lo que puedo y pago por aquello de lo que no puedo ocuparme. El Señor me envía ayudantes. Perdóneme, pero ¿nos conocemos, señor…?

—Rose —dije, desprevenido. No quería usar mi nombre real—, Sonny Rose.

—Bienvenido a la Iglesia de Todos los Santos, señor Rose.

Enseguida me arrepentí de aquel improvisado alias.

En cuanto se cerró la puerta, el silencio que reinaba en el edificio nos envolvió. Caminamos a lo largo del comulgatorio, donde el padre hizo una genuflexión que imité para evitar ofenderle o levantar sospecha alguna sobre el motivo de mi visita. El denso y dulce perfume de las rosas nos rodeó. Nunca me había gustado aquella fragancia, pues me hacía sentir levemente indispuesto.

—Por favor, déjelas ante el altar. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted, señor Rose?

—Soy amigo de Courtland Dunphy, un compañero artista. Me preguntaba si tendría archivada la dirección de Court, ya que me ha surgido un problema y contar con su dirección me podría ayudar a resolverlo.

—¿No sabe dónde vivía su amigo? —El cura dio unos toquecitos a las rosas, extrayendo un capullo magullado antes de retroceder para volver a comprobar su apariencia. La nave de la iglesia a nuestras espaldas era sombría y oscura. A nuestra derecha, unas velas votivas alumbraban desde unos apliques de hierro de los que colgaban hileras de cristales rojos bajo un crucifijo de oro radiante. El aroma a piedra húmeda, cera para madera de limón e incienso flotaba en el ambiente. Me hice a un lado para dejar algo más de hueco al sacerdote, hundiendo el talón sobre un charco de restos de cera que se habían secado sobre el suelo de mármol. Levanté el zapato mientras depositaba algunas monedas en la caja de limosnas frente a la ofrenda. Tomé una cerilla y toqué con ella uno de los cirios para luego mover la llama hacia una de las velas apagadas. Después ofrecí una oración silenciosa con la cabeza gacha: «Que este hombre me dé lo que quiero».

El buen padre esperó a que acabase.

—Nos tomamos un café y una tarta en un restaurante, pero nunca he estado en su apartamento.

—¿Y cómo sabe que vivía en un apartamento?

—Él lo mencionó. Se quejó de lo pequeño que era, ¿sabe? Una conmiseración artística.

Estaba a punto de apagar con un soplido la cerilla cuando me di cuenta de que los restos de cera en el suelo se habían derramado siguiendo un patrón definido, un tridente junto al que se encontraba otro dibujo. Este mostraba una corona de espinas formada por un grupo de bayonetas de hoja ondulada. Sobre ambos dibujos colgaba un símbolo con forma de estrella, una estrella que flotaba en el espacio dejando un rastro de puntos menguantes tras su larga cola con aspecto de daga.

Las pictografías no eran fruto del azar, sino un cuadro compuesto de forma intrincada. En el área devocional, los azulejos de mármol de la iglesia estaban teñidos de un tono rojizo y oxidado; así que los dibujos parecían sobresalir de ellos como espejismos alucinógenos generados en un erial abrasado y desértico. Me hizo falta un enorme autocontrol para contener mi respiración errática.

La cabeza me daba vueltas y mi visión se redujo a una pequeña abertura claustrofóbica.

—Nunca me pareció que Courtland fuera un quejica. Por lo que recuerdo, me dijo que su casa era bastante espaciosa para una persona.

Su inesperada remembranza me sobresaltó, pero traté de mantenerme aparentemente impasible. El cura parpadeó en mi dirección como si se tratase del búho de un cuento observándome por encima de sus gafas de lectura. Mira que tenía paciencia… Supuse que sería parte de su trabajo.

—Ah… bueno… me ha descubierto, padre. Quizás fui yo el que me estuve quejando con él.

—¿Se encuentra bien, señor Rose? —preguntó.

Sacudí la cabeza para despejarme, pero eso solo agravó el repentino mareo. Parecía que la iglesia descansara sobre un cardán gigante que empezase a rotar y se inclinara como una vertiginosa atracción de feria. Me limpié el sudor nervioso que salpicaba mi frente, esperando que el sacerdote no advirtiera mi ansiedad. Inclinando mi cerilla una vez más, confirmé la forma del diseño de la cera.

—Puede que esté un poco mareado. A veces el olor de las flores me afecta, pero estaré bien.

—¿Está seguro? —preguntó el padre Mike, y yo asentí con la cabeza.

Se alejó para buscar una regadera en un armario tras el altar y comenzó a regar las plantas sin ninguna prisa.

—Usted es el que lo encontró, ¿no es así, padre?

Bajé la cabeza y aplasté con mi talón la cera, esperando ser lo suficientemente sutil como para no llamar la atención del sacerdote hacia lo que hacía. Sentí que un hormigueo me recorría las piernas.

—Así es. Por desgracia, su alma ya se había ido. Para cuando llegué, estaba frío como el hielo. —Tomó algunas hojas marrones del mantel del altar y se las metió en el bolsillo—. ¿Se encuentra mejor?

—¿Qué cree que pasó? Ahí arriba, digo —señalé las vigas sobre nuestras cabezas.

Mi cabeza comenzaba a despejarse y la habitación, a mantenerse firme. «Estaré bien mientras no mire al suelo», pensé.

El sacerdote me miró y se frotó la barbilla. Ahora era mi turno de ser paciente.

—Aquel fue un día lluvioso, pero donde Court estaba, el tejado es plano y ya había escampado. No debería haberse caído. Estaba en la iglesia cuando ocurrió y, aunque todas esas ventanas estaban abiertas, en ningún momento le escuché gritar. ¿Puede creérselo? Uno pensaría que un hombre viendo cómo se aproxima hacia el suelo gritaría con todas sus fuerzas de forma involuntaria. Court se rompió el cuello al impactar y murió de forma inmediata, por lo que me han contado. No me lo explico.

—Yo tampoco. —Pero ¿y si ver un extraño símbolo había mareado a Dunphy tanto como yo me había mareado hacía unos minutos? ¿Y si una fuerza invisible lo había llevado hasta el saliente? Una luz roja entraba a raudales a través de las vidrieras y los rayos rubíes inundaron los bancos de la iglesia—. El casero está vendiendo las cosas de Court para pagar el alquiler perdido. No tenía familia.

—Era huérfano —dijo el padre—. Court compartió la historia de su solitaria infancia conmigo.

¿Huérfano? Esa información era nueva para mí. Noté un sabor agrio en la boca. Se me hacía muy difícil digerir aquello. Pobre Dunphy, era aún más trágico de lo que pensaba. ¿En qué se había metido cuando ganó aquel concurso y vino a Arkham? Su mala suerte había cambiado, pero para peor.

—Como artista y compañero de profesión, me gustaría asegurarme de que no cae en el olvido. Quizás podamos exponer sus obras, regalarle una última exposición.

Mis mentiras eran piadosas, pero estaba seguro de que mentirle a

un sacerdote conllevaba una penalización aún mayor si es que había alguien ahí arriba llevando la cuenta. Sin embargo, había una parte de verdad en mis palabras. No *quería* que Dunphy cayera en el olvido. Quizás nunca tendría una exposición final, pero si su muerte había sido un crimen, merecía justicia. Mi cuerpo comenzó a temblar. ¿Qué me ocurría? Notaba la garganta sacudiéndose, como si estuviera a punto de llorar, aunque esos espasmos no eran de emoción. Me miré las botas y comprobé que mi talón estaba cubierto de aquella maldita cera blanca. No podía esperar a quitármela de encima.

—Nadie merece lo que le ocurrió a Court —dije, sintiendo cómo mis labios se crispaban.

Con una sonrisa amable, el sacerdote se acercó a mí y me sostuvo el hombro. Aquel hombre sentía lástima por mí. Quizás creyese que necesitaba salvación. Y quizás tuviese razón.

—Me alegro de oírlo, Sonny. Vayamos a mi despacho para que pueda buscar la dirección.

• • •

En el almacén Schoffner compré una botella de cerveza de jengibre para saciar mi sed. Estaba en la calle correcta, pero era difícil encontrar los números que marcaban las casas en mal estado y los escaparates vacíos. El cielo crepuscular se atenuaba dando paso al color ciruela y al naranja y, con la puesta de sol, el viento prometió volverse frío como la hoja de un cuchillo. Estaba en Rivertown, con sus ladrillos rojos y sucios y el brillo frío y grasiento del agua que fluía bajo mis pies.

Exhalé aliento sobre mis manos para calentarlas.

Había un hombre en la acera atendiendo una pequeña parrilla de carbón en la que asaba unas castañas. Compré una bolsa, pero como estaban demasiado calientes para que pudiera comérmelas, me limité a pelarlas y observar el humo que desprendían. El hombre llevaba mitones y vi que le faltaban tres dedos. También llevaba un parche y tenía la piel de la mejilla arrugada por una cicatriz. Se agachó para coger otro puñado de castañas de una bolsa que almacenaba en el interior de un carrito rojo para niños con movimientos rígidos, como si necesitara lubricación en las articulaciones. No era viejo, apenas estaría uno o dos cursos por delante si hubiésemos ido al mismo colegio.

—¿Vende muchas castañas?

—Me va mejor durante las fiestas. Alrededor de las tiendas siempre hay mucho movimiento. Merece la pena madrugar. —Hizo una muesca en las castañas ayudándose de una puntilla, comprobó la

temperatura del carbón con sus nudillos antes de echarlas al fuego y, sirviéndose de una cuchara larga, las revolvió sobre la parrilla.

No había nadie más por la calle, ¿de dónde sacaría los clientes?

—¿Qué tal le va el negocio junto al río?

—Este lugar es tan decente como cualquier otro, si dejamos a un lado el sitio donde están las tiendas más exclusivas. Pero la pasma siempre anda detrás de los vendedores ambulantes como yo. Podré meterme en el distrito comercial cuando se acerque la Navidad. Algunos de los polis no están mal, hay un par que me conoce porque luchamos juntos contra los hunos en Marne.

Eso explicaba sus viejas heridas. Había ido a la guerra, donde había perdido años de vida y sangre. Tenía suerte de no haberme unido a la marina con Preston, pues nuestros cuerpos aún permanecían jóvenes e íntegros.

—Me llamo Alden —dije, extendiendo mi mano.

—Christophe —respondió, y me la estrechó—. ¿Hace poco que te has mudado al barrio? —preguntó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por las manchas de tus piernas, eres pintor. Pero tienes suficiente dinero como para comprarte un buen abrigo de lana y unas botas lustrosas, por lo que no debes de ser un pintor de brocha gorda. Eres artista, como muchos de los que viven por aquí. No te había visto nunca, así que debes de ser un recién llegado. ¿Qué te parece?

—Has dado justo en el clavo.

Él asintió.

—Eso pensaba. Solo porque sea tuerto no significa que esté ciego.

Supuse que mi tapadera no era lo suficientemente buena como para engañar al observador castañero, lo que hizo que me preguntara qué más cosas habría advertido el comerciante mientras pasaba desapercibido.

—¿Ha visto algo raro alguna vez por aquí?

Él me observó con cautela, como si pensara que estaba tratando de gastarle una broma sin demasiado éxito.

—Depende de a qué te refieras con *raro*. Las cosas raras son comunes en Arkham, ¿no?

—No podría estar más de acuerdo habiendo crecido en French Hill.

—Ah, French Hill es la que mejor esconde sus rarezas —dijo Christophe—. La Colonia se cuelga sus peculiaridades como una medalla, orgullosa de dar cobijo a una gran variedad de curiosidades humanas de todas las formas y tamaños. Crecen de forma salvaje en las orillas del río. Vaya si lo hacen, chico.

Yo fruncí el ceño.

—¿Qué es la Colonia?

—Estás frente a ella. Es ese gran edificio a tus espaldas, la mansión georgiana. Era una verdadera ratonera que llevaba abandonada una década, pero hace como un año la convirtieron en un bloque de apartamentos. Debe haber cincuenta personas viviendo ahí. ¿Ves esas casas reformadas de al lado? También forman parte de ella. Le dieron una nueva capa de pintura a todo el bloque, es una comuna artística a la que llaman «Nueva Colonia», o solo «la Colonia», para abreviar. Por lo que he oído, se inspiran entre ellos. Demonios, algunas noches suena como si se inspirasen realmente bien. Viven juntos, comen juntos y lo hacen todo juntos, no sé si me entiendes —sacudió la cabeza con aire nostálgico.

Sí que lo entendía. Las castañas comenzaron a estallar, ennegreciéndose a causa del fuego.

—¿Alguna vez has visto una mujer alta, morena y de ojos oscuros? Es distinguida, y lo hace saber.

—No puedo asegurarte que la haya visto. Debe ser una dama extraordinaria.

—Su nombre es Nina.

—No me sé sus nombres, yo solo les vendo castañas.

—Era poco probable, pero gracias de todas formas. Pensé que alguien la conocería si llamaba a las puertas suficientes. Vivía enfrente de este escultor, Dunphy…

—Quizás Calvin la conozca. ¡Eh, Calvin!

El vendedor de castañas hizo un gesto hacia un hombre de tez oscura que caminaba por la otra acera de la calle. Tenía el pelo corto y no llevaba sombrero, su chaqueta de lona era demasiado ligera para aquel clima y llevaba las manos metidas en los bolsillos de su peto descolorido. Al principio, dudó si cruzar la calle o no. Estaba claro que la razón detrás de su vacilación no era Christophe, sino yo, pero finalmente accedió.

—Pensaba que no sabías ningún nombre —le dije al vendedor ambulante mientras el hombre se aproximaba.

—Conozco a Calvin. No debes preocuparte por él.

—¿Quién ha dicho que esté preocupado?

Christopher soltó una carcajada.

—Llevas preocupado desde que entraste en el Barrio Fluvial, chico.

Calvin se acercó sin demasiada prisa y Christophe le invitó a una bolsa de castañas. Le observé echando una ojeada a ambos lados de la calle. El retumbar de un enorme motor y el chirriar de sus ruedas resonó a nuestras espaldas y él se tensó como si se preparara para salir corriendo. De la esquina apareció entre la oscuridad que se abría paso

entre las farolas un sucio camión blanco de mariscos. Lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista. Sus pies nunca estaban quietos y sus ojos se movían constantemente, pero el resto de su cuerpo seguía en tensión, como un boxeador de peso medio listo para agacharse o pegar un puñetazo. Me preguntaba qué le pondría tan nervioso.

—Calvin, ¿verdad?

Extendí la mano para estrecharla con la suya, pero el hombre se limitó a mirarme, aterrorizado.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Los músculos de su espalda se tensaron. Metió su mano libre en el bolsillo, donde parecía tener un cuchillo o un arma escondida. No tenía ningún interés en averiguar cuál de los dos era, ni en comprobar si sabía usarlos.

—Relájate, Wright. Oyó cómo te llamaba, eso es todo —aclaró Christophe.

—Si le va a hacer sentir mejor, le diré mi nombre. Soy Alden Oakes, y vivo en French Hill. Estoy buscando a alguien, una mujer que creo que vive por aquí. Su nombre es Nina Tarrington.

Abrí mi abrigo en busca de mi pitillera. Las manos de Calvin permanecieron ocultas mientras me colocaba un cigarrillo entre los labios y lo encendía sin mucha prisa, esperando que mis dedos no se crisparan demasiado. Después les ofrecí la caja a Christophe y Calvin, que decidieron unirse a mí. Estuvimos ahí de pie fumando, sintiendo cómo la tensión que nos envolvía podía cortarse con un cuchillo. No quería pensar demasiado en cosas cortadas, así que seguí hablando. Calvin no confiaba en mí, y yo tampoco estaba seguro de poder confiar en él. Pero, aun así, formulé la pregunta:

—¿Alguna vez ha oído hablar de esta tal Nina?

—No.

—¿Y qué hay de Courtland Dunphy? Era un escultor que trabajaba en la nueva gárgola de la Iglesia del Sur. ¿Está por aquí este edificio? —le enseñé el fragmento de papel donde el padre Mike había anotado el número de la calle en la que vivía Dunphy.

La respuesta no tardó en llegar, porque podía ver por la forma en la que Calvin apretó la mandíbula y cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna que, efectivamente, le conocía. Y también sabía que estaba muerto, a juzgar por el tono grisáceo —como la ceniza en el fondo de un ataúd— del que se tiñó su rostro.

—Sí, conocía a Court. —Rápidamente apartó la vista, negándose a sostenerme la mirada.

—Genial, porque la señorita a la que busco vive enfrente.

Él señaló la mansión georgiana.

—Tercer piso.

—¿Lo ves? La Colonia —dijo Christophe—. Tu dama debe ser una artista también.

—Es escritora —expliqué—, así que es posible.

—Calvin es modelo de artistas, ¿verdad, Cal? Con ese careto de Adonis que traes… —El vendedor se rio e hizo una pose—. Siempre encuentra algún trabajo con el que llegar a fin de mes.

—¿Ah, sí? ¿Y también vive en la Colonia? —pregunté.

Calvin negó con la cabeza.

—Duermo allí de vez en cuando, pero trabajo en el muelle, cargando los camiones de la lonja de Burdon con la pesca del día. Empecé allí este verano.

—¡Por eso hueles a sirena! —Christophe se pellizcó la nariz—. ¡Puaj!

—También hay tritones en el mar —replicó Calvin, esbozando una sonrisa y tirándole una castaña caliente al vendedor ambulante—. ¿Y tú a qué hueles, Chris? ¿A fogata de vagabundo?

Me despedí de ellos rápidamente y los dejé ahí plantados, bromeando entre ellos. Sin embargo, en cuanto abrí la puerta de Nueva Colonia, volví la vista atrás y vi a Calvin Wright mirándome fijamente con dureza. Sus ojos hundidos y vacíos sostuvieron mi mirada durante más tiempo que en nuestra conversación anterior, y sentí todo el peso de su miedo. No estaba seguro de qué podía asustarle tanto, pero fuera lo que fuese, debía de estar terriblemente cerca.

Porque sentí cómo su miedo se arrastraba dentro de mí hasta convertirse en el mío propio.

CAPÍTULO TRECE

Mi primera impresión de la Colonia es que necesitaba una iluminación mejor. Los pasillos eran tenebrosos, el polvo sobre la alfombra ocultaba lo que parecía un color berenjena y el papel pintado de las paredes presagiaba una celosía floral. Sin embargo, un segundo vistazo me confirmó que no, no eran flores, sino un sinuoso motivo de un organismo tubular retorciéndose que amenazaba con desprenderse de la pared si apartaba la mirada durante un segundo. Desde fuera, podían distinguirse tres plantas simétricas de ladrillo rojo y un tejado de pizarra. Cada uno de los pisos tenía siete ventanas, excepto el primero, cuya ventana central había sido sustituida por una puerta coronada con un remate triangular. Dos chimeneas remataban ambos extremos del tejado como si fueran torres en un tablero de ajedrez. En su interior esperaba encontrarme un espacio bien iluminado pero, en lugar de eso, la división de los apartamentos había creado un laberinto de pasillos estrechos, dividiendo las zonas comunes en secciones más pequeñas. Aunque empezaba a caer la noche, en el interior del edificio ya había oscurecido, pues las ventanas parecían más gruesas de lo normal y la luz parecía tener dificultades para colarse. Unas esferas luminosas colgaban del techo emitiendo auras del color del aceite de hígado de bacalao. Ahora que lo pienso, un aroma untuoso a pescado impregnaba la vieja mansión: erigida a orillas del Miskatonic, quizás había sido una pescadería en tiempos pasados.

Subí al tercer piso en busca del apartamento de Nina, que vivía al final del pasillo. Antes de llamar a la puerta, me giré para inspeccionar la puerta de Courtland Dunphy. Estaba formada por paneles de roble dorado y era un reflejo de la de Nina en todos los sentidos. Traté de empujar el pomo, pero como supuse, estaba cerrada con llave.

A mis espaldas escuché un fuerte chasquido y el silbido de una brisa helada.

—¡Oooh! —gritó una voz, sobresaltada.

Me giré sobre mis talones.

—¡Alden! —chilló Nina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscarte. No está mal para un detective amateur, ¿no?

Ella se inclinó hacia el pasillo para comprobar si estábamos solos.

—Pasa —dijo, acompañándome al interior de su apartamento y

cerrando con llave la puerta tras ella.

Bajo su abrigo Mackinaw, iba vestida con unos bombachos masculinos de *tweed*, unos calcetines gruesos de rombos y un par de Oxford oscuros. También llevaba el pelo oculto bajo un gorro de repartidor de periódicos y una bufanda de cachemira rodeándole el cuello. Desde lejos la hubiera confundido con un universitario, pero a una distancia más cercana era claramente Nina.

—¿Ibas a salir de paseo?

Ella ignoró mi pregunta.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Ya te lo dije, he estado investigando. Necesitaba verte, han pasado muchas cosas desde que nos separamos.

—¿Han arrestado a alguien por el asesinato?

—No. No vino la policía porque no había ningún cuerpo. Y sé de quién era el cuerpo, era de un viejo amigo mío de la universidad llamado Clark. Su cuerpo ha desaparecido.

Nina parecía estupefacta.

—¿Desaparecido? Eso es imposible.

Me adentré en su apartamento. En una esquina había colocado un cómodo rincón de lectura: un sillón Chesterfield, una lámpara de pie *torchiere* y una bailarina del vientre tallada en caoba que sujetaba un cenicero de vidrio de color ámbar sobre su cabeza. Tomé asiento en el sillón.

—Eso pensé yo, pero cuando regresé con Preston y Minnie a la escena del crimen, no había indicios de ningún homicidio.

—Es un acontecimiento muy extraño, Alden. —Comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación, desabrochándose su abrigo, y yo le di un golpecito al asiento para que se sentase a mi lado.

—También me parece extraño que Preston me dijera que ni siquiera habías estado en la fiesta.

Ella se apretujó hasta comprimirse junto a mí.

—Ah, ¿eso dijo?

—Lo juró. Dice que no te ha visto en años.

Una sonrisa amarga se dibujó en su rostro.

—Suena a algo que diría Preston. Déjame adivinar, ¿Minnie estaba allí cuando se lo dijiste?

—Así es —confirmé yo.

—Preston no es tonto. No va a empezar una discusión con su prometida por mí.

—Minnie dijo que no te había reconocido, pese a que hablamos con ella junto a la hoguera.

Nina frunció los labios.

—Minnie y yo nunca nos hemos conocido. Solo sé quién es porque una vez la vi cuando salía de casa de Preston a altas horas de la noche. Y *ella* era la que salía.

—¿Y qué hacías tú… merodeando por su casa?

Ella encajó su cadera contra la mía.

—Resulta que yo pasaba por su barrio. Había salido a caminar.

—Ajá. Dijiste que Arkham es una ciudad pequeña, ¿ahora también salías a caminar?

—Sí.

—¿Adónde?

—Fuera. —No añadió nada más.

—Cuánta cautela, ¿no? —Traté de restarle importancia, pero sentía una enorme curiosidad. La última vez que había ido a pasear no había salido del todo bien y estaba preocupado por Nina.

Su columbra vertebral se puso rígida a medida que se incorporaba.

—No tengo por qué contarte nada.

—Suena como si estuvieras hablando con un policía.

¿Es que no confiaba en mí?

—Bueno, eres tú el que se está entrometiendo como si lo fueras. Si tanto te importa, iba a pasarme por el observatorio para investigar. Anoche me fui a toda prisa, ¿recuerdas? De día me siento más segura.

Así que por eso iba vestida como un estudiante de la Miskatonic. Un nuevo escenario me vino a la mente.

—Resulta que hay monstruos de verdad vagando a altas horas de la noche. Me encontré uno rondando el muelle. No muy lejos de aquí, en realidad. —Aguardé su reacción.

Ella se giró hacia mí para mirarme fijamente, intrigada.

—Estás siendo demasiado misterioso. Ve al grano.

—Ayer por la noche me siguieron. Me acosaron, y la cosa que lo hizo ha invadido mi cerebro. Apenas puedo pensar en nada más. No estoy seguro de si fue una novatada universitaria muy elaborada o si fue un sueño provocado por el alcohol, pero me he pasado el día pintando esa cosa imposible que vi.

—¿A qué te refieres con «cosa imposible»?

Le conté todo acerca de la cosa con la que me había tropezado en aquel paso elevado en la oscuridad, de las ratas y de la masa de redes, así como de la niebla que había cobrado vida proveniente del río. No me dejé ni un detalle estremecedor. Para mi alivio, no se rio de mí ni cuestionó mi cordura.

Simplemente, me escuchó.

Su rostro no daba pista ninguna de lo que estaba pensando. «Nina es una mujer moderna», me dije a mí mismo; «una bostoniana educada

e independiente». Eso significa que cree en la razón. Pero yo no estaba sonando demasiado razonable, ¿no? En la fiesta me había preocupado por un momento que fuera demasiado excéntrica para mí, y ahora me preocupaba que fuera yo el de la imaginación desbordada. ¡Un pintor con visiones sobre equipos de pesca bailando bajo la luna! Cuando acabase de relatar mis fantasías, ¿me pediría que me marchara para no volver? Con cierta inquietud, metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué una hoja doblada.

—Este es un boceto de la cosa con la que me enfrenté anoche. Tengo una pintura de ella en casa que me encantaría mostrarte, pero esta es su… su esencia… Su atrocidad… Las palabras no le hacen justicia, pero esto es lo que vi.

Ella tomó el papel por los bordes con sumo cuidado, como si fuera un antiguo pergamino que debía descifrar. Se quedó boquiabierta de asombro al examinarlo. Sin mediar palabra, me devolvió el dibujo, caminó hacia la puerta y la abrió de par en par.

Yo me puse de pie.

—Mira —le dije—, sé que parece una locura, pero tú estuviste conmigo en el observatorio. Me contaste los eventos extraños que habían sucedido en Arkham, todas aquellas desapariciones y muertes inexplicables… ¡Y luego encontramos la prueba de un asesinato ritual! Pensé que, si había alguien que me creería al hablarle sobre lo del puente, esa serías tú… pero supongo que estaba equivocado.

Ladeó la cabeza sin dejar de observarme con una expresión confusa en el rostro, pero no dijo nada.

Avancé hacia el portal.

—Creo que es hora de irme.

—Querrás decir «de irnos». —No parecía tener la intención de dar su brazo a torcer.

—¿Irnos? —Ya estaba lo suficientemente frustrado como para que encima se riese de mí. No necesitaba sentirme desconcertado también.

Entonces Nina se rio y me tocó el brazo.

—Oh, Alden, no te estoy pidiendo que te vayas. Te creo, ¿no lo ves? Puede que haya alguna relación entre lo que viste en el puente, el cuerpo desaparecido de Clark y los crímenes que estoy investigando. Al menos, yo estoy ansiosa por descubrir si la hay. Confío en que sientes lo mismo, ¿verdad? —Arqueó una ceja, esperando mi respuesta.

—Sí —dije.

No sé qué era mayor, si mi alivio o mi determinación para seguir adelante.

—¡Al río! —gritó.

—¡Al río! —repetí yo. ¿Cómo podían dos personas sentirse tan estimuladas por unos sucesos tan oscuros? Y, sin embargo, ahí estábamos, saliendo por la puerta.

Pero no llegamos demasiado lejos.

Antes de que alcanzásemos las escaleras al final del pasillo, Nina se detuvo mirando por encima de su hombro. Algo había despertado su curiosidad.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Estaba pensando en el apartamento de Court —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Quieres echar un vistazo dentro? —Arqueó las cejas, tirando de un hilo suelto que colgaba del cinturón de su abrigo—. Quizás encontremos alguna pista que nos sirva de ayuda.

—¿No habías explorado el lugar aún?

—Hasta ahora no había tenido el valor de hacerlo.

—Me cuesta creerlo.

—No siempre somos tan valientes como queremos —respondió.

—Está bien. Pero la puerta está cerrada, lo comprobé al llegar.

—«Cerrada» no significa «imposible de abrir». —Nina rebuscó en su calcetín de rombos derecho y sacó lo que parecía una vara hecha con el cuerno de algún animal. Tocó un botón de latón y de pronto una cuchilla larga y fina se desplegó—. Es un estilete *frossolone* que compré en Roma. Muy útil para una dama que pasea sola y que va a sitios a los que otros dirían que no debería ir. —Nina volvió corriendo sobre sus pasos hacia la puerta de Court—. Tú vigila, estaré dentro en un santiamén.

Bloqueé la línea de visión de cualquiera que subiese por las escaleras.

—¿Estás segura de que no eres una criminal? —pregunté.

Nina insertó la punta del estilete entre la puerta y el marco y lo deslizó hacia abajo hasta encontrar el cerrojo. Luego trabajó hábilmente con la hoja mientras la punta de su lengua asomaba entre los labios.

—Creo que lo tengo.

Oí cómo la cerradura se retiraba de nuevo hacia la jamba.

—Eres una ladrona, ¿verdad? Te dedicas en secreto a robar diamantes preciosos por todo el mundo mientras los ciudadanos ejemplares duermen.

Nina sonrió y giró el pomo.

—La suerte del principiante. —Apartó su navaja automática y la metió de nuevo en su calcetín sin mirar—. ¿Entramos?

Comprobé por última vez que no hubiera testigos en el pasillo,

pero no vi nada. Todo estaba en silencio.

—Sé que esto sí es ilegal.

—El fin justifica los medios. ¿Crees que a la policía de Arkham le importa lo más mínimo el asesinato de Court? ¿Harán algo para resolverlo?

—Supongo que no.

—¿Lo ves? Estamos mejor cualificados que ellos para el puesto, y encima nos importa.

La seguí hacia la habitación vacía de Dunphy y, de forma instintiva, busqué las luces.

—Déjalas apagadas —dijo, cubriendo el interruptor. Su mano era tan cálida y suave como un guante de terciopelo—. ¿Y si alguien ve el brillo por debajo de la puerta? ¿O si un policía pasa por ahí, se fija en la ventana y recuerda que en este apartamento ya no vive nadie? Abre las cortinas, deja que entre la luz.

Yo obedecí y corrí las cortinas hacia un lado. La noche estaba despejada y la luna parecía una calabaza de Halloween que empezaba a pudrirse mientras las estrellas se dispersaban en el cielo como semillas. El jardín de Nueva Colonia tenía unas preciosas vistas al Miskatonic. Pude vislumbrar las vías del tren al otro lado del río, sobre las que se aproximaba un tren cuyos faros iluminaban la maleza y el barro de las cunetas, así como el sosegado río. El silbato del tren chilló y, aunque no vi a nadie, me aparté, tratando de mantenerme fuera de vista.

—Alden, mira esto.

Seguí la voz susurrante de Nina hasta un biombo chino laqueado y cubierto de dragones. Pegué un salto, con los nervios a flor de piel. No estábamos solos. Se me erizó el vello de los brazos y sentí mis sienes temblar como si me doliera la cabeza. Nina se arrodilló en el suelo de lo que claramente era el estudio de Courtland Dunphy. Olía a arcilla y los tablones de madera estaban cubiertos con papel de periódico. Dos cajas llenas de trapos y herramientas de esculpir estaban colocadas contra la pared. Pero lo que me asustaba era un hombre bajito y desnudo agachado sobre un pedestal detrás de Nina.

Un hombre alado.

La luz de la luna dividía el piso en dos. Nina y el hombre estaban situados en el centro, dentro y fuera de las sombras. Ninguno de los dos se movió. Dos cuernos con forma de cono se curvaban sobre la frente de aquel hombre de piel pálida y grisácea con un tono verdoso.

—Le conozco —dije.

Nina se volvió hacia mí con los ojos cubiertos por el borde de su gorro.

El hombre desnudo tenía la mirada perdida en un punto frente a él.

—Le conocí a las afueras del Schoffner. Se llama Calvin Wright, él me dijo dónde vivía Court. —Caminé hacia la estatua de arcilla para inspeccionarla detalladamente. Dunphy era un escultor con talento.

—¡Es una versión más pequeña de Cal! Modelaba para Court —dijo Nina—. Estaban trabajando en la gárgola de la Iglesia del Sur. Pero este no puede ser el repuesto de la iglesia, ellos necesitan piedra.

Toqué la superficie de arcilla, admirando las suaves curvas y las líneas de los músculos.

—Es un modelo a escala real. El bloque de caliza final sería demasiado pesado para poder guardarlo en un apartamento. Court debió alquilar otro sitio para su talla. —Advertí un segundo pedestal mucho más grande (aunque vacío) junto a la gárgola de Calvin—. Me pregunto qué habría ahí. Está claro que se lo han llevado. —Había una lona manchada en el suelo, la recogí y extendí los brazos—. Fuera lo que fuese, era enorme. Dunphy la mantenía cubierta. Supongo que no le gustaba lo que veía de su otra obra empezada. ¿Alguna vez mencionó trabajar en otra cosa?

—No —dijo Nina, abriendo y cerrando cajones antes de proseguir explorando el dormitorio espartano de Court.

Junto a la cama perfectamente hecha había una mesita de noche y, apoyada contra la pared, descansaba una estantería llena de ejemplares antiguos del *Arkham Advertiser* y una biblia de los gedeones. También había un armario; Nina encendió una cerilla y asomó la cabeza dentro, pero la apagó antes de que le quemase los dedos. Comenzó a hurgar entre la ropa colgada hasta que, de pronto, oí un tintineo.

—He encontrado las llaves de Court —dijo, retrocediendo de vuelta hacia la habitación.

Yo señalé la mesita de noche.

—¿Qué es eso?

Encendió una cerilla y con ella prendió la vela negra y robusta que había encontrado. Su cálido resplandor reveló una talla sobre la mesa. Únicamente los bordes del diseño permanecían visibles, apenas unas sugestivas rayas y unas florituras fibrosas que coqueteaban con lo arabesco; el resto estaba completamente estropeado. Unos profundos surcos recorrían la mesa y virutas rubias de madera ensuciaban el suelo junto a la cama.

—¡Mira! Pone algo en la pared —dijo Nina.

Tomó la vela y la pasó sobre la almohada, revelando un bloque cuadrado de letras cinceladas en el yeso sobre el lugar en el que Court

habría apoyado la cabeza cada noche.

DEMONIO

SOÑADOR

NO ESTÁ

Alrededor de las letras se había dibujado el contorno de una casa con dos chimeneas, como las torres de un tablero de ajedrez.

—Es Nueva Colonia —dije, notando como me iba emocionando—. Cada letra representa una de las ventanas, y el espacio en blanco es la puerta delantera. —Levanté la almohada y, bajo esta, encontré un cincel. Alcé la herramienta en alto—. Podría ser una buena arma. Me pregunto por qué Dunphy pensó que la necesitaría.

—¿De quién tendría miedo? —preguntó Nina.

—O quizás deberíamos preguntarnos… de qué. —Recordé entonces las ratas en el interior de las redes, moviéndose a trompicones hacia mí—. Quizá los monstruos le atormentaban en sueños. Esas palabras podrían ser una especie de protección, para alejar las criaturas que le perseguían mientras dormía. «No está…»

—¿Oyes esos arañazos?

Agudicé el oído.

Sí, vagamente podía oír algo; una especie de raspado sin ritmo continuo. No eran ni un perro ni un gato atrapados tras una puerta, ni había nada frenético en él, sino que eran golpes comedidos y deliberados.

—No es en esta habitación, ¿vendrá de fuera?

Ladeamos la cabeza para escuchar mejor justo en el momento en el que una fuerte explosión retumbó en la habitación contigua, seguido por el sonido de cristales rompiéndose.

Yo aún tenía el cincel en la mano. Nina sacó su estilete y corrimos hacia el estudio.

—¿Dónde está la estatua? —pregunté.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo es posible? Esa cosa estaba hecha de arcilla, pesaba una barbaridad.

Pero efectivamente, habíamos oído cómo se rompía el cristal. Algo había hecho añicos la ventana… desde dentro. No había cristales en el suelo, así que algo había salido al exterior; y fuera lo que fuese, había estado allí con nosotros. Sentí sudar la mano sobre el cincel y el corazón martilleando en el pecho. Bajé la mirada a la parte trasera del edificio, donde las esquirlas de vidrio destelleaban sobre el césped.

Nina me cogió del codo.

—¡Ahí! Al otro lado del río, ¡sobre las vías!

La gárgola estaba agachada con la mirada fija en nosotros y sus ojos brillaban al rojo vivo a la luz de la luna. Alzó la mano lentamente, saludándonos con sus garras de acero.

—¡No puede ser! No… puede… ser verdad. Es imposible. —Sentí el suelo retumbar y vi un tren procedente de Maine cargado de madera deslizándose sobre las vías a toda velocidad.

—¡El tren va directo hacia él! —dijo ella—. ¡Va a atropellar a Calvin!

—Sea lo que sea ese diablo alado, no es Calvin… ni siquiera es humano.

¿Cómo podíamos apartar la vista?

No podíamos.

Segundos antes de que la locomotora triturase aquel monstruo gris verdoso, la gárgola batió sus poderosas alas y voló sobre la chimenea del tren. Agarrándose a ella, aplanó su cuerpo (como un demonio aerodinámico) y se arrastró sobre la ardiente caldera, el arenero y el domo. Al llegar al techo de la cabina, se giró y se sentó, dejando caer la cabeza hacia atrás. Aunque no podíamos oírle, sabíamos que se estaba riendo de nosotros, chillando de alegría mientras cabalgaba hacia el sur como un vaquero salido de Arkham.

CAPÍTULO CATORCE

Tras ver desaparecer a la gárgola nos quedamos junto a la ventana hecha añicos, sin importarnos a quién podría estar viéndonos. Sin pensar más. Sabía que estábamos conmocionados y que teníamos el cuerpo entumecido como si estuviera lleno de arena, tirando de nosotros hacia el suelo y haciendo que nos moviésemos y pensásemos con lentitud. No podía creer lo que había presenciado. Sí, había visto la masa de redes cobrar vida y acosarme en el puente, tal vez incluso planeaba engullirme como había hecho con aquellas repulsivas ratas del río; pero esto era distinto.

Mucho peor.

Quizás porque no me cabía ninguna duda de que había sucedido. No podía permitirme el lujo de dudar, aunque suene extraño, porque tanto Nina como yo estábamos ahí cuando ocurrió. Y no podíamos estar locos los dos.

—Ha ocurrido de verdad, ¿no? —preguntó ella en voz alta, forzando su voz para que pareciese firme. Nina era unos cinco centímetros más alta que yo y tenía la actitud segura de una atleta; no cuestionaba su fuerza, pero no estábamos ante una amenaza puramente física. Era nuestra realidad la que estaba siendo atacada.

—Así es. No entiendo cómo ni por qué, pero sé que es tan cierto como que sigo aquí contigo. Estamos en una mansión georgiana rehabilitada a orillas del viejo y apestoso río Miskatonic en Arkham, Massachusetts. Mi familia ha vivido en este decrépito pueblo desde antes de la Guerra de Independencia; yo nací aquí. Esta noche la luna, aunque putrefacta, sigue brillando. No hay ni una nube en el cielo… y ambos existimos de verdad. Estamos aquí.

—Estoy temblando. ¿Puedes sentirlo?

La estreché entre mis brazos, notando como nuestros corazones palpitaban con fuerza.

—Te siento más real que cualquier otra cosa que haya sentido nunca.

—Tú también estás temblando, Alden, así que esto no es un sueño.

Tampoco era una pesadilla. Era la vida real, y nuestras sólidas carnes eran la prueba de ello. Aunque saberlo no mejoraba las cosas, pues los sueños son algo que termina una vez te despiertas. Sin embargo, incluso el terror abyecto ante los monstruos llegaba a su fin

con el tiempo. De alguna manera, lo superas y el pánico se atenúa hasta convertirse en un temor de fondo, un nerviosismo. Pero una vez lo superas no deja de ser una amenaza. El sentir permanentemente la presencia del monstruo se vuelve aún peor que la propia presencia en sí; te rodea y te llena de una presión ineludible que crece en tu interior hasta destrozarte por dentro y por fuera. Es personal, un invasor invisible que puede salir a la luz en cualquier momento. La anticipación del mal se convierte en tu nueva enfermedad y la preocupación te carcome como un ácido. El monstruo y tú pasáis a ser una misma cosa, lo que parece lo más horroroso de todo. Nosotros apenas empezábamos a aprender esta lección sobre el miedo. No éramos expertos…

Aún.

Sus brazos y los míos soltaron el agarre sobre el otro y nos comunicamos mediante miradas amables hasta encontrar de nuevo la capacidad de hablar. Respiramos hondo, sosegando nuestro temblor. Desde el exterior se colaba a través de la ventana rota el suave ulular de un búho y el ruido del motor quejumbroso de un barco pesquero que partía en busca de una captura nocturna. También se oían los coches circulando acompañados del murmullo del río fluyendo sobre las barreras de piedra, y a lo lejos, el aullido de un perro.

—¿Por qué no nos atacó? ¿Por qué estamos vivos? —me preguntó Nina.

—No lo sé —respondí—, pero deberíamos salir de aquí.

Nina se volvió a colocar el gorro sobre la cabeza.

—Echemos un último vistazo antes de irnos. Puede que esta sea la única habitación de Arkham que conozcamos que tenga monstruos.

Registramos el apartamento de Dunphy, esta vez con las luces encendidas; pero no fue hasta que nos dispusimos a abandonarlo cuando encontramos el mensaje. No podía haber estado más claro. La gárgola lo había rayado detrás de la puerta para que no lo pasáramos por alto:

CALvin RaIt
NinA TArrinGTon AL Den Ouks
MoRIRan a MAnos de aquEL que LLAMA
a la ESTRella fUGaz A trabes de La PUErta
El qe retUerCe eL Bucle
El Un-Sun
yuYUVABDAA

—Es todo un escritor, ¿a que sí? —bromeé para mantener mi miedo a raya.

—Excepto por ese galimatías del final, va directo al grano.

Bajo las palabras había una serie de símbolos que empezaban a resultarme familiares. Una parte de mí se alegró de verlos, porque me ayudaban a unir las piezas. Las figuras que recordaba de la costa mediterránea, los restos de cera en el suelo de la iglesia y ahora, esto.

—¿Qué haces? —Nina parecía tan inquieta como yo.

—Estoy buscando un papel —respondí.

En el interior de un cajón encontré un bloc de dibujo y un carboncillo. Rasgué un par de hojas y las sostuve sobre los símbolos grabados.

—Ayúdame. Toma.

—¿Qué debería hacer?

—Presiona las esquinas hacia abajo, voy a calcar los símbolos. Ya los he visto antes.

Pasé el carboncillo sobre el papel prensa y los símbolos comenzaron a aparecer en la hoja como un mensaje secreto.

—Este es un tridente, es el que más he visto. Luego hay una corona de espinas. No siempre es igual cuando aparece, pero se parece bastante. Aquí hay una estrella fugaz, esta es nueva, pero la he visto hoy mismo. Y esta última parece una letra «U» manteniendo el equilibrio sobre un triángulo. Quizás sea una copa con dos óvalos dentro de ella. Ese es el que vi cuando todo esto empezó.

—¿Dónde has visto estos signos?

—En la Iglesia del Sur, en unos restos de cera sobre las baldosas de la iglesia. Creo que pueden ser la transcripción de algún tipo de maldición o algo. Cuando las miro siento la cabeza extraña, como si fuera a desmayarme. —Ya casi había acabado de copiar—. Pásame otra hoja, por favor.

—¿Crees que alguien las usó con Court para hacerle caer?

—Puede ser. No me hubiera gustado sentirme desorientado sobre un tejado. Me recuerda a un festival que visité en España. Fue la cosa más rara en la que he participado. El actor principal llevaba una corona de espinas y unos pequeños duendes oscilaban alrededor de una hoguera portando estos tridentes en sus manos. Supuse que se trataría de gente vestida de duende. Fue una fiesta extraña, pagana y muy ritualista. Quemaron efigies como si imitaran un sacrificio. Fue increíblemente perturbador. Transgredió muchos límites y me dejó una sensación extraña durante días. —Las imágenes volvieron a mi mente: el hombre alto de la máscara, el público coreando… y entonces vi a Balthazarr entre otro público, sentado en primera fila durante el espectáculo de Houdini. ¿Era realmente él, el del público y el del área entre bastidores? ¿Por qué me había venido Juan Hugo Balthazarr a la

mente ahora?

—¡Sacrificios rituales! —Nina me trajo de vuelta al mundo real—. Eso sí es espeluznante.

—Ten cuidado, quiero pruebas que podamos mostrar a un experto a su debido tiempo.

—¿Y quién va a ser experto en eso?

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé. Quizás podamos averiguarlo.

Completé el último de los grabados.

—Alden, estoy asustada. Una cosa son los asesinos humanos, pero esto de los monstruos sobrenaturales está a un nivel completamente distinto. Esa gárgola no debería existir. ¿Deberíamos parar?

Comprobé si las copias que había hecho eran legibles.

—Mira, yo también estoy asustado. Estaría loco si no fuera así. Pensé que querías ir a buscar la masa amorfa para descubrir si existe alguna relación entre aquellas inexplicables muertes, pero si dices que prefieres dejarlo…

—No digo «dejarlo», solo quiero que pensemos bien las cosas. Después de lo de la gárgola… y de leer este mensaje… no sé si quiero saber nada más. ¿En qué nos estamos metiendo?

—No tengo ni la más remota idea, pero debemos seguir adelante, Nina.

—¿Por qué?

—Porque la primera vez que vi esos símbolos fue en una playa de Cannes, cuando Preston dibujó dos de ellos en la arena con su pie. —Me sentí extraño diciéndolo en voz alta, como si se tratase de una traición.

¿Pero a quién o qué había traicionado? Balthazarr volvió a aparecer en mi mente. Veía imágenes de la habitación de Dunphy flotando en el aire, espejismos de los infames cuadros de Balthazarr: criaturas fantásticas, representaciones que desafiaban toda ley de la física, el mundo haciéndose trizas, derritiéndose y rompiéndose en pedazos… Eran provocativos. Inquietantes. Vivir en la mente de aquel hombre debía de ser una aventura cósmica. Las imágenes se atenuaron, aunque en realidad nunca las había visto, sino que provenían del recuerdo que guardaba de sus pinturas. Mi estresado cerebro las proyectaba en el aire como figuras de sombras en una pared.

Nina negó con la cabeza.

—Suena como si estuvieras completamente loco. ¿Qué tiene que ver Preston con todo esto?

Preston. Sacudí aquellos pensamientos confusos.

—No sé cómo encaja en esto, pero debe hacerlo. Quizá sea como la escritura automática: apagas la mente y dejas que el cuerpo dibuje. No se estaba dando cuenta de lo que hacía, sino que fue obra de su subconsciente. Puede que los hubiera visto en algún otro lado. Está claro que le impresionaron. Se lo preguntaré. Dime una cosa, ¿qué es la Colonia?

Nina frunció el ceño, perpleja.

—Es un colectivo artístico. Este es el corazón de la Colonia.

—¿Una comuna? ¿Como Barbizon o Byrdcliffe en Nueva York?

¿Por qué iba una estatua a cobrar vida aquí? Dunphy era un artista. ¿No era dotar de vida a sus obras lo que hacían los artistas? Me sentía como si me hubiera agarrado a una cuerda y aún no pudiese ver lo que colgaba del otro extremo.

—Supongo que es la misma idea, un lugar dedicado a la creatividad. ¿Adónde quieres llegar?

Yo tampoco estaba demasiado seguro de la respuesta, pero seguí tirando del hilo

—¿Por qué vives aquí, Nina? ¿Qué tienes que ver tú con todo esto? ¿Quién te invitó a esta comuna bohemia?

Vi cómo la cólera brotaba en su interior y los músculos de su mandíbula se tensaban. Entrecerró los ojos.

—Lo solicité. Soy tan artista como cualquiera de los que residen aquí, y tanto como tú.

—No eres ni novelista, ni dramaturga, ni poeta; y tampoco escribes para un periódico. ¿Quién iba a conocer tu trabajo? ¿Quién te envió la invitación?

Nina controló su ira e hizo memoria.

—Recibí una carta de la junta de magistrados de la Colonia. Decían que alguien me había recomendado. —Nina por primera vez fue consciente de lo extraño del asunto.

—¿Quién te recomendó?

Ella caminó hacia la ventana hecha añicos y fijó la vista en la oscuridad ante ella, observando su reflejo.

—Nunca me lo dijeron. Decían que las recomendaciones no se comparten con los candidatos. Estoy escribiendo un análisis del crimen en Arkham, una crónica del declive social de esta ciudad. Alguno de mis extractos se ha publicado como artículo en revistas. Supuse que alguien influyente habría leído uno de ellos y le habría gustado. Quiero escribir un libro, eso es en lo que he estado trabajando desde que llegué. Es mi proyecto.

—Y qué mejor lugar para manteneros vigilados, tanto a ti como a tu proyecto, que uno cercano, donde fuera fácil no quitarte el ojo de

encima. Yo no me siento amenazado por ti, Nina. ¿Pero quién sí?

Ella rozó con sus dedos el cristal roto que colgaba de la ventana.

—Lo que has dicho de Preston hace un minuto, ¿lo pensabas de verdad? ¿Crees que está metido en esta locura y en estos sucesos?

—No sabría decirlo, pero sabe más de lo que ha admitido hasta ahora. Está actuando de forma extraña. Al principio pensé que estaría asustado por la inminente boda, pero creo que es mucho más que eso. Algo le está carcomiendo, y quiere decírmelo, pero no sabe cómo.

—Preston fue el que me trajo aquí —dijo, derrotada—. Estoy segura de ello.

—¿A qué te refieres?

—Cuando solicité unirme a Nueva Colonia, me allanó el camino. Se aseguró de que aprobasen mi candidatura. —Nina se apartó bruscamente de la ventana, haciéndose un corte. Una gotita de sangre brotó y se acercó el dedo herido a los labios.

La luz del apartamento era demasiado penetrante y las sombras, demasiado oscuras. Me sentía perdido, como si hubiera estado rodando cuesta abajo metido en un barril. ¿De qué hablaba Nina? ¿Cuál era la dirección correcta? ¿Preston y Nueva Colonia? No seguía su razonamiento.

—¿Qué tiene que ver Preston con que te aceptaran en la Colonia?

—Él pagó para que sucediera. O su padre, para ser exactos. Fairmont Senior, junto a otro hombre llamado Carl Sanford. Compraron este bloque y lo transformaron. Están detrás de la Fundación Nueva Colonia. Ellos deciden quién entra y quién no. Es un proceso confidencial, muy secreto. Cosas clandestinas. Supuestamente, la decisión corre a cargo de la junta de magistrados de la Colonia, pero puede que la conformen una o dos personas. ¿Quién sabe?

Yo solté una carcajada hipócrita. No podía creer lo que oía.

—Pensaba que a Preston no le importaban un bledo las artes.

Nina se acercó a mí.

—Si fue idea suya que me mudara a Nueva Colonia, si él me invitó, ¿qué significa eso? Yo solo quería escribir mi libro, nunca me cuestioné vivir aquí. Me gusta este sitio, Alden. La gente que he conocido no me parece rara, pero…

—Pero ¿qué? —pregunté.

Ella me miró con gravedad, entendiéndolo todo; la ventana rota se abrió de par en par a sus espaldas.

—¿Quién te invitó a volver a Arkham, Alden?

Doblé los grabados y los metí en el bolsillo de mi abrigo.

—Tenemos que hablar con Preston —dije, y Nina asintió.

—Pero antes tenemos que avisar a Calvin. Por lo que dice en esa

puerta, corre tanto peligro como nosotros. La gárgola no era un asesino, sino un mensajero alado.

CAPÍTULO QUINCE

Hacía rato que Calvin y Christophe habían abandonado la calle. Eché un vistazo desde el otro lado de la carretera a la mansión de la Colonia. La luz brillaba en el interior de los apartamentos y, desde un fonógrafo oculto, King Oliver y su Creole Jazz Band estaban tocando «Dippermouth blues». Parecía tan normal desde el exterior… Un edificio bonito en el que vivían personas, pero yo sabía que era muy distinto. Todas esas personas eran artistas elegidos a dedo por una misteriosa camarilla, y entre ellos aparecían monstruos. Aunque quizás estuviera siendo demasiado dramático.

Observé a Nina.

—¿Por qué el padre de Preston patrocinaría una comuna artística?

—No lo sé —respondió—. Nunca habló de arte cuando estábamos juntos.

—Siento como si hubiéramos reunido algunas piezas, pero no las estuviéramos colocando en el orden correcto. ¿No hay dinero de por medio en la Colonia?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando un artista vende algo, se queda el dinero. Es básicamente una organización benéfica.

Nuestros pasos nos llevaron por River Street en dirección hacia el muelle. No tardamos en pasar la Isla Ignota y acabar en el puente de West Street, donde había vivido mi encuentro sobrenatural. Residencias privadas destartaladas cedían el paso a almacenes y solares vacíos, vallas y candados; la basura se amontonaba sin que nadie le prestase atención: bolsas de cebollas podridas, restos de papel y una pirámide de trozos de hormigón a punto de desplomarse. Hundido en un charco de barro, un juego de comedor provenzal francés aguardaba a unos invitados que nunca llegarían, a no ser que fueran fantasmas. Aquello me recordaba a unas ruinas antiguas.

—Puede que los Fairmont estén lucrándose de otro modo —sugerí.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, puede que sea un sitio en el que esconder dinero o blanquearlo a través de las cuentas de la fundación. —No estaba seguro de hasta qué punto Preston vigilaba los negocios familiares y sus abogados.

—Ahora suenas como un chismoso —dijo Nina.

—Lo que digo es que puede estar comprando influencia, creando una red de contactos que no podría establecer a través de canales legítimos. La gente como los Fairmont persiguen el dinero como las raíces buscan el agua. Mi madre dice que están relacionados con todo lo que ocurre en Arkham: el padre de Preston es un pez gordo de la Orden del Crepúsculo de Plata y Carl Sanford es el pez más grande de todos. Mi padre también es miembro, pero como es el cascarrabias más excéntrico de Nueva Inglaterra, nunca va. Preston me ha dicho que *su* padre prácticamente vive en la casa que alberga a la Orden y que le acosa para que se involucre más en ella por el bien de los negocios familiares. Pues bien, la Colonia podría ser otro tentáculo de la Orden para llegar a la comunidad. Si ellos controlan la escena artística, nadie más lo hará. Ellos deciden qué es popular y eligen qué artistas de moda en la ciudad son los que llamarán la atención. Una vez más, puede tratarse de la infame vanidad de la clase alta en Arkham, lo de los legados y todo eso, o puede ser una conspiración que escape a nuestra imaginación. —Levanté los brazos, frustrado.

—¿Una conspiración para qué? ¿Conquistar el mundo a través del arte?

Reímos con la idea.

—Puede que el viejo Fairmont no quiera que ninguna horrible creación se relacione con su preciosa ciudad y arruine su reputación. Eso es algo que solía decirme mi madre: «Alden, ¿por qué no intentas pintar cuadros que la gente quiera contemplar? Cosas bonitas, que hagan feliz a la gente».

—Ahora no te dedicas a eso, ¿verdad? —Nina me cogió del brazo.

Pensé en los cuadros que había intentado pintar en España y en cómo su innombrable calidad los dotaba de un aura turbia que sobrevolaba el lienzo y afectaba a cada sombra y pincelada.

—Espera a ver mi montón de redes. —Ahora lo innombrable estaba a plena vista.

—¿No es bonito?

Reflexioné antes de responder.

—Supongo que depende de tus gustos. Si te gustan los vampiros, los fantasmas y los demonios, puede que te encante. ¿Has visto lo que hacen los surrealistas? Utilizan la técnica del automatismo para crear sin pensar. André Bretón lo denominó «un dictado del pensamiento en ausencia de todo control ejercido por la razón y fuera de toda preocupación moral o estética». Coges el lápiz o la brocha, o lo que tengas a mano, y dibujas… pintas… te dejas llevar sin seguir ningún plan o censura del autor. Los dadaístas también lo hacían. Cedes el control y la suerte entra en juego. La mente se muestra tal y como es,

sin filtros, tratando de liberar al subconsciente de su prisión. Si el orden nos ha llevado a la guerra, puede que el caos nos traiga la paz. Me parece apasionante. Muchos de sus nuevos trabajos son asombrosos. Hay un tipo español, Balthazarr, que es extraordinario; un verdadero explorador moderno que aprovecha el cosmos interior de la existencia humana para liberar los sueños y dejar que vaguen sueltos por el mundo.

Ella me apretó el brazo.

—Las pesadillas son sueños, ¿no? Preferiría no encontrarme con las mías cuando estoy despierta. Los médiums y los espiritistas hacen lo mismo, ¿sabes? Se abren al mundo espiritual y dejan que las entidades los atraviesen. Me parece inquietante. —Se estremeció—. No quiero saber lo que podría estar acechando en mi interior.

—Pues yo sí.

Por la forma en la que su labio se curvó, parecía como si Nina fuera a decir algo sarcástico, pero de pronto se quedó helada.

—¿Es esa tu masa amorfa?

Señaló con la barbilla una pila de redes de pesca amontonada sobre el muelle, iluminada por la luz de una farola sobre ella. Era como si un peligro hubiese reptado hasta la superficie él solo y se hubiera quedado dormido sobre los tablones deformes. Quizás se tratara de una maraña venenosa de culebras marinas.

—No estoy seguro de que esa sea la masa que vi. Las redes se parecen, pero podría ser…

—Deberíamos acercarnos a inspeccionarla. —Dio unos pasitos hacia delante—. No me puedo creer lo nerviosa que estoy por un ovillo apestoso. —Se acercó con cautela, aunque no demasiado.

Yo encontré un bichero olvidado contra la pared del almacén.

—Voy a darle un golpecito.

La duda hace aún peores las tareas desagradables, así que anduve hacia la red con pasos largos y la atravesé con el gancho. No ocurrió nada. La ensarté con más fuerza aún, girando el gancho para causarle el mayor daño posible.

—¡Eh, tú! ¿Qué crees que estás haciendo?

Era un vigilante nocturno que debió vernos desde su puesto en el almacén.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Nina.

El vigilante era un tipo enorme que avanzaba directo hacia nosotros estampando la suela de sus botas contra los tablones. Nos apuntaba directamente a la cara con una linterna, cegándonos con su luz como si nos hubiese dado una bofetada, y en la otra mano sujetaba un bate de béisbol que sacudía de un lado al otro con movimientos

rápidos de su muñeca y con el que podría romper un hueso o un par de dientes. De forma involuntaria, me llevé la mano a la mandíbula. Me gustaban mis huesos y dientes tal y como estaban.

—¿Qué narices estáis haciendo? Esto es propiedad privada. —Sacudió el bate.

—Prepárate —le dije a Nina, y levanté el bichero como si se tratase de una jabalina.

—¿Para qué?

Lancé la jabalina contra la linterna.

—¡Corre!

De pronto sonó un repiqueteo seguido de un ruido sordo y la linterna salió rodando, bañando con su potente luz las mugrientas olas. Unos orbes de colores nublaron mi visión como consecuencia de la ceguera causada por la luz. En la oscuridad, el enojado vigilante se incorporaba sobre los tablones del suelo.

—Serás hijo de… —comenzó, pero no me paré a escuchar el resto. Atravesé el almacén corriendo detrás de Nina y pude ver a la entrada la caseta en la que el vigilante pasaba los turnos, con su taza de café, su revista *pulp* de aventuras y su taburete de tres patas apartado de la mesa. Esperé hasta ver por qué lado salía corriendo Nina.

Por la izquierda.

Dobló la esquina del complejo, desapareciendo en la penumbra entre los edificios. Si ella se iba hacia la izquierda, mi vía de escape pasaría por la derecha. Esperaba poder escapar, porque si llegaba a atraparme, el vigilante iba a cobrarse su venganza. Sentía cómo la sangre bombeaba por mis piernas y cómo me ardían los muslos mientras mi abrigo ondeaba detrás de mí como una capa. El vigilante jadeaba y resoplaba a mis espaldas. De pronto, arremetió contra mí y sentí cómo su enorme y peluda mano, similar a un guante de béisbol, golpeaba los faldones de mi abrigo. Por suerte, no consiguió agarrarse a la tela.

Mi ataque le había aturdido.

Viré para acercarme a la pared del almacén que había dejado a mi izquierda y él me siguió.

—¡Gaaahhh…! —Se raspó el hombro con el revestimiento.

Entonces percibí un rayo de luz frente a mí: Main Street. Vi lo que necesitaba para perder de vista a mi perseguidor y aminoré la marcha lo suficiente como para hacerle pensar que podría estar dudando sobre qué dirección tomar al llegar a la calzada. Él gruñó y se preparó para arremeter por última vez contra mí y, mientras lo hacía, yo me desvié con suavidad hacia la derecha.

No tuvo tiempo para ver el cubo de basura y corrió a toda

velocidad contra él, convirtiéndose el contenedor y él en una sola cosa que salió despedida por los aires para luego chocar contra el pavimento. El vigilante exhaló el aliento que le quedaba en un leve gemido y, por el rabillo del ojo izquierdo, pude ver a Nina apareciendo al otro lado del almacén. Cambié de dirección y la seguí por el centro de Main Street. Ella ralentizó la marcha para que pudiera alcanzarla y subimos por Garrison sin detenernos hasta llegar al campus de la Miskatonic; allí nos desplomamos sobre un banco a la entrada de la biblioteca para intentar recobrar el aliento.

Estallamos en carcajadas, notando como las lágrimas caían por nuestras mejillas. Ella se subió a mi regazo y sujetó las solapas de mi abrigo. Estábamos en medio del campus, pero estaba desierto. La biblioteca estaba cerrada, solo estábamos nosotros.

—¡Te iba a matar! —gritó.

—Pero no lo hizo.

Me besó.

—Estás loco —dijo—. Eres un imprudente.

—No soy yo el que lleva un estilete en el calcetín.

Volvimos a besarnos, esta vez durante un buen rato. Luego me recliné en el banco y ella se echó junto a mí, colocando la cabeza en mi pecho. El vaho ascendía desde nuestras bocas.

—No duermo —dijo.

—¿Qué?

—Soy insomne. Llevo siéndolo desde que era una niña y vivía en Boston. Por eso siempre me gustó ir a las escenas del crimen con mi padre. Siempre parecía que las cosas malas les ocurrían a las personas desafortunadas por las noches. Él tampoco podía dormir demasiado. La casa estaba en silencio y yo me quedaba despierta, esperando a que recibiera alguna noticia y pudiéramos ir a echar un vistazo para encontrar una historia. Ahora ya no puedo quedarme esperando, sabiendo que nadie va a venir a por mí para ver algo sensacional y apasionante; así que salgo a pasear por mi cuenta y veo el mundo dormido. La noche puede ser bonita. Es el mejor momento del día, en realidad. Silenciosa, misteriosa… Es cuando pienso en resolver esos terribles crímenes en Arkham. He visitado todas las escenas del crimen por la noche yo sola.

—Quizás podrías enseñármelas, si te apetece. Podemos ir a visitar cualquier lugar juntos.

De pronto, la piel de mi cuello tocó la parte de metal fría del banco.

—Estás tiritando —dijo.

Abrió su abrigo y lo cerró sobre nosotros como si fueran un par de

alas, y así nos quedamos durante un buen rato.

CAPÍTULO DIECISÉIS

No fue hasta algunas semanas después cuando me enfrenté a Preston con mi conocimiento acerca de su implicación con Nueva Colonia mientras disfrutaba de un delicioso desayuno. Estábamos en la Cosecha, el mejor restaurante del hotel Portal de Plata. Era la primera vez que visitaba el hotel. En lo que se refiere a los grandes hoteles históricos de Arkham, estaban los partidarios del Portal de Plata y los del Excelsior. La familia Oakes siempre había estado del lado del Excelsior, pero yo había visto el Portal de Plata muchas veces desde el exterior. La institución era (y es) parte del paisaje de la ciudad, así que era increíble que nunca se hubiera cruzado en mi camino. Siempre había pasado frente a su enorme fachada de camino a otro lugar, admirando las refinadas líneas y su perfil impecable desde la calle, y sabía que no era el único que lo había hecho. Todo el mundo guardaba una fascinante historia sobre alguna fiesta privada inolvidable o una noche memorable que había tenido lugar en una de aquellas modernas habitaciones, pero yo nunca había participado en algo así hasta aquel desayuno con Preston. Debió elegir y reservar el restaurante él mismo, aunque estaba seguro de que Preston nunca tenía que reservar nada en esta ciudad. Simplemente llamaba y pedía lo que quería, o más bien, le pedía a alguien que llamase por él y diese su nombre como si fuera una llave mágica con la que abrir cualquier puerta, obteniendo el acceso negado a los estratos inferiores del orden social establecido: aquellos que debían esperar. Me hacía feliz aprobar su elección.

—¿Has estado en Nueva Colonia? —Sonrió y bebió un trago de su zumo de pomelo recién exprimido—. ¿Qué hacías allí?

—Visitar a Nina Tarrington —respondí, pero él no mostró ninguna reacción exagerada. Un tic en su ceja derecha mientras tragaba, quizás. Nada más.

—¿Y cómo está? ¿Sigue siendo una noctámbula?

—Así es. Puede que lo hayas comprobado por ti mismo durante tu fiesta de compromiso.

Preston asintió sin hacer mención alguna a su negativa anterior sobre la presencia de la chica en la fiesta.

—¿Qué opinas del sitio? —preguntó.

—¿De la Colonia? Supongo que está bien, aunque los pasillos son

estrechos y las habitaciones algo sombrías.

—A los artistas les viene bien un poco de sufrimiento, o eso he oído. Mi padre despilfarró un dineral en salvar aquella reliquia. No se callaba sobre lo mucho que costaba la inversión que estaba haciendo: estaba lleno de ratas, los cimientos estaban agrietados y cosas así. Ese pedazo de tierra quiere desprenderse hacia el Miskatonic y flotar mar adentro. Carl Sanford fue el que lo encontró y luego lo arreglaron y se lo dieron a los bohemios para que se divertieran. Así que Nina te ha contado que estábamos involucrados, ¿eh? Bueno, es cierto, pero es por el bien de Arkham. Los Fairmont llevan tiempo cumpliendo su parte en lo que se refiere a causas benéficas locales. Mi padre siempre dice que hemos hecho muchos sacrificios. —Cortó en rodajas su filete, dejando que un reguerillo de sangre fluyese por el plato.

—No sabía que te importaran las artes. —Alcé mi tostada de pan de centeno, deteniéndome a medio camino, y Preston se encogió de hombros antes de masticar. Un camarero se acercó para rellenar nuestros vasos, pero él declinó sus servicios con un gesto de la mano.

—A decir verdad, no me interesan demasiado. Puedo entretenerme con otras cosas. ¿Tienes sed?

Su pregunta me sorprendió, pues había café, zumo de manzana y agua con hielo sobre la mesa.

—Estoy bien.

Preston negó con la cabeza fingiendo tristeza.

—Oh, Alden, nunca se ha de ser demasiado conformista. Eso te matará más rápido que cualquier otra cosa. —Hizo un gesto al camarero más cercano y le susurró algo al oído. El camarero asintió y salió a través de la puerta giratoria que comunicaba el comedor con la cocina—. ¿Puedo preguntarte por qué fuiste a ver a Nina? ¿Sientes un interés cada vez mayor por ella?

—Nos tenemos cariño el uno al otro. Volviendo al tema de Nueva Colonia, ¿qué ocurre ahí dentro?

—¿Crean arte? ¿Quién sabe? —Preston desestimó la pregunta—. Nunca interfiero. Ah, ahí está.

El camarero volvió a aparecer con una botella envuelta de forma discreta con una toalla. La descorchó con un movimiento practicado y el humo de su interior se elevó en el aire, ondulándose como un genio. Llenó dos copas de champán y las colocó sobre la mesa antes de depositar la botella en un cubo con hielos y cubrirla con la toalla. Nadie en el restaurante se dio cuenta de que estábamos quebrantando la ley, o quizás ya estaban acostumbrados a ello. Un apellido adecuado y un fajo de billetes te concedían ciertos privilegios.

Preston alzó su copa.

—Por el inconformismo.

Brindé y ambos bebimos nuestra copa.

—¿Cómo está Minnie?

Preston puso los ojos en blanco.

—Está en pie de guerra con el número de *fondues*, o quizás con el tamaño de la tarta de boda. Puede que con ambos. —Giró la copa en su mano, centrando su atención en las burbujas—. No puedo seguirle el ritmo, pero está feliz. Estamos pensando en cambiar la fecha y celebrar la recepción aquí, en el Portal de Plata. No preguntes, no hay nada seguro aún. Aunque tengo que reconocer que el Portal de Plata siempre sirve una comida deliciosa. —Preston apartó la toalla y rellenó nuestras copas. Parecía alegre, ya había olido su aliento a *whisky* cuando llegué. Puede que Minnie tuviera razón al preocuparse sobre su salud mental: tenía un aspecto demacrado, con los ojos hundidos y enmarcados con ojeras. ¿Se habría pasado la noche jugando a las cartas?—. Déjame darte un consejito respecto a Nina.

Abrí la boca para protestar, pero él levantó la palma de la mano.

—Si te hace feliz, yo me alegro por ti. —En ese momento, su expresión se volvió desconcertada—. Pero ¿alguna vez te ha preocupado Nina?

—¿A qué te refieres? —Me preguntaba adónde quería llegar con aquella conversación. No me importaba lo que pensara de que pasara el tiempo con su exprometida, pero sentía curiosidad por su advertencia.

—Nina tiene una imaginación muy vívida, supongo que ya te habrás dado cuenta. Le gusta fingir y que le sigas el rollo. Al principio es intrigante, como un juego; pero va demasiado lejos, pierde la perspectiva y es incapaz de juzgar dónde empieza la realidad. Si no estás dispuesto a seguirle el juego, se pone… —agitó los dedos.

—Se pone ¿cómo? —dije con fuerza. Me perturbaba que se estuviera entrometiendo en nuestra relación con su comentario indeseado. Retiré la silla hacia atrás, atrayendo la atención de algunos comensales.

Preston se inclinó hacia delante y susurró.

—Se pone seria. ¿Sabías que casi me atraviesa con una espada? Esa chica sabe manejar bien una hoja, es esgrimista. También puede lanzar cuchillos y clavártelos, la he visto hacerlo.

—¿Adónde quieres llegar con esto? —Si Nina sabía defenderse, ¿a él qué le importaba?

—Quiero llegar a que no te gustaría que te apuntase con uno a las costillas. —Sonrió y recordé nuestros días en la universidad, un par de ladrones que se vigilaban las espaldas el uno al otro. Mi ira retrocedió

como la marea replegándose de una playa. Había venido a enfrentarme a Preston y en lugar de eso sentía que era él el que me estaba poniendo a prueba, no sin malicia.

—Gracias por la información —respondí, pero Preston estaba demasiado mareado para entender mi sarcasmo. Se limitó a rellenar su copa.

—Si todo os sale bien, será emocionante. ¿Quieres más?

—Estoy bien —dije, cubriendo mi copa.

Preston ya estaba bebiendo suficiente champán por los dos. No quería hablar más de Nina, ni tampoco que Preston hablase sobre ella, pero no estaba listo para zanjar el asunto de la Colonia, especialmente porque tenía un favor que pedirle a Preston. Quería que bajase la guardia lo suficiente, y para triunfar, necesitaba mantener el tono amable.

—Nina me ha dicho que puede que seas capaz de influenciar las admisiones a Nueva Colonia.

Preston recorrió el borde de su vaso con el dedo.

—Eso quiero pensar.

—Me gustaría entrar, ¿puedes conseguirlo?

Él pareció sorprendido.

—Hablaré con mi padre, él se ocupará de todo. Será un golpe para la reputación de Oakwood, la Colonia no es más que un dormitorio glorificado. Aah… Espera, déjame adivinar. Eso te acercaría a Nina. ¿Ves? Sí que estás jugando a su juego. —Sacudió la cabeza, desconcertado—. Ambos sois muy ricos. Lo sabes, ¿verdad? Podríais vivir en cualquier sitio: París, Nueva York…, pero si queréis jugar a ser artistas muriéndose de hambre en una buhardilla, ¿quién soy yo para impedirlo? ¿Esto fue idea suya?

—Fue algo que se nos ocurrió a los dos.

Aunque no había sido así. Nina me había propuesto la idea la noche anterior a mi desayuno con Preston y accedí porque me resolvía muchos problemas. Necesitaba un lugar nuevo en el que vivir, quería estar cerca de ella y ayudaría con nuestras investigaciones; aunque odiaba que Preston parecía conocer todos mis movimientos antes de que los ejecutara. Antes de que me diera cuenta y pudiera pararle, él ya había intentado rellenar mi copa de nuevo. El champán se desbordó, burbujeando por el exterior del cristal, y una mancha oscura se expandió por el lino.

—Uups… Tendré que ver qué habitaciones hay disponibles. —Sonaba como un oficinista—. Puede que la Colonia esté llena en este momento, no puedo saberlo.

—No lo está. Hay un apartamento libre justo enfrente del de Nina.

Era la habitación de un escultor llamado Dunphy que no hace mucho que murió.

Preston no parpadeó cuando mencioné el nombre de Dunphy, aunque alzó su copa y la vació.

—Todos moriremos con el tiempo, Oakesy. Ah, y eso me recuerda algo. Adivina quién ha desaparecido: Clark Abernathy. ¿No te parece una extraña coincidencia? Pensabas que estaba muerto y ahora nadie lo encuentra. Su padre me ha dicho que Clark probablemente se haya fugado con una bailarina que conoció en el Clover Club llamada Diamond no sé qué, pero no creo que tenga mucha idea. Parecía consternado. No es propio de Clark desaparecer así como así. Espero que no ande metido en problemas graves.

Los problemas de Clark ya eran cosa del pasado.

—¿Dónde está el Clover Club?

—Oakesy, tenemos que redescubrirte la vida nocturna de Arkham. —Preston apuró las últimas gotas de champán que quedaban en la copa—. Es lo único estimulante de este sitio. —¿Cómo de rápido se había terminado la botella? Preston parecía aún más verde que la copa.

—Aprecio los esfuerzos que haces por mí —alcé una ceja—. ¿Te encuentras bien?

—¿Yo? Estoy genial, esto es excelente. Es lo menos que puedo hacer por un amigo. —Dejó escapar un hipo.

Su mirada se desvió hacia las ventanas del restaurante. Una oleada de tristeza y arrepentimiento lo recorrió, aunque no sabría decir dónde se originaba. Pero de pronto, tuvo lugar un cambio alucinante: vi cómo Preston envejecía rápidamente delante de mis ojos, cómo sus cejas se arrugaban, sus mejillas se hundían y el pelo de su cabeza se volvía cada vez más fino y grisáceo antes de convertirse en mechones blancos y algodonosos. Parecía la viva imagen de su padre. ¿Era esta una visión psíquica del futuro de mi amigo? Contuve la respiración, paralizado y asombrado a partes iguales. La inmensa presión de asumir el mando del clan Fairmont hacía mella en Preston. Su padre le ponía a prueba constantemente, tratando de prepararle para ello. Algún día tendría que estar a la altura de las circunstancias o caer rendido ante ellas, o eso decía su viejo. Preston se inclinó hacia delante como si estuviera a punto de vomitar, con los ojos nublados. La rápida transformación continuó hasta que lo que estuvo sentado frente a mí no fue más que un amasijo de huesos en el interior de un saco de piel marchita y amarillenta. Antes de que pudiera comprender su evolución, el proceso se revirtió y Preston volvió rápidamente a ser el jovial (y exhausto) hombre que yo conocía. Me froté los ojos,

preguntándome si sería cosa mía o habría algo raro en el champán. ¿Nos habían drogado? ¿Estaba contaminado el alcohol con una toxina? La ilusión pasó como un sueño a cámara lenta y Preston carraspeó.

—¿Estás seguro de que estás en buena forma, Preston? —También yo estaba poniéndome a prueba.

—Estoy como nuevo —respondió con una media sonrisa cansada.

Le ofrecí un cigarrillo de mi pitillera dorada y fumamos en silencio. Entonces chasqueó los dedos en mi dirección y dijo:

—Hay alguien a quien deberías conocer. Le recogí en la estación de tren esta misma mañana después de un largo y arduo viaje.

—¿Sueles recoger a extraños en la estación de tren a menudo? —bromeé.

—Eran asuntos de la Colonia, para ser exactos. Mi padre me sugirió que actuase como comité de bienvenida.

—¿Y quién es el nuevo visitante en la ciudad?

Preston retiró la silla de la mesa.

—Ahora mismo viene hacia nosotros. —Se puso en pie y esbozó una sonrisa rebosante de alegría, como un chico de oro demostrando toda su educación y encanto a pesar de su embriaguez. Estaba haciendo gestos empáticos hacia alguien. Únete a nosotros, ven y únete a nosotros…

El visitante entró a la sala por la puerta a mis espaldas, así que me giré en el asiento y Preston rodeó la mesa para recibir a su invitado. La etiqueta requería que me levantara para saludar a aquel hombre, pero debía haber pasado por detrás de una de las columnas del restaurante, porque no vi a nadie allí. Preston parecía deslumbrado: podría haber sido un húsar bigotudo a caballo, y aun así no habría reparado en mi presencia.

—¡Pres-TONE! ¡Mi nuevo amigo! —Una voz masculina inconfundible y cargada de acento nos impactó, pues la sentí casi tanto como la oí. Entonces apareció su elegante figura, acompañada de una ráfaga de aire fresco.

Primero vi su mano extendida, con sus dedos largos y finos y una red de venas gruesas visibles bajo la piel. Las manos de un artesano, fuertes y expertas, en cuyo agarre desparecieron los pálidos dígitos de Preston. El hombre le empujó hacia sí y lo abrazó, dándole unos golpecitos en la espalda. Era más alto que nosotros y vestía como un cuervo, no llevaba sombrero sobre su cabello moreno y utilizaba un bastón ornamental cromado. Cuando se separaron, el visitante se giró hacia mí para mirarme. Era tan peligroso como abrir una ventana alta.

—Juan Hugo, este es mi viejo amigo, Alden Oakes. Alden, te

presento a Juan Hugo Balthazarr.

—Encantado de conocerle, Alden. —El artista hizo una reverencia. Su barba bifurcada estaba exuberante.

—Es un honor para mí. —Apenas podía respirar. Ahí estaba el artista en vida que más admiraba en el mundo entero, ¡plantado frente a mí y extendiéndome la mano!

Me machacó los dedos como si fueran el tornillo del banco de un herrero y centré toda mi atención en no doblarme de dolor,

—Alden también es pintor. Acaba de volver de Europa, no soportaba mantenerse lejos de su hogar.

—Ah, es usted un arkhamita. Encuentro su ciudad de lo más atrayente, como una oscura creación.

Solo entonces liberó mi mano de su agarre dominante.

—Espero que disfrute de la visita —dije, de forma más bien lastimosa.

Me dolía la mano, pero también la visión de Balthazarr. El artista recargaba mis sentidos, era demasiado vívido, atronador y aromático. Nada de esto era desagradable, pero el efecto de tal combinación era excesivamente intenso para el desafortunado que lo experimentaba. Hasta aquel encuentro en el restaurante, nunca me había quedado deslumbrado. Si Balthazarr era excesivo, tenía como consecuencia que te hacía sentir insuficiente. Mis defectos se convirtieron de pronto en mi propia esencia. Quería correr y esconderme, pero su poder de atracción me previno de hacerlo.

—Hasta ahora mi viaje ha sido fructífero —respondió.

Todo el mundo le observaba y fallaba al tratar de apartar la mirada. Él exigía atención y, cuando estabas cerca de él, te rendías a sus pies con mucho gusto, presentando tus respetos. Sabías que le ibas a contar a tus nietos aquella vez que viste a Balthazarr, lo que hizo y lo que dijo. El encuentro se quedaba grabado a fuego en tu memoria con un hierro psíquico.

—Juan Hugo es nuestro primer artista residente en Nueva Colonia. Algunos miembros de la Orden pensaron que traer a un maestro inspiraría a otros a tocar el cielo. ¿A ti te inspira?

—Me he quedado sin palabras.

—Oh, tenemos que soltar esa lengua. No quiero silencios, sino un intercambio. —Balthazarr me rodeó los hombros con el brazo. Olía a guarnicionería, cajas de puros e incienso de opio.

Ahora que le veía de cerca y en persona, no estaba seguro de que fuera la primera vez que lo hacía.

—¿Sabe? Creo que ya nos hemos visto antes, en octubre, durante la exhibición de Houdini en el teatro Ward. Estaba entre bastidores

visitando el camerino de Harry Houdini. Preston, tú lo recuerdas.

Balthazarr parecía confuso.

—Imposible. Llegué a la ciudad hace unas horas, y antes de eso estuve en Nueva York, pero solo por un día. Crucé el Atlántico a bordo del *RMS Aquitania* la semana pasada, así que no podemos habernos visto antes, salvo que se tratara de un truco de Houdini —bromeó.

—Te has confundido de persona —dijo Preston, irritado por mi aparente error.

Pero yo no estaba tan convencido de que estuviese equivocado. El parecido de Balthazarr con el hombre entre el público de Houdini, el que abordó al escapista en la puerta de su camerino, era asombroso. Traté de arreglar mi paso en falso.

—Pero sí que le vi en España, en un festival cerca de Barcelona.

—Sí, sí… Ahora habla de mi tierra natal. Nací en Cataluña y tengo una casa junto al mar. Los festivales son tan antiguos como exquisitos. ¿Cuándo fue?

Le respondí y su expresión se volvió desafiante.

—No, me temo que una vez más yerra el tiro. He vivido en Londres la mayor parte del año pasado. Llevo sin volver a casa dos años, algo que me rompe el corazón. Recuérdeme que vuelva tan pronto como tenga la oportunidad. Dígame, ¿le gustó el festival? ¿Le pareció interesante?

—Mucho —respondí—. No se parece a nada que haya presenciado antes.

—¿Ves? —Se giró hacia Preston—. Te lo dije, nadie puede resistirse a España.

Preston esbozó una sonrisa y asintió.

—Tendré que llevar a Minnie allí.

—Quizás para la luna de miel —sugirió Balthazarr.

—Puede ser —respondió Preston, evasivo—. Ya hemos terminado de comer, pero ¿querrías tomar el café con nosotros? —Desvió la mirada hacia el clima deprimente—. Hace un día de perros.

El español declinó la invitación educadamente.

—Tengo un compromiso y no le tengo miedo a los elementos. He traído una capa. En mi hogar escalo montañas llueva o haga sol. Mi madre dice que soy como una bestia salvaje que siempre quiere estar fuera de casa, durmiendo bajo las estrellas.

Nuestros caminos se separaron y, una vez Balthazarr abandonó la sala, algunos de los comensales acabaron su comida. La atmósfera en el comedor se deshinchó y nada supo tan delicioso como lo había hecho antes. Preston y yo pedimos nuestros cafés, pero era como beber a sorbos agua marronosa amarga. Me sentía agotado y algo

febril, como si estuviera incubando un resfriado. Fumamos mientras veíamos como la sala se iba quedando vacía.

El aguanieve repiqueteaba contra los cristales.

—¿Qué te parece? —preguntó Preston—. Nuestro amigo de la barba bifurcada, digo.

—Balthazarr es un genio y lo sabe. El mundo lo sabe.

—¿No te intimida?

—Me intimida horrores, pero no me siento competitivo con él porque no hay discusión. Nunca seré un Juan Hugo Balthazarr. Sin embargo, y de forma casual, mi trabajo ha tomado un cariz surrealista últimamente. Todo comenzó con una acuarela que pinté hace unas semanas, justo después de tu fiesta en el observatorio, y ahora he vuelto al óleo. Me siento como si estuviera atravesando la oscuridad a trompicones, pero la exploración merece la pena, pues estoy llegando a lugares a los que nunca soñé. O todo lo que hice fue soñar con ellos. Ahora están expuestos en un lienzo. Es un buen trabajo, estoy yendo a algún lugar... No sé dónde todavía.

—Entonces es el momento perfecto. Aprovecha esta oportunidad con Balthazarr, solo puede darle un empujón a tu carrera. —Preston apagó su cigarro en un platillo—. Le voy a invitar a mi despedida de soltero, y tú también vienes. Es después de Año Nuevo, Minnie lo reservó durante las vacaciones. Visitaremos todas las malditas mansiones de Arkham para una función social u otra. Siempre he odiado la Navidad.

—Viejo embustero. —El humo se coló entre mis dientes y busqué en los bolsillos de mi chaqueta mi cuaderno de bolsillo para pasar sus páginas—. ¿Tengo la fecha de tu despedida de soltero? No la recuerdo. —Destapé mi bolígrafo—. ¿Has dicho que vais a cambiar la fecha de la boda?

—Minnie y yo estamos impacientes, ¿por qué esperar hasta el verano? Pronto tomaremos la decisión y, en lo que respecta a la despedida de soltero, ya la fijaré. Mi vida está totalmente planeada ahora mismo, concédeme una pizca de espontaneidad, ¿quieres? —Se desplomó en el asiento y cerró los ojos.

—Puedes improvisar como un músico de jazz. Como Kid Fairmont dándole a las teclas de marfil.

Me miró fijamente con sus ojos hundidos.

—Será una noche de chicos por la ciudad como en los viejos tiempos. Una fiesta por todo lo alto. Tú y yo… y el resto…

Para cuando aquella enfermiza noche de chicos hubo acabado, ni Preston ni yo deseábamos haber estado allí. Pero para entonces ya era demasiado tarde. La suerte estaba echada y la función había

empezado. La cigarrera con aquella falda roja y dorada centelleante que atraía todas las miradas… ¿Qué ocurrió aquella horrible noche, acechando los callejones y los cuartos secretos del lado oscuro de Arkham? ¿Qué hizo Balthazarr en realidad? ¿Un truco de magia, una ilusión o algo mucho peor? Una vez nos dimos cuenta del alcance de aquel horror, ya era demasiado tarde para evitarlo. La sangre… Todo estalló a través de la pared… El retumbar de las armas y las balas volando… Los gritos de hombres y mujeres corriendo hacia la salida… huyendo del ensordecedor rugido que les perseguía.

Pero me estoy adelantando.

CAPÍTULO DIECISIETE

Para cuando llegué a Oakwood tras el desayuno, la cellisca se había convertido en nieve y un manto blanco había cubierto los árboles de hoja perenne, el camino y el tejado a cuatro aguas. Los árboles desnudos enmarcaban la casa. Recogería algunas cosas y me volvería a marchar, solo era una visita rápida. No había pasado demasiado tiempo en el hogar familiar últimamente. Madre estaba tensa porque aún no me había mudado, pero eso cambiaría muy pronto. Cuando entré, Pincho acudió a recibirme, pero madre no estaba tan alegre. Pasó como un espectro, deslizándose por el otro extremo del pasillo en silencio y mirando en mi dirección para comprobar que, efectivamente, había llegado. No la llamé para contarle las buenas noticias, se lo contaría a mis padres cuando la Colonia confirmase oficialmente que el apartamento de Dunphy pasaba a ser mío. Supuse que no tardaría demasiados días una vez Preston hiciera las llamadas pertinentes. Padre no estaba en casa, pues se había escondido en Nueva York para reunirse con sus corredores de bolsa.

Me limpié los zapatos y subí al piso superior siguiendo a Pincho, que zigzagueaba frente a mí. Le encantaba juguetear en la nieve y la simple vista de los copos le embelesaba. Ya en mi habitación, corrió hacia la ventana y se puso de pie apoyando las patas en el alféizar para comprobar si la nieve seguía arremolinándose en el exterior. Así era. Ladeó la cabeza para mirarme con sus ojos tristes y grises suplicándome.

—Muy bien, te llevaré de paseo. Deja que me cambie de ropa.

Pincho meneó el rabo.

Roland ya me había preparado la ropa de paseo colgada de la puerta del armario y también había dejado la correa de Pincho amarrada del pomo. A veces, la clarividencia de ese hombre me asustaba. Cogí una bolsa y la llené de artículos de aseo, ropa para el fin de semana y mi cuaderno de bocetos.

—Vamos, chico. Te enseñaré nuestros nuevos aposentos.

Bajamos de French Hill por una enrevesada ruta, pues tanto a Pincho como a mí nos venía bien hacer algo de ejercicio, y atajamos por el campus de la Miskatonic. A Pincho le encantaba cuando las universitarias se paraban a rascarle por detrás de las orejas y a admirar su porte. El patio interior estaba vacío, algo que no entendí

hasta que recordé que era la semana previa a los exámenes finales. Todo el mundo estaba dentro, estudiando. A mí siempre me habían encantado los exámenes, ya que trabajaba mejor bajo presión. Era la falta de urgencia lo que me incomodaba: la pereza y la procrastinación eran mis némesis. Si había algo positivo en lo de la masa amorfa y la gárgola, es que me habían incitado a volver al trabajo. Había pintado un lienzo a tamaño real de la criatura alada sobre el tren y, sinceramente, aquella visión me asqueaba. No porque el demonio fuera espantoso, sino porque me hacía darme cuenta de los años que había desperdiciado durante mi vida pintando otras cosas. ¡Había nacido para traer al mundo monstruos! Aunque por mucho que hubieran avivado mis llamas de la creación, sería más feliz si no tuviera que volver a encontrarme con ellos; salvo en mis sueños.

Nina y yo sufríamos pesadillas frecuentes. En las mías, volvía perpetuamente a España para que el hombre alto y enmascarado me tirase en la pira o los duendes me sacasen las entrañas con aquellos tridentes. Nina soñaba que era la doctora Silva balanceándose bajo la farola. Otra noche se había asado junto a las hermanas Galinka sobre una hoguera. Después de nuestra discusión con el vigilante, me mantuve alejado del muelle, pero la valiente Nina se aventuraba a bajar por su cuenta durante el día, preguntando por el paradero de Calvin Wright. Aquel hombre parecía ser la clave de las cosas: conocía a Dunphy y tenía relación con los colonos, por no hablar de la gárgola viviente sobrevolando la ciudad con su cuerpo y su rostro. Tal vez pudiera ayudarnos, pero había desaparecido. La gente de la fábrica de hielo de Burdon afirmaba que había dejado el trabajo, y nadie en Nueva Colonia le había visto desde hacía días.

Divisé a Christophe vendiendo castañas a la salida de las tiendas del distrito comercial, pero aseguró que no había hablado con Calvin desde que nos había presentado. Mientras tanto, había añadido una centelleante guirnalda plateada a su carro rojo y se había ataviado con una barba blanca falsa y un gorro de duende.

—Parece festivo —dije, extendiéndole unas monedas.

—¡Que Dios nos bendiga a todos! —exclamó, y me guiñó un ojo.

—¿Cuál es el rumor?

—Hace frío en las esquinas y calor tras las puertas cerradas.

—¿Qué significa eso? —Cogí mi bolsa de castañas con cuidado de no quemarme los dedos.

—Significa que voy a congelarme el trasero. —Su voz se convirtió en un susurro—. Se avecinan problemas en la ciudad del *whisky*. He oído que está a punto de estallar una guerra entre grupos rivales.

—¿Bandas?

La expresión de Christophe se volvió confusa.

—¿Te crees que son grupos para hacer ganchillo?

—No suelo mezclarme demasiado con criminales.

—¿A quién quieres engañar, amigo? Arkham está construida con dinero sucio. Si no me crees, excava bajo French Hill.

Entonces me acordé de todos los amigos de mi padre y cómo habían amasado sus fortunas. Su argumento estaba bien fundamentado.

—¿Y qué tienen que ver las guerras de contrabando con la ausencia de Calvin?

—Nunca dije que Calvin se hubiera ausentado, solo que llevo tiempo sin ver esa maciza mandíbula suya. Se puede ganar un pastón con esos traficantes de ron del río, aunque es peligroso.

El distrito comercial parecía seguro y dorado en aquella cristalina noche invernal. Los clientes repartían su alegría navideña, los niños jugueteaban alrededor de un falso pesebre y un cuarteto de cuerda tocaba «Noche de paz» a la salida de la tienda de música de Lunt. Las mejillas sonrosadas y las narices rojas eran un síntoma de la temperatura, no de la bebida ilícita. Era difícil imaginar una guerra de bandas en el horizonte.

—¿Cuál es la razón detrás de la guerra? —pregunté.

—No me estás escuchando. He dicho «he oído que está a punto de estallar una guerra», y eso no es lo mismo que predecir que va a haber una. Esto es lo que puedo decirte. Todo el mundo está nervioso, como si alguien hubiera cogido un virus y estuviera contagiándolo por ahí hasta infectar a toda la ciudad. La atmósfera está cargada de algo que podría ser real o simplemente estar flotando por ahí como el humo. Lo único que sé es que lo huelo. Se acercan cosas horribles. Quizás Calvin lo sintió en el aire y se fue, ¿quién sabe?

Sí, ¿quién?

Esa conversación había tenido lugar hacía dos noches. Si la Colonia tenía relación con los gánsters, no entendía cuál podía ser. El arte y la violencia son dos cosas muy distintas. Una es una fantasía y la otra, algo real. Los artistas como Balthazarr representan escenas de terror, pero son fantasías llenas de color. La violencia en un cuadro no es real, nunca nadie ha muerto al otro extremo de un pincel.

Pincho amenazó a un par de ardillas del Miskatonic y tiré de él para alejarlo. Dejábamos huellas en la nieve recién caída mientras nos dirigíamos a la Colonia. No emitió gruñido alguno al llegar a la vieja mansión. Quizás yo esperaba que sintiera algo malvado en el aire. En ese sentido, era supersticioso. Pero en lugar de eso, se hizo amigo de Portia y Delilah, que convivían en el apartamento de la esquina del

primer piso. Al igual que Dunphy, eran escultoras, pero habían llegado tras su letal caída. Portia le había sustituido en el proyecto de la gárgola de la Iglesia del sur y Delilah era su aprendiz. Aunque Nina las conocía mejor que yo, pues las tres bebían té juntas.

—Alden, ¿quién es este? —preguntó Portia desde el interior de su capucha adornada con pelo. Las mujeres se disponían a salir cuando interrumpí la charla que mantenían mientras atravesaban el umbral.

—Mi fiel compañero Pincho.

—Tu cachorro es monísimo, pero esperábamos que trajeras a Juan Hugo por aquí —respondió Delilah—. Es a él a quien nos morimos por conocer.

Portia le lanzó una mirada severa, pero ella la ignoró.

—¿Ya habéis oído lo de Balthazarr? —pregunté, sorprendido. ¿Cómo podían saberlo?

—Toda la Colonia sabe que ha llegado el famoso español —respondió Delilah, y yo acaricié el costado de Pincho.

—¿Y qué os hace pensar que Balthazarr y yo nos conocemos?

Las mujeres se miraron entre ellas, comunicándose sin emitir palabra alguna.

—Hemos oído que te visitó en el Portal de Plata —dijo Portia—. ¿Esta mañana…?

—¿Es eso cierto? —preguntó Delilah, ansiosa.

Me había quedado de piedra. Las noticias volaban en la comuna y, por norma general, necesitaría ser cuidadoso con ello. La privacidad se convertiría en un lujo.

—De hecho, sí, es cierto; pero no le conozco demasiado.

—Seguro que sí —dijo Delilah, como si estuviera gastándoles una broma.

—¿Nos lo presentarás? —Portia estaba tratando de contener su entusiasmo y fracasando estrepitosamente en ello.

Decidí no enfrentarme a sus conjeturas.

—Bueno, si surge la oportunidad. —Aunque dudaba que lo de escoltar a Juan Hugo Balthazarr por Nueva Colonia fuera a suceder—. Balthazarr y yo tenemos un amigo común, es solo eso.

—Todos seremos amigos pronto, espero. —Portia eligió con cuidado sus palabras.

—Todos seremos uno, al final —dijo Delilah.

Portia le lanzó otra mirada. Era una forma curiosa de decirlo. Sin embargo, me resultaba familiar…

De todas formas, no quería decepcionarlas.

—La próxima vez que vea a Balthazarr, le invitaré a que venga de visita.

—No hace falta que le invites —dijo Delilah—, él ha estado con nosotros desde el principi…

Portia le dio un codazo a su compañera de piso en el costado.

—Se refiere a que le conocemos por su trabajo.

Enderezándose, Delilah hizo como si no hubiera sentido el golpe, pero cerró el pico. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tensa y jadeante.

—No puedo esperar a conocerle en persona.

La mujer me desconcertaba, pero me caían bien y quería parecerles amistoso, sobre todo porque eran amigas de Nina.

—No sé qué pasará con Juan Hugo, pero vosotras me veréis mucho más a menudo de ahora en adelante. Espero mudarme pronto. —No parecieron demasiado impresionadas. Todo apuntaba a que no era más que un don nadie en comparación con un surrealista mundialmente conocido.

—Ajá —respondió Delilah, y ambas se alejaron, despidiéndose de mí con la mano.

—¡Nos vemos! —gritó Portia, tratando de actuar de forma entusiasta, pero fallando en el intento.

Las dos mujeres cruzaron la calle cuchicheando con las cabezas inclinadas.

Quizás algún día sería lo suficientemente famoso como para emocionar a la gente, hacer que sus ojos brillaran a mi paso y que quisieran conocerme. Necesitaba volver a acostumbrarme a vivir entre grupos. Había olvidado cómo era después de acabar la universidad, pues en Europa había elegido vivir solo.

Subí al apartamento de Nina, que abrió la puerta antes de que llamase siquiera.

—Vaya, vaya. ¿Por qué vas así vestida? —dije—. Es muy pronto para salir de fiesta.

—Hola a los dos —Me besó y rascó a mi perro por detrás de las orejas. Llevaba un vestido negro resplandeciente con lágrimas plateadas cosidas sobre él, medias de seda y unos Mary Janes con diamantes de imitación pegados en las tiras y los tacones. Nunca la había visto tan arreglada. Nos acompañó al interior del apartamento.

—Tengo noticias —dijo Nina.

—Yo también, pero tú primero. ¿Son buenas o malas?

—Definitivamente buenas.

—Las mías también.

Sirvió dos vasos de *whisky* para celebrarlo y Pincho se acurrucó sobre la alfombra junto a la chimenea mientras nosotros andábamos sin rumbo fijo hasta el salón. Todo era terriblemente doméstico.

—He encontrado a Calvin Wright. —Los ojos de Nina relucían, orgullosa de su triunfo.

—¡Genial! ¿Dónde está?

—Está visitando a unos amigos en el Easttown. Ahora tiene un nuevo trabajo, ha estado ocupado con ello.

—Así que ha estado en Arkham todo el tiempo. —Eso facilitaba las cosas. Si hubiera abandonado la ciudad, estaríamos perdidos.

Ella se tragó la mitad de su *whisky*.

—Su empleador es un contrabandista. Calvin descarga los camiones con los cargamentos de los pesqueros del río.

—¿Es allí donde has conseguido esto? Es muy suave —dije, dejándome caer sobre el sofá.

—Esa botella me la compraron. Me he pasado toda la noche en un bar clandestino. —Hizo un ademán con la mano cuando fruncí el ceño, preocupado—. Era totalmente seguro. Escucha, Calvin quiere hablar. Le he dicho que la muerte de Court podría no haber sido un accidente y que la gárgola ya no está en su apartamento. Sabe algo, más de lo que nosotros sabemos. Le he advertido de que podría estar en peligro. —Se descalzó de una patada y se sentó junto a mí, masajeándose los pies.

—¿Qué dijo cuando le contaste que la gárgola había cobrado vida?

—Omití esa parte.

—Es una parte importante, Nina. —Di un sorbo a mi bebida—. ¿Te lo encontraste en el bar clandestino?

—Tenía una pista sobre las hermanas Galinka: parece que bailaban en el Clover Club para ganar un dinero extra. Me crucé con Calvin haciendo una entrega en el club, aunque como nuestra conversación no era privada precisamente, tuve que ser cuidadosa. Podremos hablar con más libertad cuando volvamos a encontrarnos para compartir la información que tenemos. —Un tronco reventó en el interior de la chimenea y Pincho se sobresaltó. El perro centró toda su atención en la chimenea, receloso.

—¿Qué información tenemos, exactamente? —Revolví mi *whisky* y me lo bebí antes de servirme más.

—Le he estado dando vueltas a algo de lo que dijiste. Tengo una teoría —dijo observándome, tentativa.

—Cuanto más pienso en ello, más confuso me siento últimamente. Por favor, ilumíname.

—¿Recuerdas cuando estabas copiando aquellos dibujos? —Volvió a posar los pies en el suelo—. Mencionaste unos «sacrificios rituales».

—Vi uno en España, una especie de recreación. —Pensé en mis sueños: el hombre alto enmascarado, las dos marionetas, el público

coreando alrededor de una pira… ¿Había sido solo una recreación?

—¿Y si las muertes en Arkham forman parte de un ritual? —Nina me observó con la barbilla en alto, esperando que la contradijese. Había estado investigando por su cuenta los crímenes durante tanto tiempo que compartir su propia teoría le parecía arriesgado, pero yo me sentía más intrigado que sentencioso.

—¿Un ritual para qué?

Ella se encogió de hombros.

—Los rituales tienen distintos fines. Venerar, recordar… ¿Qué más?

Me recliné en el asiento, tratando de discurrir.

—Bueno, puede que… ¿llamar a algo?

—¡Sí! Enviar una señal a alguien o a algo lejano.

—¿Así que estos crímenes son llamadas repetidas? —El *whisky* comenzaba a calentarme y la idea, a cobrar sentido. Pero me sentía como si estuviera sujetando un pez vivo, tenía miedo de que se retorciera para huir entre mis manos.

—Más que repetidas, amplificadas. Imagínate una radio que transmite ondas cada vez más poderosas. Cada asesinato envía el mensaje con mucha más fuerza que el anterior.

—Hasta que alguien por fin lo recibe. —Sentí una efímera victoria —. Y entonces, ¿qué?

—No lo sé. —Suspiró—. Puede que ese alguien encuentre la forma de responder.

—O que aparezca. —Sentí cómo se me revolvía el estómago. La masa de redes, la gárgola… ¿eran una señal? Y si así era… ¿de quién era la llegada que presagiaban? ¿Qué se precipitaba inexorablemente hacia nosotros?—. Repíteme el nombre del sitio en el que te encontraste con Calvin anoche.

—Se llama Clover Club, ¿por qué?

—Eres la segunda persona que me menciona ese lugar hoy.

—¿Quién fue la primera?

—Preston.

—¿Preston? —Nina parecía sorprendida, pero Preston siempre sabía dónde estaban las mejores fiestas. Sería un cliente habitual de los bares clandestinos de Arkham. Por primera vez, me pregunté hasta qué punto habría conocido Nina a Preston mientras estuvieron juntos. Yo había tenido la oportunidad de conocer la parte de él atraída hacia los lados más oscuros de las cosas, la parte interesada en los placeres prohibidos.

—Hemos desayunado juntos y me ha contado que Clark Abernathy ha desaparecido. Su padre dice que podría haberse fugado con una

bailarina del Clover Club, una mujer llamada Diamond, según él.

—¡Alden! Las Galinka utilizaban nombres falsos en el club, Rubí y Zafiro. No es Diamond, pero se parecen. ¿Crees que la bailarina de Clark era una de ellas? ¿Lo conocerían?

—Es posible, aunque las hermanas llevan desaparecidas bastante tiempo… Pero si Clark intentó encontrarse con una hace poco, puede que no lo haya oído. Sabemos que no se fugó.

—Las noticias sobre los asesinatos no mencionaban ningún alias, puede que realmente guarde relación. —Se puso en pie—. Tenemos que hablar con Calvin. Hoy estará en el muelle.

—¿El muelle? Prefiero no ir allí, quizás el vigilante se acuerde de mí.

—Tendremos cuidado, pero debemos ver a Calvin. Me dijo algo sobre un artista famoso que vendrá a dirigir las cosas en Nueva Colonia. Parecía trastornado, pero no sé por qué.

—El artista es Juan Hugo Balthazarr —dije, sorprendiendo a Nina de nuevo—. Lo conocí esta mañana en el Portal de Plata. Impresiona, y es bastante sobrecogedor. Preston nos presentó.

Le relaté con todo lujo de detalles mi mañana junto a Preston.

—Vamos —dijo finalmente, apresurándose al dormitorio para cambiarse de ropa.

—¿Adónde vamos? —grité desde la entrada.

—Calvin dijo que podría vernos en media hora. Hay un barco programado. —Abrió la puerta del dormitorio—. Dime, que al final no te lo he preguntado. ¿Cuál es tu buena noticia?

—Me mudo al apartamento de enfrente.

Pero no teníamos tiempo para celebrarlo. En vez de eso, íbamos a hablar con un hombre sobre monstruos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Me preocupaba dejarnos ver por el muelle, pero la nieve nos mantuvo ocultos. Las dársenas seguían tan concurridas como siempre a pesar de las inclemencias del tiempo y los estibadores arrastraban cajas de acá para allá, de los barcos a los cavernosos almacenes. Nosotros solo éramos una pareja paseando a su perro. Aunque Pincho nos había proporcionado una tapadera, no estábamos teniendo ninguna suerte en la búsqueda de Calvin y la nieve dolía tanto como ayudaba.

Ya estábamos listos para volver a subir la colina y dejar el sucio río a nuestras espaldas cuando una voz nos llamó.

—¡Eh!

Me quedé helado, recordando al vigilante y su bate de madera: no correríamos tan rápido bajando por un callejón resbaladizo. Pero la figura que vi era la de un hombre demasiado angosto para ser aquel corpulento guarda.

—Alden —dijo, aproximándose.

Calvin apareció de entre una ráfaga de nieve. No pude evitar comprobar si tenía alas, pero afortunadamente no era así. Él nos sonrió.

—Señorita Nina —dijo, ladeando la cabeza. Llevaba un gorro de punto y un pesado abrigo marinero.

—Calvin. Me alegro de que haya podido venir —respondió ella.

Calvin le ofreció su mano a Pincho para que la oliese.

—Eres un perro precioso —dijo, acariciando a mi sabueso.

—¿Dónde podríamos hablar? —pregunté.

—Seguidme.

Calvin nos guio hasta un callejón entre dos almacenes. En la esquina trasera de uno de ellos había una puerta sin marcar; la abrió y entramos por ella. Calvin tiró de una cuerda y a la luz tenue de una bombilla floja aparecieron unas paredes de tablones y una mesa con dos bancos cubiertos de marcas mundanas talladas con navajas y quemaduras de cigarrillo. El aire estaba cargado de sudor masculino y el suelo, lleno de colillas y desechos; señal de que llevaba semanas sin ser barrido. Un asustado ratón se escabulló por nuestro lado cargado con una corteza de pan.

—Este es el comedor —explicó Calvin.

—¿Come aquí? —preguntó Nina, asqueada.

—Yo no —respondió Calvin, y cogió una escoba de la esquina—. Ya no trabajo aquí, ¿recuerda? Solo he venido a dar una vuelta. Podemos hablar, pero si alguien entra tendremos que irnos a otro lado.

—¿Qué tal con su nuevo jefe? —pregunté.

Calvin se encogió de hombros.

—Un jefe es un jefe. ¿De qué quieren hablar?

—¿Cómo sacan a escondidas la bebida? —pregunté con curiosidad.

—Bajo el pescado, aunque no en todos los camiones. Les vi haciéndolo cuando estaba picando hielo para Burdon. Fue entonces cuando descubrí esta oportunidad. Algunos de los camiones de pescado toman un desvío. —Saqué un cigarrillo, ofreciéndoles la pitillera abierta a Nina y Calvin—. Mientras me paguen… —Calvin se apoyó en la escoba y se colocó un cigarrillo entre los labios antes de arquear una ceja—. ¿Estamos aquí para hablar sobre el contrabando de *whisky* o hay algo más?

—Lo hay —dijo Nina, y les encendí los cigarrillos—. Pero si está relacionado con el estraperlo…

Calvin se retiró el cigarrillo de la boca.

—Todo en esta ciudad tiene relación con el estraperlo, ahí es donde está todo el dinero. Y también es ahí donde está la policía. No me interesa buscarme problemas con ellos. Nina me dijo que todo esto iba sobre Court. —Me observó con recelo.

—Y así es —le aseguró ella—. Creo… Bueno, creemos que todo podría estar conectado de alguna manera: los bares clandestinos, una reciente oleada de muertes extrañas y las pistas insólitas que hemos encontrado hasta ahora.

—Probablemente lo esté. —Calvin exhaló el humo, exhausto—. Court ni siquiera bebía, era demasiado serio. Los últimos días estuvo actuando de forma realmente estrambótica. Soñaba con cosas dementes cada noche.

—¿Pesadillas? —pregunté—. Nina y yo también las tenemos y estamos empezando a asustarnos.

—A él también le atemorizaban los sueños. Solía despertarse empapado de sudor, incapaz de centrarse. Me preocupaba. Mascullaba sandeces para sí mientras trabajaba y pensaba que le estaban siguiendo.

—¿Es eso todo lo que hacían juntos? —pregunté.

—¿Y por qué iba a ser eso asunto suyo? —Las sospechas que Calvin sentía hacia mí se estaban volviendo cada vez más hostiles.

—No lo es, solo trato de averiguar qué pieza ocupa cada uno en este puzle.

Él se tranquilizó.

—Éramos amigos. Court estaba demasiado enfrascado en su arte como para dejarse llevar.

No ahondé más en el tema.

—Respecto a la gárgola, la de piedra; ¿sabe dónde la guardaba Court? —preguntó Nina.

A Calvin le sorprendió la pregunta.

—Tenía un garaje alquilado no muy lejos de aquí. La gárgola estaba allí, y supongo que sigue donde estaba.

—¿Estaba trabajando Court en alguna otra cosa? ¿Otra escultura? Cuando encontramos el modelo de arcilla de la gárgola en su apartamento, vimos un pedestal aún más grande que estaba vacío.

—No que yo sepa. —Calvin negó con la cabeza—. ¿Qué pasará con la gárgola de arcilla? Tiene un valor sentimental para mí. Me gustaría comprarla, si estuviera en venta.

Nina y yo intercambiamos una mirada. Teníamos que decírselo, no había otra solución.

—No se lo va a creer —comenzó ella, dubitativa pero alentada por la necesidad de dar el paso—. La gárgola de arcilla de Dunphy ha cobrado vida. —Al no escuchar respuesta alguna de Calvin, continuó —. Se estrelló contra la ventana y voló hasta el otro lado del río. La vimos alejarse de Arkham subida a un tren.

Calvin rio, esperando a que acabáramos la broma, pero no teníamos nada más con lo que rematarla. Entendiendo la gravedad de nuestra expresión, se tambaleó hacia atrás como si algo le hubiera golpeado. Se sentó en uno de los bancos, dando una calada a su cigarrillo mientras se frotaba la barbilla. Sus ojos se movían de aquí para allá como si estuviera tratando de resolver su propio rompecabezas, ordenando las piezas del mismo modo en que nosotros lo habíamos hecho antes.

—¿De veras cobró vida?

—Sí —dije.

Rebusqué en mi bolsillo hasta encontrar los grabados doblados que había copiado de la puerta de Court y se los pasé.

—¿Qué es esto? —Parecía como si mirar los papeles le asustara.

—Encontramos un mensaje grabado en el interior de la puerta de Court escrito por la gárgola.

—¿Escribió algo?

—He hecho una copia. Son palabras y símbolos, y junto a nuestros nombres también aparece el suyo.

Calvin desplegó los papeles con las manos temblorosas y los extendió sobre sus rodillas, aplanándolos. La ceniza cayó sobre el

papel, pero no se molestó en apartarla, pues estaba demasiado concentrado.

—Corre peligro —dijo Nina—. Al igual que nosotros, como puede ver. Por eso necesitamos su ayuda. Si estamos juntos, puede que tengamos una oportunidad de luchar contra la fuerza maligna que está operando aquí, en Arkham. —Se sentó junto a él y le tocó la mano—. ¿Puede ayudarnos? ¿Lo hará?

Calvin se había quedado en silencio, aturdido.

—¿Qué sabe sobre la Colonia? —dije, sentándome al otro lado. La escueta habitación ya era fría de por sí, pero una nueva y terrible corriente gélida se abrió paso hasta nosotros, congelándonos hasta los huesos como una presencia palpable.

Calvin apagó su cigarrillo.

—Conozco estos símbolos, ya los he visto antes.

Me sobresalté.

—¿Dónde? ¿Qué significan? —Cogí el papel y lo agité antes de girarlo para que pudiese verlo—. Mire, este parece una estrella. ¿Lo es?

Calvin dejó caer los hombros y se encorvó hacia delante como un boxeador profesional en su esquina entre ronda y ronda. Su respiración se volvió agitada y superficial.

—Se llama «la Estrella fugaz». He oído que otros la llaman el «Un-Sun». —Se limpió la boca, seca—. Lo están llamando.

—Hemos pensado que podrían estar intentando establecer contacto. ¿Qué es el Un-Sun? —preguntó Nina.

Calvin estaba girando el cuello, tratando de despejarse la mente. De pronto parecía agotado.

—El Portal se abrirá pronto —dijo—. Tratarán de traerlo a través de él.

—¿Quién lo intentará? —preguntó Nina.

Calvin se mordió el labio.

—No debería revelar nada más. Váyanse, manténganse alejados. Abandonen la ciudad si es preciso… ¿Están seguros de que la gárgola escribió esto? ¿Escribió… mi nombre?

—Sí, el de todos. Necesitamos saber lo que sabe. En los últimos meses muchas personas han fallecido en Arkham bajo extrañas circunstancias y Nina y yo creemos que podría ser un ritual. Dunphy fue una de ellas, y ahora estamos viendo monstruos aparecer por la ciudad.

—¿Monstruos? ¿Más como la gárgola? —Calvin miró a Nina para que confirmara mis palabras.

—Eso pensamos —dijo—. Hemos visto dos con nuestros propios

ojos.

Calvin cerró los ojos, frotándose el pecho. Entonces los volvió a abrir y se armó de valor, señalando el tridente.

—Este es su símbolo, una horqueta. Llevan tiempo buscando un líder, un hechicero que abra el Portal sin matarlos en el proceso. Esta marca es la del hechicero. —Dio unos golpecitos en el pictograma de la corona de espinas—. Puede ser el que retuerce el bucle. No me sé su título, pero el hechicero lleva la corona y abre el Portal. La copa con los huevos… nunca la había visto. Puede que sea un sacrificio. —Calvin se puso en pie. Su piel parecía débil y grisácea, como si hubiera perdido mucha sangre.

—¿Cómo sabe todo esto? —Bloqueé la puerta. No podía dejar que se marchara, y parecía listo para salir corriendo en cualquier momento —. ¿Es usted uno de ellos?

Calvin agitó el puño en el aire.

—¡Nunca seré uno de ellos! ¡Me arrebataron lo único que me importaba! —Su rostro se retorció con una mueca de angustia y por sus mejillas cayeron unas lágrimas cálidas de las que no se avergonzó.

—¿Quiénes son? —Nina le rodeó con su brazo mientras sollozaba, y él se estremeció.

—No lo sé. No exactamente. He perseguido sombras en dos… no, tres continentes. Hay más de un grupo, que yo sepa. Son conscientes de la existencia de los otros, aunque no siempre. Es… muy complejo. Hay sectas activas en Arkham, tienen miembros en Nueva Colonia. No puedo comprobar mis sospechas… Aún no. He venido para detenerles, ¡y lo haré!

—No lo entiendo —respondí, frustrado—. ¿Estos sectarios ocultos son devotos del Un-Sun este? ¿Es una estrella de la galaxia? ¿Hacen sacrificios al Sol como los aztecas?

—No son como los aztecas, no construyen nada ni forman sociedades. Su única religión es la destrucción y su meta, la aniquilación. Ha dicho que vio cómo la gárgola cobraba vida. Pues bueno, nunca ha estado viva en realidad. Animada sí, pero no viva. ¿Aún se parecía a mí? Su rostro, digo.

—Sí —afirmó Nina.

Él respondió con voz entrecortada.

—Los hechiceros pueden imitar la vida, elegir un ser o un objeto y controlarlo como si se tratase de una marioneta colgada de un hilo. ¿Pero quién maneja los hilos? He oído que van cambiando, caminando por ahí como si fueran tu gemelo, un doble perfecto. Eso ocurre antes de que te posean. Cada paso es una muestra mayor de su poder. Se ocultan tras máscaras, todos ellos, y mienten. Si ha llegado tan lejos…

están cerca de algo grande. —Calvin inspeccionó la inmunda habitación, hablando para sí tanto como para nosotros.

—Relájese —dije, agarrándolo por los hombros. Necesitaba que las palabras que salían de su boca tuvieran sentido—. Ha dicho que tienen miembros en la Colonia. ¿Quiénes son? Nina no es uno de ellos, y tampoco Dunphy. ¿Dónde ha visto estos símbolos?

—En la Cueva Negra. Ahí están los signos, pintados en las paredes más profundas de la cueva. Son dibujos antiguos, pero los han pintado de nuevo… recientemente. Hay manchas húmedas y sangrientas en las rocas y hemos oído voces cantar mientras trasladábamos el licor… Siempre van al anochecer… vestidos con capas. No podemos volver allí, ¿quién querría hacerlo? El resto de los de la banda lo ignoran y guardan silencio. «Aléjate de ahí, hijo», me dicen. «Vuelve a la entrada de la cueva». Pero yo necesito verlo con mis propios ojos. Bajo esas túnicas y esas capuchas… no hay humanos. Tenemos que hacer algo antes de que sea…

Pincho comenzó a gimotear.

Conocía un sitio en Arkham llamado la Cueva Negra, pero Calvin no podía referirse a él. Era un pequeño yacimiento geológico indigno de recibir una placa de la ciudad y difícilmente podría albergar maquinaciones siniestras.

La puerta del comedor se abrió de golpe y alguien bloqueó la entrada. Lo hubiera reconocido incluso si no hubiese sujetado aquel bate en su mano derecha: su rostro era duro como el granito, pero un granito lleno de imperfecciones, pues una serie de cicatrices recorrían su frente, sus ojos estaban marcados por unas ojeras oscuras y tenía la nariz hinchada y doblada hacia la izquierda. Cuando habló, sonó como si estuviera gravemente resfriado.

—¿Qué narices es todo esto? ¿Una reunión de la iglesia?

Calvin agarró la escoba.

—Yo solo estoy limpiando, ellos ya se iban.

Aquel bruto me miró.

—¿Te conozco de algo?

—No, señor. No creo que nos hayan presentado. Mi nombre es Johannes Vermeer. —Extendí la mano, pero él no la estrechó.

Pincho gruñó y yo tensé el agarre de mi puño sobre la correa. El vigilante nocturno señaló a mi perro con el bate.

—Le abriré la cabeza.

Nina se interpuso entre el guarda y yo.

—Esperábamos comprar pescado para la cena. Tengo antojo de lenguado con salsa de mantequilla y limón y Johannes solo intentaba conseguirme uno.

El vigilante se dirigió hacia ella.

—Aquí no se puede comprar pescado.

—De forma extraoficial —dijo Nina, sonriente—. Se puede hacer casi cualquier cosa de forma extraoficial.

Pero él no se movió ni un ápice de la puerta. Su aliento olía a cerveza y su pelo, a tónico capilar de Tres Flores.

—Si lo que queríais era pescado, ¿por qué estáis aquí de cháchara con este vagabundo?

—Abrió la puerta equivocada —respondió Calvin—. La señorita perdió…

—No estoy hablando contigo. —Golpeó el pecho de Calvin con el extremo de su bate—. Eh, pensaba que lo habías dejado y te habías ido a trabajar para los O'Bannion.

—No. He estado enfermo, eso es todo. —Calvin tosió—. Lo más probable es que fuera gripe.

—¿Gripe? —El vigilante retrocedió un paso.

Calvin mantuvo su mano en el pecho, listo para tirar del bate.

—Pero ya me encuentro mucho mejor.

—Ajá. Cuéntale tu vida a quien le importe. —Volvió a centrar su atención en mí—. Sí que me suena tu careto engreído. ¿Alguna vez has empinado el codo donde Donohue?

—¿Yo? No, no. Soy abstemio. No bebo nada más fuerte que la zarzaparrilla.

—Cállate. —El vigilante se acercó a nosotros poco a poco, balanceándose sobre sus talones y golpeando el bate contra la palma de su mano con un ruido sordo—. ¿Qué voy a hacer con vosotros dos?

—Va a dejar que nos vayamos. —Nina se puso firme y avanzó para arrebatarme la correa de Pincho de las manos, lista para sortear al guarda—. Ya es suficiente de jueguecitos. —Metió la mano libre en el bolsillo y me pregunté si habría escondido el estilete ahí. ¿Iba a atacarle?

Para sorpresa de todos, el vigilante se giró para dejarla pasar.

—Que tenga un buen día. Espero que encuentre su pescado —dijo, tocándose la visera de su gorro de guarda.

Yo fui el siguiente, avanzando sin mirarle con la vista fija en la espalda de Nina, que en ese momento se retiraba con Pincho hacia la nieve que se arremolinaba en el exterior. Una vez me alejé de la entrada, exhalé un suspiro de alivio e inhalé el aroma fresco y metálico de la nieve. Las aguas del oleaginoso Miskatonic fluían en la distancia. Divisé un barco pesquero cuyos marineros rondaban por el muelle, asegurando sus amarres. Calvin estaría a mis espaldas y, una vez eludiese a aquel grandullón, seríamos libres de volver a casa. Solo

tenía que seguir caminando, ni muy rápido, ni muy lento.

«Ya casi está».

Ese fue mi último pensamiento antes de sentir cómo el cielo caía sobre mi cabeza y ver una estrella explotar, convirtiéndose en un reguero de astros dorados que oscilaban al caer sobre la nieve mientras el Miskatonic se desbordaba sobre las laderas blancas, inundándolo todo a mi alrededor. El frío del agua y aquella negrura como la tinta me arrastraron a lo más profundo de su desierto corazón, como un vacío, al tiempo que yo giraba como un copo de nieve y me derretía hasta desaparecer.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Me desperté sobre una pila de caballas, notando el sabor de la sangre. Pero no la de los peces, sino la mía. Traté de moverme, pero vi que no podía. No si quería evitar el mazazo de dolor que abofeteaba mi frente. De pronto, vomité.

—Tranquilo, colega. —Una mano invisible me empujó hacia abajo. ¿De forma hostil? No sabría decirlo.

Oí otra voz.

—Está despierto. ¡Uf! Huele peor que la pesca de hoy.

—Al menos no está muerto. A Naomi no le haría ninguna gracia que trajéramos un cadáver.

—No, la verdad es que no.

—Nina —balbuceé. La boca y la garganta me ardían como el ácido —. ¿Dónde está Nina?

—No sé quién es esa, chico, pero no está aquí. Estate quieto o te ataré.

—No hace falta que lo hagas, el pobre está medio muerto. Menuda paliza le han dado.

Reflexioné sobre aquellas palabras. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado allí? Ah, sí, el vigilante y su bate. Mantuve los ojos cerrados porque cuando intentaba abrirlos sentía como si me clavasen unas tijeras entre ellos. Contoneé los dedos de las manos y de los pies; al menos no estaba paralizado; solo helado, y mucho. Me sentía como otro pescado sobre el hielo, flácido como un pez trapo, pero el doble de agotado.

¿Así era morir? ¿Que tu cuerpo se rindiese y tu alma se cayera por un precipicio? ¿Eso era? El camión pasó sobre un bache y me sacó de mi estupor. Alguien estaba gimiendo. Yo. Era yo el que estaba lamentándose de forma patética, gorjeando como una foca apaleada. Apreté los puños y mis dedos se hundieron en la piel helada. Entreabrí solo un ojo: no estaba mal. Había un hombre sentado junto a mí sobre una caja de la lonja de Burdon.

Me habían tirado en la parte trasera de uno de sus camiones y probablemente estábamos tomando uno de los desvíos de los que Calvin nos había hablado y que servían para entregar el *whisky* de contrabando que llegaba a Arkham en aquellos barcos atracados en el muelle. Al subir una cuesta, el motor rugió y los neumáticos

chirriaron. Una vez cuesta abajo aminoraron el ritmo, pero los frenos crujieron con un ruido estridente y los ejes rechinaron.

Las caballas se deslizaban a mi alrededor mientras el camión avanzaba por el terreno desnivelado. Supuse que se trataría de un camino de tierra congestionado por la nieve y el hielo. El viento silbaba en el exterior del camión, empujándolo con cada una de sus fuertes ráfagas. El conductor estaba teniendo cuidado de no acabar hundido en una zanja, porque no iba en dirección a ninguna lonja y perder el cargamento le costaría un par de años en la cárcel o incluso la vida. A través de mis ojos entrecerrados, examiné al hombre a mi derecha. Estaba comiendo una manzana, cortando porciones con un cuchillo corto y tomándolas directamente de la hoja. Tenía pecas y el pelo corto y pelirrojo. Era blanco, así que no se trataba de Calvin. El conductor (el que había dicho que estaba medio muerto) tampoco sonaba como él. Tenía la voz de un adolescente, un mozo de labranza. Por supuesto, eso no le libraba de ser un asesino. «Estos dos podrían ser homicidas», pensé. Aunque el vigilante nocturno no estaba por allí. Ya era algo.

Volví a dormirme, pero no tuve ningún sueño. Nada. Estaba despierto y luego ya no, como si alguien le diera a un interruptor. No sé por cuánto tiempo pero el momento en el que me desperté por segunda vez, el camión estaba aparcado y su motor, apagado. Estaba solo, con la espalda empapada. Tomé un puñado de hielo rojo y me giré sobre el costado, pensando que volvería a vomitar; pero las náuseas disminuyeron. Me incorporé sobre los codos y me toqué la parte de atrás de la cabeza. Tenía el pelo pegajoso, las puntas de mis dedos teñidas de rojo y un lado de mi cuello pringoso de sangre. «De mi sangre», advertí de pronto, sientiendo como las náuseas volvían a ascender por mi garganta. Unos ojos muertos, brillantes y abiertos de par en par me miraron desde mi lecho de hielo reluciente: eran mis desafortunadas compañeras de viaje, sumidas en un sueño del que nunca te despiertas. Hacía solo unas horas, este banco de caballas azules estaba nadando en el océano, abriéndose paso en aquel mundo salado. Una vez destripadas, se convertirían en la cena del viernes de alguien. Al menos yo aún podía nadar. Tenía una oportunidad de luchar.

La enorme puerta de carga se abrió, dejando al descubierto una rendija, y yo me incorporé notando cómo la cabeza me retumbaba. Esperé a ver si me tranquilizaba y eché un vistazo al exterior. Los hombres hablaban y fumaban mientras trabajaban. Si fuera un fantasma, este sería un grupo horrible al que perseguir. Parecían demasiado duros para asustarse, con los cuerpos musculosos repletos

de cicatrices.

Al igual que los trabajadores del muelle, arrastraban la mercancía. Mercancía ilegal, claro. Las botellas sueltas tintineaban hasta ser empaquetadas en cajas recubiertas de paja: estaban preparando el licor para volver a enviarlo. Olí el aroma del café haciéndose y pude ver una olla encadenada a un trípode de hierro sobre una fogata. Sobre el fuego también había un hervidor, probablemente se tratase de una sopa de almejas, por el olor. Pero yo no tenía nada de hambre, aunque a nadie le importase.

Mi dolor se había calmado un poco. ¿Por qué me habrían traído allí? La sangre que me manaba de la cabeza parecía más rosa que roja cuando me toqué la zona con los dedos. La hemorragia empezaba a detenerse. No traté de buscar en la parte alta de mi cabeza, pues temía encontrar allí una grieta en el cráneo, astillas de hueso y fragmentos de cerebro pegajoso.

Al menos así podía fingir que se trataba de una horrible resaca.

En unas horas volvería a ser el de siempre, avergonzado pero intacto; sin daños permanentes. Nada que no pudiera curarse con algo de comer y de descanso. Me senté en el borde del camión con las piernas colgando. Me sentía como un reloj roto, con los resortes reventados, y los minutos que oía marcar eran mis latidos siguiendo mi ritmo irregular. Me puse hielo en la lengua para aclarar aquel repugnante sabor. Sabía a arena, pero era mejor que lo anterior. Lo chupé antes de escupirlo y luego me limpié la ceja con mi manga empapada.

Cuando revisé el interior del camión, encontré que la bebida ya había sido descargada y solo nos habían dejado atrás a las caballas y a mí. «Hasta luego», pensé. «Yo me bajo aquí, chicos. Os deseo lo mejor». De un salto, descendí del camión, a punto de aterrizar sobre mi espalda de nuevo. Mis piernas parecían de goma, como si los huesos se hubieran vuelto blandos y flexibles en mi interior. *Mierda*. Estaba demasiado mareado para vencer a la banda. Me sujeté al camión.

Estábamos en un bosque perdido de la mano de Dios, donde un pájaro, creo que un cardenal, me observaba desde lo alto de un pino. Miré alrededor, hacia el otro extremo del camión, y vi un agujero en un lado de la colina. ¿Cómo había llamado Calvin a aquel sitio en el que había visto símbolos pintados? La Cueva Negra. Como he dicho, había oído hablar de ella durante mi infancia en Arkham, pero nunca había estado allí. ¿Esa era? Paso a paso me abrí camino hacia el parachoques frontal, alejándome de la vista de aquellos hombres.

En efecto, habían detenido el camión junto a la cueva, cuya boca

alumbraban unas antorchas. En uno de los lados había una serie de alambiques de cobre y pilas de leña para calentar las ollas. Sobre ellos, una chimenea natural formada en la roca permitía que el humo saliera. Los destiladores trabajaban por las noches para evitar llamar la atención, pero hacía tiempo que nadie destilaba *whisky* por allí, pues el equipo parecía haberse guardado. En su lugar, la cueva servía como una especie de almacén para enviar y recibir barriles y cajas de alcohol ilegal traídas desde el puerto. Ese día los hombres estaban trabajando fuera de la cueva, vaciando los camiones de Burdon de su cargamento oculto y empaquetando de nuevo las botellas para atender los pedidos que esperaban en los palés colocados sobre la nieve. He aquí una banda de piratas repartiendo su tesoro líquido. Sin embargo, el camión en el que había llegado estaba aparcado lejos de toda la acción. Nadie me molestaría por el momento.

¿Dónde estaban Calvin y Nina? ¿Qué les había hecho el vigilante? No quería ni pensarlo. Eran listos, quizás hubieran escapado… Traté de ponerme en pie por mí mismo, pero me tambaleé. Aunque al menos no llegué a caerme hacia delante como un bolo. Trastabillé hacia el interior de la cueva, mirando fijamente mis pies para asegurarme de que cumplían correctamente su función; choqué con una pared, quizá dos.

Estaba más oscuro allí. Mejor para mi maltrecho cerebro. Arrastré los pies sobre la tierra arenosa y de pronto noté la roca dura bajo las suelas de mis zapatos. Había rocas por todas partes. Recorrí con las manos la superficie de las paredes como si fuera ciego.

—¿Dónde diablos está? —dijo una voz no muy lejos de donde me encontraba.

—Yo lo dejé justo aquí, inconsciente. Lo juro. Le puse la mano bajo la nariz para comprobar si respiraba. No puede haberse levantado como si nada, te lo digo yo. Estaba totalmente fuera de combate. —Reconocí la segunda voz: era la del tipo que había ido en la parte trasera del camión conmigo.

—Pues ahora no está aquí. Ve a buscar a Freddie, quizás se lo ha llevado a algún sitio. ¡Vamos!

—Recibido, jefe —dijo la voz que conocía.

—Y vuelve antes de que Naomi se entere, o nos pateará el trasero.

Escuché cómo uno de los hombres se alejaba y el otro se metía en el camión para luego salir de un salto. Coloqué un pie delante del otro y seguí avanzando hacia las profundidades de la cueva, cada vez más oscura. Olía como el mar cuando la marea retrocede y las cosas se quedan varadas en la orilla, pero no me importaba. Me sentía a gusto de nuevo en la oscuridad, protegido. El suelo de la cueva se inclinó

bajo mis pies y le di una patada a algo sólido que traqueteó antes de caer rodando.

—¡Freddie! Eh, Freddie, ¿eres tú?

Tendría que ser más discreto en la oscuridad; si me encontraban, quién sabe lo que harían. No estaba dispuesto a averiguarlo. Me arrodillé en el suelo y palpé la forma de lo que había golpeado: un cristal frío y suave, un metal áspero… y cuando lo agité, un líquido salpicó las paredes de su interior. Olía a combustible.

¡Una linterna!

La cogí bajo el brazo y caminé a tientas hasta doblar la esquina. Aún tardé algo más en sacar mi mechero del bolsillo y prender la mecha en medio de aquella oscuridad absoluta. En cuanto la llama se encendió, la cubrí rápidamente con la solapa de mi abrigo. El hombre de pie junto al camión, el que había preguntado si yo era Freddie, no podría verme a menos que se adentrara aún más en la cueva. Mi única opción era explorar la cueva.

El pasillo se dobló hacia la izquierda y yo lo seguí. Con la luz en alto, seguí descendiendo por la rampa hasta llegar a unos escalones tallados en la roca. Bajé por ellos, aunque el bamboleo de la linterna y las sombras que se proyectaban en las paredes no ayudaban a calmar mi mareo, pero intenté mantener la vista al frente y seguir descendiendo.

Aquella cueva tenía un montón de escalones. Tuve que sentarme un rato y apoyar mi cabeza sobre las rodillas. El esfuerzo de andar había vuelto a hacer que mi cabeza retumbase. No sé cuánto tiempo estuve allí sentado en silencio, pero entonces me pareció oír pasos y el murmullo de unas voces. No a mis espaldas, donde probablemente los contrabandistas estarían buscándome en la boca de la cueva; sino en dirección contraria, delante a mí, en lo más profundo de la cavidad subterránea. Alcé la linterna y vi un movimiento… Quizás… una parte de la oscuridad más oscura que el resto… se separó. Me puse en pie y me incliné hacia delante para ver mejor, pero no sirvió de nada. Tenía que seguir avanzando para asegurarme.

Finalmente llegué a una especie de descansillo tan amplio como un salón de baile. En el extremo contrario había más escaleras, y yo no quería seguir caminando. Estaba cansado y adormilado; la sangre volvía a brotar de la herida de la cabeza y tuve que limpiarme el cuello un par de veces con la manga empapada. Pensé en acurrucarme en el suelo y echar una cabezadita. «Cuando despierte de nuevo, puedo retroceder o bajar esas escaleras», eso es lo que me estaba diciendo cuando las vi.

No sé cuándo las había dejado atrás, pero ahí estaban. Tres figuras

encapuchadas como monjes, apiñadas junto a la pared con un fuego que, en lugar de ser amarillo y naranja como mi linterna, emanaba un brillo verdoso. Entonces recordé a Clark Abernathy disfrazado de Fray Tuck, y cómo después habíamos descubierto su cuerpo decapitado yaciendo en el suelo del observatorio con su cuello carcomido y su capa colgada de una percha.

Las tres figuras estaban algo inclinadas, pegadas entre sí, dándome la espalda. Una de ellas estaba pintando la pared con los dedos, otra cantaba y la última guardaba silencio, atenta.

—*Yu, yu* —dijo el cantor—. *Yu, yu… yu, yu…* —repitió una y otra vez.

Avancé hacia ellos con más curiosidad que miedo y alcé la linterna.

—¿Hola? ¿Os dirigís a mí, por casualidad?

Ninguno de los tres se molestó en darse la vuelta.

—*Yu, yu… yu yu… yu, yu yuyuyu…*

Sonaba como un disco rayado y, con cada palabra, realizaba una ligera reverencia.

Yo me acerqué lentamente, sintiendo cómo el miedo brotaba en mi interior sin saber por qué. Traté de hablar con el que estaba pintando.

—¿Qué estás dibujando? —No hubo suerte, así que retrocedí, irritado—. ¿Qué es esto? ¿Una reunión de la iglesia? —pregunté, alzando la voz. La cabeza estaba a punto de estallarme. Había oído aquella pregunta en otra parte. Quizás sonara a broma, pero mis palabras no tenían ningún sentido para mí. «*Yu… yu…*» Eso también me sonaba, pero sin contexto alguno.

Los cánticos se convirtieron en un galimatías.

—*¡Yuyu! ¡Va-BaDAAAHHH!* —gritó el cantor como una apoteosis final, sobresaltándome.

Aquella extraña frase resonó en mi mente, trayendo de vuelta recuerdos de otras voces; las que Nina y yo habíamos oído a través de la pared en la biblioteca del observatorio. Y también en otro lugar. ¿España? ¿Había sido allí donde había oído aquellos sonidos desconocidos por primera vez? No importaba, porque habían acabado lo que fuera que estaban haciendo. Tanto el que pintaba como el que cantaba y el que guardaba silencio habían terminado, y los tres se alejaron un paso de su obra.

El cantor, que estaba en el medio, era mucho más alto que los otros dos. El pintor era bastante bajito, como un niño crecidito, pero por la forma en la que se movía podías saber que no era un crío. ¿Tal vez una mujer menuda? Sus rostros estaban cubiertos por una pesada capucha y tanto la luz verde como mi linterna iluminaron el suelo.

Había marcas en él que antes no había advertido: líneas, ángulos… Me recordaba a un ejercicio de geometría. «Halla el ángulo». Entonces me acordé del diseño dibujado con tiza en el suelo sobre el que descansaba el cuerpo de Clark.

—¿Ya estáis listos para hablar? Es de mala educación no contestar cuando alguien te habla —dije.

Aquel cuyo trabajo había consistido en guardar silencio me respondió.

—Aún no es tu hora. Vuelve. —Era un hombre y hablaba con un ligero acento alemán.

—¿Adónde?

El que había guardado silencio señaló hacia las escaleras que daban a la entrada de la cueva. ¡Me quedé de piedra! Ni su mano ni su brazo tenían piel, y tanto los músculos húmedos como los tendones y una red de vasos sanguíneos palpitantes estaban al descubierto. Debería haber estado aterrorizado, pero no me sentía así, sino adormecido.

—Estoy demasiado cansado para eso ahora. Una vez haya dormido —dije—. Créeme, aún queda mucho para que amanezca. —Hice un gesto con el brazo, afortunadamente cubierto de piel.

—Estás herido —dijo el que pintaba, con una voz más femenina que infantil. Hablaba con un susurro ronco, como si su laringe estuviera dañada—. Estás cubierto de sangre —dijo con voz áspera.

—Tú también, ¿lo ves? —Dirigí la luz de mi linterna hacia las manos ensangrentadas de la pintora.

El alto cantor se acercó hacia mí, alumbrándonos a los tres con su fulgor verde. Digo «el» porque tenía los hombros anchos y su postura era la de un hombre, de pie con las piernas separadas. Su cabeza irradiaba luz como si se tratase de una corona y las espinas verdes recorrían su columna vertebral, lo que me recordaba a los reptiles que había visto reposando sobre las rocas del zoo sacando sus lenguas viperinas.

—Alden, eres importante; el más importante. Te necesitamos. Por favor, escúchanos. —No sabría decir si se trataba de una voz masculina. Era más bien la voz de un dios que me atravesaba, retumbando en mi interior; aunque todas aquellas voces sonaban misteriosas, como sacadas de un sueño. El cantor me tocó los hombros y el dolor de mi cabeza desapareció, provocándome un hormigueo.

—¿Me estáis ayudando?

—Sí —respondieron los tres a la vez, uniendo su voz en una sola.

—¿Sois mis amigos?

—Vuelve, Alden —dijeron—. Te llamaremos cuando sea tu hora.

Entonces me di cuenta de que el rellano estaba lleno de figuras encapuchadas y apenas tenía espacio para moverme. Dos de ellos estaban bailando, dejando huellas de hollín a su paso. Me levantaron sobre sus hombros para subirme por los escalones tallados en la roca. No estaba asustado, aunque debería haberlo estado. Pero parecían fuertes y seguros, marchando conmigo hasta la entrada de la cueva. Mi linterna había desaparecido. No recuerdo dónde la había dejado, aunque no la necesitaba, pues teníamos aquella inquietante y cenagosa luz verde y todos ellos conocían la cueva como la palma de su mano. ¿Por qué lo pensaba? No lo sé, pero sentía que era la verdad. Era tan ligero en sus manos… como si flotase sobre ellos. Su tarareo —¿llegué a decirte que estaban tarareando o cantando o haciendo algo que podía sentir, un zumbido a mi alrededor como el de un enjambre de abejas que no buscaba picarme, sino salvarme?—, su sonido, me relajaba. Eran como máquinas en lugar de abejas, una especie de ruido estático que me aletargaba. No estaba ni dormido ni despierto, y cuando el zumbido estático, o lo que fuera aquel sonido, se detuvo, todo se paró al mismo tiempo. El silencio que lo siguió fue sepulcral. Yo yacía sobre el suelo de la torre, cerca de la luz solar que se colaba desde el exterior, al borde de las sombras que vivirían en el interior de la cueva para toda la eternidad. Estaba tumbado de espaldas sobre la tierra arenosa, no sobre las rocas duras, y tenía las manos cruzadas sobre mi pecho.

—Ahí estás —me tranquilizó alguien dentro de mi cabeza.

Ahí estás.

CAPÍTULO VEINTE

—¡Ahí estás!

Unas botas se acercaron con pasos pesados hacia donde yacía aturdido y noté cómo dedo encuerado me daba un golpecito en el costado.

—¿Estás despierto? ¿O estás fingiendo?

—Tío, no está fingiendo nada. Mira toda esa sangre, está pálido como un fantasma.

—No lo sé, Freddie. Ya nos engañó antes. El jefe se enfadó cuando no apareció en el camión.

Freddie, que sonaba como el mozo de labranza que conducía el camión, me defendió de las acusaciones de su compañero.

—Probablemente se cayó y se arrastró hasta aquí como pudo. No está engañando a nadie.

—Vamos a levantarlo.

Alguien me sujetó las piernas y Freddie habló junto a mi oído:

—Vamos, colega. Vas a necesitar ayuda para arreglar esa cabeza tuya. —Con las manos bajo mis brazos, me levantó. Los hombres me sacaron de la cueva y me llevaron más allá de donde el camión estaba aparcado, hasta una mesa construida con tablones colocados sobre un par de caballetes y cubierta por una lona atada entre dos pinos.

Me sentía aturdido y mareado. Freddie tenía toda la pinta de un adolescente delgaducho, con su mata de pelo enmarañado, la sombra de un bigote y una chaqueta dos tallas mayores que la suya. Se sirvió una taza de sopa caliente y la dejó sobre un tocón junto a la mesa. Después, me levantó la cabeza y presionó una cantimplora contra mis labios agrietados.

—Esto es agua, bebe algo si puedes. Tengo sopa caliente esperándote para cuando estés listo. El doctor Unger vendrá a examinar ese chichón. Ese guarda te dio una buena tunda, chico. Me pregunto qué habrás hecho para cabrearle tanto. Doc te curará; para ser drogadicto, es muy buen cirujano.

—No le mimes tanto —dijo su compañero.

Freddie me miró a los ojos, que empezaban a enfocar cada vez mejor.

—Winston es irascible por naturaleza pero, por mucho que ladre, nunca muerde. No le hagas caso.

—Os morderé el culo a ambos —dijo Winston, cerrando de golpe su mandíbula andrajosa y teñida por el té.

—No, no lo hará —me aseguró Freddie.

Winston estaba de pie bajo una de las esquinas del toldo fumando uno de los puros más cortos y gordos que había visto nunca. Di un sorbo a la cantimplora, pero el frío del agua hizo que me dolieran los dientes.

—¿Quieres probar a sentarte? —preguntó Freddie,

Yo asentí y él me empujó hacia arriba. De pronto, el campamento nevado de los contrabandistas se inclinó y bamboleó como si estuviera construido sobre una plataforma en medio del mar, pero el movimiento se estabilizó hasta llegar a un equilibrio tolerable.

—¿Dónde están los monjes? —mascullé, pero conseguí hacerme entender.

—Madre mía, este se ha ido al otro barrio y ha vuelto —rio Winston, dándose una palmada en el muslo.

Freddie observó mi rostro atentamente, buscando indicios de discapacidad. No me sentía animado, pero sabía que tampoco había sufrido daños cerebrales. Le lancé una mirada severa a Winston.

—Creo que podrías haber sufrido una alucinación —dijo Freddie.

Yo negué con la cabeza, un craso error.

—Ahí. —Señalé la cueva—. Al fondo. Hay gente con túnicas.

La sonrisa de Winston desapareció y este miró boquiabierto a Freddie antes de volver a centrar su atención sobre mí.

—Será mejor que te mantengas alejado de allí. Y no le digas a nadie que has visto gente con túnicas en el interior de la cueva, está prohibido. —Masticó su puro, ya apagado. Luego se lo sacó de la boca, lo observó y lo volvió a meter en ella. Freddie fue hacia el tocón y sujetó la taza de sopa humeante.

—No, gracias —dije—. Come tú, yo tengo el estómago revuelto.

—Como veas. —Se bebió la mitad de la taza, limpiándose la boca con el reverso de la mano.

—¿Por qué estoy aquí?

—Es un filósofo —bromeó Winston.

—¿Te acuerdas del vigilante del muelle? Pues te dio una paliza cuando no estabas mirando —dijo Freddie—. Eso es lo que nos dijo Calvin. Bueno, a Cal no le hizo ninguna gracia y le dio de comer sus puños a ese capullo. No pudo quedarse mucho por allí después de eso. Metió al guarda en un contenedor y nos pidió que te trajéramos para que Doc te echara un vistazo. Dijo que vendría tan pronto como le fuera posible. —Hubiera preferido que me llevasen al Hospital de Santa María antes que a este médico de pacotilla del que no dejaban

de hablar, pero entendía el instinto de Calvin de hacer las cosas de forma extraoficial.

—¿Y qué hay de la mujer con el perro?

—No vimos ninguna mujer —dijo Freddie, y Winston asintió, de acuerdo con él—. No señor, hoy no había ni muñecas ni perros en el muelle.

¿Adónde había ido Nina? A mi ansiedad se le añadió una nueva inquietud.

—Aquí viene Doc. —Freddie fijó la vista en un punto a mis espaldas—. No digas nada sobre su peluca.

—¿Qué peluca? —pregunté.

—Shhhh —susurró Winston, colocando un dedo sobre sus labios y haciéndome un gesto con la mano para que bajase la voz.

—¿Qué tenemos aquí, señores? —dijo Doc Unger a modo de presentación.

Me alegré de que me hubieran advertido sobre lo del peluquín, porque si no lo hubieran hecho, estaba seguro de que habría sido el primer tema de conversación en mi lista. Por lo que sabía, Doc Unger llevaba una peluca francesa del siglo XVII al estilo del Rey Sol, Luis XIV: una masa brillante de rizos que caía sobre sus hombros y descansaba sobre su cabeza como un animal enfurecido.

—Nuestro chico se ha llevado un golpe en la cabeza con un bate de madera —explicó Freddie.

—¿En serio? —El falso cortesano posó su bolsa de cuero en el suelo y, presionando de forma suave pero firme, me apartó el rostro del suyo para examinar delicadamente mi herida con los dedos.

—¿Es muy grave, Doc? —preguntó Winston con una risita—. ¿Deberíamos llamar a un sacerdote?

—No creo.

Entonces comenzó el examen real. Aullé de dolor y el médico rebuscó en su bolsa. Me adormeció, limpió mi herida y me cosió antes de vendar el cráneo, envolviéndome la maltratada coronilla con un turbante de gasas. Luego me entregó un botecito marrón con pastillas para el dolor, de las que me tomé dos inmediatamente, y añadió que debía beber líquidos, evitar el alcohol y descansar durante unos días.

—El cráneo humano es un casco natural, y el tuyo, por suerte, no está roto. Aunque no será porque tu amigo el camorrero no lo haya intentado…

Después de que me tratase, intenté pagarle con los billetes húmedos de mi bolsillo, pero los rechazó.

—Hago esto por caridad. Me esfuerzo por el bien de la sociedad.

Y una vez dicho esto, se fue, diluyéndose entre la nieve como un

fantasma extravagante.

—Nunca había conocido a un médico como él —dije, asombrado.

—Oh, Doc no es un médico de verdad. Era paciente del manicomio antes de escapar, pero trabaja muy bien. Mientras reciba su droga, es el más agradable del mundo. Nos mantiene fuertes como robles.

Pensé en mi cabeza cosida bajo el turbante y en el entumecimiento que me abrumaba como una gigantesca araña echándose una cabezadita sobre mí. Había dejado mi cabeza desgarrada en manos de un hombre que había estado internado en un asilo. Me sorprendí a mí mismo sintiéndome más impresionado que preocupado, aunque podría haber sido un efecto de las pastillas.

Freddie volvió a servirse del caldero y el humo se elevó, acompañado de un aroma a mar.

—¿Te apetece algo de sopa ahora? —preguntó.

—Claro, ¿por qué no? ¿Qué podría salir mal? —Haber sido operado por un lunático le bajaba a uno el listón.

—Esa es la actitud. —Incluso el cascarrabias de Winston parecía animado por aquel cambio—. ¿De verdad viste monjes en la cueva? —preguntó con seriedad.

—Así es. Me subieron por las escaleras que dan al vestíbulo.

Los contrabandistas intercambiaron una mirada perpleja.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué he dicho?

—No hay ninguna escalera en la cueva —dijo Freddie—. Es un camino serpenteante que baja hasta las cavernas que se inundan cuando sube la marea, pero no hay escaleras. Ni tampoco ningún vestíbulo.

—Pero… pero yo estuve allí —dije, pensando en mi recuerdo y en lo improbable que parecía.

—Oh, te rompieron la crisma y acabaste en el país de los sueños. No le des más vueltas. —Sacó una botella del bolsillo de su abrigo y, tras darle un trago, me lo ofreció.

—Doc ha dicho que nada de alcohol —le recordó Freddie, dándole una patada a la nieve para salpicar con ella a su compañero—. Pero dame un trago, Win.

Los dos contrabandistas bebieron, observando los pinos y la nieve cayendo.

—Qué extraña es la vida —dijo Freddie finalmente.

No lo negué.

• • •

La oscuridad se arrastró por el bosque que rodeaba a la Cueva Negra. Winston y Freddie señalaron un hueco entre los pinos y me dijeron

que el río Miskatonic estaba a menos de cien metros en esa dirección. Entre los árboles me pareció vislumbrar las agujas de una iglesia lejana, así que no estábamos tan lejos del muelle y la ciudad. Sin embargo, no podía andar en aquel estado.

—El licor se manda de vuelta en un barco al caer la noche. Lo cargamos en la playa —explicó Freddie.

—¿Siempre lo traéis para luego volver a enviarlo? —Mi dolor se había reducido hasta convertirse en una fuerte aunque tolerable jaqueca.

—Se llama «distribución». —Winston irrumpió en la conversación —. Los barcos de contrabando transportan el cargamento por el río. Una parte se queda aquí, para los O'Bannion, y el resto se lleva tierra adentro en camiones.

—¿Al Clover Club? Es un sitio de los O'Bannion, ¿verdad? —Me sentía lo suficientemente recuperado como para unirme a ellos mientras fumaban—. Naomi O'Bannion, ¿es esa la dueña del local?

Los hombres asintieron.

—Es una de las cosas que lleva su familia —dijo Freddie—. Toda una señorit…

—No digas nada más, es un extraño —le advirtió Winston—. Sin ofender, señor.

—No me ofendo. —Mis nuevos amigos contrabandistas encendieron unas linternas y las clavaron en el suelo para que sus camaradas en el negocio del *whisky* pudieran ver su trabajo. Los otros miembros de la «contrabanda» se habían retirado hacia la carretera, así que estábamos solos—. Conozco una chica como esa.

—¿La que perdiste en el muelle? —preguntó Winston.

—La misma.

—Dijiste que su nombre era Nina. —Winston recordaba mis divagaciones en el camión refrigerado.

—¿Alguien me llamaba?

Nina salió de entre los árboles

Freddie y Winston se sobresaltaron como un par de ardillas asustadas, y yo casi me caigo de la mesa. Ella se acercó con las mejillas sonrojadas de caminar por el bosque.

—¿Qué diablos…? ¡Es una maldita bruja! —Winston desenfundó la pistola.

—Calma, amigos —dijo Nina—. No soy ninguna amenaza. —Levantó las manos.

—¿De dónde has salido? —dijo Freddie mientras Winston aún la apuntaba con la pistola.

—De ahí atrás. He seguido el río. Después de que el vigilante

atacase a Alden, corrí y me escondí en un cobertizo. Estaba tan helada que pensé que saldría convertida en un carámbano. Cuando me armé del suficiente valor para salir, vi a Calvin en el callejón buscándome.

—¿Calvin? ¿Dónde está? —El dedo de Winston estaba agarrado con fuerza al gatillo.

—Baja el arma, por favor —dije, pero él no parecía demasiado seguro. Movió el cañón de acá para allá entre nosotros.

—No os conozco, y está claro que vosotros tampoco me conocéis a mí, así que no me digáis lo que tengo que hacer.

—Tranquilo, Win. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir —dijo Freddie.

Miré a Nina.

—No sabes lo mucho que me alegro de verte. ¿Dónde está Calvin?

—Encontramos un bote. Calvin remó hasta la ribera y luego arrastró el bote hacia la orilla. Yo corrí hasta aquí para ver si te encontraba. Al verte en el muelle pensé que habías muerto.

Me palpé el turbante hecho de vendajes.

—Ahora parezco Rudy Valentino en *El rajah de Dharmagar*. Me alegra oír que no has perdido práctica robando botes, aunque espero que Calvin aparezca pronto. —Entonces oímos las pisadas de unas botas sobre la nieve. *Crunch, crunch*—. Ah, ahí viene.

Calvin apartó una rama cubierta de nieve y una lluvia de cristales de hielo bailó a la luz de las linternas. La expresión sonriente del agotado Calvin se volvió sorprendida al ver la pistola de Winston.

—¿Qué está pasando? ¿Vas a dispararme, Winston?

Él bajó el arma.

—¡Casi nos matas del susto, Cal! —dijo Freddie.

Sintiendo que el peligro había pasado, Nina saltó a mis brazos y nos besamos.

—Deberíais iros —dijo Calvin—. La corriente llevará el bote hasta la ciudad.

—Yo puedo navegar —dijo Nina—. Mi padre me enseñó a llevar un bote de remos con diez años.

—¿Puedes andar? —preguntó Calvin, ayudándome a bajar de la mesa.

—Solo si voy despacio —dije, agarrándome al fibroso antebrazo de Calvin—. Gracias por todo. Me han dicho que te encargaste de ese maníaco, te debo una.

—Después de quitarle el bate ya no fue tan duro.

—Tenemos que hablar, cuanto antes. He visto cosas en la Cueva Negra. Monjes… Bueno, en realidad no lo eran. Es difícil de explicar.

Calvin miró a Freddie y a Winston y ellos se encogieron de

hombros.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Nina.

La seguí a través de los pinos en dirección al negro río, donde Pincho nos esperaba en el bote meneando la cola, y volvimos a casa.

A Nueva Colonia.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Dos semanas después concluyó mi mudanza al antiguo piso de Court. El administrador de la propiedad ya había limpiado el sitio, había lijado el interior de la puerta y también le había dado una nueva mano de barniz. Si miraba desde un lateral con la luz adecuada, aún podía leer el mensaje y ver los símbolos que la gárgola había grabado, los tres nombres pintarrajeados (el de Calvin, el de Nina y el mío) seguidos de aquel amenazador y siniestro vaticinio:

CALvin RaIt
NinA TArrinGTon AL Den Ouks
MoRIRan a MAnos de aquEL que LLAMA
a la ESTRella fUGaz A trabes de La PUErta
El qe retUerCe eL Bucle
El Un-Sun
yuYUVABDAA

Leí una vez más nuestros nombres. No me había dado cuenta de que, dejando a un lado las mayúsculas aleatorias, aquella criatura había escrito tanto el nombre como el apellido de Nina correctamente. «Interesante», pensé. Tarrington era la palabra más larga y, sin embargo, aquella cosa animada había conseguido escribirla hasta con doble erre, lo que no tenía por qué significar nada, por supuesto. También lo había bordado con la elle de la siguiente línea. Quizás fuera algo fortuito y estaba buscando pistas donde no las había, o quizás tenía más relación con su clan de Boston, o con alguna tocaya de otra ciudad. Pero ¿y si Nina significaba algo más para él? ¿Y para el que retuerce el bucle? ¿Y para el Un-Sun?

Dejé a un lado mis elucubraciones sobre nuestros nombres.

Era la última palabra la que más me interesaba. Esta era la palabra que había oído decir al monje alto de la Cueva Negra. *Yu, yu… ¡VaBaDAAAHHH!* Algo así habíamos oído Nina y yo a través de la pared de la biblioteca, y estaba convencido de que también lo había oído en el ritual de España. ¿Pero qué significaba? Puede que fuera una especie de oración o una interjección, aunque sospechaba que se trataba de un nombre. La mayoría de las palabras en el mensaje de la gárgola lo eran: Calvin, Nina, el mío…

Con las otras no lo tenía tan claro: la estrella fugaz, el que retuerce el bucle y…

Yuyu Vabadaa.

Tenía que significar algo. Dos palabras que parecían un nombre cuando las pronunciaba en voz alta. Quería preguntárselo a Calvin, él era la clave para solucionarlo. ¿Pero adónde había ido? Desde la noche que abandonamos el campamento de los contrabandistas, no lo habíamos vuelto a ver. Nunca vino a Nueva Colonia y definitivamente nosotros no íbamos a volver al muelle. Nina intentó persuadirme para visitar la Cueva Negra, pero yo no estaba listo para hacerlo. ¿Cómo podríamos llegar sin correr el riesgo de que los mafiosos nos disparasen? Estaba seguro de que podríamos encontrar su ubicación. Sabíamos en qué orilla del río estaba y a qué distancia se encontraba de la ciudad, era solo cuestión de elegir el camino correcto.

Pero no, no era seguro.

Calvin sabía dónde encontramos, solo teníamos que esperar a que contactase con nosotros, por difícil que pudiera resultar. Había compartido mi teoría sobre *Yuyu Vabadaa* con Nina y ella coincidió conmigo en que sonaba como un nombre. Pero dejando eso a un lado, estábamos atascados. Oh, teníamos muchas cosas con las que mantenernos ocupados, pero ninguna de ellas estaba relacionada con las misteriosas muertes o los monstruos de Arkham. Además, tras tomarme las pastillas que me había dado Doc Unger me encontraba mejor de la cabeza, algo que agradecía.

Nina y yo hacíamos cosas de pareja, lo que mi madre llamaba «jugar a papás y a mamás». Lo único que sabía es que, por primera vez en toda mi vida, me había enamorado, y todo apuntaba a que Nina sentía lo mismo por mí. Hacíamos buena pareja, tal y como había dicho Preston. Últimamente tampoco le había visto, no desde nuestro desayuno en el hotel Portal de Plata. Preston nunca vino a Nueva Colonia, era un socio en la sombra.

Sin embargo, Balthazarr sí la había visitado. No fui yo quien lo trajo, pues no necesitó que nadie se encargase de ello. Él se abrió paso solo por el edificio y toda la Colonia bulló, revitalizada. Nuestro artista residente, Juan Hugo Balthazarr, el español impresionante, no se apocó en ningún momento. Más bien era una mezcla entre charlatán de feria y hombre orquesta, todo ello combinado con un espectáculo de fuegos artificiales. Tenía el instinto de un actor de primera y el encanto de un vendedor entusiasmado que intenta trapichear con el producto más elegante y llamativo del mundo: él mismo. Sabía cómo llamar la atención. Su obra era brillante, innovadora y relevante para la modernidad como ninguna otra lo

había sido antes, y aun así, conseguía eclipsar su trabajo con su persona. Era una verdadera celebridad. Dio algunas conferencias e incluso una o dos clases, pero, sobre todo, hablaba. Durante una de las clases a las que asistí, nos hizo pintar un cuadro comunal. Cada estudiante añadía una pincelada, un color o rasgaba una línea con su espátula. Al final, el propio dibujo resultó abstracto, un caos de estilos.

—No penséis, cread —decía—. Olvidad la lógica… el orden… y acceded a vuestra naturaleza elemental.

Yo tenía algunas dificultades. Si abandonaba la lógica y el orden ¿cómo podría coger un pincel?

Cuando lo acabamos, Balthazarr nos hizo reunir alrededor del lienzo. Alrededor de él. Nos sentamos en el suelo, como respetuosos discípulos. Entonces, encendió una cerilla y quemó el cuadro. Yo me excusé, sintiéndome repentinamente indispuesto. De pronto, estaba de vuelta en España observando la pira.

• • •

Las Navidades vinieron tan pronto como se fueron. Nina y yo compramos un arbolito en cuyas ramas paganas atamos cintas de terciopelo rojo. Colocamos nuestros regalos envueltos debajo, bebimos ponche de huevo e hicimos fogatas. También conocí a otros colonos. La mayoría de ellos eran ejemplos de tipos, algo que probablemente entenderías a la perfección si hubieras pasado una temporada en una comunidad artística. Estaban los solitarios taciturnos; una vez los conocías, solo los veías de lejos o al pasar. Los sociables eran todo lo contrario: siempre estaban cerca, incluso cuando deseabas que se hubieran quedado en casa, aunque solo fuera por una noche. Decían cosas ofensivas en público y observaban atentamente la reacción que suscitaban. Bebían demasiado, se comían los platos de los demás, fumaban constantemente y, si te descuidabas, podrías encontrártelos poniéndole las manos encima a tu pareja. Rompían cosas (incluidos a ellos mismos) y eran radiantes, pero su luz no alumbraba durante mucho tiempo; uno no tardaba en descubrirlo.

Sé que sueno crítico, pero sería un error pensar que no me caían bien los colonos. Eran de los míos y estaba entre mis iguales. Eran creadores de arte chiflados, autores cuyos actos de creación implicaban normalmente pagar el precio de una autodestrucción igual o mayor. Un mito creado para su propia satisfacción. Tenían un brillo interior, como brasas ardientes, y todos los colores habidos y por haber en Arkham existían gracias a ellos. Pero, como compañeros, la mayoría de ellos no ponían las cosas fáciles.

Por ejemplo, Portia y Delilah, las escultoras que mencioné antes y que vivían en el piso de abajo, discutían entre ellas y podíamos escuchar sus gritos a través de las paredes. Otras veces eran tan dulces la una con la otra y se compenetraban de tal forma que uno juraría que eran gemelas, aunque supongo que los hermanos gemelos también discuten. Me caían bien. Las nuevas gárgolas de Portia eran mejores que las de Court.

—¿De verdad lo crees? —me preguntó Portia una gélida tarde de invierno, mientras las señoritas tomaban té oolong después de que yovolviera de la pastelería con rosquillas calientes y un bizcocho de crema agria. Delilah y Nina estaban en la otra habitación cortando el bizcocho en rebanadas y colocándolas en platos.

—Esa gárgola es digna de ser colocada sobre Notre Dame —dije—. *Très magnifique*.

Portia asintió y le dio un mordisquito a su rosquilla, sin tener del todo claro si creerme o no.

Ese es uno de los grandes problemas de los artistas. Somos personas introvertidas, a pesar de nuestro dramatismo exterior y nuestros coloridos alardes; egoístas por naturaleza y consumidos por nuestras propias visiones y sueños. Alternamos entre delirios de grandeza y una baja autoestima incapacitante, lo que atrae a la gente, pero también la ahuyenta. *Te quiero; te odio, me quiero; me odio*. No me extraña que el mundo crea que estamos locos.

—Supongo que podría haber salido peor —dijo—. ¿Cómo van tus pinturas? ¿Tienes algo que exponer en la galería este fin de semana por la exposición de invierno de Nueva Colonia?

Balthazarr había insistido en que diéramos a conocer nuestras obras para darnos la oportunidad de ser juzgados en público, así que había organizado una exposición. Todo el mundo estaba emocionado… y aterrorizado a partes iguales.

—Estoy trabajando en un par de piezas. —Eso era todo lo que estaba dispuesto a compartir. ¿Lo ves? Soy como ellos.

Tenía tres cuadros acabados en el viejo estudio de Court, donde guardaba la acuarela que había pintado en Oakwood de la masa de redes arrastrándose hacia mí a través del puente. Desde mi llegada a la Colonia, había pintado dos nuevos óleos: la gárgola montada sobre el tren soltando una carcajada con la cabeza inclinada hacia atrás y el rostro de Calvin Wright a modo de máscara y mi última creación, una escena interior de la Cueva Negra que representaba a los monjes encapuchados avanzando en procesión y llevándome en volandas, los escalones tallados sobre la roca y las paredes con protuberancias iluminadas de un tono verde enfermizo. Había pintado mi cabeza

dañada y ensangrentada, pero mis ojos estaban abiertos de par en par mirando fijamente al espectador, en éxtasis. Al fondo, en una de las paredes de la cueva, pinté pequeños detalles: símbolos pintados a dedo (manchas de color escarlata pintarrajeadas sobre las rocas) y líneas angulares geométricas que se entrecruzaban en el vestíbulo, medio ocultas por las sombras. Hice que algunas de ellas se asemejaran a los símbolos de la gárgola, que no dejaba de encontrarme. Ni siquiera estaba seguro de lo que había visto en las paredes de la cueva, pues mi recuerdo era demasiado vago y los detalles empezaban a disiparse.

No le había enseñado ese cuadro a Nina; aún no. Le había dicho que aún no estaba acabado, pero era mentira. Aunque lo estaba, no me sentía preparado para que lo viera, ni ella ni nadie. Todavía era demasiado enigmático para mí. ¿Tan lejos me había adentrado en las profundidades de la cueva? ¿O era este cuadro la alucinación críptica de un cerebro afectado por los golpes que le habían propinado con un bate? ¿Quién sabe?

Había un cuarto cuadro, un óleo que había comenzado después del retrato de la masa de redes, pero había abandonado aquella obra. Representaba el interior del observatorio Warren, la cúpula del telescopio y el cuerpo decapitado de Clark Abernathy colocado de forma ceremonial sobre el suelo. Preston y Minnie estaban allí, pero miraban hacia otro lado mientras yo señalaba el cadáver cubriéndome la boca, horrorizado.

• • •

Ya había apartado la despedida de soltero de Preston de mi mente cuando una mañana, revisando el buzón de la Colonia, descubrí una invitación sin sello y entregada a mano esperándome. Rasgué el sobre mientras subía las escaleras.

Está cordialmente invitado a una noche de desenfreno
y exceso para conmemorar la inminente partida
de Preston Fairmont desde los dominios de la soltería hacia
los senos de su futura esposa.
Le convocamos en la plaza de la Independencia
a las 11 de la noche del 28 de enero de 1926.
No hará falta nada más que su imaginación.
No encontrará más que placer e historias legendarias.

La tarjeta estaba impresa en papel artesanal refinado y en la esquina inferior izquierda de la misma había una estampa grabada

sobre madera que reconocí inmediatamente como un diseño inédito de Juan Hugo Balthazarr. Era otra obra abstracta cuyos tonos negros contrastaban con el color crema del papel y que insinuaba los contornos de un miembro torcido, puede que botánico, aunque sugería una inspiración animal. Una punta carnosa se extendía como un dedo en descomposición desde una tumba maldita y diabólica, surgiendo de una mancha de tinta. De la página también goteaban unos afluentes en forma de bucle. Sentí que mi corazón se aceleraba, primero por haber visto la exclusiva y claramente reciente creación de Balthazarr, pero también porque había algo innombrable en aquel patrón que me obsesionaba y estimulaba de una forma terrorífica.

—¿Aún no estás vestido? —La voz de Nina me sobresaltó desde lo alto de las escaleras y casi caí de espaldas.

Recuperando el equilibrio, metí rápidamente la invitación en el sobre. Sí estaba vestido, solo que no para la ocasión que tendría lugar esa noche. Asistiríamos a la ceremonia de apertura de la exposición inaugural de invierno de Nueva Colonia.

—Aún tengo tiempo —respondí, recomponiéndome mientras subía a la tercera planta.

Nina llevaba un elegante vestido rojo de seda que se ceñía a ella como una segunda piel, y que irradiaba el espíritu de una criatura nacida del fuego e inmune a él. Ladeó la cabeza, colocándose un pendiente de perla.

—Será mejor que te des prisa. ¿Qué tienes ahí?

—Nada. —Traté de colarme por su lado en el pasillo, pero la dama fue más rápida y, mientras buscaba el pomo de mi puerta, extendió su delgada mano y me arrebató la invitación. La sonrisa triunfal de su rostro por haber sido más rápida que yo se desvaneció rápidamente y Nina me devolvió la invitación.

—Ten cuidado con Preston —dijo.

—¿A qué te refieres?

¿Estaba preocupada por él o es que suponía una amenaza?

—Aléjate de los problemas, solo eso. —Volvió a su apartamento y yo entré en el mío para vestirme.

Cuando salí de nuevo, Nina estaba allí, esperándome envuelta en su abrigo de piel. Me miró de arriba a abajo y sonrió.

—Estás estupendo —dijo.

—Lo mismo digo. ¿Quiere tomar mi brazo, señorita?

Y eso hizo.

Dimos un corto paseo por las frías calles de Nueva Inglaterra. La galería se había organizado en uno de los edificios de Nueva Colonia, bajando la calle desde la mansión. Aquella vieja casa había

pertenecido a un capitán del océano Atlántico que se había perdido junto a su barco y su tripulación en una peculiar tormenta. Totalmente restaurado, el edificio disponía de una galería de arte y un salón para fiestas como la que se celebraba aquella noche. Alguien había iluminado el camino hacia la entrada con hileras de largas candelas negras colocadas en apliques de hierro forjado cuyas llamas titilaban en aquella fría quietud.

—Qué bonito —dijo Nina, y yo asentí, contemplando cómo las puertas dobles de teca india se abrían para recibirnos.

Esta era la primera vez que visitaba la «Casa del capitán del Mar», como la llamaban en la Colonia. Aunque había pasado por allí muchas veces, nunca me había acercado tanto como para admirar los detalles de las puertas talladas. Ahora leía en ellas símbolos similares a la corona de espinas, la estrella fugaz y el tridente. ¿Estaba viendo aquellos símbolos por todas partes solo porque estaban presentes en mi mente o directamente nos perseguían?

Traté de inspeccionarlos más a fondo una vez cruzásemos el umbral, pero alguien se apresuró a cerrar las puertas para aislarnos de las ráfagas invernales. Nuestros anfitriones bloquearon las marcas en cuestión con sus cuerpos y nos pidieron los abrigos. Aun así, no perdí la esperanza de verificar en otro momento lo que me parecía haber visto. Un camarero con una bandeja de champán pasó por nuestro lado. Las leyes que regían el mundo exterior no parecían estar vigentes en la Colonia, o quizá Preston había pagado a la policía para que mirara hacia otro lado. Nina cogió dos copas y me pasó una a mí. Un grupo de artistas, principalmente formado por otros pintores que había conocido al unirme a la Colonia, se nos echó encima, ofreciéndonos un coro de cálidos y ebrios saludos y cogiéndonos educada pero firmemente por el codo para guiarnos hacia el confuso laberinto de salas que componían la galería. El grupo estaba liderado por Francine, una miniaturista.

—Han hecho un trabajo fabuloso —dijo, mostrándonos el camino hacia los entremeses—. No sé quién se ha encargado del catering, pero es de lo mejorcito, creedme. —Me pasó un hojaldre de cangrejo y Nina eligió un pincho de albóndigas empapadas en salsa que se introdujo en la boca—. La barra está por aquí. —Francine señaló la habitación contigua, empapelada con un estampado abarrotado de frutas tropicales y pájaros exóticos—. Hay un arpista tocando en el piso de arriba, y un hombre tocando una flauta de pan. Es todo tan lujoso que me voy a morir. Oh, tráeme un julepe de menta, ¿quieres, cariño? —Saludó con la mano a Oscar, que colocaba enormes vasijas en su rueda de alfarero antes de decorarlas con feroces felinos de la

jungla y monos de ojos saltones balanceándose con sus colas. Oscar le devolvió el saludo—. Hay gente con dinero aquí esta noche. —Francine señaló con la cabeza a una pareja que charlaba en una esquina con Dexter, un escultor experimental al que le gustaba pegar cuerdas a los objetos, creando capas con las sogas jugando con los colores y su grosor. Dudaba que le compraran nada. Había ido a secundaria junto al hombre de la pareja y era un admirador del realismo y el desnudo femenino, exclusivamente. Sin embargo, no sabía nada de su mujer.

La sala estaba atestada, demasiado, y reprimí un arranque de claustrofobia.

—Sí que hay gente, sí —dije sobre el rumor de las múltiples conversaciones que estaban teniendo lugar al mismo tiempo.

—Y dinero —respondió Francine—. ¿Lo oyes? *Chang, chang…* montones de oro.

Me giré hacia Nina para preguntarle si ella escuchaba aquel sonido, pero había desaparecido de mi lado. Cuando Francine se detuvo para aceptar su julepe de menta de manos de Oscar, me colé en el vestíbulo y divisé las curvas enfundadas de rojo de Nina subiendo por una escalera de caracol que daba al segundo piso de la casa. Estaba fumando un cigarrillo mientras hablaba con alguien, un hombre. Ella rio por algo que le había dicho, asintiendo de forma dramática y apoyando la mano en el brazo de su acompañante, quien a su vez se recostó de forma casual sobre la barandilla. Nina se inclinó para tomar un sorbo de su cóctel y me pregunté por un momento cómo había conseguido una bebida tan rápido cuando la barra estaba atestada, pero luego comprobé que el hombre sujetaba la misma bebida en su mano. Entonces me di cuenta de que él le había ofrecido la bebida y de que aquel hombre era Juan Hugo. Al verme levantando la vista hacia ellos, me hizo un gesto para que me uniese.

—El hombre con el que quería hablar —dijo. Su barba parecía más larga que la última vez que lo había visto y se dividía hacia el final en dos mechones oscuros. Era difícil apartar la vista de ella.

—¿Por qué me buscabas, Juan Hugo?

—Porque tienes la más hermosa acompañante y debo advertirte de que pretendo arrebatártela.

No contesté, y él se giró hacia Nina sonriendo con unos dientes níveos.

—Creo que se lo ha creído.

Nina levantó la barbilla como si estuviera haciendo equilibrios con una taza de porcelana sobre su cabeza. ¿Le había divertido o avergonzado? No podía discernir lo que estaba sintiendo. Tomó la

copa de Juan Hugo y bebió de ella.

—Yo nunca me creo nada, ese es el secreto de mi felicidad —dije, sorprendiéndome a mí mismo.

Nina frunció el ceño y Juan Hugo rompió a reír.

—Estoy de broma. No sobre la belleza de esta mujer, sino sobre mis intenciones. Quiero hablar contigo sobre tus pinturas, Alden. Las he visto, están expuestas en el piso de arriba. ¿Te importa si vamos?

—No tenemos nada mejor que hacer —respondió Nina. Aunque no me miró, extendió su mano y yo la tomé.

—Vamos —dije.

—¡Excelente!

Normalmente, el gentío seguía a Juan Hugo allá donde iba y se aferraba a sus palabras para subsistir, pues mantener una conversación con él elevaba el estatus de cualquiera de la comunidad. El que pudiéramos gozar de toda su atención de aquella forma nos convertía en la envidia de todo artista en la Casa del Capitán del Mar. Era curioso lo vacío que estaba el pasillo de las escaleras; casi como si les hubieran pedido a los demás de antemano que se mantuvieran alejados y no se acercaran mientras Juan Hugo hablaba con nosotros. Era una locura pensar que eras el centro de atención para el resto, que nosotros como pareja eramos el objeto de su total ensimismamiento. ¿Por qué había algo siniestro en ello? ¿O incluso algo conspiratorio? Así era exactamente como me sentía.

Balthazarr nos guio hacia la sala.

—Esto debía de ser un dormitorio, ¿no? —Miró con detenimiento la habitación. Las paredes y la tarima estaban extrañamente ennegrecidas, y las contraventanas bloqueaban las vistas desde la única ventana.

Pero habíamos venido a ver las pinturas.

Mis tres cuadros eran las únicas obras expuestas en la sala. Aunque eran grandes, parecían flotar en las paredes vacías en las que los lienzos colgaban separados entre sí, mientras que el resto de salas eran espacios de exposición compartidos. No sabía si sentirme afortunado o no. Balthazarr se acercó a mi retrato con acuarelas de la masa amorfa. Cruzó los brazos sobre el pecho y se acarició la barba con los dedos de una mano.

—Aquí —señaló el amasijo de redes—. Sí, sí… —retrocedió y me rodeó los hombros, colocándome directamente frente a mi trabajo—. Alden, lo que has hecho aquí es extraordinario. Nunca he visto nada como esto.

—Ha marcado un nuevo rumbo para mí.

—¡Un nuevo rumbo para Nueva Colonia! —Balthazarr aplaudió y

aquel sonido fulminante me dañó el oído—. ¿Qué hay de este? ¿Un tren con destino al infierno? No digas nada, el cuadro hablará por ti. Nunca expliques tus obras, Alden. Ese no es tu trabajo. —En la pared adyacente, sola y separada del resto, estaba la visión de mi experiencia en la Cueva Negra. Balthazarr rodeó con sus manos los bordes del lienzo como si intentase unir las imágenes rituales entre sí —. Me siento como si estuviera allí contigo, en esta Cueva Negra. Estás pintando pesadillas, lo sepas o no. Sueños. El paisaje más allá de la mente consciente.

—¿Cómo es que conoces la Cueva Negra? —pregunté, tratando de no sonar receloso.

Él extendió el brazo hacia la pared, señalando con el dedo el cartel blanco que rezaba el nombre del cuadro.

—Se titula *La Cueva Negra*.

—Oh, cierto. Es verdad.

—Pero de entre todos tus cuadros, mi favorito es este.

Balthazarr avanzó hacia la pared a nuestras espaldas, donde había un lienzo en el suelo, de espaldas a la sala e inclinado contra la pared. Lo giró y lo colgó de un clavo.

—¿Cómo se llama este? ¿*Testigo de una decapitación ceremonial*?

Se trataba de mi representación inacabada de la sala en la que se encontraba la cúpula del observatorio, con el cuerpo de Clark tendido en el suelo, Preston y Minnie y mi autorretrato rehusando a negar la existencia del cadáver mutilado.

—¿Cómo ha llegado eso aquí? Se suponía que no estaría en la exposición, está inacabado.

—Su condición incompleta no importa. Está acabado, Alden.

—No, lo abandoné.

—Es la obra de un genio. Si fuera tú, no cambiaría ni un ápice.

Nina no había pronunciado palabra alguna.

—¿Tú qué opinas? —le pregunté.

—Deberíamos hacerle caso a Balthazarr. —Su voz sonaba vacía, como si estuviera hipnotizada.

—¡Ahí está! ¿Lo ves? —Me cogió por la nuca con su mano en forma de tenaza—. Quiero decirte que es un honor estar en la Colonia contigo y formar parte de la misma comuna que tú. —Me dio un beso en la mejilla con un afecto efusivo—. ¡Es un momento emocionante para estar vivo y en Arkham!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Una vez Balthazarr nos dejó para volver a la fiesta, Nina y yo nos quedamos en la sala. Fuera, la fiesta había recuperado su volumen anterior, como si se hubiera hecho el silencio para poder escuchar a escondidas nuestra reunión con el español.

—Ha dicho que eres un genio, Alden —dijo, agarrándome con fuerza las manos.

—Lo sé. —Apreté la suya y miré de nuevo mis cuadros, uno a uno —. ¿Qué crees que significa?

—Creo que significa que eres un genio, bobo. —Cerró la puerta de una patada y apagó la luz. ¿Acaso sentía como yo que, de alguna forma, mis cuadros nos observaban?

Nina y yo nos besamos durante largo rato en la oscuridad de la sala. No podíamos vernos, pero sí sentirnos. De forma extraña, comencé a imaginarme aquellas formas de vida ameboides arrastrándose entre la negrura que nos rodeaba. Sin duda, sería una ilusión óptica causada por la ausencia de luz. Las apariciones magnificadas cambiaban de forma constantemente, como protozoos gigantes y pseudopodales atrapados bajo un microscopio; reptando y deslizándose. Si no hubiera estado tan absorto, los hubiera observado con fascinación, pero como lo estaba, los vigilaba desde la periferia de mi visión. Los espejismos brillaban iridiscentes como gotas de aceite en el agua. Cabía la posibilidad de que, en cualquier momento, alguien entrase y nos pillara. Nos detuvimos para recuperar el aliento y reímos ante lo absurdo que resultaba todo aquello, tan excitante e irreal.

—Las cosas están cambiando para ti —susurró Nina.

—Seguro que te has dado cuenta de que tú eres la causante.

Me acarició el cuello con la nariz, haciéndome cosquillas con su cálida respiración y provocando que un escalofrío recorriese mi cuerpo.

—No me refiero a eso. Hablo de tu carrera, eso es lo que está cambiando.

—Sí, eso también. —Le acaricié la espalda—. Está cambiando, ¿verdad?

Ella entrelazó sus dedos entre mi pelo y me atrajo hacia sí para darme un último beso.

—Será mejor que volvamos a la fiesta antes de que nos encuentren —susurró.

—Por poco que me guste la idea… estoy de acuerdo contigo. — Encendí las luces de nuevo y adecentamos nuestra apariencia.

Al principio detecté lo que parecía un coro de cánticos proveniente del piso inferior. ¡Cánticos! Pero solo era el final de una saloma entonada por los asistentes, una canción desconocida y extraña para mí pero que tanto el arpista como el flautista parecían conocer, pues la tocaron junto a las voces. Parecía que no había razón alguna para preocuparse por interrupciones románticas. El pasillo seguía vacío, algo inquietante. Nos sentíamos como dos niños bajando a hurtadillas por la escalera para ver lo que hacían sus padres en la fiesta de los mayores. O al menos, eso era lo que yo sentía. ¿Cómo es que nadie se había percatado de nuestra ausencia?

Seguí a Nina escaleras abajo hacia la única sala lo suficientemente grande como para albergar a todos los visitantes. Debía de haber sido un comedor en el pasado; alargado y rectangular, con accesos en ambos extremos y una araña colgando en el centro sobre el lugar que debería haber ocupado una mesa. A pesar del tamaño de la sala, todos se habían apiñado en el mismo lugar. Era un panorama ridículo, casi como un juego. «A ver cuántos podemos meter aquí». La lámpara que colgaba sobre ellos parecía una araña patas arriba, atrapada en una tela de cadenas que hubiera creado ella misma. Bajo la araña se encontraba Balthazarr junto a una plataforma circular sobre la que descansaba un extraño cuenco dorado. Había dejado un pequeño espacio despejado a su alrededor, pero estaba solo. Estuve a punto de darme la vuelta.

—Habéis llegado justo a tiempo, amigos. —Balthazarr nos hizo señas para que nos acercásemos hacia el centro de la acción.

Avanzamos hacia el frente de la muchedumbre. Del centro de aquel extraño cuenco sobresalía una delgada punta que parecía inquietantemente afilada.

—¿Qué es esta vieja reliquia? —Me divertía aquel cuenco ornamentado con estampados, cuyo exterior estaba decorado con una serie de círculos concéntricos alineados y bandas alternadas de protuberancias trabajadas.

—Muy bromista, Alden, pero ¿sabes? Estás en lo cierto. Es una reliquia.

—¿De dónde proviene? —preguntó Nina, recorriendo el borde del cuenco con el dedo.

—Lo traje conmigo desde España, pero es mucho más antiguo que mi propio país. ¿Sabéis que la Península Ibérica ha estado habitada

durante treinta y cinco mil años? Antes de los romanos, los fenicios y los celtas ya vivían allí. ¿Es esto celta? —Él negó con la cabeza—. No lo creo, parece más bien fenicio. Su origen es misterioso, basta con decir que es antiguo.

—¿Para qué sirve? —pregunté.

Uno de los asistentes soltó una risita a nuestras espaldas.

—Es una bañera para darse baños de sangre —dijo el hombre, con voz ebria.

Una mujer lo hizo callar y la mirada de Balthazarr se volvió hostil tras la interrupción. Dos hombres avanzaron discretamente por la habitación y se llevaron al borracho.

—Eh, ¿qué he hecho yo? Quiero ver. Oh, vamos, hombre. No os enfadéis. Me portaré bien de ahora en adelante y mantendré el pico cerrado. Dejadme volver, por favooor… —Pero sus súplicas no surtieron efecto.

Balthazarr señaló el lugar vacío entre la muchedumbre que había dejado aquel hombre.

—En cierto modo, tenía razón. Aunque la ginebra haya sacado su lado más dramático. —El público rio—. Tiene que ver con la sangre —dijo Balthazarr.

—¿La sangre de quién? —pregunté.

—¡La de todos nosotros! Vamos a hacer un juramento de dedicación artística, un juramento de hermandad. Nos proclamaremos los nuevos colonos, y para señalar el lazo que nos une, vamos a hacer una ofrenda simbólica de nuestro cuerpo. Una gota de sangre, nada más. No quiero que nadie se desmaye.

Sintiéndome inseguro, miré de reojo a Nina, pero ella estaba absorta con la mirada fija en el cuenco. El público rio de nuevo. Una tensión nerviosa comenzó a aflorar en el ambiente, como si fuera a caer un rayo en cualquier momento y se pudiera escuchar el chispear de los campos eléctricos cargados.

—¿Quiere que nos hagamos un corte para así sangrar? —preguntó Nina. No parecía asustada.

—No, no, no. Un corte no, solo un pinchacito con la punta de este clavo. Podéis usar el meñique, si lo preferís. Os aseguro que no os daréis ni cuenta, el clavo está afiladísimo. Luego dejáis que caiga una gota en el cuenco como un acto para representar nuestra conexión vital, nuestra alma colectiva, por así decirlo. Os sorprenderá lo bien que os sentiréis una vez lo hayamos hecho todos.

—¿Quiere que sea la primera? —preguntó Nina.

—Por favor, a no ser que prefiera que Alden vaya delante.

—Quizás debería hacerlo alguno de los primeros asistentes en

llegar —dije yo. No me hacía especial ilusión la idea de sangrarme. El cuenco parecía sucio, aunque no podía precisar la razón.

Balthazarr se irguió.

—Te lo ofrezco en señal de respeto, Alden, de artista a artista. Es mi cuenco, y quiero que tú seas el primero. Míralo como si fuera un juego. Todos tendremos nuestro turno. Por favor, no me insultes.

—Yo seré la primera —dijo Nina—. No me asusta un poco de sangre. —Se subió la manga y Balthazarr extendió los brazos. Parecía una estatua, ahí de pie.

—Tu mano… yo te guiaré.

Nina extendió el brazo. Quise detenerla, pero no lo hice, pues se hubiera enfadado conmigo. Solo era un pinchacito en el dedo. Demonios, ya estaba subiéndome el puño y pensando en cómo sería cuando llegó mi turno. Aunque puede que suene cobarde, yo me sentía muy valiente. Balthazarr sujetó la muñeca de Nina y la atrajo hacia el cuenco. Con un movimiento rápido, presionó su mano hacia abajo y la punta de su dedo corazón tocó la antigua aguja dorada.

—¡Au! —Hizo una mueca de dolor—. ¡Prometió que no dolería! — Nina se metió el dedo en la boca, chupándose la punta.

—¿Lo ve? Apuesto a que ya ha dejado de sangrar, ¿a que sí?

Nina observó la punta de su dedo.

—No. Sigue sangrando.

Pero Balthazarr ya había centrado toda su atención en mí.

—Alden, es tu turno.

Yo dudé, pero no podía echarme atrás después de que mi novia lo hubiera hecho, ¿no? Balthazarr me sujetó la muñeca y sus dedos me aprisionaron con demasiada fuerza. Sabía que no podría huir de él ni aunque lo intentara.

—Preferiría hacerlo yo mismo, si fuera posible.

Él esbozó una sonrisa.

—Por supuesto.

Traté de evitar mirar fijamente aquella cosa puntiaguda, pues cuanto más miraba, peor aspecto tenía. Pero debía mantenerla a la vista ¡o acabaría empalándome la mano! Así que lo que hice fue tratar de desenfocarla. Aproveché la confusión para tocar la punta: di unos golpecitos con el dedo sobre ella, como si estuviera comprobando si había secado la pintura, y una burbuja de sangre brotó de la herida, como una baya roja. Entonces apreté el dedo con la otra mano y la gota cayó sobre el cuenco con un sonido metálico. Debí de apretar demasiado, porque todavía oí otros dos tañidos antes de meterme el dedo en la boca, notando un sabor a sal y cobre.

Después de eso, la cola avanzó rápidamente. El champán se abrió

paso alrededor de la sala en nuevas bandejas. Los camareros debían de haber estado esperando a que acabase aquel ritual inventado. Eso era en realidad, un ritual. Y, como me había ocurrido en España, sentía como si hubiera presenciado algo prohibido. Esta vez, más que presenciado, había participado en ello.

Pero la ofrenda de sangre no era el final. Balthazarr tenía algo más que entregar además de su sangre. Él fue el último en añadir sus gotas. «El último hombre en pie», pensé. Porque me sentía algo ebrio a pesar de que únicamente me había tomado una copa de champán y ni siquiera había probado un sorbo de la segunda. Sin embargo, había corrido la voz de que debíamos esperar para beber esa copa, ya que Balthazarr iba a hacer un brindis. Todos los miembros de la Colonia y un par de personas acomodadas que habían venido a comprar arte (y que también habían ofrecido su sangre) se detuvieron. Balthazarr era como un director de orquesta, y nosotros éramos esa orquesta. Los miembros que la componían parecían tener la mirada algo perdida, al igual que yo, y vi una atmósfera de sórdido desenfreno recorrer el comedor como un secreto. Un velo de lujuria y de lánguida pereza se unió a la pesadez del alcohol, resultando en una sensación rancia de gula y saciedad. Éramos como un nido de víboras gordas, con las tripas llenas de carne fresca, la boca empapada de veneno y los ojos alargados.

—¡Atención! —gritó Balthazarr, antes de golpear con una cucharilla su copa de cristal, que retumbó como un gong en mis oídos, fuerte y penetrante.

Las víboras le devolvieron la mirada. Nina estaba a mi lado, ambos desplomados contra la pared. Sus cálidos dedos jugaban con los míos y sentí el deseo de mirarla, de hacer mucho más que eso. Pero antes tenía que escuchar el brindis de Juan Hugo, o lo que estuviera teniendo lugar en el centro de aquella abarrotada fiesta.

—Cada uno de vosotros ha hecho un sacrificio de sangre por Nueva Colonia. No hay vuelta atrás. Estamos conectados, hermanos con hermanos, hermanas con hermanas, hermanos con hermanas y hermanas con hermanos. Una comuna con una sola causa: cambiar el mundo. ¿Oído?

—¡Oído! —corearon las voces, y yo me uní a ellas. Sin embargo, sentí los labios gruesos, y me palpé la cara. Estaba caliente y entumecida.

Balthazarr alzó su copa.

—¡Nueva Colonia!

—¡Nueva Colonia! ¡Nueva Colonia! —comenzó a corear la gente.

—¡Éxito en nuestras andanzas! ¡Una despiadada venganza para

nuestros enemigos! ¡El poder es solo nuestro!

El público vitoreó.

Pensé que no había escuchado correctamente al excéntrico surrealista. ¿Había dicho «¡Una despiadada venganza para nuestros enemigos!» y «¡El poder es solo nuestro!»? El momento pasó y sentí que me flaqueaban las piernas, así que apoyé mejor la espalda contra la pared.

—Bebed, colonos —dijo Balthazarr—. ¡Bebed!

Y todos obedecimos. Quizás fuera el calor o el hecho de que la sala estaba cerrada, pero la cabeza me daba vueltas y pensé que beber algo me ayudaría. Debía de ser una botella de champán distinta a la de la primera ronda, porque sabía metálica y algo salada. Las burbujas apenas se movían y la temperatura de la sala subió hasta parecer que estábamos frente a un horno. Puse cara de enfermo.

Balthazarr reventó su copa de cristal contra el suelo y nosotros le imitamos. Mis movimientos eran automáticos, como si mi cuerpo imitase lo que veía. Las esquirlas volaron y los fragmentos de cristal crujieron bajo nuestros mejores zapatos. El arpista y el flautista comenzaron a tocar una melodía peculiar, disonante y amarga. Sus instrumentos estaban extremadamente desafinados, pero a nadie parecía importarle. Me sentía tan exhausto como frenéticamente despierto.

Balthazarr no se había movido desde que había tirado su copa vacía. En ese momento, tomó el cuenco dorado de la plataforma y lo alzó sobre su cabeza, gritando con voz profunda:

—¡Ebuma chtenff! ¡Gnaiih goka gotha gof'nn! ¡Fm'latgh grah'n ftaghu grah'n!

Bajó el cuenco, inclinándolo hacia su boca abierta, y se tragó nuestra sangre. La música de las flautas, arpas y gongs invisibles cada vez cobraba más fuerza. Yo jadeaba en busca de más aire y vi cómo la casa y sus ocupantes se sumían en una vertiginosa e impenetrable oscuridad.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Me desperté con los rayos del sol penetrando por la ventana. Las cortinas estaban abiertas y Nina estaba tumbada a mi lado, acurrucada de espaldas a mí, tapada hasta las orejas con las sábanas. Me dolía débilmente la cabeza, así que me senté en el borde de la cama. Estábamos en su apartamento. En algún momento del delirio de la noche anterior me había quitado el esmoquin y las prendas se habían arremolinado como los restos de un naufragio en la costa rocosa del tocadorde Nina. También estaba allí su vestido rojo, colgando del respaldo de una silla como una muda de piel. Además, parecía que también había pasado por mi casa para recoger a Pincho. El perro tenía las orejas levantadas, pero su estrecho morro descansaba sobre las patas y su liviano cuerpo estaba extendido sobre una alfombra persa a los pies de la cama mientras meneaba el rabo, saludándome.

Fui dando tumbos como un marinero hasta el baño y una vez allí, bebí del grifo durante un buen rato. Pincho asomó por la puerta, preocupado. La habitación se desplazaba con las olas bajo mis pies.

—Sobreviviré —le dije, y él respondió con un pequeño gimoteo. Quería salir. ¿Qué hora era? Nina no tenía relojes. ¿Cómo podía funcionar uno sin reloj?

Me lavé la cara tratando de evitar fijarme en mi reflejo. Tenía miedo de tener un aspecto tan horrible como me sentía. Cuando salí, Nina no se había movido. Recogí mi ropa y busqué mi reloj de bolsillo. Las doce menos cuarto. El pobre Pincho llevaría aguantándose las ganas mucho tiempo. La sola idea de ponerme de nuevo el traje me repelía: olía a sudor, vino, tabaco y almizcle. ¿Habíamos quemado incienso en la galería? No recordaba haberlo hecho, pero tampoco es que recordase demasiado de lo que había ocurrido tras el rito sangriento de Balthazarr. Estaba claro que no recordaba cómo había vuelto a casa, ni tampoco cómo había acabado la fiesta. Me sentía como si hubiera estado drogado o como cuando de niño me estaba recuperando del sarampión; exhausto, agotado. Por suerte, guardaba algo de ropa en el armario de Nina, donde encontré unos pantalones y una camisa de franela. También recuperé mi pitillera y corrí las cortinas antes de salir. Nina roncó con un suave zumbido y la habitación gris me hizo pensar en un zoológico.

La correa de Pincho estaba sobre la encimera. Nada parecía

desordenado en el apartamento, algo que contrastaba de forma extraña con mi estado mental. Me sentía increíblemente desconectado y algo culpable, aunque no sabía muy bien de qué. En el suelo estaban nuestros zapatos y una botella vacía. Saqué al perro para que se ocupara de sus asuntos mientras yo tiraba la botella a la basura. Por suerte, el clima había mejorado. Una niebla sulfúrica se arremolinaba sobre el agua y la humedad se aferró a mí como el lodo. Encendí un cigarrillo y miré con ojos entornados hacia el sol, que deslumbraba como un diamante en el cielo. Entretanto, Pincho husmeaba el suelo. Le desenganché la correa y él apreció la libertad, trotando alrededor del jardín de la casa hasta la orilla del río sin perderme de vista en ningún momento. Dios, cómo me dolía la cabeza.

—Alden, eh, Alden —me dijo una voz desde la valla al otro lado del jardín.

Me giré, pero no vi a nadie.

—Alden, aquí. —La valla en aquel lado de la propiedad estaba formada por altas estacas. Uno de los huecos entre dos postes estaba más oscuro que el resto. Había alguien al otro lado, bloqueando la luz. Lo vi presionando su cara contra los tablones y guiñando un ojo.

—Calvin, ¿eres tú? —Comencé a caminar hacia la valla.

—Quédate ahí.

—¿Por qué? ¿Dónde has estado? Te estábamos esperando. Te has tomado tu tiempo en aparecer.

—¿Qué hicisteis anoche?

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿Qué hicisteis anoche, Alden? ¿En el Capitán del Mar?

Yo avancé otro paso.

—No te acerques más o me iré. —Volvió a guiñar un ojo tan rojo como la sangre.

—Fuimos a una fiesta en una galería y puede que las cosas se nos fueran un poco de las manos. No lo recuerdo. —Volví a oir el repiqueteo del gong, las flautas de pan y las vibrantes arpas; los brazos de Balthazarr extendidos; el destello de los dientes, la roca carcajada de un hombre riéndose.

—Una sangradura, ¿no? ¿Les diste a probar tu sangre?

—Calvin, ven y déjame verte. Nina y yo queremos hablar contigo.

—Hablar, hablar… ¡No! Basta de cháchara. Debes matarla, Alden, antes de que ella te mate a ti.

¿Por qué sonaba tan afectado y extraño? Tiré mi cigarrillo y miré alrededor en busca de Pincho, pero no lo vi por ningún lado.

—No sé de qué me hablas. ¿Es una broma? Mira, nos has ayudado,

así que te concederé el beneficio de la duda, pero si vuelves a decir algo como eso, no sé lo que te haré —dije, acercándome a la valla, y el ojo me miró fijamente antes de alejarse. Un destello metálico iluminó el cielo sobre nuestras cabezas. Me había lanzado algo desde la valla, un objeto que giró en el aire y aterrizó a mis pies. Un cuchillo. No era nada del otro mundo, el tipo de hoja que se utiliza para limpiar el pescado en el muelle.

—Ve y mátala, Alden. No es real.

—¿Por qué dices eso? —Cogí el cuchillo, cuyo mango parecía sucio. Me dolía la cabeza. Entonces vi cómo la figura tras la valla se movía. ¿Había encogido los hombros? Podía sentirse afortunado si no empezaba por él.

—Por nada —dijo, y volví a escuchar aquella risa ronca—. Le voy a decir lo mismo a ella.

Escuché un sonido similar al de las banderas ondeando en el aire, o el de unas grandes llamas amarillas en una hoguera y la gárgola alzó el vuelo dirigiéndose directamente hacia el tejado y se colgó allí. Giró la cabeza para mirarme y entonces, colgando boca abajo del borde del tejado, trató de mirar a través de la ventana de la habitación de Nina.

—Serás miserable… has corrido las cortinas. —Yo estaba demasiado aturdido como para responder, y mis pies se habían clavado en el césped.

Dejándose caer del tejado, giró en el aire y batió sus alas de piel, descendiendo en picado. Yo me agaché y la gárgola rio antes de deslizarse entre la niebla sobre el río. La neblina se agitó a su paso y oí a Pincho ladrar desde la orilla. Aquella cosa que no era Calvin había desaparecido. Alcé la vista hacia la ventana de Nina. ¿También estaba allí, como había dicho? Imposible. «Le voy a decir lo mismo a ella.» Llamé a mi perro y entré apresuradamente en la mansión, subiendo las escaleras de dos en dos y gritando «¡Nina! ¡Nina!». Abrí la puerta de golpe y corrí hacia el dormitorio, donde encontré una maraña de mantas, pero no a ella. «Dios mío», pensé. «¡Se la han llevado!» Pincho me adelantó en dirección hacia el baño y empujó la puerta con el hocico, colándose en él. Luego emitió un ladrido penetrante.

—¡Pincho! Un poco de privacidad, por favor. Serás pícaro…

Era la voz de Nina, amortiguada pero inconfundible. El corazón me dio un vuelco y atravesé la habitación de dos zancadas antes de empujar la puerta del baño.

—¿Qué es esto, una fiesta? —dijo—. Cierra la puerta, que hay corriente.

Nina estaba tendida sobre la bañera, cubierta de humeante agua

caliente hasta la barbilla. Había llenado la bañera tanto como podía sin que esta se desbordase, se había peinado el pelo mojado hacia atrás y sujetaba una boquilla entre los dientes. A los pies de la bañera había colocado un cenicero y una copa de lo que parecía coñac.

Pincho apoyó la cabeza en el borde de la bañera.

—Ni se te ocurra unirte, Pincho. —Nina le acarició el hocico con su mano mojada—. Cariño, dime que lo que traes entre manos no es un cuchillo —dijo, mirándome con cierta preocupación en sus ojos.

Observé fijamente el arma que la gárgola me había lanzado desde la valla. La estaba agarrando con tanta fuerza que mis dedos estaban cambiando de color. La dejé en el lavabo sin apartar la mirada del acero salpicado de óxido y el filo brillante como pintura plateada aún húmeda. Luego saqué a Pincho de la habitación y cerré la puerta.

—¿Has visto a alguien? —pregunté.

—¿Aparte de a Pinchi?

—No estoy de broma. ¿Ha venido alguien a hablar contigo?

—Baja la voz, me va a estallar la cabeza. Claro que no ha venido nadie, ¿qué mosca te ha picado? —Cerró los ojos y se reclinó contra la pared de la bañera. Una mano húmeda apartó la boquilla y la vació de ceniza con unos golpecitos sobre el cenicero que descansaba en el suelo—. Pásame el brandy, ¿quieres? Y no me juzgues, es para curar la resaca, como dicen.

Me acerqué hacia la bañera y me dispuse a inclinarme hacia la copa cuando me detuve.

—¿Tienes un cuchillo?

—Alden, acabas de dejar uno sobre el lavabo. ¿Para qué necesitas un cuchillo?

Nina bostezó. Una de sus manos colgaba del borde de la bañera, a un pie de la copa; pero la otra permanecía escondida bajo el agua turbia y de color jade. Olí el dulce aroma a pino de las sales de baño. El vapor había empañado el baño y las volutas flotaban en el aire, mezclándose con el humo del cigarro. Estaba sudando. Las palabras de la gárgola resonaron en mi mente. «Le voy a decir lo mismo a ella.» ¿Le habría dado aquel demonio un cuchillo? ¿Le habría sugerido que me asesinara porque yo no era real? ¿Cómo sabía lo de la noche anterior? ¿Y lo del ritual de sangre de Balthazarr?

Me incliné hacia delante, tratando de vislumbrar algo a través del agua, pero fue imposible. Nina seguía con los ojos cerrados, sujetando la boquilla entre sus labios.

—Menuda fiesta —dijo, esbozando una sonrisa—. Disfrutaste de lo lindo.

—Sí… aunque me está costando recordar cómo acabó todo.

—Es una pena, porque te lo pasaste de miedo. —Dejó escapar un gruñido desde la parte posterior de la garganta—. Aún me duele el dedo. ¿Me lo besas? —Extendió el dedo corazón hacia mí, con el que había pinchado el cuenco de sangre—. ¿Por favor?

Yo me acerqué, sin apartar la vista de la superficie del agua color jade en ningún momento.

—Mis recuerdos se vuelven borrosos después del rito de Balthazarr.

—¿En serio? Parecías estar bien, hablabas con todo el mundo. El entusiasmo de Balthazarr por tus pinturas reforzó tu confianza a otro nivel. Es todo un personaje, ¿verdad?

—¿Qué impresión te dio el gran surrealista?

Me apoyé contra la bañera en un ángulo ligeramente por detrás de ella. Si iba a apuñalarme con un cuchillo escondido en el agua, tendría que retorcerse para hacerlo. Pensé que sería capaz de alejarme y defenderme con el cenicero si fuese necesario. No para lastimarla, sino para desviar el ataque. ¿Obedecería ella a la gárgola? Yo no lo había hecho. No estaba seguro de nada, ni siquiera de Nina.

—Mmmm… Es guapo y muy carismático. Supongo que todo forma parte de su espectáculo. Lo había visto ir de acá para allá por la Colonia, pero nunca le había conocido de forma oficial. —Se movió en la bañera y su piel rosada chirrió contra el hierro fundido cubierto de porcelana. Yo me sobresalté, pero ella no se dio cuenta, pues sus ojos seguían cerrados—. Aunque ahora que lo pienso, puede que ya lo hubiese visto antes. Mucho antes…

—¿Ya habías visto a Balthazarr antes de la fiesta de anoche? ¿En serio? ¿Dónde?

—Creo que estaba con Court. Quizás saliendo de su apartamento, o cuando visité la Iglesia del Sur. Lo único que recuerdo es un hombre alto con una barba negra dividida en la punta. —«Es alguien llamativo», pensé—. Puede que fuera el día en el que nos conocimos tú y yo. Piénsalo, ¿no te resulta extraño?

¿Cómo podía ser posible? A no ser que Balthazarr se hubiera proyectado desde el otro lado del océano o que hubiera mentido sobre su llegada al país. O ambas. Me agaché tras la bañera, observando.

—¿Qué haces ahí? —Alzó la cabeza y se incorporó, estirando el cuello para mirarme sobre su hombro desnudo—. ¿Te has vuelto loco? ¿Es cosa del champán?

—Esa segunda ronda tenía un sabor extraño, sí —dije—. Tenía un regusto químico, como a tiza.

—Estoy de broma. Dios, pásame el coñac, ¿quieres?

—Antes déjame ver tus manos. La dos. —Me puse en pie y apoyé la

espalda contra la pared.

Mi petición la divirtió, a pesar de su malestar postcelebración. Sacó las manos del agua, ahora humeantes como si acabase de reptar por la boca del mismísimo infierno, y tiró el cigarrillo en el cenicero del suelo. Luego maniobró hasta quedar medio arrodillada, medio en cuclillas sobre la bañera. Era una buena posición para saltar sobre mí. Una ola salpicó uno de los laterales de la bañera, empapando el cigarrillo. Nina olía a bosque de pinos, como una criatura forestal sacada de una fábula; una ninfa de los bosques con la voluntad de encantarme. Su cuerpo resplandecía y podía contar las vértebras de su columna hasta la superficie del agua.

—Aquí están mis manos —dijo—. ¿Qué debería hacer ahora?

—¿Hay algo escondido bajo el agua?

—Todo, prácticamente. —Extendió el brazo para agarrar la copa de coñac y se lo bebió de un trago.

—No estoy jugando.

—Sí que lo estás, bobo. Pero me gusta este juego. Sigue.

—Había algo en mi champán, por eso no puedo recordar nada.

—¿Crees que te metí un narcótico? —Hizo un gesto como si echase algo sobre su copa, asumiendo que estaba jugando con ella. Nada de esto iba en serio, solo eran cosas de pareja.

Eso era. O eso fingía estar pensando ella.

Y yo no hubiera tenido ningún problema con ello si no fuera porque acababa de encontrarme un monstruo no hacía ni una hora, a plena luz del día, y me había ordenado que matase a mi pareja. Me sentía mareado y me dolía la cabeza en la zona en la que el vigilante nocturno me había golpeado. Sentía como si algo de la niebla del río que se había tragado a la gárgola se hubiera quedado atrapada en el interior de mi cráneo, como el humo que volaba en el interior de una botella sin descorchar. Confuso, así me sentía.

—¿Qué pasó cuando se apagaron las luces? Lo recuerdas, ¿no? —pregunté, y ella asintió.

—Balthazarr debió de ordenarle a alguien que apagase los plomos de la casa. Era un espectáculo, seguro que te has dado cuenta de ello. —Podía ver como su actitud juguetona se iba apagando y empezaba a preguntarse si iba en serio—. Trató de hacer algunos trucos para ambientar y acercar a los colonos entre sí. Nada distinto a lo que ocurre en las iniciaciones de la fraternidad: apretones de manos secretos, tonterías de clubes…

Nina me tocó con la punta de sus dedos como si fueran las frondas de una anémona, tratando de recobrar la actitud traviesa que había sentido antes. Se negaba a aceptar nada que hubiera pasado de verdad

la noche anterior. Ojalá yo también lo creyese, pero no podía. No todo podía ser fruto de mi imaginación.

—Mi esmoquin apesta a incienso, no me digas que no. ¿Cuándo se quemó?

—No voy a oler tu esmoquin. Vamos, démonos un baño para lavarnos el cuerpo.

Se movió, provocando que otra ola chocase ruidosamente contra la bañera, y yo retrocedí, agarrando el cuchillo del lavabo.

—¡Aléjate! —grité.

Ella se quedó boquiabierta, sintiendo cómo una oleada de rabia crecía en su interior.

—¡Ni se te ocurra acercarme ese cuchillo! ¿Estás loco? ¡Mírate! —Señaló al espejo y me volví para presenciar mi rostro aterrado, con los ojos abiertos de par en par. Ahí estaba, en el espejo empañado, empuñando una hoja brutal. Horrorizado, tiré el cuchillo.

—¿Qué estoy haciendo? —Notaba mis pulmones pesados y cómo la garganta me oprimía cuando me esforzaba por respirar—. ¿Por qué no puedo recordar nada de lo que ocurrió después de que Balthazarr se bebiese la sangre? Es como una laguna en mi mente.

Nina se levantó de la bañera. No llevaba arma alguna. Cogió una toalla que envolvió alrededor de su torso y me rodeó el pecho con los brazos.

—Pobrecito, sí que tienes miedo. ¿De mí? —Rio, asombrada por aquel pensamiento—. Vamos, calma, tranquilo...

—Te quiero, Nina.

—Yo también te quiero —y me abrazó.

Sentí como me recorría un escalofrío a pesar del calor que inundaba el baño.

—Quizás estés incubando algo. —Rozó con sus labios mi frente—. Estás ardiendo.

Fuimos al dormitorio y me tumbé en la cama, apoyando la cabeza en el regazo de Nina.

—Dime lo que recuerdas de anoche, después de que Balthazarr se bebiese el cuenco de sangre.

—Alguien apagó las luces. Solo por la ambientación, como si fuera un espectáculo de magia… pero todos sabíamos que no era algo real. Al cabo de uno o dos minutos, volvieron las luces; la gente aplaudió y Balthazarr hizo una reverencia. También había hecho algo en el suelo, no sé el qué, pero había dejado como huellas de carbón con la forma de sus zapatos. Estaban quemadas sobre la madera. Si esperaba que la gente se quedara conmocionada al verlas, no funcionó, porque apenas les prestaron atención. Pero tú sí las viste, las marcas quemadas y lo

que fuera que hiciese para simularlas. Dijiste que le habías visto hacer lo mismo en España.

Las había visto en España, pero la noche anterior aún estaba borrosa.

—¿Me dijo algo?

—Dijo que eras un hombre inteligente. —Nina recorrió mi pelo con sus dedos.

—Creo que estaba drogado, no bebí tanto alcohol como para quedarme inconsciente.

Nina sopesó mis palabras.

—Bebiste bastante después de la segunda ronda de champán, pero supongo que pudieron haberte metido algo en la bebida en contra de tu voluntad. Hay cactus en México y vinos del Amazonas, en Perú, que causan alucinaciones. Aunque también pudo ser el opio. Es posible…

—Cuando saqué a Pincho esta mañana, vi la gárgola. Estaba tras una valla en el jardín y me dio ese cuchillo. Me dijo que te matara —cerré el puño con fuerza, temblando de rabia—, que no eras real. Me dijo que te había dicho lo mismo, que me mataras…

—¿Has vuelto a ver a la gárgola? —preguntó, impactada—. Casi había logrado convencerme de que nunca había ocurrido, de que lo habíamos soñado. Nadie me ha pedido que haga nada, Alden.

Nos quedamos en la cama, en silencio. Yo no estaba dormido, y cuando me giré para mirar a Nina, vi que ella también estaba despierta, sonriéndome como si fuera la estatua de una diosa. Serena, pero poderosa.

—¿Habías visto a Balthazarr antes de anoche? ¿Estás segura?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo estoy. Pero lo que dijiste de que te sentías como si te hubieran drogado me hizo pensar. ¿Y si todos ellos lo estaban? Las hermanas Galinka, Udo Ganz, la doctora Silva, el vagabundo de la furgoneta con el cuello rajado o incluso Clark Abernathy. Si el asesino, o los asesinos, los drogaban antes de hacer nada, quizás fuera más fácil manipularlos. Me pregunto si alguien estaba tratando de drogarte para ver qué ocurriría.

—¿Como una prueba?

—Sí, una prueba. O unos preparativos. No te lo he dicho antes, pero he encontrado información nueva sobre las víctimas de asesinato. Todos provenían de familias pudientes aristocráticas. Ah, no tenían por qué tener montañas de dinero en ese momento, solo hacía falta tener un linaje. Las hermanas Galinka eran las nietas de una princesa rusa, la familia de la doctora Silva es una de las más ricas de Río de Janeiro y el padre de Udo Ganz es el propietario de una mina de

esmeraldas en Sudáfrica. El único que no encajaba con este patrón era el mendigo, pero solo porque la policía no sabía quien era. Resulta que sus familiares aparecieron en la morgue del condado la semana pasada para reclamar su cuerpo. Son miembros de la realeza de nada menos que Luxemburgo. También la familia de Clark era de la nueva clase alta estadounidense. Gente rica como nosotros, Alden. Es a nosotros a quien van a asesinar.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Al día siguiente, Nina decidió que necesitábamos un coche. Mi padre tenía tres Rolls-Royce, aunque su favorito era un Silver Ghost, el único coche que conducía él mismo. Pedírselo no era una opción. También tenía un Phantom, reservado para viajes especiales, y un Twenty algo más pequeño que Roland utilizaba para llevar a Madre a sus compromisos. Así que por la mañana temprano visité a padre. Lo mejor era pillarle al finalizar el desayuno, pues su humor empeoraba progresivamente a lo largo del día, desde la irritación hasta la exasperación.

—¿Puedo coger prestado el Twenty? —pregunté.

Mi padre arqueó las cejas, una expresión dramática para él.

—¿Para qué?

—Tengo una nueva novia y me gustaría enseñarle la ciudad.

La comisura de sus labios se crispó. Eso era una sonrisa.

—Madre dice que no necesitará que Roland la lleve a ningún sitio.

Padre se sentó en su enorme escritorio, tamborileando la caoba con sus dedos. Deliberando.

—Será mejor que vuelva en el mismo estado en el que está ahora —dijo, finalmente.

—Gracias.

Padre se colocó las lentes y continuó hojeando el periódico a modo de despedida.

• • •

Nina prácticamente corrió hacia el bordillo y un puñado de transeúntes curiosos se reunió en el exterior de la Colonia para mirarme boquiabiertos mientras aparcaba. Me bajé del coche para encontrarme con ella en la acera, pero me esquivó y se dirigió al asiento del conductor para sentarse al volante. Dio unos golpecitos en el asiento contiguo.

—Entra.

—No puedo permitir que conduzcas el coche de Wilfred.

—Nunca lo sabrá, ¿no? —dijo, retándome a que lo negase.

—Muy bien. —Me subí—. Pero no quiero accidentes. Y si tenemos uno, asegúrate de que no salgo vivo.

Nina conducía rápido. Las carreteras estaban resbaladizas a causa de una reciente nevada y sentí como el Twenty perdía tracción un par de veces, pero Nina corrigió en todo momento la dirección del coche. Empezaba a entender que no tenía paciencia, pues iba corriendo a todas partes, pillando los detalles por el camino. No eludía los riesgos, sino que encontraba los límites y corría de frente hacia ellos para ver si era capaz de estirarlos un poquito más, hacia fuera o hacia dentro. No voy a mentir, me excitaba. La vida con Nina era mucho más colorida, tenía más altibajos.

Era un viaje emocionante, eso seguro.

Y hablando de emociones, rebusqué en mi bolsillo y saqué un objeto envuelto en un trapo. Desplegué la tela y encontré una pistola. Nina bajó la mirada hacia ella antes de volver a posarla sobre la carretera y acelerar. Tras la segunda aparición de la gárgola, Nina se las había arreglado para que cediese y visitásemos la Cueva Negra en busca de más pistas. El no haber oído nada más de Calvin cerró el trato. Insistí en que no disponíamos de protección suficiente para acercarnos al campamento de los contrabandistas por nuestra cuenta, y aunque Nina no estaba de acuerdo conmigo, tampoco lo discutió. Una noche, salió a dar un paseo mientras dormía y volvió a casa con una pistola que había comprado en el Clover Club.

—Es una Colt 1903 Pocket Hammerless. Compacta, con capacidad para siete disparos. —Estaba bastante orgullosa de sí misma por haberla conseguido.

—¿En serio? —pregunté, incorporándome en la cama. Me había despertado con el sonido de la puerta.

—Dijiste que necesitábamos protección y aquí la tienes.

—¿Quién te la ha vendido?

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo, apuntando con la semiautomática por el apartamento.

Al día siguiente utilizamos el arma por turnos, haciendo volar botellas colocadas sobre tocones en un solar vacío junto al río. No éramos precisamente tiradores, pero si nos metíamos en un apuro podríamos acertar un par de disparos. Mientras viajaba junto a Nina, comprobé de nuevo el cargador y me metí el arma en la cintura, por si acaso nos encontrábamos problemas; algo muy probable.

Ahora que podíamos movernos en coche no teníamos que preocuparnos por caminar a todos lados con el gélido clima de enero. Tras un rato husmeando por carreteras angostas que acababan en el río, encontramos la que llevaba al campamento de los contrabandistas. «Lo mejor será que nos vean venir desde lejos ahora que el sol sigue en el cielo», pensé. No necesitábamos que se pusieran aún más

nerviosos de lo que ya lo estarían. Las ramas de pino ocultaban la entrada a la carretera del campamento y nos la pasamos varias veces antes de que me fijara en el enorme espacio que se escondía tras los árboles. Nina aparcó y aparté las ramas del camino. Una vez pasó, las volví a colocar en su sitio. En otro punto del viejo camino de tierra nos encontramos con un pesado tronco que bloqueaba el camino y, aunque no había forma de pasar por encima de él, juntos nos las arreglamos para hacer rodar el leño hasta apartarlo de la carretera. El impulso hizo que se nos escapara de las manos y rodase hasta la cuneta. Seguimos conduciendo. El Miskatonic destelleaba a través de los árboles desnudos que dejábamos a la izquierda. No había visto ningún vigilante supervisando la carretera en busca de intrusos. Ojalá hubiese sido así, porque entonces nos hubieran hecho volver por donde habíamos venido, de vuelta a casa.

—Estamos cerca —dije.

El Twenty se sacudía y deslizaba colina arriba y abajo.

—Yo hablaré primero —dijo Nina—. No desconfiarán tanto de una mujer.

—Yo no pondría la mano en el fuego. ¿Cómo les explicarás que estemos conduciendo por su carretera?

—Somos de fuera de la ciudad. Acabamos de casarnos y nos hemos perdido.

—¿Y nos hemos saltado su camuflaje y sus barreras?

—Me creerán. Puedo ser terriblemente convincente. —Sus mejillas estaban teñidas de rojo a causa del frío.

—Recuerda que cuando lleguemos allí podemos preguntar por Calvin. Si no lo vemos, intentaremos encontrar a Freddie o a Winston. Pero no salgas del coche. A la mínima señal de peligro, nos vamos —dije.

—La vida es un peligro constante, Alden.

—Prefiero que el mío sea moderado.

Llegamos al campamento y ella pisó el freno.

Había ardillas y cardenales posados sobre las ramas de los pinos brillando como banderas rojas desgarradas; pero también basura en el suelo: colillas; botellas rotas; latas de alubias vacías, y huellas borradas por la nieve. Las marcas de las ruedas de los camiones habían dejado unos cortes en la tierra, como si un gigante hubiese estado excavando con los dedos, pero ninguna de ellas era reciente, pues estaban cubiertas de hielo. Todo estaba en silencio, como en un confesionario. No había nadie allí.

—¿Adónde habrán ido? —pregunté. Nina abrió la puerta, pero yo la agarré del brazo—. No vamos a salir, ¿recuerdas?

—Eso era si estaban aquí, pero está claro que los contrabandistas se han retirado. —Se alejó de mí y sus zapatos hicieron un ruido acristalado y crujiente sobre la nieve crepitante. Mi puerta seguía cerrada.

—¿Entonces para qué salir? Calvin no está aquí. —La vista del campamento había hecho que me empezase a doler la cabeza. Quizás fuera psicosomático, un recuerdo físico de mi herida en la cabeza y su tratamiento. Me latían las sienes.

Ella se volvió, pero el viento arreciaba, llevándose sus palabras consigo. Su mano sujetó el sombrero en su sitio, evitando que saliese volando.

—Quiero buscar pistas. Si no hay nadie, podemos explorar la cueva —dijo, y siguió andando antes de que pudiera oponerme.

Me mordí el labio.

—Esto es una mala idea —susurré. Mis dedos descansaron en la empuñadura del arma por un momento. Luego salí del coche y la seguí.

Sinceramente, tenía curiosidad. Las visiones de la escena que había presenciado en la Cueva Negra seguían apareciendo en mis sueños la mayoría de noches, junto con el bate del vigilante nocturno y mi trayecto en el camión de hielo de Burdon rodeado de caballas. Todo estaba en mi cabeza, pero nada de eso ardía con tanta fuerza en ella como mi recuerdo de las luces verdes de la cueva y las figuras encapuchadas pintando con los dedos las paredes irregulares, coreando con sus voces sibilantes mientras me subían por la escalera.

—¡Espérame! —grité.

Nina se detuvo en la boca de la cueva, como si estuviera a punto de ser engullida.

—¿Llevas el mechero encima? Enciende mi antorcha; he encontrado una apoyada contra la pared. Quiero investigar por allí, al fondo. —Señaló las profundidades de la cueva, más allá del lugar en el que había visto los barriles y las cajas apiladas a la espera de ser entregadas. Habían desaparecido, pero aún se podían ver las marcas que habían dejado sobre el suelo arenoso.

Encendí su antorcha y ella la sostuvo sobre nuestras cabezas. Los alambiques de cobre habían sido trasladados más hacia el interior de lo que lo estaban. Quizás eran demasiado pesados para molestarse en moverlos.

—Se fueron a toda prisa. Han dejado parte del equipo —señalé.

La antorcha se reflejaba en el cobre.

—Nadie con dos dedos de frente se colaría aquí a revolver entre sus cosas.

—Eso dice mucho de nosotros.

—Solo estamos echando un vistazo —respondió.

Traté de arrebatarle la antorcha.

—Déjame llevarla. Tú ya llevas la pistola —dijo.

—Debemos permanecer juntos —insistí—. No quiero que ninguno de nosotros se pierda.

—Pues claro que no, cariño. Somos un equipo —dijo, y me besó la mejilla.

Exploramos la cavidad subterránea codo a codo. Tal y como recordaba, la cueva giraba hacia la izquierda y el suelo descendía como una rampa. Era evidente que los exploradores previos habían retirado varias rocas pequeñas y medianas de la senda para apilarlas a ambos lados de esta. Al final de la pendiente, llegamos a una superficie plana y no tardamos en descubrir un gran fragmento que se había desplomado del techo y que ahora bloqueaba nuestro camino. Este pedazo de escombros geológicos parecía una peonza, o un cono cuya punta se había estrellado contra el suelo mucho tiempo atrás. La antorcha de Nina reveló un círculo vacío en el techo, donde aquel fragmento había colgado alguna vez. No nos quedó más remedio que escalar el obstáculo, pero con un poco más de esfuerzo, lo superamos. Aunque lo que más me perturbaba es que no recordaba haberme encontrado con aquella obstrucción en mi primer descenso.

—Dijiste que había escaleras. —Nina tanteó la oscuridad frente a ella—. ¿Están muy lejos?

—Solo un poco —respondí, pero juraría que ya deberíamos haber llegado hasta ellas.

Continuamos buscando los escalones mientras las paredes de la cueva se hacían cada vez más estrechas, aunque no hasta el punto de provocar claustrofobia o el miedo de ser sepultados vivos. Sin embargo, al igual que había ocurrido con el obstáculo en forma de peonza, no recordaba aquella reducción del espacio. Las paredes nos habían rodeado en un lugar no mucho mayor que una puerta y el flujo de aire se había reducido, o quizás era mi respiración la que se había vuelto más pesada.

—¿Por qué no me dijiste que se hacía tan estrecho? ¿Vuelve a ensancharse al llegar a las escaleras?

—Los escalones son más anchos.

¿Habíamos girado en el sitio equivocado? Nada de aquello me resultaba familiar. Quizás mi cerebro dañado había ignorado o borrado aquel intervalo, no lo sabía.

—Veo algo —dijo Nina.

—¿Las escaleras? —Sentí una efímera oleada de alivio.

Simplemente habría olvidado aquel tramo del túnel.

—No, no es una escalera.

Por suerte, el pasillo de piedra se fue abriendo hasta que las paredes desaparecieron por completo y entramos en un enorme espacio similar al de una catedral, con techos altos y acanalados de roca ondulada y pigmentada. Los tonos azul oscuro y púrpura ascendían como estrías formando franjas sinuosas, como la parte inferior de muchas cortinas de terciopelo. Otras estaban pintadas de colores más carnosos, y me recordaban las branquias de las almejas o la parte inferior de las setas.

—Este no es el camino que tomé la última vez.

—Pero no hemos visto ningún desvío, hemos seguido la única dirección posible. —Nina extendió la antorcha frente a ella y unos feroces destellos respondieron a su movimiento entre la oscuridad frente a nosotros.

—¿Qué es eso? —susurré—. Hay alguien ahí —dije, desenfundando la Colt. Si alguien se lanzaba hacia nosotros, le dispararía. Entonces escuché un sonido húmedo y Nina volvió a alzar su antorcha.

Los destellos se multiplicaron a modo de respuesta.

—¿Cuántos son? —preguntó, asombrada.

—Puede que sea el grupo con el que me encontré, los encapuchados que me llevaron de vuelta a la boca de la cueva.

Nina alzó y bajó la llama rápidamente. Repitió el movimiento, y luego una vez más, pero con lentitud.

—Creo que ya sé lo que ocurre —dijo, y dio varias zancadas hacia delante.

—¿Adónde vas? —Corrí tras ella hasta que Nina se detuvo abruptamente, extendiendo su brazo para evitar que fuera más lejos.

—Cuidado —dijo, bajando su antorcha—. No sabemos lo profunda que es.

Una enorme piscina cristalina con el agua del color de la obsidiana se extendía ante nuestros ojos hasta donde alcanzaba la vista. Las luces eran el reflejo de la antorcha de Nina sobre la superficie ondulante. ¿Agua? ¡No recordaba eso!

—¿Qué es lo que provoca esas olas… esas ondulaciones en la piscina? ¿Los peces?

—¿Qué otra cosa podría ser? —Nina se agachó y salpicó con la punta de sus dedos la superficie del agua.

—No hagas eso. —No quería atraer nada hacia nosotros. De pronto me sentía como una presa.

—¿Por qué no? Pensaba que querías ver si se trataba de peces. —

Salpicó de nuevo.

—No lo hagas —dije tocándole el hombro. Las ondas se movieron rítmicamente, formando ondículas mucho mayores. Unas potentes olas surgieron en la distancia, originadas por algo que merodeaba más allá de los límites de nuestra visión.

—¿Es un pez grande? ¿O un animal que vive aquí? —preguntó.

—No veo nada. Para, tenemos que volver.

Nina sacó los dedos del agua negra y se levantó, saboreando uno de ellos con la punta de la lengua.

—Es agua salada. Debe de estar conectada con el río y el océano.

Algo voluminoso y pesado flotaba bajo la superficie. ¿Era aquel bulto un vientre pálido o una aleta dorsal? El cuerpo hinchado rotó bajo el agua, girando a pocos metros de nosotros, y retrocedimos. Entonces, desde los bordes imperceptibles de la piscina, oímos un fuerte golpe y el ruido sordo y amortiguado de… bueno, no sé de qué… alguna criatura retozando en aquel embalse subterráneo. Su alegría me repugnaba. ¿Cómo podría explicarlo sin describir la grima física, instantánea y poderosa que había experimentado al percibir aquel sonido y su nauseabundo eco resonando por la antigua cámara?

—Tenemos que irnos —insistí. Tenía la horrible sensación de que se nos acababa el tiempo.

Y ella también, porque no dudó en alejarse del perímetro del lago. Cuando ya habíamos recorrido veinte metros, o puede que fueran más, le dimos la espalda a la piscina y escapamos rápidamente de la Cueva Negra. El tramo estrecho del camino parecía aún más angosto. A nuestras espaldas y a una distancia no terriblemente cercana, pero tampoco a tanta como para hacernos sentir cómodos, unos golpes húmedos sobre la roca seguían nuestros pasos (por no decir que nos acechaban). Nina trepó por el fragmento cónico que se asemejaba a una peonza mientras yo miraba fijamente la oscuridad. Si el origen de aquellos golpes húmedos aparecía de repente, lo mataría.

Pero nada surgió de entre las sombras.

Guardé la pistola y escalé el obstáculo. Al llegar a la base de la rampa, nos permitimos el lujo de sentirnos libres del extraño peligro que emanaba de aquel lúgubre lago de aguas de color azabache conectado con el mar. Agarré la mano fría y sudorosa de Nina. El aire parecía menos cargado, por lo que era más fácil respirar. Sin embargo, habíamos bajado la guardia demasiado pronto.

No habíamos dado ni tres pasos subiendo por la rampa cuando descubrimos el cadáver. No hay una explicación fácil para justificar por qué no lo olimos antes, pues el cuerpo mostraba signos claros de avanzada descomposición. Era un saco humano, agujereado y curtido,

envuelto en un manto de larvas que forcejeaban sobre él. Exudaba un arcoíris de líquidos verdes, negros y marrones; una cascada lenta y rancia de putrefacción que fluía pendiente abajo. El olor que antes habíamos evitado ahora avanzaba hacia nosotros de forma feroz. Sentí las arcadas ascender por mi garganta y Nina enterró la boca en su manga, conteniendo las náuseas. Pero había dejado para el final el detalle más estremecedor: el cuerpo no tenía cabeza.

Me incliné sobre los restos, sintiendo fascinación y asco a partes iguales; aunque al final, la curiosidad ganó la partida. Busqué por la cueva un palo con el que mover el cuerpo en vano. En su lugar, me vi obligado a utilizar la punta de mi zapato para empujar la pantorrilla del cadáver.

—Déjame la antorcha, por favor.

—¿Para qué? —preguntó Nina, con la voz atenuada contra el recodo.

—Por favor, dámela. Quiero comprobar algo.

Me pasó la llama y, por segunda vez en los últimos meses, me serví de la luz del fuego para identificar la rodilla con cicatrices de Clark Abernathy. El resultado fue positivo.

—Es el cuerpo de Clark Abernathy —dije, confirmando mis sospechas, y le devolví la llama a Nina.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene una larga cicatriz en la pierna. ¿Ves la marca? Vi la misma en el cuerpo del observatorio, antes de que se lo llevaran. ¡Lo sabía! ¡No estoy loco! Clark estaba, y está, muerto. Ha sido asesinado… decapitado. Su vida ha sido ofrecida como sacrificio. Algo… robó su cuerpo del observatorio. ¡La gárgola! ¡Claro! Lo sacó volando por la ventana antes de que pudiera enseñar los restos a Preston y Minnie. Ha estado escondido en alguna parte, algún lugar frío, porque estaría más descompuesto si el cuerpo se hubiera podrido de forma natural. No, lo han congelado y ahora lo han tirado aquí como una bolsa de basura. —Sentí una pizca de reivindicación.

—¿Quién?

—Quién, ¿qué?

Nina bajó el brazo con el que se cubría la nariz.

—¿Quién ha tirado aquí a Clark?

—Sus asesinos, quienes han estado asesinando a las desafortunadas élites de Arkham. Puede que la chica Galinka a la que Clark conoció en el Clover Club le hubiese contado algo. Quizá vio algo que no debía. Pero estoy seguro de que esto no es una coincidencia.

—No estaba cuando bajamos por esta pendiente hace una hora.

Nos giramos de forma simultánea para mirar hacia la cima de la

cuesta en dirección a la boca de la cueva. Aunque no había oído nada, sabía que no estábamos solos. Algo nos amenazaba frente a nosotros y a nuestras espaldas. Una vez más, saqué la Colt Hammerless y, con cautela, rodeamos el cuerpo de Clark. Había sido arrastrado hasta allí, y un reguero de fluidos pútridos mostraba el camino. Llegamos hasta la curva que llevaba hacia la entrada de la cueva, una curva ciega tras la que el camino se iluminaba con la luz del exterior. La antorcha de Nina alumbró las paredes de la cueva junto a las que nos detuvimos para coger fuerzas.

—Si nos están esperando, será justo al cruzar la esquina —susurré, y Nina asintió—. Extiende la antorcha para distraerlos, yo echaré un vistazo —dije.

—Que no te maten. —Me apretó la mano antes de extender el brazo y mover la antorcha frente a nosotros. Esperamos, pero tras el movimiento de nuestra llama no obtuvimos respuesta alguna. Aunque si estaban aguardando… Apoyé la espalda contra la pared de la cueva y avancé hacia delante.

—Espera. —Nina me sujetó el hombro.

—¿Que espere a qué? —El corazón me latía como un martillo en el pecho.

—No lo sé…

—Yo tampoco. —No tenía sentido alargar las cosas.

Asomé la cabeza y el arma al otro lado del cruce.

Nadie. Nada.

Así que ambos avanzamos hacia la boca de la cueva. No discernimos ninguna huella que resaltara sobre las que ya habíamos visto en el suelo arenoso próximo a la entrada. Las manchas provocadas al transportar el cadáver flácido de Clark comenzaban en la pendiente, pero su portador había huido de la escena.

—Alden, mira esto.

Nina colocó la antorcha junto a la pared sobre el lugar en el que los barriles habían estado apilados la última vez que había estado allí.

—¡Un nuevo dibujo! —dije, sorprendido, antes de que el asco me invadiera—. Estas marcas están dibujadas con los… fluidos de Clark.

—Oh, Dios. —Nina se cubrió la boca, pero no apartó la mirada.

Las líneas negruzcas y verdes fluían sobre la piedra como si con un poderoso agarre hubieran sido extraídas de Clark, utilizándolo como bote de pintura.

—Dos óvalos dentro de una copa. Ese es el primer pictograma que vi cuando Preston lo dibujó en la arena con su pie, en Cannes.

—Por aquí. Hay más… palabras. —Bañó con su luz las rocas y yo leí el mensaje en voz alta.

BIENVENIDOS ALDEN
NINA
¡ABRID LA PUERTA!

—¿Que abramos la puerta? —preguntó Nina—. ¿Por qué íbamos a hacerlo?

—Saben que estamos buscándolos. Debemos irnos. ¡Ahora!

Rápidamente, volvimos sobre nuestros pasos hasta el Rolls-Royce de padre. Me senté en el asiento del conductor y traté de arrancar el motor, pero no dejaba de calarse. ¡Maldita sea! Golpeé el volante y Nina me arrebató la Colt.

—¡Prepárate! —grité. Finalmente, el motor prendió; giré la dirección del coche y aceleré a fondo. En cada tronco veía un monje oculto, y en cada cúmulo de ramas perennes veía posada una gárgola con el rostro de arcilla. No me hubiera extrañado ver la masa de redes avanzando pesadamente por el camino.

Ni siquiera estaba seguro de si tenía la intención de hablar a la policía del cuerpo de Clark. No quería verme involucrado. ¿Y si su cuerpo volvía a desaparecer antes de que la policía llegase? ¿Sería sospechoso de su desaparición? No, iba a mantener la boca cerrada. De todas formas, ya no había forma de ayudar a Clark. Pisé el acelerador, esforzándome al máximo por evitar cualquier bache o surco profundo.

—¡Mira! —gritó Nina, señalando con el cañón de la Colt el parabrisas—. Alguien ha vuelto a arrastrar el tronco hasta la carretera.

Reduje la velocidad. ¿Era una trampa? ¿Nos tendrían los francotiradores en su punto de mira? Éramos presas fáciles dentro de un Rolls-Royce aparcado en un camino alternativo y solitario. ¿Cuánto tiempo tardarían en descubrir nuestros cuerpos acribillados a balazos? ¿Hasta la primavera? No había alternativa, solo podíamos seguir hacia delante.

Detuve el Twenty y mis neumáticos machacaron el barro helado frente al leño.

—Eso no es un tronco —dije.

Salí del coche y Nina abrió su puerta para unirse a mí junto al parachoques del automóvil, que seguía funcionando, exhausto, a nuestras espaldas. Sobre el suelo helado había otros dos cuerpos, tendidos formando una línea recta. Freddie y Winston. Yacían boca arriba en un falso descanso silencioso, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo único que traicionaba su paz era la mirada de horror petrificada en la cara de ambos, con la boca abierta en un grito eterno y la garganta cortada de oreja a oreja. Parecía que los hubiesen sorprendido admirando el cielo níveo y vacío…

Salvo porque no tenían ojos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Me sentía culpable por no haberlos enterrado.

Nina y yo cargamos con Freddie y Winston hasta la cuneta hacia la que habíamos arrastrado el tronco, dejamos a los hombres sobre un desnivel de nieve blanda y los cubrimos con ramas de pino. Habíamos llegado a la conclusión de que quien se deshizo de Clark en la cueva, también había matado a Freddie y a Winston. No hacía mucho que habían fallecido, pues la sangre que manaba de sus horribles heridas y se colaba entre nuestros dedos seguía caliente.

—¿Estarían vigilando el campamento? —preguntó Nina.

—Si fuera así, el que los ha asesinado lo hizo antes de que llegásemos. Freddie y Winston nos habrían reconocido en la carretera. Si hubiéramos pasado junto a sus puestos de guardia, seguro que nos habrían invitado a ponernos al día en el campamento. —Me limpié la sangre de Freddie de la mano con el paño en el que había envuelto la Colt y Nina me imitó antes de tirar el trapo a la cuneta.

Una vez volvimos a los apartamentos de la Colonia, me replanteé llamar a la policía. Dejaría una pista anónima sobre los cuerpos en el bosque y el cadáver en el interior de la Cueva Negra. Cogí el teléfono, pero Nina me agarró la mano y me convenció para que no lo hiciera.

—La mitad de ellos trabajaban para la familia O'Bannion. Se enterarán tarde o temprano. Cuando los chicos no den señales de vida, los contrabandistas registrarán el campamento y encontrarán los cadáveres.

—No sé. Los hemos escondido bastante bien.

—Se darán cuenta de que el leño no está en su sitio y mirarán en la cuneta. Confía en mí, Alden. La banda de los O'Bannion sabe cuidar de sí misma. Nadie va a llamar a la policía, y mucho menos nosotros.

Una vez más, estaba preocupada por la policía. Sin embargo, mi llamada no ayudaría a los muertos. Nina sirvió dos *whiskies* y me pasó uno de ellos.

—Es mejor así. No querrás que Freddie y Winston acaben enterrados en una fosa común propiedad de la ciudad de Arkham, ¿no?

—Supongo que no. —Me liquidé la bebida, sintiendo cómo ardía a su paso por la garganta.

Nina jugó con su vaso, haciéndolo rodar entre sus manos.

—Escucha. He estado pensándolo y la muerte de Clark encaja con las demás. Sigue el mismo patrón. Es de la élite, la clase que está en el punto de mira. Si los asesinatos son rituales, quizás lleven a algo aún mayor. Primero, envían un mensaje. ¿A qué? Aún no lo sabemos. Entonces los rituales ofrecen una especie de protección a los que ejecutan los asesinatos. Tampoco puede ser cosa de una sola persona, sería demasiado complicado. Todos esos asesinatos… Físicamente, tiene que haber un grupo detrás de ellos. Por alguna razón, este grupo busca atraer a un espíritu o una entidad y enviarle una señal. Si a la entidad le complace, otorga poder al ofertante.

—Estoy de acuerdo contigo, salvo porque ni Freddie ni Winston eran de la élite. Freddie era un mozo de labranza. Eran… corrientes.

Nina respiró hondo y negó con la cabeza.

—Sus muertes no eran sacrificiales, los mataron porque se interpusieron en su camino. El método no fue ceremonial, simplemente fueron despachados. La única señal enviada era para ti y para mí, como ese mensaje en la pared de la cueva.

—¿Crees que mataron a esos hombres porque nos ayudaron?

—Me temo que sí. —Parecía triste, pero no abatida.

—Me duele pensar que es mi culpa. —En realidad, la idea de que a los dos tipos les hubieran rajado la garganta por mi culpa me desgarraba por dentro. Ahora estaban muertos en una gélida cuneta; si no hubiera metido las narices donde no debía, aún estarían vivos.

—No puedes culparte de esto.

—Pero lo hago. —Apuré la bebida—. ¿Qué hay de Calvin? ¿Crees que está vivo?

—Eso espero. No tenemos razones para pensar que no es así. ¿En peligro? Seguro.

Así que al final no llamamos a la policía. Tampoco vi ninguna noticia sobre los asesinatos en los periódicos locales. Por lo que sabíamos, los muertos aún seguían en el camino de tierra, bajo los pinos.

• • •

Unos días más tarde, estaba en mi apartamento cuando alguien llamó a la puerta. Nina y yo nos habíamos acostumbrado a cerrar con llave nuestros apartamentos, pero teníamos la llave de la casa del otro. Nina nunca llamaba, así que sabía que no podía ser ella. Además, había salido a buscar pistas sobre la actuación de las hermanas Galinka y la persona que las contrató para que bailasen en el Clover Club. Nina pensaba que tal vez así es como las seleccionaron para ser sacrificadas. Se llevó el Rolls, que yo no me había tomado la molestia de devolver.

Saqué la Colt de mi cómoda, escondiéndola tras la espalda al tiempo que abría la puerta. A través de la rendija, me sorprendió ver los ojos de gata de Minnie parpadeando en mi dirección.

—Hola, Alden. ¿Puedo pasar?

Retrocedí, metiendo el arma en el hueco entre mi espalda y el pantalón. Luego me saqué la camisa por fuera, esperando que no se diera cuenta de que llevaba una pistola.

—Me extraña verte por aquí. ¿No deberías estar ultimando los preparativos de una boda?

Minnie entró apresuradamente, tiró el sombrero y dejó caer su bolso en mi sofá antes de desplomarse ella misma sobre él. Con un movimiento fluido de sus pies, se quitó los zapatos, señalando la alfombra con sus dedos de los pies enfundados en medias de seda y flexionando sus gemelos mientras emitía un gemido profundo y exhausto.

—Oh, Aldie. Estoy tan preocupada… No sé qué hacer. No sabía a quién más acudir, porque si tú no me puedes ayudar, no sé qué pasará conmigo. Probablemente me volveré loca. Es demasiado, no puedo soportarlo. De ninguna manera… no así.

Rompió a llorar. No con grandes sollozos agitados, sino con unas lágrimas brillantes y burbujeantes que caían por sus mejillas como cuentas. Su barbilla marcada por un hoyuelo tembló.

—Minnie, cariño, ¿por qué estás tan disgustada? No será tan terrible, ¿no?

Minnie me miró y sus ojos se desbordaron. Tomé asiento junto a ella y me rodeó con los brazos. Su aliento olía a menta.

—Creo que Preston está metido en un problema serio. Ambos lo estamos.

Estaba asustado, pero no quería que lo viese.

—Conozco a Preston desde hace mucho tiempo, mucho más del que te conozco a ti. Siempre se ha metido en un montón de líos, pero nunca ha habido ninguno del que no pudiera escabullirse saliendo de rositas.

Le acaricié la espalda y ella se acercó a mí, rozándome la mejilla con la frente. Sentí su risa. No era feliz, pero era una risa, al fin y al cabo. Supuse que por algo se empieza.

—Dime, ¿qué ha hecho?

Minnie se incorporó sin apartar su rostro del mío. «La última vez que habíamos estado tan cerca aún éramos amantes», pensé, y mi corazón se aceleró. Traté de retroceder con suavidad, pero choqué con el rígido brazo del sofá. O más bien, mi pistola chocó con él, así que volví a la posición inicial.

—¿Alguna vez has pensado que alguien a quien amas ha cambiado? —preguntó.

—Por eso rompimos, ¿no?

—No me refiero a eso. Me refiero a cuando la persona que conocías se ha ido y alguien, un desconocido, ha ocupado su lugar. Preston no es el de siempre. Se parece a él, y habla como él, pero es distinto. No sé cómo explicarlo. Es Preston y al mismo tiempo, no lo es.

—Me estoy perdiendo, Minnie. —No quería desestimar sus preocupaciones. Yo también me había dado cuenta de que Preston había cambiado. «Un hombre bajo presión viniéndose abajo lentamente», pensé. Lo había achacado a los nervios por la boda, pero sonaba peor que eso—. No ha cancelado la boda, ¿no?

—¿Cancelarla? No. De hecho, ¡la ha adelantado! ¡A marzo! Oh, sé que me oculta algo… Eso no es nuevo, nos mentimos el uno al otro en pequeñas cosas, como todas las parejas. No me refiero a eso. —Minnie llevaba un pintalabios rojo como la flor de pascua, oscuro y artificial, pero que le quedaba bien. Contrastaba dramáticamente con su complexión.

—Me había mencionado lo de adelantar la boda, pero creía que se trataba de una decisión mutua.

—Lo era. Lo es —Minnie parecía una mujer asaltada por los pensamientos y las emociones—. No tengo nada en contra de casarnos antes de lo planeado. Le quiero, y creo que él siente lo mismo. Es que es un cambio radical. En todo caso, pensé que Preston querría posponer la boda. Estaba nervioso, eso me dijo. Ahora es todo lo contrario. Lo único que dice es que nos quiere unidos cuanto antes. ¿Pero de dónde habrá sacado esa idea? No es propia de él. Preston es más de postergar las cosas, es su padre el impaciente. Últimamente es como si un extraño se hubiera disfrazado de Preston. Su forma de moverse, sus expresiones… Algo no va bien —Minnie apretó sus manitas en unos puños—. Oh, es tan frustrante… Pensarás que estoy loca. Una chalada que se queja de su nuevo novio con el viejo…

—¿Tan viejo soy?

Me dio un golpe suave en el pecho, justo sobre el corazón.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Minnie dejó su mano ahí, y entonces extendió los dedos y los presionó contra mi camisa, sintiendo cómo mi corazón retumbaba. ¿Cómo no iba a notarlo? Tomé su muñeca y aparté la mano con cuidado.

—A menudo, los hombres no saben expresar sus sentimientos. Puede que sea tan simple como eso.

—¿Y crees que las mujeres no se ponen nerviosas? ¿Es el hombre adecuado? ¿Lo es?

Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Tienes dudas, Minnie?

Reflexionó sobre la pregunta un par de segundos.

—No —dijo rotundamente—. Preston y yo estamos hechos el uno para el otro. Lo único que quiero es que vuelva a ser el de antes. ¿Sabes lo que creo que pasa?

—¿Qué?

—No lo ha cambiado algo, sino alguien —Minnie bajó el mentón y me apuntó con su uña pintada.

—¿Quién?

—¡Juan Hugo! Él es el que lo ha cambiado. Ese hombre ha tomado el control de nuestras vidas prácticamente, o lo hubiera hecho si yo no lo hubiese impedido. Preston sigue bajo su hechizo. Es peor que otra mujer.

—Pero Balthazarr se pasa el día en la Colonia y nunca he visto a Preston por allí. —Me sorprendió oír el nombre del surrealista. Si Preston no se relacionaba con Nueva Colonia, Minnie aún menos. ¿Cómo iba un pintor visitante a tener impacto alguno en su relación?

—¡Eso es! —Minnie se levantó del sofá con un salto—. ¿Siempre hace tanto frío en vuestras habitaciones?

—No me había dado cuenta.

—¿No tienes una botella que podamos beber?

Yo fruncí el ceño, confuso.

—¿De alcohol?

Minnie puso las manos sobre sus torneadas caderas.

—Alden, quiero algo de beber.

—¿Por qué no me lo pediste antes?

—Acabo de hacerlo. Dame un cigarrillo, amor. Estoy pasando por un mal momento.

Le pasé mi pitillera y el mechero y fui a buscar una botella de *whisky*.

—¡Dios! —la escuché gritar—. Los hombres son tan literales… Y pueden ser tremendamente aburridos.

Volví con la botella y se la pasé antes de ir a buscar unos vasos.

—¿A qué se dedica Preston últimamente? Te lo diré: a ir con Balthazarr. A la casa que alberga la Orden, para tomar brandy con Carl Sanford y sus visitas. «Me voy a dar una vuelta con Juan Hugo, cariño». Somos nosotros dos los que nos casamos, debería pensar en ello, en nuestro evento. Sobre todo, si va a tener lugar antes de lo planeado.

Guie a Minnie de vuelta al sofá y ella se acurrucó junto a mí.

—Dices que Balthazarr está influenciando a Preston de forma negativa…

—Sí, eso es. —Percibí el perfume de Minnie, un aroma fuerte y cítrico en un primer momento, pero que luego se asentaba como un olor cálido y avainillado. Era elegante, aunque también triste; olía a sábanas de seda y horas solitarias. Me preguntaba cómo sería su vida de ahora en adelante.

—¿Te importaría darme más detalles? —Sin darme cuenta, vi que mi mano acariciaba su antebrazo desnudo, provocando que su vello rubio se erizase y se le pusiese la piel de gallina. Advertí que la mía también se había puesto así.

Minnie se relajó y sus hombros cayeron como si estuviera hipnotizada.

—Preston cambió la fecha de la boda por él. No lo admitirá, pero sé que esa fue la razón. Me hizo cambiar la fiesta al hotel Portal de Plata.

—¿Fue Balthazarr el que lo sugirió? Preston me dijo que estabas pensando en hacerlo la mañana en la que Juan Hugo llegó. ¿Ves? No pudo haberle dado la idea a Preston.

—Pues no sé cómo lo habrá hecho, pero lo hizo. Como un truco de Houdini, o algo…

Ahora era yo el que tenía mis dudas sobre Preston y Balthazarr. ¿Estaba Preston bajo la influencia de aquel hombre hasta un punto que no había percibido? Me sentía idiota por no haberme dado cuenta, si es que era cierto.

—Celebrar la boda en el Portal de Plata será genial… —continuó Minnie, ajena a mis elucubraciones mentales—. No puedo quejarme de la calidad de lo que me rodea. Preston no para de decirme lo brillante que se volverá nuestro futuro cada día.

El sol invernal se abrió paso entre las nubes e iluminó el suelo de mi apartamento. Lo observamos como nuestros ancestros habían observado sus fuegos, fascinados, buscando un significado oculto.

—¿Él dijo eso? Siempre he creído que vosotros teníais un futuro brillante por delante.

—Yo también… —Minnie rellenó el vaso hasta arriba—. Es como si de repente hubiese visto algo, y no solo respecto a la boda, sino a todo. Como si hubiese hecho una inversión y fuera a recibir un beneficio mayor del que esperaba. Suena como uno de esos terroríficos y viejos maquinadores. Aunque en realidad no es para tanto. Es solo que… hay algo más. Un secreto, un evento doble del que no me ha hecho partícipe. Dicho en voz alta parece una locura aún mayor que

cuando solo son murmullos en mi cabeza.

El temor, cuando llega, es como caer hacia dentro de ti mismo. Ahora me sentía así. Mis dos amigos…

Minnie se acurrucó junto a mí. En cierto modo me sentí como si estuviera expuesto, y un miedo involuntario se apoderó de mí como una enfermedad. Temía tocarla, aunque lo hice y no dije nada al respecto.

—¿Está Preston metido en alguna sociedad secreta? —pregunté, cambiando de tema.

Minnie alzó la cabeza para mirarme.

—¿La Orden de Plata? Eso es más cosa de su padre.

—¿Y qué hay de Nueva Colonia? ¿Ha dicho algo interesante sobre ello?

Minnie parpadeó y supe que estaba repasando conversaciones pasadas.

—No lo creo.

—Solo lo pregunto porque Juan Hugo es el mandamás de la Colonia. La gente lo venera. Diablos, incluso yo lo hago. Es casi como un culto, con la cantidad de seguidores que tiene —contemplé el radiante sol que bañaba los tablones de madera—. Hace rituales falsos. Pensaba que era arte dramático, tiene talento para el espectáculo; pero ante el público adecuado, causa un efecto deslumbrante. Puede que Preston descubra que ha sido hechizado. Después de todo, actúa como si siguiese bajo la influencia de Balthazarr, como si fuera su maestro, por así decirlo. —Intenté evitar por todos los medios mostrarle a Minnie el pánico que me invadía por dentro. Ya tenía bastantes preocupaciones.

Ella se sentó pesadamente contra mí, parpadeando. Yo tomé su copa y, cuando habló, había un deje rotundo y ligeramente insultante en sus palabras.

—Cuando estamos a solas, Preston no es el mismo. Me sonríe como si me estuviera engañando, como si por dentro me odiase.

—Suena terrible. —Minnie era importante para mí, pero en ese momento, quería huir.

—Mañana es la despedida de soltero de Preston —dijo Minnie.

—Lo sé, voy a ir.

—Balthazarr es su nuevo padrino, ¿te lo ha contado Preston? Se suponía que iba a ser Clark, pero ha desaparecido. Su familia ha contratado a un detective privado porque piensan que podría estar muerto. —Inclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

Mi garganta se bloqueó. No podía hablar.

—Ten cuidado cuando salgas con ellos. Tengo el horrible

presentimiento de que va a pasar algo espantoso que arruinará nuestras vidas.

Minnie comenzó a roncar y las nubes ocultaron el sol, atenuando el suelo, el apartamento y todo lo que había en su interior.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Horas después, me desperté solo en la oscuridad, en el sofá. Minnie se había ido y podía escuchar ruidos en el pasillo: una especie de riña y dos voces, tensas y cada vez más fuertes. No podía distinguir ninguna palabra. Tras un momento de confusión, me sacudí para despertarme y avancé a tumbos hacia la puerta, esperando que Nina no hubiese pillado a Minnie escabulléndose de mi apartamento, algo ebria y pareciendo culpable de algo.

Efectivamente, Nina estaba allí; pero no estaba discutiendo con Minnie, sino con otro hombre que no reconocí, vestido con un traje de raya diplomática y un sombrero de fieltro hundido.

—Métete en tus asuntos, amigo —me dijo. Podía oler su aliento a *whisky* y sus ojos estaban rosados de beber y fumar en establecimientos ilícitos. Era difícil pasar por alto el bulto bajo su brazo, pero cuando agarró el codo de Nina y la apartó de la puerta con un tirón, no tuve alternativa.

—Ella es asunto mío —dije, y lo tumbé de un golpe.

Sus reflejos eran lentos debido a los excesos, o eso o tuve suerte, porque había acertado en el punto justo para noquearle. El tipo duro se desplomó y le arrebaté el arma justo en el momento en el que sus pestañas temblaron. Entonces le golpeé con el mango de la pistola, mandándole de vuelta al país de los sueños.

—¿Te ha hecho daño?

—Nada que no hayas visto —respondió Nina—. Le dije que, aunque agradecía que me acompañase a casa, nuestra noche había terminado. No le hizo demasiada gracia. Podría haberme ocupado de él, pero gracias.

—No me las des.

No pude evitar fijarme en que Nina iba vestida para una noche de diversión. Iba ataviada con un estilo *flapper*, con lentejuelas y flecos con cuentas; su ropa de seda sonaba con cada uno de sus movimientos. Parecía como si hubiese pisado alquitrán negro y luego hubiera sumergido los pies en un saco de polvo dorado. También llevaba una banda de plumas y las suficientes perlas alrededor del cuello como para que cualquier pescador de perlas que la encontrase se jubilara. Aquel no era el aspecto habitual de Nina. Se había propuesto no pasar desapercibida aquella noche, y supuse que lo había

conseguido.

—Traté de perderle de vista en la puerta, pero se abrió paso a empujones.

—¿Qué deberíamos hacer con él?

Decidí arrastrarlo por las escaleras hasta la puerta de entrada. Después, tiré de sus talones para atravesar el césped hasta la calle, donde lo tiraría por la alcantarilla.

—¡Qué pena de traje! —dije para mí mismo mientras encendía un cigarro.

—¡*Amigo*! ¿Qué haces aquí fuera sin chaqueta?

Balthazarr cruzó la calle en diagonal hacia donde me encontraba. Llevaba un abrigo largo y negro y, si no hubiera dicho nada, nunca le habría percibido fundiéndose con las sombras.

—Sacar la basura.

Nina nos observó desde la entrada de la mansión y, al ver a Balthazarr, se apresuró a bajar la escalera para unirse a nosotros.

—Un invitado ha abusado de nuestra hospitalidad.

—La grosería es un crimen imperdonable para mí. —Balthazarr nos pidió un relato detallado de lo ocurrido y Nina procedió a hacerlo. Pareció impresionado por mi acción decisiva.

—Ya está —dije.

—No lo creo. —El artista cogió al matón y lo cargó sobre sus hombros.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Enseñarle a comportarse como un hombre.

Balthazarr rodeó el jardín lateral de la mansión hasta llegar a la parte trasera de la Colonia. Yo me estaba congelando, vestido únicamente con una camisa, pero le seguí. Nina, que no se había quitado el abrigo en ningún momento, nos siguió el rastro, sorteando la hierba helada con sus tacones de oro.

—No es que esté defendiendo a este tío —dije—. Estaba ebrio y es un estúpido, pero lo saqué, y no creo que le haga ninguna gracia descubrir que me he quedado con su pistola. Podemos dejar que se vaya.

Balthazarr guardó silencio. Cargaba con el hombre inconsciente fácilmente, como si su cuerpo no pesara nada. Ni siquiera respiraba con dificultad. Sus potentes piernas chocaban contra la hierba congelada que crecía en la parte trasera de la propiedad, pisándola con fuerza mientras se encaminaba hacia el río sin detenerse hasta llegar a la orilla. El vaho emergía de su boca tan espeso como el humo blanco. ¿Qué iba a hacer? No podía cruzar el río con el hombre a cuestas, pues el Miskatonic aún no se había congelado completamente.

A lo largo de la rivera, turbias lenguas de hielo dibujaban largas y delicadas curvas sobre el agua negra. El hombre que cargaba Balthazarr gimió, pero el artista miraba fijamente hacia la otra orilla del río sin pestañear. Murmuró algo, una oración, en un idioma extranjero. No podía descifrar todas las palabras, solo sabía que no era español.

—¡Esperad! —gritó Nina,

Pero ya era demasiado tarde.

En un notable alarde de fuerza, el español levantó el cuerpo inconsciente del camorrero por encima de su cabeza y lo lanzó al agua, más allá de la ribera cubierta de nieve. Se produjo una explosión en el río y el cuerpo se hundió. Balthazarr se alejó del agua sin mirar atrás y yo me quedé mirando fijamente el punto en el que se había hundido, perplejo, esperando ver si el hombre salía a la superficie y empezaba a revolverse en busca de ayuda. Registré la ribera en busca de un palo o algo que pudiera usar para tirar de él hacia la orilla, pero el hombre nunca emergió.

—Lo ha matado —dijo Nina. No podía creer lo que había presenciado.

Yo tampoco. Me negaba a hacerlo.

—La corriente se lo habrá llevado río abajo. Seguro que ha salido a la superficie, solo que nosotros no lo hemos visto.

—Esa agua es mortífera. Lanzarle ahí es como tirarle al fuego —dijo Nina.

«Como a una pira», pensé. «Como un sacrificio ritual».

Volvimos a la mansión, donde Balthazarr nos esperaba ya en el apartamento, cantando para sí mismo una canción de alegría y euforia. Puede que fuera una canción de borrachos, pero no era española. Aquel idioma sonaba obstruido, gutural y ronco, pero él la cantaba con entusiasmo. ¿Acababa de decir «*Yuyu-Vabadaa*»? No lo sé. Puede. Seguramente sí.

Cuando le alcanzamos, estaba sonriendo y nos atrapó entre sus grandes brazos peludos, atrayéndonos hacia sí.

—¡Sois mis amigos! ¡Mis nuevos amigos! ¡Me encanta Arkham en invierno!

—Juan Hugo, ¿qué has hecho? —preguntó Nina, incrédula.

El pintor miró sobre sus hombros al Miskatonic.

—He hecho un regalo.

—¿Un regalo? —Nina no iba a aceptar aquello. Su actitud despreocupada hizo que su agitación aumentara—. ¿Cómo puede importarte tan poco la vida humana? ¡Has asesinado a ese hombre!

Balthazarr inclinó la cabeza hacia atrás y aulló a carcajadas.

—Creo que será mejor que volvamos adentro —le dije a Nina. No quería enfadar a Balthazarr.

—¿Asesinado? ¿He asesinado un mafioso que había tratado de entrar a la fuerza en tu casa? ¿Sientes compasión por este bruto que no supo controlarse? No, no. —Balthazarr negó con la cabeza.

—Has ido demasiado lejos, Juan Hugo. El asesinato no está bien visto en Arkham —dije.

—Y dale con lo de asesinar. ¿Qué es eso de asesinar? Alden, Nina, mirad a vuestro alrededor. En vuestra ciudad abunda el crimen. Su industria se basa en la explotación y la violencia de una clase sobre la otra. Huesos, esta ciudad está construida sobre huesos. Pero yo soy solo un mero visitante. Y, sin embargo, ¿de qué se me acusa? ¿De ahogar al chucho que atacó a mis amigos?

Nina señaló a Balthazarr con el dedo.

—No te saldrás con la tuya. Es una barbaridad.

—Creo que no entiendes la barbarie —dijo—. Solo crees que lo haces.

Empezamos a alejarnos y Balthazarr gritó:

—¡Amigos! ¿Lo veis? ¡Ahí, bajo la farola!

Nina y yo nos detuvimos y miramos al final del bloque, donde el río giraba hacia la carretera. La orilla del río tenía una terraza y unos escalones de piedra sobre los que los pescadores se sentaban para lanzar el anzuelo. La figura de un hombre se arrastró hacia el círculo iluminado por la luz. En realidad, estaba compuesto de sombras y era poco más que una masa animada que salpicaba agua sobre el pavimento, exudando zarcillos de vaho y tiritando con tanta violencia que sus vibraciones emborronaban su silueta hasta convertirla en una mancha indefinida.

—¡Está vivo! ¡Os habéis preocupado en vano! —Balthazarr volvió a reír y retomó su canción ronca y estridente, cuyo áspero estribillo sonaba como el croar de un pantano; una tos con flema repetida una y otra vez—. Buenas noches, amigos. Sois de corazón blando. Soñad, mis soñadores. ¡Soñad!

—¿Es ese el hombre que te acompañó a casa? —le pregunté a Nina —. ¿Ha salido del río?

—Está demasiado lejos para asegurarlo… pero ¿quién más…?

La figura al otro lado de la manzana se alejó con pasos cortos.

—Balthazarr tiene razón. Le ha enseñado a ese hombre una lección. Nadie ha muerto, podemos irnos a dormir.

—Él no sabía lo que iba a pasar. —Nina abrió la puerta de entrada.

—No ha pasado nada.

Ella subió las escaleras hasta nuestro piso y, al llegar a la cima, se

detuvo.

—Sí que ha pasado —dijo.

Atravesó el umbral de su apartamento sin invitarme y cerró la puerta tras ella.

Yo me fui a mi habitación y me desplomé sobre la cama, durmiéndome con la ropa puesta hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—Tengo que ir, tú misma lo has dicho. Preston necesita un amigo que lo mantenga alejado de los problemas. —Estaba de pie frente al espejo de mi habitación, atándome la pajarita. La noche no había tardado en caer y una oscuridad aterciopelada oprimía mi ventana, adornada con una fina barba de hielo que se había congelado sobre el alféizar.

Nina no estaba dispuesta a ceder.

—He cambiado de opinión. Tú eres más importante para mí de lo que Preston lo ha sido nunca, y recuerda que lo conozco tanto como tú, o mejor. Es muy ingenioso y el responsable de sus propios actos. Esta situación es demasiado peligrosa, ya vimos de lo que Balthazarr era capaz ayer. Ese hombre es impredecible. No puedes presentir lo que ocurrirá esta noche; no puedes porque no lo sabes.

Me acerqué a la cama en la que estaba recostada y la besé.

—Precisamente por eso debo estar allí, para proteger a Preston de sucesos imprevisibles. —No le había contado a Nina lo de la visita de Minnie ni su alarmante relato sobre los cambios recientes en su prometido. Estaba más preocupado por mi viejo amigo de lo que mostraba, pero compartirlo con Nina solo afianzaría su determinación de que me quedase en casa, y Preston necesitaba mi apoyo.

—Pronostico que varios imbéciles beberán demasiado alcohol, hablarán con osadía y fumarán más cigarros de los que deberían. Se cansarán pronto de la compañía de los otros porque ya no son tan jóvenes como antes y fin.

Nina se levantó de la cama para peinarme el cabello hacia atrás.

—No me hace mucha gracia, pero es tu decisión. —Su frialdad transmitía una desaprobación total.

Me peiné el pelo, observando a través del espejo cómo Nina se alejaba hacia la entrada. Terminé de arreglarme. Sin embargo, me quedé donde estaba, con los ojos clavados en el reflejo de Nina, que abrió la boca para hablar.

—Por favor, ahórrate tus argumentos —dije—. Voy a ir.

Vi un destello de ira candente.

—¡Pues vete! Serás tú quien se arrepienta de no haberme escuchado. —Se fue enojada, haciendo resonar sus tacones a su paso por mi habitación sin detenerse hasta llegar a mi estudio. No tardaría en irse por la puerta, así que me volví y corrí tras ella.

—¡Espera! ¡Nina!

Ella tenía ya la mano sobre el pomo de la puerta y estaba mirando fijamente el fantasmal mensaje escrito sobre los tablones de madera que la gárgola nos había dejado; aunque apenas era visible bajo la luz de la lámpara.

—Te iré a ver cuando llegue a casa, si es lo que quieres —dije.

Nina se fue sin añadir nada más, dejándome ahí plantado.

Fui hacia el armario y saqué mi abrigo, mis guantes de piel y mi bombín negro. Me esperaba una noche larga y fría.

• • •

Tomé un taxi hasta la plaza de la Independencia. No perdí ni un segundo en entrar al parque, pues la cruel temperatura me incitaba a seguir adelante. El parque albergaba a personajes ocasionales y desagradables al caer la noche. No tardé en reconocer a los merodeadores deambulando alrededor de la Roca del Fundador cerca de medianoche, contaminando el aire con el humo de su tabaco caro. Mis compañeros juerguistas *pour la nuit*.

—¡Ahí estás, Oakesy! —dijo Preston, sujetando su habano de importación.

—Deja que te vea —dije, sonando más preocupado de lo que pretendía.

Preston hizo una mueca extraña y me tendió una petaca de plata. Estaba algo demacrado y tenía los ojos enmarcados por ojeras, pero su piel estaba rosada por la bebida. En general, no parecía un hombre atormentado.

—Necesitas ponerte al día —dijo, y a juzgar por su aliento y la forma en la que se tambaleaba, decía la verdad. Me dio un puñetazo infantil en el brazo. Tanto él como Minnie disfrutaban mucho repartiendo pequeños golpecitos durante las conversaciones, y me los imaginé de ancianos en la mansión Fairmont, abandonando todo lenguaje para comunicarse por medio de puñetazos y codazos.

—¿Quién está en el equipo de esta noche? ¿Connors y Read? ¿Westy «Ojo de bicho»? ¿Habéis convencido a Thurlow, Shattuck y Nettleton? Me temo que una reunión con esa banda acabaría conmigo.

Pero por lo visto, no había nada de lo que preocuparse. Ningún miembro de nuestro antiguo grupo acudió a la despedida de soltero de Preston. ¿Se habrían alejado solo para ser reemplazados por los nuevos colonos? Sin contarme a mí, había seis colonos en el grupo de aquella noche, aunque nunca había visto a Preston con ninguno de ellos antes. Del extremo opuesto de la Roca del Fundador emergió Juan Hugo vestido con capa y sombrero. Caminaba apoyándose en un

bastón; no porque lo necesitara, sino por el efecto. El palo era de endrino y el mango podría tratarse de una peculiaridad bulbosa natural, pero parecía tallado y ciclópeo.

—Hace unos días leí en el periódico que mi compatriota Ramón Franco había cruzado el Atlántico en un avión, de España a Sudamérica, en menos de dos días y medio. Imaginad lo que habrían hecho los conquistadores de haber tenido aeroplanos. Nuestro mundo se reduce rápidamente, mis amigos. Cada día se hace más pequeño y pronto implosionará de forma violenta, como una estrella masiva. ¿Adónde iréis cuando no quede ningún lugar al que huir? ¿Dónde estaréis cuando todo colapse? —preguntó.

—Donde esté bien y haya alcohol. —Preston inclinó hacia atrás su petaca, ahora vacía. Le dio unos golpecitos para que las últimas gotas de *whisky* cayeran en su boca y luego tapó la botella antes de lanzarla entre los arbustos.

—¡Eh, que era de plata!, ¿no?

El colono que había hablado se llamaba Devereaux. Escribía poesía de inspiración dadaísta recortando poemas épicos (los que más triunfaban eran *Beowulf* y la *Divina Comedia* de Dante) y mezclándolos con anuncios de los periódicos locales. Luego reagrupaba los fragmentos aleatorios en bloques de texto de los que suprimía alguna que otra vocal para después recitarlos en voz alta. Según él, su propósito era destruir el lenguaje. Solía quejarse de que la suya era una tarea imposible, aunque yo creo que hacía un trabajo bastante decente.

—¡Que le den a mi plata! ¡Tengo veintinueve más en casa! —gritó Preston.

Balthazarr frotó la Roca del Fundador con su mano desnuda y la mirada fija en el cielo.

—Hace frío, ¿verdad? —preguntó un pintor llamado Fowler, agachándose sobre sus pies.

El surrealista estudió la piedra alargada dedicada a los primeros colonos de Arkham.

—No para mí. El menhir arde con la energía proveniente del núcleo de la tierra.

—Eso es que te estás congelando —dije.

Balthazarr me observó curvando sus elásticos labios en una sonrisa estrafalaria, pero las sombras llenaban cada surco de su rostro. Pese a que era un hombre apuesto, su mueca era de una vivacidad grotesca, o puede que fuera la iluminación eléctrica irregular del parque. Esquirlas de cristal de lámparas rotas salpicaban la acera. Vándalos, supuse. Rufianes. Nada más siniestro que aquello. ¿Estaba tratando de

convencerme a mí mismo? ¿O es que cada detalle era una pista sobre una amenaza oculta?

—Voy a morir esta noche. —El tono de Preston me sobresaltó y me obligó a observarle con una inquietud genuina. Él señaló el suelo—. Me congelaré literalmente donde estoy ahora.

—¿Adónde vamos, señor Balthazarr? —dijo el otro pintor que siempre iba pegado a Fowler, Jeremy Whipple. Murió no mucho después de aquella noche: después de navegar hasta Australia para pintar escenas de la vida rural, cayó bajo un cultivador Sundigger.

—A La Bella Luna. —Balthazarr masticó cada palabra como si mordiese un fruto suculento.

—¡A La Bella Luna! —gritó Preston.

Y nueve hombres de la ciudad bien vestidos entonaron su mantra.

Estaba demasiado sobrio para disfrutar de nuestro desfile por Garrison Street, así que fue un alivio llegar a nuestro destino. El calor en el interior de La Bella Luna parecía excesivo, un clima tropical que contrastaba con la tundra del parque. Lo prefería, pero no tardé en romper a sudar y mi frente quedó salpicada de gotitas. El restaurante italiano estaba vacío a última hora de la noche. No me había dado cuenta de que nuestra intención era cenar, y mis compañeros (a excepción de Preston y Balthazarr) parecían igual de confusos. Este dio unos golpecitos con su bastón en el podio, convocando a un conserje encorvado que repartió nueve menús.

—Permíteme —dijo Preston.

Balthazarr accedió a que uno de los hijos nativos de Arkham tomase el mando.

—¡Marco! Marco, ¿verdad? —preguntó Preston, y el conserje inclinó su cabeza levemente en señal de reconocimiento—. Marco, ¿podrías darnos una mesa privada adecuada para el tamaño del grupo? ¿En el piso de abajo, quizás? —Preston nos devolvió una fugaz mirada traviesa.

—Estamos llenos en este momento, señor —respondió Marco—. Quizás pueda volver más tarde.

Yo miré boquiabierto las mesas vacías y luego sonreí al entender lo que aquel intercambio significaba en realidad.

—Siempre tengo una mesa reservada en el piso de abajo. —Preston añadió un guiño teatral.

—Por aquí, señor. Por favor, síganme. —Marco volvió a colocar los menús en su sitio y le seguimos la pista a través del restaurante, cuyas paredes estaban empapeladas con flor de lis de terciopelo dorado. Más allá de la entrada en la cocina había una segunda puerta escondida tras la esquina. Marco la abrió, revelando una escalera de madera y

los acordes de un piano tocando jazz que se filtraban desde el piso inferior.

Preston le dio una propina a Marco y descendimos por el pasadizo.

—Dígales que Marco ha dicho que les dejen entrar —gritó el conserje a nuestras espaldas.

Al pie de las escaleras encontramos una barrera de acero con una mirilla abierta en el centro. Preston repitió las palabras del conserje y el cerrojo se abrió, permitiendo que el estruendo de la música se colase por la puerta al entrar.

—Bienvenidos al Clover Club, chicos. —Una imponente pelirroja engalanada con un tocado nos recibió. Tenía unas pestañas arácnidas, las manos grandes y un revólver de seis tiros en la cadera—. No se permiten armas, así que dejad aquí vuestras pistolas. Si me mentís, os arrepentiréis. ¡Ooh!, me encanta tu barba, cariño.

La camarera se acercó hasta quedar a unos centímetros de Balthazarr y le pellizcó la perilla.

—Es usted una mujer muy alta —dijo Balthazarr, sonrojándose.

—Soy de Texas. Todo es grande en Texas. ¿Qué hay de tu bastón? ¿Tienes una espada dentro?

—No, señorita. Es madera natural maciza.

La camarera extendió la mano y Balthazarr posó sobre ella el bastón; lo comprobó en busca de cuchillas ocultas y luego se lo devolvió.

—Si noqueas a alguien, usaremos esa cosa para romperte las piernas, ¿entendido? Este es un lugar pacífico. No nos gustan las travesuras.

Balthazarr abrió mucho los ojos como si estuviese aterrorizado y fingió que temblaba.

El piso inferior de La Bella Luna albergaba un bar clandestino en pleno apogeo a media noche. Las paredes de ladrillo, parte de los cimientos originales del edificio, retenían la mayor parte del ruido; y las opulentas cortinas de color verde oscuro que colgaban desde el techo hasta el suelo por todo el club amortiguaban el resto. Ornamentado con palmeras plateadas, el escenario brillaba en el centro de la sala principal; tocaba una banda de jazz, la misma que había tocado durante la fiesta de Preston y Minnie en el observatorio. El pianista comenzó a cantar una canción sobre el amor perdido y recuerdos a los que era mejor no volver.

—¿Habéis visto este sitio? —dijo Whipple, mirando de un lado a otro.

Fowler le dio un codazo.

—Actúa como si no fuera la primera vez que vienes.

—Pero es que nunca había estado aquí. ¿Y tú?

Fowler negó con la cabeza y señaló una hilera de arcos en el fondo de la sala, cuya entrada estaba parcialmente oculta con cuerdas de cuentas de cristales multicolores que repiqueteaban con cada movimiento. Hombres y mujeres atravesaban las cortinas para entrar y salir, permitiendo entrever mesas cubiertas de felpa, gente jugando a las cartas y ruletas girando sin parar.

—Los grandes apostadores deben andar por allí. Me gustaría echar un vistazo.

—Vamos, amigos. Poneos cómodos. Oakesy y yo vamos a buscar una mesa, así que volved cuando estéis listos. Aquí tenéis algo de capital inicial. —Preston sacó algunos billetes de un buen fajo de lechugas verdes y frescas—. Veamos quién es el afortunado esta noche.

Fowler, Whipple y Devereaux se dirigieron a la sala de las cartas y los otros tres nuevos colonos, cuyos nombres no importan, cogieron su dinero y avanzaron como una hilera de autómatas hacia las mesas de póker del club, donde abandonarían nuestra historia para no volver jamás. Mientras, Balthazarr, Preston y yo vagamos sin demasiada prisa hacia la barra de la esquina. Preston pidió tres *whiskies* y Balthazarr fue en línea recta hacia una mesa vacía. Allí, un toro vestido de esmoquin lo detuvo para informarle de que aquella mesa estaba reservada y debía buscarse otra. Balthazarr se disculpó sin romper en ningún momento el contacto visual con el portero.

—Allí hay una mesa —dije—. Esa gente se va. —Cogí una silla y me senté.

—La mesa que has intentado robar es la de Naomi O'Bannion, Juan Hugo. Está terminantemente prohibido hacerlo —dijo Preston, tomando asiento entre Balthazarr y yo.

Reconocí el nombre de Naomi del campamento de los contrabandistas. Winston la había mencionado durante su conversación con Freddie en el camión de hielo mientras yo me arrastraba entre las caballas. Mi mente volvió de pronto a la cuneta y a sus rostros ciegos mirando boquiabiertos las estrellas a través de las agujas de los pinos.

—¿Quién es O'Bannion? —preguntó Balthazarr, dando un sorbo a su bebida de contrabando.

—Su familia está en el negocio del ocio. El prometido de Naomi es Peter Clover, el dueño de este sitio.

—Ah, así que ese matón es su matón. —Balthazarr seguía observando al culturista del club.

—Alguien va a hacer su agosto esta noche. Este sitio está hasta los

topes —comenté.

—Alden nunca ha estado aquí —dijo Preston—, pero a Minnie y a mí nos encanta. Este club es realmente cautivador. No te creerías las cosas que he visto aquí abajo, auténticas locuras.

—Me lo creo. —Miré a Balthazarr, quien se giró para devolverme la mirada y alzó la copa. ¿Sabría Preston lo del temperamento de su amigo?

Preston saludó con la mano a una cigarrera, quien esbozó una sonrisa al verle y se abrió paso en nuestra dirección. Todos en la sala advirtieron su presencia, con sus rizos cortos y dorados, sus piernas de bailarina y su falda centelleante de color rojo y dorado que rebotaba con cada uno de sus pasos. Aunque eso no era suficiente para explicar toda esa atención. Tenía un aura brillante y contagiosa, y algo decía que su risa ronca y su inteligencia combinarían con su apariencia pícara. Puede que esa noche fuera una cigarrera, pero no lo sería por mucho tiempo. El mundo tenía grandes planes de futuro para ella, y ella también. Cuando llegó a nuestra mesa, un mar de rostros se giró hacia nosotros; incluso puede que algún foco la iluminase. Hizo un movimiento practicado con la mano sobre su bandeja de productos.

—¿Qué desean, caballeros? Cigarrillos, chicles, golosinas, una flor para una dama…

—¿Tienes cigarros? —dijo Balthazarr.

—Por supuesto, ¿cuántos serían? —Llevaba el casquete dorado tan inclinado sobre su cabeza que parecía que se le iba a caer en cualquier momento, haciéndote sentir la necesidad de atraparlo antes de que cayese. Pero sabía lo que hacía, y este se mantenía en su sitio. Sus ojos eran oscuros, como la miel de trigo sarraceno; y su piel tenía un resplandor dorado.

—Con uno bastará. —Balthazarr presionó las monedas contra su mano.

—Yo compraré un paquete de cigarrillos, de esos de ahí con el dromedario —señaló Preston—. Dime, ¿sabes si esta noche sirven algo de champán?

—¿Es su cumpleaños?

—No, me caso.

—Una mujer afortunada.

Preston tomó la caja de cigarrillos, dejando que sus dedos rozasen su muñeca, y ella hizo un puchero.

—Podría preguntarle a Glenda por el champán. Es la chica del disfraz egipcio.

—Gracias —respondió Preston—. Quédate el cambio.

Ella miró el billete que le acababa de dar.

—¡Gracias!

Las cabezas la siguieron a su paso y las luces se atenuaron hasta que la sala quedó prácticamente a oscuras. Tras ello, el jazz sonó con más fuerza todavía. La gente comenzó a llenar la pista de baile mientras otros meneaban los hombros desde su asiento en las mesas (o sobre ellas) o apoyados contra la barra del bar. Incluso los jugadores más aplicados no podían evitar seguir con sus pies el ritmo de la batería y el bajo.

Preston consiguió su botella de champán, que sabía a oro líquido y gélido.

A medida que la noche avanzaba, apenas nos movimos de nuestras sillas. Sentí como mi rostro se entumecía cada vez más. Devereaux se pasó por nuestra mesa para tomar una copa y nos informó de que Whipple y Fowler iban ganando al bacarrá. Él había perdido sus últimas apuestas y estaba tomándose un descanso para ver si su suerte cambiaba. Luego se perdió entre el oscuro mar de cuerpos para hablar con una chica del bar, pero cuando apareció de nuevo, estaba pálido o le habían tirado una bebida por encima, o estaba empapado de sudor. Volví a encontrármelo en el aseo de hombres, encorvado sobre un lavabo tosiendo o sollozando. Cuando le pregunté si algo iba mal, hizo un gesto para que me fuera. A alguien se le había torcido la noche. Whipple y Fowler sí habían ganado algo de dinero, aunque Fowler había desatado la ira de un aristócrata ruso en la mesa de bacarrá y el eslavo le había retado a un duelo. Fowler se había reído de él como única respuesta, lo que sacó aún más de quicio a aquel hombre, y el ruso explotó, arañándole la cara y haciendo que ambos fueran expulsados del club. Whipple acordó llevar a Fowler al hospital para que le dieran unos puntos.

A pesar de lo tarde (o temprano) que era, la multitud no dejó de crecer. Las luces se iluminaban y volvían a atenuarse y en algún momento, sin que me diera cuenta, la música cambió y una mujer comenzó a cantar, pero me costaba dar sentido a sus palabras. Era como uno de los poemas de Devereaux, un revoltijo al que habían quitado o añadido palabras; aullidos que no tenían nada que ver con el jazz, sino que parecían un lamento desanimado proveniente de siglos y continentes muy lejanos. No había energía en él, solo dolor. Incluso me pareció oírle cantar algo como «*Yuyu, Yuyu*». Pero para entonces ya estaba borracho y dudaba de mis propios oídos.

La cantante anunció que iban a tomarse un descanso y me sorprendió ver a Balthazarr escondido entre las sombras del escenario. El director del local tomó el micrófono.

—Tenemos un verdadero truco bajo la manga para vosotros esta

noche. ¿A quién le gusta la magia?

El público ebrio vitoreó y el director lo acalló.

—Calma, mis celebrantes. ¡Os dejo con Balthazarr el Magnífico!

Le di un golpe a Preston, que se encogió de hombros y parpadeó, mirando con sus ojos vidriosos el círculo iluminado en el escenario. Balthazarr se acercó al micrófono con su bastón negro y un brillo en la sonrisa.

—Necesitaré a dos ayudantes del público. —Colocó la mano a modo de visera sobre sus ojos, fingiendo buscar voluntarios entre el gentío. Para la juerga que nos habíamos corrido, parecía tan sobrio como un abstemio empuñando un hacha. Yo apenas podía mantenerme sentado sobre la silla. ¿Qué estaba haciendo?

—Espero que no nos elija a nosotros. No creo que sea capaz de caminar —dije.

Preston recostó la cabeza sobre la mesa.

—Usted… y usted, señor. Sí, usted. Por favor, que todo el mundo reciba con un fuerte aplauso a este gentil caballero. —Balthazarr comenzó a aplaudir y el público se unió a él con una vigorosa ovación.

Preston alzó la mirada, asustado, pero no nos había escogido a nosotros. La cigarrera y el obstinado matón del esmoquin se unieron a él bajo la luz de los focos.

—Gracias. Ahora necesito que todo el mundo se fije en la punta de mi bastón. Miradla y vaciad vuestras mentes de todo pensamiento, lógica y razón. Concentraos únicamente en un vacío sin fin.

—Eso no debería ser demasiado difícil para… —trató de interrumpir un espectador.

—¡Silencio! —La orden de Balthazarr hizo callar al hombre y también al resto del local. Las salas de apuestas se habían quedado vacías; no había nadie repartiendo cartas ni tirando dados. Toda ruleta había dejado de girar. La gente estaba absorta, observando el escenario, y todas las miradas estaban puestas en el surrealista.

—Manteneos el uno junto al otro, muy bien. —Guio a la chica y al matón, colocándolos juntos. A sus espaldas, Balthazarr alzó el bastón por encima de su cabeza. El mango ciclópeo estaba demasiado lejos de la mesa como para que pudiera captar cada detalle, o verlo, directamente.

Pero, aun así, podía hacerlo.

Vi el ojo tallado en la madera, un orbe sin pestañas no mucho mayor que una canica de cristal normal y corriente que brillaba y parecía estar frente a mí, a solo unos centímetros de distancia, ardiendo y abierto de par en par. ¿Cómo era posible? Parpadeé, pero nada cambió. El ojo me quemaba.

—Esta es una ilusión llamada *Las dos llaves*. Yo seré el cerrajero, si os parece bien, y ellos serán las llaves. —El público soltó una risita nerviosa—. ¡Los usaré para abrir…! ¿Qué? ¿Qué veis?

El silencio se prolongó. No se oía ni una respiración, ni un susurro.

Nada.

De alguna manera, podía ver todo lo que ocurría en el escenario perfectamente, y al mismo tiempo veía con toda claridad el bastón de madera; ese ojo inmaculado sin párpados, el cíclope que Balthazarr alzaba en el aire.

—¿Lo veis? ¡Responded!

—¡Lo vemos! —Mis labios se movieron y sentí el espasmo involuntario de mis cuerdas vocales, la vibración de las palabras formadas en la garganta, la boca, los dientes, la lengua y los labios, pero que escapaba a mi control. Todo el mundo en la sala había hablado simultáneamente, como si nuestras voces fueran una.

—¿Veis alguna puerta abriéndose, por casualidad? —dijo Balthazarr.

—¡La vemos!

El orbe se expandió. Era como mirar a través de un telescopio: estrellas, galaxias, polvo y gases. La nebulosa. El cosmos. Una inmensa figura nadó a través del vacío, viva y muerta al mismo tiempo. Para ella, la vida no tenía significado alguno, ni la muerte consecuencias. La figura centró su atención sobre los espectadores. Sobre nosotros.

Un largo y rizado zarcillo cayó del oscuro techo sobre el escenario, seguido por otro y luego por otro más. Docenas de zarcillos que bailaban y se entrecruzaban entre sí. Un cúmulo de apéndices enrollados similares a una vid se unió en una trenza y se enroscó alrededor de la cigarrera; de su sombrero inclinado y sus rizos dorados, de su falda centelleante de color rojo y dorado y de sus piernas envueltas en medias. El resto de los zarcillos se enredaron y cerraron alrededor del cuello fornido del duro matón que se encontraba a su lado.

—Observador del más allá, Dios de las dimensiones inimaginables, Señor y sirviente de ninguno y de nada, Yuyu, ¡yo te invoco! Toma a este hombre y a esta mujer. ¡Estrella fugaz! Nace, ¡Un-Sun!

—¡Estrella fugaz! Nace, ¡Un-Sun! —repitió cada una de las personas que se encontraban en el Clover Club.

Las sogas conjuradas se cerraron de golpe sobre los dos voluntarios y los levantaron por los pies, alzándolos por encima del público. Observamos paralizados como comenzaban a ahogarse. El hombre asestaba patadas al aire y, cuando se asió a los bucles, estos afianzaron su agarre y cerraron sus vías respiratorias. La cigarrera se sacudió con

todo su cuerpo encerrado en un abrazo demoledor. Quise reaccionar, pero no pude. Sentía como si estuviera muy lejos de mí mismo. Como un observador. Como un ojo sin cuerpo.

Detrás de Balthazarr, la visión del cosmos se arremolinó como si estuviera proyectada en la pared. En el interior de aquella profunda y vertiginosa visión, la inmensidad que latía y nadaba se acercaba, cada vez más.

El cuerpo de Balthazarr se difuminó, vibrando a medida que aquella Cosa comenzaba a invadir dimensiones. Colores más allá de nuestro espectro de luz visible comenzaron a irradiar, ¡pero yo podía verlos! Los patrones se superponían: cintas y bandas onduladas de fluorescencia cambiante, garabatos, flores y brillos similares a gotas de tinta cayendo sobre el agua oscura… Me froté los ojos, que me abrasaban, y el pánico se apoderó de mí. Cuanto más profundamente miraba la pared, más era capaz de vislumbrar. Me asomé a vastas distancias, a todo el universo, boquiabierto, asombrado por su infinitud. Al mismo tiempo, los objetos que flotaban frente a mí eran analizados con rayos X por máquinas invisibles cada vez más poderosas que dejaban al descubierto sus estructuras subyacentes y los pilares esenciales de toda la creación. De forma vertiginosa, sentí como mi percepción se alejaba y acercaba, cómo mi cerebro se hacía polvo y mis sentidos se extendían más allá de los límites de la razón.

No era el único que estaba experimentando aquel mareo nauseabundo y cosmogónico. El inmenso vacío se cernió sobre nosotros y luego rugió. Nunca había escuchado el rugido de un dragón, pero este también escupía fuego. De pronto, el público se despertó de su trance comunal. Hombres y mujeres gritaron y se oyó un disparo. Los guardias del club sacaron sus armas y comenzaron a disparar anárquicamente al escenario, sin objetivo fijo, abatiendo a quien se encontrara en su camino en aquella cortina de fuego. Se inició una estampida hacia la puerta y los clientes se abalanzaron los unos sobre los otros, apartando a todo aquel que se interpusiera en su camino y bloquease su vía de escape. ¿De qué?

No podían nombrarlo por miedo, una oleada punzante de puro miedo demencial. No importaba quienes eran fuera del club: bandidos, jueces o ciudadanos de a pie, amantes del jazz, *flappers* o ayudantes de camareros, ricos o pobres, veteranos de la sociedad o ciudadanos comunes y corrientes dispuestos a pasar una noche en la ciudad de Arkham. Todos estaban en el mismo barco.

Todos habían elegido la noche y el sitio equivocados.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

No recuerdo haber salido fuera. De alguna manera, Preston y yo nos abrimos paso a empujones a través de la riada de clientes del Clover Club fluyendo a través de las puertas de La Bella Luna. Cuando la carrera por salir del restaurante se detuvo por un momento después de que una torpe pareja de borrachos tropezase y cayera en el umbral, un grupo de hombres frustrados cogieron varias mesas del restaurante y las tiraron a través de la ventana de cristal. Las esquirlas llovieron sobre la acera mientras Marco, el conserje, lo observaba todo con una expresión desconcertada.

No podía discernir si era yo el que guiaba a Preston o él me guiaba a mí. Parecía que nos alternábamos para apoyar al que se quedaba rezagado, física y mentalmente exhaustos, con nuestras mentes entorpecidas por haber bebido demasiado alcohol y champán y por las visiones persistentes de geometrías imposibles: el campo abismal de objetos conjurados que se arremolinaban sobre la pared de ladrillo trasera del Clover Club.

Debí desmayarme en algún momento. Recuerdo haber cogido a Preston de la mano y llevarlo hasta el final de la manzana, esquivando los coches de policía y los furgones que se apresuraban hacia el club. Atajamos por un callejón y saltamos una valla, delirando por el temor y con una risa nerviosa incontrolable. Las sombras corrieron a toda velocidad por nuestro lado; manchas fantasmales de tamaño humano que se precipitaban por las tristes avenidas, cuyos rasgos parecían emborronados. Bocetos a lápiz de personas, facsímiles veloces corriendo enloquecidos. ¿Serían estos otros cloveritas huyendo de un lugar que se había vuelto demasiado peligroso?

Debía ser eso.

Yo estaba empapado de un sudor frío. Preston respiraba con dificultad y sus costillas se agitaban con espasmos. Estaba a punto de preguntarle qué había visto en el club cuando un pedazo del vacío debió de alcanzarme, porque lo siguiente que sé es que estaba sentado apoyando mi espalda contra el duro y erosionado contorno de la Roca del Fundador, centrando mi atención en mi calcetín y mis dedos de los pies.

—Eh, ¡mira! —Aún nos estábamos dando la mano, y yo agité nuestros puños unidos—. He perdido un zapato entre la aglomeración.

—Perdiste un zapato, pero ganaste un vistazo a algo más allá.

No era la mano de Preston la que sujetaba.

—¿Cómo has podido salir? ¡Tú empezaste toda este maldito asunto! —Solté el agarre y Balthazarr levantó la palma de sus manos como si se defendiera de mi acusación.

—¿Qué he hecho yo?

—¿Me tomas el pelo? ¡Ha muerto gente! —Miré alrededor de aquel lado de la roca antes de levantarme. No había ningún Oxford a la vista y mi pie descalzo se estaba congelando sobre el camino empedrado.

Balthazarr me indicó con un gesto que me sentara a su lado.

—Hice un truco de magia. Una ilusión.

—¿A eso le llamas truco? Ni hablar, Juan Hugo. Perdona, pero eso no fue un abracadabra.

—Fue hipnotismo. Induje a la audiencia a un trance y visteis lo que queríais ver. Entonces alguien se asustó y empezó a disparar. Ese club estaba lleno de mafiosos borrachos, no es culpa mía —respondió Balthazarr, bebiendo sorbos de una botella de champán.

—¿Adónde ha ido Preston?

—A casa. Su chófer le vino a recoger, ¿no te acuerdas?

—Es casi como si estuviera drogado, pero no es la primera vez que me pasa en los últimos meses. Puede que tenga algún problema en el cerebro. Se me están congelando los dedos de los pies… Me estoy cayendo a pedazos. —Me senté, cruzando el tobillo sobre la rodilla y masajeándome el pie entumecido. Me había vuelto a pasar lo mismo que me había ocurrido tanto en España como en la exposición de invierno de la Colonia. Una niebla mental, una confusión.

—Déjame ver —dijo Balthazarr, pasándome la botella de champán.

—¿El qué? ¿Mi pie?

Él asintió y, antes de que pudiera protestar, agarró la punta de mi calcetín y me lo quitó. Luego, presionó firmemente mi piel helada con sus ásperas manos de escultor. Esperaba sentirme conmocionado o avergonzado, o al menos algo incómodo por el contacto físico, pero me sentí maravillosamente. Era como una calidez instantánea, casi como una relajación eufórica. La tensión abandonó mi cuerpo a través de mi planta del pie. Balthazarr me quitó el otro zapato y el calcetín sin que yo hiciera nada por evitarlo. Dos hombres en un parque a altas horas de la madrugada, desvistiéndose el uno al otro… Había un aura de incorrección social, pero a pesar de lo extraño de aquella inesperada acción, no me parecía raro. Era como un paciente visitando a su médico. No me hubiera gustado tener que explicárselo a la policía, pero esa noche estaba ocupada en otras cosas.

Incliné la botella cerrando los ojos y la reconfortante voz de

Balthazarr me envolvió.

—Mi amigo Luis Buñuel es director de cine. Él también es un hipnotista. Afirma que las películas son una forma de hipnotismo. Me ha escrito diciéndome que está en Francia, trabajando en una película. Su jefe le dice «Luis, pareces bastante surrealista. Ten cuidado con los surrealistas, están locos». ¿Crees que eso es cierto, Alden? ¿Somos como esos desgraciados que viven al otro lado de la calle? —Balthazarr señaló con el dedo el Manicomio Arkham, un hospital que se iluminaba como una ruina encantada. ¿Eran aquellas enormes telarañas grises de las ventanas espíritus o pacientes? La luna los atraía como insectos.

—No sé lo que eres.

—Soy tú. Somos la misma cosa.

—¿Quién es Yuyu-Va'badaa? —espeté—. No estoy seguro de haberlo dicho bien.

Balthazarr esbozó una sonrisa.

—Parece como si te lo hubieras inventado. Me gusta, suena como un lenguaje infantil. Una palabra que podría haber sido inventada por los dadaístas.

—No es eso. La oí en España, y también en Arkham, en la Colonia. Y ahora otra vez, en el Clover Club. En todos los lugares en los que has estado, casualmente —le observé, buscando señales de reconocimiento, pero el español se encogió de hombros.

—Puede que sea fruto de tu imaginación. No sabría decirte.

—No me lo estoy inventando.

¿Me estaba llamando loco? Una persona que oía voces.

—Si fuera así… ¿habría algo malo en ello? —Se puso en pie y se estiró, emitiendo un enorme y cavernoso bostezo—. Debemos llevarte a casa antes de que comiences a dudar de tu propia cordura, ¿eh? Telefonearé un taxi. —Balthazarr cruzó la calle hacia el manicomio, subiendo de dos en dos los escalones que llevaban a la entrada y aporreando con fuerza las puertas. Estaba seguro de que le echarían a cajas destempladas, pero no fue así. Le dejaron pasar y, al cabo de unos minutos, volvió a aparecer—. Tu taxi está de camino. Yo volveré caminando al Portal de Plata, tomar el aire me sienta bien. Ah, mira, ya está aquí.

Un taxi negro aparcó junto a la acera, brillante como un insecto. El conductor parecía lúgubre, uno más del lumpen.

Me subí y Balthazarr le murmuró algo al taxista. Su voz sonó como un zumbido en mis oídos. Justo cuando el coche estaba a punto de arrancar, le di un toquecito en el hombro al taxista.

—Espere.

Me asomé por la ventanilla y Balthazarr me observó, divertido.

—¿Por qué no vives en la Colonia con nosotros, Juan Hugo?

Él reflexionó la respuesta. Sus ojos resplandecían como gemas marrones ahumadas.

—Porque, Alden, amigo mío, los dioses no se juntan con sus discípulos.

Yo me quedé ahí sentado, incapaz de discernir si hablaba en serio o no, mientras su figura cubierta por la capa se giraba, mezclándose entre las sombras y la niebla del río.

Entonces le pedí al conductor que me llevase a casa.

• • •

Una vez arrriba, dudé antes de entrar en mi apartamento. Miré hacia la puerta de Nina, preguntándome si seguiría despierta. ¿Seguiría enfadada conmigo? ¿Empeoraría las cosas si la despertaba? Decidí correr el riesgo, pues tenía que contarle lo que había ocurrido en el Clover Club y todo lo que había visto y oído, además de mi conversación con Balthazarr. Necesitaba que me dijera que no estaba perdiendo la cabeza.

Cuando llamé a su puerta, esta se abrió sola. Nina nunca se iría a dormir con la puerta abierta. Sentí una oleada de pánico en mi interior.

—¡Nina! —grité, precipitándome al interior del apartamento. Corrí de habitación en habitación. Vacía, vacía, vacía…

Su cama estaba hecha, así que no había llegado a dormir allí. Pero su bolso estaba en la cocina, y tenía dinero en la cartera. Su apartamento no había sido asaltado por unos ladrones, porque no faltaba nada… excepto Nina.

Hice una búsqueda más pausada y rigurosa. Mi mente estaba llena de alcohol de contrabando y miedo. En el suelo, a los pies de la cama, encontré un collar de perlas roto cuyas perlas estaban desperdigadas por ahí. ¿Eran aquellas marcas del suelo arañazos? ¿La habían arrastrado físicamente para llevársela? ¿Había sido secuestrada? Las imágenes se sucedieron ante mis ojos con demasiada rapidez: la gárgola y todos aquellos casos de arkhamitas desaparecidos y asesinados: la doctora Silva, las Galinka, Ganz y el vagabundo del furgón… Clark decapitado… ¿Sería Nina otro nombre más entre los desaparecidos? ¿O algo peor? Quizás era la siguiente fase del ritual: otro miembro de la élite sacrificado. ¿Era correcta la teoría de Nina? Traté de pensar… Piensa, Alden… Casi podía oírla ayudándome. Busca pistas. ¿Pero dónde? ¿Qué era lo que estaba buscando?

Registré los armarios de Nina, su cómoda y su mesita de noche. En

un cajón de su escritorio encontré lo que necesitaba: una libreta de periodista. Nunca le había visto con ella, pero debía llevarla consigo cuando salía sola para luego apuntar más notas cuando llegaba a casa. La abrí por la primera página. Vacía. Ni una sola palabra garabateada. ¿Por qué iba a guardarla en el escritorio si no la usaba?

¡Maldita sea!

Espera. Enganchados en las espirales de la parte superior quedaban los bordes de páginas arrancadas. ¿Por qué arrancar páginas de su libreta privada? Ella no lo haría, pero puede que otra persona sí. Sujeté la libreta bajo la lámpara del escritorio y vi las marcas de la escritura presionadas contra el papel. Hurgué entre los cajones del escritorio y encontré un lápiz con el que froté de un lado al otro el papel hasta que las marcas de la última página que había escrito se volvieron prácticamente visibles. Era lo mismo que había hecho para copiar el mensaje que la gárgola había dejado sobre la puerta, solo que aquí reconocía al autor. Era la letra de Nina, y estas, sus palabras.

Fuera anoche para recabar información (hermanas Galinka)
Encontré al que las había contratado para bailar en el CC.
Eran populares!!! Tenían fan acérrimo se pasaba algunas noches
Tras espectáculos se sentaban con hombre a solas, en privado
Él se las llevaba fuera adónde? No se sabe. No muy lejos.
Por la ciudad. Quizás Clark???
No era Clark. Descripción no encaja. Alto, guapo, barba. Acento?
Hombre compraba regalos. Vestidos, joyas, etc. Cuadros!!!
JHB???!!! Quién más podría ser? Pero hace meses. Cómo lo haría?

Balthazarr en Arkham meses antes de cuando había dicho que había llegado. ¿Era posible aquello? Solo Preston y el propio Juan Hugo me habían dicho cuándo había llegado a la ciudad. La parte inferior de la página era más irregular y no todas las palabras habían traspasado la página arrancada.

Cueva Negra. Lago subterráneo. Isla Ignota. Muelles.
Hospitales y hoteles!!!?
Policía de Arkham demasiado peligrosa – infiltrada
Debo decir A espabile Vigilar especialmente
Juega con nosotros. No confiar n. colonos.
Espiar – escuchar tras pared – correo
Hacen rituales No todos pero… Preguntar más ???s
P&M en profundidad P sospechoso pero
– inconscientemente controlados marionetas

JHB de nuevo 2 SITIOS A LA VEZ?
Decir A que tiene que ser

Releí la página una docena de veces, y luego un par de veces más. ¿Qué había visto? Nina había hecho una lista de las ubicaciones con actividad extraña en Arkham: la cueva, el estanque que encontramos en su interior, la isla en la que fueron quemadas las hermanas, el muelle en el que trabajaban los contrabandistas y donde la masa de redes me había perseguido… La doctora Silva había sido ahorcada en el exterior de un hospital. ¿Y qué había de los hoteles? La residencia actual de Balthazarr era el Portal de Plata y podría ser la nueva localización de la boda de Preston y Minnie. Luego venían las preocupaciones constantes de Nina sobre la policía. Aquí es donde los huecos comenzaban a afectar a la lectura. «Infiltrada» podría referirse a la policía o a otra persona. ¿Pero a quién? ¿A los asesinos? No lo sabía. «Debo decir A espabile» Supuse que yo sería «A». ¿A quién debía vigilar? Puede que la respuesta estuviera en la siguiente línea. Los nuevos colonos. Jugando, espiando, escuchando a escondidas…

«Hacen rituales. No todos, pero…» pero casi todos. No podíamos confiar en los colonos; vivíamos entre ellos. Nina iba a formular más preguntas. ¿Sobre quién, exactamente? Yo no sospechaba de nadie de la Colonia en concreto, pero *P* y *M* debían de ser Preston y Minnie, nuestros amigos. Bueno, los míos, al menos. Nina no conocía a Minnie y Preston era su ex.

Preston «sospechaba» algo. ¿Quiénes eran las «marionetas» que mencionaba? ¿Los colonos? ¿Nina y yo? ¿O ninguno de los mencionados? Todo era demasiado vago y faltaban demasiadas piezas. Juan Hugo en dos sitios a la vez. ¿Qué podría significar aquello? ¿Controlaba a las «marionetas»? La gárgola me vino a la mente, batiendo sus alas y riéndose en mi cara. Nina había desaparecido. ¿Quién se la había llevado? No había una solución fácil. «Decir A que tiene que ser…» ¡No tenía por qué serlo! No si podía evitarlo.

Corrí escaleras abajo y salí en busca de más pruebas del secuestro de Nina: un fragmento de tela, una huella, sangre en la hierba… no, eso no, porque estaba seguro de que se la habían llevado en contra de su voluntad. Tenía un presentimiento, y una corazonada. Mientras yo estaba fuera de fiesta en el Clover Club con Preston y Balthazarr, siendo testigo de Dios sabe qué en aquel escenario, algo o alguien se había colado en la mansión de la Colonia y había secuestrado a Nina.

El cielo seguía negro como la muerte y el único color provenía de las chimeneas de las fábricas y de los destellos de las gaviotas que habían madrugado para desayunar restos de comida. Estaba temblando. ¿Qué había presenciado en el Clover Club? ¿Había sido

una proeza del hipnotismo, como había dicho Balthazarr? Parecía más real que un truco de magia fallido. ¿O era el anticipo de una catástrofe cósmica? ¿Un colapso dimensional? La cigarrera del casquete… ¿había muerto? ¿Había asesinado Balthazarr a dos personas en una sala llena de testigos y se había ido sin más? ¿Cuál era mi papel en todo aquello? Nina. Tenía que encontrarla.

Nina…

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Después de lo que había ocurrido en el Clover Club, fui al quiosco cada día para comprar el *Advertiser*, esperando leer algún reportaje sobre el incidente. Quería saber lo que había descubierto la policía, el número de víctimas, el nombre de los arrestados y qué explicación habían dado las autoridades para tal calamidad; pero no encontré nada a excepción de un artículo de negocios local que informaba de que el restaurante La Bella Luna había cerrado temporalmente por reformas.

Era incomprensible. ¿Cómo podría ignorarse un daño y una agitación social así? Alguien debía de estar encubriéndolo. Las sospechas de Nina respecto a la policía explicaban cómo aquellas extrañas muertes podrían haber sido ocultadas al público. Ahora creía que ella había estado en lo cierto en todo momento, pues ahí estaba la prueba. No podía contarle a la policía lo de su desaparición. No, estaba seguro de que no me ayudarían y hablar con ellos podría desencadenar falsas acusaciones contra mí. ¿Quién sabe quién manejaba los hilos en Arkham? Yo creía que lo sabía, pero estaba equivocado y no quería acabar entre rejas. Habían muerto al menos dos personas en el Clover Club y lo había visto con mis propios ojos.

Balthazarr había dicho que había hipnotizado al público, yo incluido; pero Nina no confiaba en él y ahora yo tampoco. Me había hecho dudar de mí mismo y tampoco podía deshacerme de aquella sensación. La duda me perseguía y me paralizaba la idea de que cualquier cosa que intentase estaba destinada al fracaso. ¿Cómo podría encontrar a Nina? Al principio no me alejé demasiado de casa, esperando a que apareciese y que me hubiera equivocado al pensar que se había ido en contra de su voluntad. Se habría ido de excursión, eso es todo.

Pero no apareció milagrosamente.

Recorrí las calles de Arkham buscándola. ¿Qué más podía hacer? Ya no confiaba en mis vecinos de Nueva Colonia y Preston y Minnie habían desaparecido. Cuando pasé por la casa de los Fairmont, el mayordomo me informó de que Preston no estaba en casa. De hecho, estaba fuera del país y no podía ser contactado en aquel momento.

—¿Fuera del país? ¿Y qué hace?

—Viajar.

—¿Viajar? —resoplé, claramente insatisfecho con aquella respuesta y reacio a marcharme.

—Puede que esté ultimando los detalles de su boda. Se ha hecho oficial un cambio de fecha.

—¿A qué fecha? —pregunté, sintiéndome confuso e insultado por no haber sido informado antes. Aún formaba parte de la lista de invitados, ¿no? Un viejo amigo, un confidente. O eso me habían hecho pensar.

—A marzo, señor. El sábado 27 —dijo con una mano en la puerta, cerrándola.

Yo colé el pie dentro.

—¿Estás seguro?

—Completamente. El evento se celebrará en el hotel Portal de Plata.

—Me gustaría hablar con el señor Fairmont. Por favor, dile que me llame tan pronto como le sea posible.

—Está bien, señor. Que tenga un buen día. —Y con eso me cerró la puerta en las narices.

• • •

Para pasar el rato y distraerme, pintaba, y mis cuadros se adentraban en territorios cada vez más surrealistas. Trabajé exclusivamente con óleos durante este período. Un gran lienzo vertical representaba la gárgola elevándose hacia el cielo desde detrás de la desvencijada valla de madera y ofreciéndome su cuchillo, que giraba en el aire mientras los pies del espectador (mis pies) estaban plantados en el jardín y el neblinoso Miskatonic, a nuestra izquierda. Otro lienzo, esta vez horizontal, mostraba un paisaje del lago subterráneo de la Cueva Negra, con un pálido monstruo marino que perturbaba su oscura profundidad. Pero mi mayor proyecto durante esta explosión de energía creativa fue un tríptico del Clover Club. Los tres paneles reflejaban las fases del ritual que había presenciado: el propio Balthazarr al micrófono, los cuerpos de la cigarrera y el matón flotando y, por último, la pared de ladrillo transfigurada que llevaba a un mundo imaginario de amenazas y horrores.

Sin saberlo en ese momento, acababa de entrar en la historia de los visionarios surrealistas. Era uno de ellos, aunque en ese momento me limitaba a vaciar la mente de las imágenes alucinantes que la llenaban continuamente como un incesante desfile de sueños que me invadía día y noche.

Enero dio paso a febrero y luego llegó marzo.

Una tarde que parecía más un recuerdo de invierno que la promesa

de la primavera salí de mi estudio para volver al muelle. Era imprudente, pero me sentía desesperado y temerario. Mi última obra me había dado una sensación de inmortalidad y, al mismo tiempo, ansiaba que algo rompiese mi mundo, incluso si quien estaba dentro era yo.

En la esquina del último muelle me sorprendió ver a Christophe con su pequeño vagón rojo, asando castañas y removiéndolas con un largo cucharón en su parrilla.

—Una bolsa —dije.

El excombatiente tuerto me reconoció de inmediato.

—Hacía mucho que no te veía. —Llenó una bolsa de papel con una cucharada de castañas calientes.

—He estado de aquí para allá. ¿Sigue siendo temporada de castañas?

Christophe se encogió de hombros.

—Siempre es temporada de castañas si hay clientes.

Nos quedamos ahí plantados observando como los estibadores descargaban el cargamento de un barco. El aire era frío, pero podías sentir la presión de un cambio inminente, una nueva estación en el horizonte y el paso del tiempo flotando hasta desaparecer como el humo de la parrilla de Christophe.

—He estado buscando a mi amiga, Nina.

Nina, Nina. Ella nunca se alejaba de mis pensamientos.

—¿No era eso lo que estabas haciendo la primera vez que te vi? ¿Buscar a esa misma chica?

Esbocé una sonrisa.

—Tiene razón, eso hacía.

—Y yo te presenté a Calvin.

—Eso hizo.

—Acabo de verle —dijo Christophe.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Cuándo?

—Ah, hace como un minuto. Le vendí una bolsa y se fue por allí. ¿Adónde vas? ¿Estás loco? ¡Se te ha caído la bolsa! —Christophe señaló con la cuchara las castañas desparramadas por la gravilla.

Había salido corriendo detrás de Calvin siguiendo la dirección que me había indicado Christophe, pero no vi a nadie, así que seguí adelante hasta llegar a una intersección y eché un vistazo a ambos lados de la carretera. ¡Ahí! Reconocí el andar resuelto de un hombre de complexión delgada. Llevaba un abrigo pesado y un gorro de lana oscura rematado por un pompón. Iba fumando un cigarrillo y sujetaba una bolsa de papel enrollada. Fui tras él.

—¡Calvin!

El hombre se volvió justo en el momento en el que le alcancé. Era Calvin Wright, y parecía sorprendido de verme. Lo agarré por los hombros, provocando que se le cayera el cigarrillo de la boca.

—¡Te encontré! —dije. ¡Por fin, una oportunidad! ¿Conocería el paradero de Nina?

—¡Alden! Sigo trabajando para los mismos. Esta noche llegará otro barco.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Nina?

Calvin no pareció entender mi pregunta. Posó sus manos sobre mis muñecas hasta que le solté y me miró con tristeza.

—No sé dónde está Nina. No la he vuelto a ver desde aquel día en el campamento, cuando te dieron aquel golpe tan fuerte en la cabeza. ¿Te encuentras… mejor? —Reí amargamente y Calvin negó con la cabeza, preocupado—. Los O'Bannion levantaron el campamento del Miskatonic. La pasma nos seguía el rastro y la banda me destinó a Canadá durante un tiempo, el otro extremo de la operación. Allí ayudaba a llevar los cargamentos a los Estados Unidos. Volví hace una semana.

Bajé la cabeza con incredulidad.

—Freddie y Winston están muertos.

—Lo sé. Una banda rival los pilló por sorpresa en el campamento.

—No, no, no fue así. Creemos que los colonos les asesinaron.

Calvin retrocedió.

—¿Los colonos? —Metió su mano en el bolsillo de su abrigo y me pregunté si guardaría ahí un cuchillo. ¿Estaba con ellos? Ya no sabía qué creer…

—Nina y yo descendimos por la Cueva Negra. Estaban deshaciéndose del cuerpo de Clark…

—¿Quién es Clark? —Retrocedió otro paso, alejándose de mí con recelo o puede que incluso asustado.

—Era mi amigo, pero eso no importa. ¿Dices que no has visto a Nina desde el día que el vigilante me rompió la crisma con su bate? —dije, notando cómo me latían las sienes.

—Eso es.

—Dios mío, ¿dónde estará? ¿Dónde puede estar? —me dije, alejándome.

Calvin trató de convencerme para ir a una cafetería con él. Quería que me calmase y que le contara todo lo que sabía sobre Balthazarr, la Colonia y el Clover Club, pero me negué a acompañarle.

—Tengo que encontrar a Nina —dije—. Nadie me ayuda.

—Eso es lo que haremos, tú y yo, juntos. Pero antes debes

controlarte.

—¿Dónde está ese almacén? —Mi mente iba a mil por hora—. Nos dijiste que el sitio en el que Dunphy hacía sus tallas estaba por aquí. —Cerré mis manos en un puño, tensando todos los músculos. Tenía que hacer algo, lo que fuera. Me sentía como si mi esqueleto quisiera liberarse de la carne.

—Está subiendo la calle. Pero eso fue hace meses, no creo que hayan guardado nada.

Subimos juntos la calle y, efectivamente, no lo habían hecho, porque donde una vez había estado el almacén, ahora había un solar vacío cubierto de escombros carbonizados.

—No había oído nada de un incendio.

—No, ¿cómo ibas a haberlo oído? Gracias por tu tiempo —dije, haciendo el amago de irme.

—Espera, déjame acompañarte. Voy a coger algo de tabaco para los dos y podremos hablar. —Calvin se metió en una tienda para comprar cigarrillos y yo me fui, doblando rápidamente las esquinas. Aunque no volví a casa, sino que vagué por las calles de la ciudad, pensativo, tratando de no perder la esperanza en vano.

Ahora, el resto de colonos me evitaba. No quería hablar más con ellos, ni siquiera verlos. La vida en Nueva Colonia se había vuelto terrible y extremadamente normal. La desaparición de Nina fue aceptada como un jugoso cotilleo comunal que se perdió para ser reemplazado por otras noticias más recientes. Aquello me sacaba de mis casillas. Solo me quedaba por si volvía a casa. Ojalá estuviera allí aún…

Tenía que buscar respuestas, así que decidí ir adonde sería más probable que las encontrase y hacer lo que llevaba mucho tiempo temiendo hacer: debía ver a Balthazarr.

• • •

Se había alojado en la suite del ático del Portal de Plata, el piso más alto, donde vivía y trabajaba con vistas a toda la ciudad. Me presenté en el hotel una tarde de marzo en la que la fría lluvia acribillaba la fachada del hotel. Una vez allí, solicité en recepción que llamasen a la habitación de Balthazarr. Sabía que el artista tenía fama de dormir hasta tarde, pero ya estaría despierto para entonces. De hecho, imaginaba que sabría hasta la hora a la que llegaría o puede que incluso el minuto en el que le llamaría.

—El señor Balthazarr dice que debería subir enseguida. Encontrará los ascensores al otro lado del vestíbulo.

—Gracias.

El tipo viejo que hacía funcionar el ascensor me saludó con alegría.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días.

—Oh, señor, lo sé. Tengo una corazonada. Todas las mañanas son buenas.

«Un hombre peculiar», pensé. «Feliz con su trabajo, ajeno a los peligros que acechan». Él me llevó al ático.

—A su izquierda. Disfrute de la visita. Una vez se aloje aquí, nunca querrá quedarse en otro sitio.

Le di las gracias al anciano y observé cómo las puertas se cerraban en su sonriente cara antes de atravesar el largo pasillo ornamentado con una lujosa alfombra y un papel de pared geométrico y moderno. Me sentía como si estuviera en el interior de una obra de arte, un facsímil artificial, falso, irreal. ¿Qué es real? ¿Cómo puede uno saberlo? La puerta al final del pasillo estaba entreabierta. Estaba mirando a través de ella cuando lo oí.

—Bienvenido, Alden. Cuánto tiempo. Por favor, no seas tímido.

Empujé la puerta, pero no vi a nadie. La habitación principal de la suite estaba hecha un desastre absoluto y llevaban semanas sin limpiarla. Balthazarr había transformado las habitaciones en una versión de su estudio casero en España: pinturas, lienzos, brochas empapadas en jarras de colores turbios… Allí donde posaba la vista había un precioso desastre. Alguien había intentado extender algunas lonas sobre los muebles y la alfombra, pero habían sido cambiadas de sitio de forma que, fuera cual fuese la protección que habían ofrecido, ahora era nula. Encontré el baño, vacío. El agua del lavabo estaba corriendo y cerré el grifo antes de pasar a la habitación de Balthazarr, desordenada y vacía. Los cojines estaban desperdigados por el suelo y la cama, deshecha. La mesita de noche estaba cubierta de velas derretidas y chorreantes y botellas de diseños variados. Me recordaba a las baldosas de la Iglesia del Sur, pero traté de no fijar la vista en ellas durante demasiado tiempo. No necesitaba ninguna distracción ni sentirme aún más incómodo. El tejado húmedo, Dunphy cayendo…

¿Dónde dormía Balthazarr?

Llegué a la conclusión de que se estaba escondiendo de mí cuando sentí su mano sobre mi hombro.

—¡Aah!

—Perdona, ¿te he asustado? Estoy disfrutando de una infusión, ¿Quieres una?

Me ofreció su taza para que pudiera olerla. Tenía un aroma a acre o almizcle. No podía imaginarme bebiéndola.

—No, gracias.

—Como desees. —Estaba vestido con un caftán de seda amarilla que ondeaba a su paso. Una mezcla de colores había salpicado su superficie a lo largo de los años, así que era como si llevase un lienzo moderno de Balthazarr—. Sentémonos para hablar. Pero no por mucho tiempo, que tengo trabajo pendiente.

Me senté a su lado en un par de enormes otomanas colocadas en el medio de la habitación. Habían retirado todas las cortinas y noté una sensación vertiginosa de lanzarme a los pies del edificio en cuanto me asomé, viendo como la lluvia repiqueteaba contra el cristal y las nubes con formas flotaban, grises y opacas.

—Iré al grano —dije—. ¿Dónde está Nina?

JHB? Quién más podría ser? Dos sitios a la vez.

—¡Ja! ¿Y tú me lo preguntas? Pensaba que era tu novia.

—¿Lo sabes? —Un deje de nerviosismo se coló en mi voz. «Sueno como un loco», pensé.

—Seguro que volverá contigo cuando esté preparada, pero veo que lo dices en serio y esto te afecta. Siento no poder ayudarte. ¿Cómo van tus pinturas? ¿Estás trabajando en algo interesante?

—Llevo algunos meses productivos. —Aquella oleada de orgullo me molestó.

—Excelente. La colonia te ha venido bien, ¿no?

—Ya nadie me habla.

—Hablar no es la única forma de comunicarse. Estás creando arte, eso es lo importante.

Dio un sorbo a su horrible té y pude oler en su aliento el hedor a flores podridas.

—¿Qué está pasando en Arkham? —pregunté—. ¿Por qué estás aquí en realidad? No me mientas.

—No existen las mentiras, solo historias… imágenes… nuestras fantasías.

Me revolví en el asiento, incapaz de encontrar una posición en la que me sintiese cómodo. Me dolían los músculos y comenzaba a sentir una nueva jaqueca.

—Sé que lo que ocurrió en el Clover Club no fue un simple caso de hipnotismo. Hiciste algo… algo real…

—Nosotros creamos la realidad. Fabricamos una nueva cada día en la línea de montaje de una consciencia compartida, pero la verdad es la que yo sueño que es. No existe la ficción. Mis sueños son tan reales como sus ladrillos. Voy a utilizar mis sueños para romper las ventanas de este mundo. Mira a tu alrededor. El universo en el que nos esforzamos por vivir está muerto, Alden. No es más que un cementerio que solo engendra nuevas tumbas. Ellos llenarán la tierra de muerte,

pero yo no. Balthazarr no quiere formar parte de su confabulación. Soy un destructor y un creador, aniquilo a la muerte y la reemplazo con mi arte.

Parecía totalmente sereno mientras me decía aquello. Torcí la columna, enderezándome.

—Estás tratando de romper la realidad —dije, secándome la frente. La suite era tan húmeda como un invernadero.

—Es una forma de verlo. Piénsalo, ¿la realidad de quién? No la mía, te lo aseguro. Esta es la realidad creada por los políticos, los generales y los empresarios. Yo la rechazo. Exijo una revolución en la que los artistas, los soñadores y aquellos a los que llaman locos tengan su oportunidad. La realidad debe romperse. —Se terminó su té y posó la taza en el suelo, acomodando su túnica.

—¿Eso es lo que hacen tus cuadros?

—¿Cuadros? Sí, pero son mucho más que eso. No estás pensando a lo grande. Debemos ser enormes para triunfar en esta época de maravillas modernas. Vivir con osadía —dijo extendiendo los brazos.

—Soy un pintor. Puede que incluso sea un surrealista, como tú.

«Vivir con osadía». ¿Qué significaba aquello? Me aflojé la corbata. La cabeza me palpitaba y sentía las venas bajo mi piel tejiendo una red alrededor de mi cráneo.

—Es la hora. Cuadros, novelas, esculturas, poesía, cine… Toda obra creada por la mente y las manos humanas. Una vez conquistemos el tiempo, todo carecerá de sentido. El trabajo de mi vida es cavar un túnel que nos permita huir de esta dimensión, la celda de mi realidad. Tengo los nudillos ensangrentados de buscar una salida de este mundo estéril. Cuando salgo, dejo el portal abierto para que lo que sea que aceche al otro lado entre. ¡No me importa! Ven conmigo, Alden. Escapemos juntos. Todo lo que nos rodea está muerto, salvo los sueños. Somos artistas. Trabajas para mis sueños y yo trabajo para los tuyos. Juntos, nos convertiremos en el futuro. Nuestra obra perdurará por toda la eternidad. No queda mucho tiempo.

Me quité la chaqueta y la doblé sobre mis rodillas. Tras las ventanas, los lejanos edificios grises parecían deformarse.

—La noche de la despedida de Preston, cuando estábamos a solas en el parque de la Independencia, me preguntaste si creía que estabas loco. Aún no tengo respuesta para esa pregunta.

—Está bien, así es como has elegido interpretarme. Estoy demasiado ocupado como para ser un crítico.

—¿Y qué ocurrirá ahora? ¿Cuál es tu mejor alternativa razonable?

Aquella pregunta aburrió a Balthazarr.

—Si la razón nos ha dado esto, ¿de qué sirve la razón? ¿No quieres

ver algo nuevo? ¿Incluso si no es nada? No tengo un plan. Quizás debamos probar con el caos. Si no hay orden, entonces todo el mundo tendrá el poder de un dios. ¿También quieres eso?

—Ya he oído suficiente. —Me levanté, a punto de perder el equilibrio, y me sorprendí tambaleándome.

—Tienes todo lo que necesitas para tomar una decisión. Espero que elijas bien.

Me di la vuelta y salí de la suite sin responderle o despedirme de él. El ascensorista me esperaba al final del pasillo. Su sonrisa vacía se hizo más amplia, como una máscara, y sus inexpresivos ojos no parpadearon en ningún momento. Abandoné el hotel, pero la sensación de vértigo y el olor del té de Balthazarr permanecían en el aire.

CAPÍTULO TREINTA

Preston me llamó al día siguiente para contarme que había decidido reunirse con sus padres en su residencia de invierno en West Palm Beach. Se habían construido allí una casa durante la guerra, cuando el Mediterráneo se volvió hostil y traicionero. El boom inmobiliario de Florida había acabado y los precios de los inmuebles habían caído, pero los Fairmont tenían el dinero suficiente y habían diversificado sus inversiones para capear la tormenta. Preston había planeado viajar al sur para disfrutar del sol y el ocio tras su despedida de soltero, pero me quedé estupefacto al escucharle decir que se había marchado en tren al día siguiente. Y todavía era más sorprendente el hecho de que Minnie se hubiera ido con él. ¿Por qué no me habrían dicho nada?

—Oakesy, tenemos que decirte algo. Es muy embarazoso, una auténtica vergüenza.

—¿Qué pasa?

—Hemos cancelado la boda —dijo con una voz estremecedora, como un graznido ronco.

—¿Cancelado? Pero si acaban de decirme que habíais movido la fecha. ¿Por qué diablos…? —Era increíble. Había vuelto a casa desde Europa ¡para esto! Si no fuera por ellos, Nina aún podría estar…

—Prefiero no entrar en detalles. Padre me aconsejó que me lo tomase con más calma. Digamos que ha sido pospuesta; suena menos desalentador, ¿no crees? —Preston sonaba tan lejano… como si en lugar de al otro lado del país se hubiera ido a la otra punta de la galaxia.

Miré a través de la ventana, peinando mi cabello con los dedos. El Miskatonic fluía rápido con la lluvia. Había cosas flotando en el agua, hinchadas y moteadas, rodando como grandes barriles.

—¿Alguien está enfermo? —pregunté. Sentía la boca seca y me humedecí con la lengua los labios, secos y agrietados.

—No. —La voz de Preston resonó como si se hubiera caído en un profundo pozo—. No puedo hablar mucho más.

—¿Sabías que Nina ha desaparecido? Desde la noche de tu despedida de soltero…

—¿Nina también? No puede ser —respondió con voz entrecortada. Sus palabras rebotaron en las paredes de aquel turbio pozo y escuché una voz grave y cavernosa de fondo. ¿Era su padre? ¿O sería otra

persona? De pronto, una cacofonía de voces nos interrumpió, hablando al unísono.

—¿Preston? Preston, ¿estás ahí? —Presioné el teléfono contra mi oreja con fuerza.

—Huye. —Eso es lo que me pareció oírle decir, pero no estoy seguro ni de lo que oí ni de quién lo dijo. Había demasiadas interferencias en la línea, y de pronto la conexión se cortó. Silencio. Colgué.

A la mañana siguiente recibí dos cartas en mi buzón. Una era de Preston y Minnie, disculpándose e informando de la cancelación de su ceremonia. La otra era una invitación:

Se ha solicitado que nos honre con su presencia en el baile
de máscaras de Juan Hugo Balthazarr que tendrá lugar
en la sala principal del hotel Portal de Plata
Se requiere máscara
Medianoche del 27 de marzo de 1926

La fecha y ubicación eran idénticas a las de la boda frustrada de Preston y Minnie, pero, por supuesto, a una hora mucho más tardía.

• • •

Los días que precedían al baile de máscaras de Balthazarr pasaron volando. Desde Oakwood recibí un paquete: mi esmoquin y una nota de Ro deseando que me lo pasara bien. Mientras, Nueva Colonia era un hervidero de actividad. Los colonos que me habían evitado durante los meses que siguieron a la desaparición de Nina ahora mostraban una camaradería y simpatía renovadas por los pasillos y los alrededores. Envolví mis cuadros acabados para almacenarlos y Roland fue lo suficientemente amable como para recogerlos y llevarlos a casa por mí, por si ocurría algo inesperado. Le dije que me preocupaban las goteras del techo, y aunque él no era ningún tonto, no preguntó nada más. No estaba seguro de qué iba a pasar, pero quería salvaguardar mis obras, en cualquier caso. Había trabajado muy duro para perderlo todo ahora.

Me mantuve ocupado con una última pieza que planeaba desvelar durante el baile. Era algo que nunca había intentado, un proyecto de manualidades hecho con pegamento, papel y una goma elástica. El día anterior a la fiesta, me encontré con Balthazarr mezclándose con los colonos en el jardín de la entrada de la mansión. Tan pronto como salí del edificio, fijó su mirada penetrante en mí. Caminé directo hacia él y él se zafó de la conversación. La multitud se fue para dejarnos

privacidad.

—Recibí tu respuesta. Me complace inmensamente que acudas a mi evento —dijo.

—He tenido la oportunidad de reflexionar sobre lo que me dijiste aquel día en tu ático. Pues bien, he tomado una decisión: voy a seguirte.

—Excelente, excelente. Nos vemos en el Portal de Plata.

No creo que me creyese, pero eso no importaba.

• • •

La noche del baile me vestí con el esmoquin y saqué mi proyecto de manualidades para examinarlo por última vez. Era una máscara completa que había hecho yo mismo con papel maché, pegamento y pintura. Me puse la máscara y miré mi reflejo en el espejo. No era perfecta, pero cumplía mi propósito. Pensé en escribir una carta a madre y padre; ya sabes, por si algo salía mal. ¿Pero qué podía decirles? ¿Me creerían? Al final decidí no hacerlo. Lo que tuviera que ser, sería. Todo lo demás estaba destinado a ser olvidado, a perderse en el tiempo.

Una última cosa.

Abrí el cajón de mi cómoda y aparté algunas camisetas. Aún tenía el arma que le había quitado al tipo duro del pasillo, el hombre que Balthazarr había tirado al río. No estaba seguro de si aquel bravucón que había ido a nadar en el gélido y oscuro Miskatonic estaba vivo o muerto. Aunque lo que habíamos visto goteando sobre la orilla del río aquella noche podría haber sido él, también podría haber sido fácilmente un monstruo hecho de redes y ratas. En cualquier caso, tenía su pistola. Revisé las balas y la metí en el hueco entre mi pantalón y la espalda para luego cubrirla con mi chaqueta.

Listo.

Conduje el Rolls-Royce hasta el hotel y lo aparqué en la parte delantera, donde todo el mundo podía verme. El Portal de Plata era una auténtica preciosidad. Aquella noche parecía tan blanco y brillante como un transatlántico o un enorme acantilado de piedra cubierto de nieve y hielo. Quizás desde algún ángulo parecería una tarta de boda cubierta de diamantes, pues brillaba más que el sol. Fuera, el aire nocturno era fresco y limpio. Hubiera sido una buena noche para dormir.

El vestíbulo del hotel estaba cubierto de rosas, había explosiones de color rojo por todos lados. Vi a los colonos merodeando por la sala mientras fumaban, ya ataviados con sus máscaras.

—¡Eh, Alden! ¿Dónde está tu máscara?

Levanté una bolsa de papel.

—La tengo aquí. Nos vemos dentro.

El baile de Balthazarr se celebraba en la sala principal del Portal de Plata. Nunca había sentido nada extraño las otras veces que había entrado en el hotel, pero ahora notaba algo, una vibración sorda y constante que resonaba desde la propia estructura, como un diapasón. Me pregunté desde cuándo girarían las ruedas de aquella argucia, porque Balthazarr y los colonos no estaban solos en ello. Habían entrado en la fase final de un plan a largo plazo y este era el último ritual de muchos. ¿Sería algo mundial? ¿Quién sabe lo lejos que podrían llegar aquellos zarcillos? Pero fuera la que fuera la entidad que habían estado llamando a través de las dimensiones, enviando sus señales empapadas en sangre… fuera cual fuera su nombre… Yuyu-Va'badaa o el Un-Sun… la estrella fugaz… aquel vacío deforme que escoraba a través del espacio y el tiempo había sido atraído hacia la Tierra, y esta noche, por fin, esperaban su gloriosa llegada. La Puerta se abriría. Ni siquiera se habían molestado en ocultarlo: el Portal de Plata. Apuesto a que se habían echado unas risas con aquello, escondiéndose a plena vista y esperando el momento, tan pacientes como mortíferos.

Las puertas a la sala principal estaban cerradas, custodiadas por unos centinelas enmascarados.

—Debes ponerte la máscara —me dijo uno de ellos. Era la voz de Portia, nuestra vecina de abajo, la escultora que había sustituido a Courtland Dunphy. ¿Sabría cómo le habían matado?

Saqué la máscara de la bolsa de papel y me la puse; Portia respiró hondo.

—¿Puedes deshacerte de esto por mí? —pregunté.

Ella tomó la bolsa, pero no dijo nada. Abrí las puertas y entré, y entonces entendí por qué no habían querido que nadie ajeno viese el salón de baile. Habían retirado todas las mesas y las sillas, y no había barra ni banquete alguno; solo un resplandeciente suelo de mármol. Del techo colgaban arañas encendidas y el perímetro de la habitación también estaba iluminado por unas velas altas y negras sujetas por apliques de hierro forjado cuya mecha aún no había sido encendida. Aunque el propio suelo era lo más maravilloso, pues cada centímetro de las baldosas estaba cubierto por elaborados glifos. «Debe de haberles llevado horas crearlo», pensé. «Un pequeño ejército de artistas trabajando con un diagrama oculto matemáticamente preciso y magníficamente intrincado». ¿Cuál era el propósito de ese diseño?

No era el mapa de ningún universo conocido. Sinceramente, no sé lo que era. Mi mejor hipótesis es que se trataba de un símbolo, o una

sucesión de símbolos conectados y dibujados en el suelo. En algunos sitios, las líneas estaban rociadas con polvos de colores: castaño oxidado, negro con motas grises y blanco hueso. Pinceladas de dorado, plateado y rojo trazaban ángulos y espirales y en el centro había un círculo perfecto, en cuyo interior se encontraba una estrella fugaz, el mismo símbolo que había visto antes dibujado con cera en la Iglesia del Sur y tallado en la puerta del apartamento de Dunphy. Aquí parecía estar quemado en el mármol.

Si un visitante entrara en esta sala por error y no mirase al suelo ni se diese cuenta de la falta de muebles y refrigerios, podría pensar que se trataba de una extraña fiesta temática. Los asistentes se reunían en pequeños grupos, fumando cigarrillos, cotilleando y matando el tiempo hasta que la cosa se animase. Hasta aquel momento, yo era lo más impactante de la noche… Era mi máscara.

Muchos de los enmascarados habían elegido ocultar únicamente sus ojos, pero yo llevaba un disfraz que me tapaba la cara completamente. Había hecho lo que había podido para conseguir los rasgos correctos, pero el mayor indicio era mi larga barba bifurcada, para la que utilicé mechones de una barbería. Ah, yo era demasiado bajo y esbelto para que me confundieran con el Balthazarr real, pero a cierta distancia, y especialmente de perfil, una mirada rápida podría hacer que alguien pensara que yo era el hechicero, el que retuerce el bucle. Que me burlase de su líder era irrespetuoso y, en el peor de los casos, la máscara era blasfema.

Balthazarr aún no había hecho su aparición. Era a él a quien todos ellos esperaban; o al menos, una de las cosas que esperaban. Entonces la luz de los candelabros se atenuó y las velas se encendieron. La música (un lamento débil e inquietante de un instrumento de cuerda que no pude identificar y cuyo intérprete permanecía oculto) comenzó a sonar. ¡Ah! Empieza el espectáculo. Me abrí camino hacia el centro, al borde del círculo. El público se separó frente a mí y los centinelas entraron, asegurando las puertas tras ellos con cadenas y candados. Un grupo de atareados colonos repartió túnicas y los asistentes se vistieron con ellas.

Alguien me entregó una túnica de color azul celeste.

—Esperaba que fuera de color negro —dije, pero nadie respondió a mi comentario, así que me atavié con la túnica.

Juan Hugo Balthazarr sabía cómo hacer una entrada. No accedió desde el fondo de la sala o desde un ala oculta del escenario. No, simplemente apareció dentro del círculo. Quizás ya estábamos todos hipnotizados. Se deslizó entre nosotros, como una mancha borrosa. No sé cómo lo hizo. Sin embargo, no era él lo que me llamaba la atención.

Balthazarr no había llegado solo, sino que Nina estaba de pie junto a él.

Me quedé sin respiración, mi pecho se paralizó por un momento. Preocupado por perder la consciencia y sabotear mi propia misión, me di un puñetazo en el pecho y, poco a poco, empecé a inhalar. ¿Habría sucumbido Nina a la atracción de aquel culto? Era demasiado buena y fuerte, pero no cabía duda de que era ella la que acompañaba a Balthazarr como su compañera en aquel rito de hechicería.

Unas volutas de humo fragante flotaron por la estancia, dibujando patrones irregulares desde los incensarios de bronce, y Balthazarr levantó los brazos por encima de su cabeza.

—Nuevos colonos, aliados y benefactores… ¡bienvenidos al fin del mundo!

El público vitoreó.

—Este es un nuevo día. El último. Llamaremos al Un-Sun, a la Estrella fugaz. Abriremos el Portal para Yuyu-Va'bdaa. Los viejos caminos de la razón, el orden y la lógica ya no existen. Estamos hambrientos de caos y sedientos de demencia para que podamos dejar atrás el peso de nuestra servidumbre y liberarnos de la mazmorra de leyes, normas y mandamientos. Las mentiras son la verdad. Somos nuestros propios dioses.

Todos los congregantes enmascarados se arrodillaron, excepto yo. Yo me quedé ahí plantado, ataviado con el rostro de Balthazarr. Mi plan era dispararle, vaciar el cargador de mi pistola en su pecho. Una declaración artística, pero también un asesinato. ¿Había algo más surrealista que el hecho de que Balthazarr asesinase a Balthazarr? Sin embargo, no esperaba que Nina estuviese allí. Estaba dispuesto a correr el riesgo de no poder escapar con vida de allí, pero su supervivencia era otra cosa. A través de los huecos de mi máscara traté de buscar el sentido de su presencia. Ella no parecía reconocerme. ¿Cómo iba a hacerlo? Todos llevábamos túnicas y no llevaba ninguna zona de mi cara al descubierto. Nina no estaba mirando a nadie, solo mantenía la vista fija hacia el frente con las pupilas dilatadas. Estaba hechizada, eso seguro. Tal vez la hubieran drogado. ¿Cuándo la habrían atrapado aquella noche? ¿Cómo? No importaba, no ahora.

Opté por la táctica de seguir el ritual por el momento.

—Quítate la máscara, Alden —ordenó Balthazarr, y yo obedecí.

El dolor trepaba por la punta de mis dedos: la máscara estaba en llamas. La tiré al suelo y observé cómo el papel se enroscaba y blanqueaba hasta convertirse en ceniza. Las muñecas de Nina estaban cruzadas bajo las mangas de su túnica. Cuando las separó, vi que

sujetaba el bastón ciclópeo que Balthazar había utilizado para orquestar el ritual en el Clover Club. Nina alzó el diabólico cayado en el aire.

—¡Balthazarr! ¡Yuyu-Va'bdaa! —gritó.

—¡Nina! ¡Yuyu-Va'bdaa! —respondió Balthazarr.

—¡Balthazarr! ¡Nina! ¡Yuyu-Va'bdaa! —repitieron los suplicantes arrodillados.

—*¡Ebuma chtenff! ¡Gnaiih goka gotha gof'nn!* —dijo Nina, golpeando el suelo con la punta del instrumento de madera ceremonial. Los límites del salón de baile se alejaron y las velas se convirtieron en puntadas de luz estelar. La oscuridad nos envolvió y, lentamente, un tono verdoso y pálido tiñó el aire que nos rodeaba.

No, Nina no…

¿Cómo iba a ser aquella mujer mi Nina? «Ella siempre va un paso por delante», pensé. Pero a veces, delante hay trampas.

Baltahzarr me señaló con el dedo y fui arrastrado hasta el círculo como si llevase una cuerda atada alrededor de mi cuerpo y no pudiera resistirme a los insistentes tirones. Balthazarr llevaba la túnica que había visto en España y los espejos y esquirlas de cristal brillaban como una galaxia en movimiento, colapsando, cayendo en el olvido.

—¿Dónde me coloco? —le pregunté, notando como la voluntad escapaba de mi cuerpo. El titiritero controlaba mis hilos, y estaba dispuesto a luchar contra él, pero era mucho más fácil no hacerlo…

Balthazar señaló un glifo dibujado en el mármol, una copa con un óvalo en su interior.

—Eres el sacrificio final —me dijo—. La primera llave.

—¿Y qué es ella? —pregunté.

—Soy la esposa —respondió Nina—. La segunda llave.

—¿La esposa de quién? —pregunté, pero ninguno de los dos pronunció palabra alguna.

Escuché un rugido proveniente de algún lugar cercano, su volumen aumentó hasta dolerme los oídos. El mismo que había escuchado en el Clover Club. El rugido del escupefuego, la voz del dragón volando a través del espacio para consumir a la raza humana. Para tragarnos como una migaja húmeda.

Nina alzó el bastón ciclópeo, y su ojo sin párpados —un orbe que contenía galaxias en su interior— brilló.

—Este es el ritual y yo soy el hechicero —dijo Balthazarr—. Estamos ante el amanecer de un nuevo sol nunca antes presenciado por el impotente ojo humano; un sol que quema sin luz, que lo consume todo. ¡Yo, el que retuerce el bucle, abriré el Portal! ¿Lo veis? ¿Lo veis?

—¡Lo vemos! —respondieron los suplicantes.

Nuestro círculo se inclinó sobre su eje como un disco flotando libremente en el espacio exterior. Los enmascarados se aferraron a su plataforma geométrica individual mientras esta se elevaba y caía, de arriba a abajo, una y otra vez, navegando un océano cósmico. Los espejismos se materializaron sobre nuestras cabezas y cada visión era un cuadro que mostraba uno de los asesinatos rituales recientes de Arkham: la doctora Silva colgando de una farola con los bolsillos llenos de hierba bruja; Udo Ganz despojado de su piel tatuada; las hermanas Galinka dando patadas mientras ardían en una pira; el vagabundo sangrando junto a un furgón; Dunphy aferrándose a un cuerno de gárgola mientras caía en picado hacia el suelo, el cuerpo desnudo y decapitado de Clark extendido junto a un telescopio orientado hacia las estrellas…

En algún lugar fuera de aquella línea temporal, los asesinatos seguían produciéndose. Seguirían ocurriendo en un bucle continuo e infinito. Parpadeaban como la luz de un faro para Yuyu-Va'bdaa mientras navegaba por el cosmos. Vi los asesinatos como lo que eran: impersonales, fríos como un mecanismo o las llaves de una cerradura; pero también como luces, como unas velas colocadas a lo largo de un camino oscuro. Conducían hasta el Portal y también lo abrían.

Unos zarcillos similares al humo comenzaron a salir del cuerpo de Balthazarr. Sobre su cabeza, un cúmulo de ellos se arremolinó y se solidificó, adoptando la forma de una corona de espinas. De su mano también surgió un largo tridente que agitó en el aire.

—Observador del más allá, Dios de las dimensiones inimaginables, Señor y sirviente de ninguno y de nada, ¡yo te invoco! Toma a este hombre como sacrificio final del último ritual. Esta mujer será tu esposa eterna. Estrella fugaz, ¡cae aquí! ¡Nace, Un-Sun! ¡Yuyu-Va'bdaa, ven a nosotros!

—¡Nace! —gritaron los devotos, incluso cuando sus plataformas eran asediadas por las turbulencias y tiraban a más de uno al vacío mientras estos gritaban al éter—. ¡Ven a nosotros! ¡Yuyu-Va'bdaa!

Saqué mi pistola y, apuntando directamente a Balthazarr, apreté el gatillo; pero este no se movió. El arma me abrasó la mano y olí el metal ardiente y mi carne quemada. Los penetrantes ojos de Balthazarr se convirtieron en cavidades de colores turbulentos y caleidoscópicos. La pistola emitió un brillo anaranjado, ardiendo como un horno, y mi piel crepitó mientras el arma se volvía líquida.

Grité.

—¡Idiota! Te ofrecí una oportunidad única, ¡más valiosa que tu propia vida!

Balthazarr sacudió la muñeca y el metal fundido se dispersó, provocando que uno de sus ápices aterrizase en mi mejilla y abrasase mi pómulo. De las costillas del surrealista emergió un grueso tentáculo de niebla ectoplásmica que se enrolló alrededor de mi cuerpo, estrangulándome, y la vil energía que pasó a través de él me enredó. Mientras me ahogaba, mis dedos se hundieron en la viscosa sustancia.

—¡El caos es el nuevo orden! —gritó—. ¡Perded la cordura! Abandonad la vieja lógica. Yuyu-Va'bdaa acabará con el tiempo. No hay futuro, ni pasado. ¡El ahora lo es todo! ¡Mirad! ¡Estamos con Yuyu!

Las estrellas explosionaron en mis ojos. No eran estrellas reales, sino los vasos sanguíneos en mi cabeza. Me estaba muriendo. Mi cuerpo fue abatido. No seguiría a Balthazarr; nadie lo haría. Una vez el Portal se abriese, solo quedaría la muerte.

Solo la muerte.

En la tenue luz de mi consciencia cada vez más borrosa, estiré la mano para tocar la manga de la túnica de Nina. No podía ver, pero sí sentir. ¿Estaba su mano tocando la mía? ¡Sí! Pero no podía aferrarme a ella, ni ella a mí. Nuestros dedos soltaron su agarre. No tardaríamos en perder la cordura. Sujeté la tela de su túnica en mi mano, pero esta también se alejó de mí. Se ha ido. Y yo también.

Nina no pronunció sonido alguno. El silencio era aún peor, así que la llamé una y otra vez.

—¡Nina!

No hubo respuesta; solo un torbellino mayor que cualquier tormenta terrestre. Y el rugido de Yuyu. Mi visión se redujo a un estrecho túnel en el que me acompañaba el rostro de Balthazarr, enorme y triunfante, victorioso. Abrió su expresiva boca y el nudo que oprimía mi cuello se aflojó, permitiendo el flujo de sangre hacia mi necesitado cerebro. Me esforcé por ver lo que ocurría frente a mí. Balthazarr giraba sus brazos con fuerza, atacando a la nada. De pronto percibí un movimiento rápido. Una mujer alta, que yo conocía.

Nina se apartó de él y él se agarró el cuello. Los zarcillos que ondeaban a su alrededor se evaporaron. La empuñadura del estilete *frossolone* de Nina sobresalía de la capucha de su túnica. Le había apuñalado por el costado, penetrando su carne y sus huesos. La delgada hoja había seccionado su médula espinal. Con los hilos cortados, el español se desplomó y su cara se transformó en una máscara de incredulidad absoluta.

¿Pero qué ocurriría con ella? ¿Sería demasiado tarde? Una repentina esperanza de sobrevivir inundó mi corazón.

—¡Nina! —Mis palabras se perdieron entre el rugido constante.

¡El vacío se había detenido en el umbral! La Puerta estaba abierta de par en par. Era, y es, imposible de describir. Llamémoslo «dilatación entre dimensiones», una fractura en el velo entre nuestra realidad y una otredad. Un portal evanescente que comenzó a cerrarse, a sellarse como una herida cósmica coagulada de estrellas; lleno de ellas. Forcé cada una de las fibras de mis músculos para alcanzarla y ella dio un paso hacia mí, pero un poderoso embudo de aire succionaba todo hacia sí; una inhalación cósmica que lo arrastraba todo hacia el Portal y hacia la inmensa oscuridad que se cernía sobre el umbral de los universos. Balthazarr cayó, rotando sobre sí mismo hacia la grieta evanescente, y Nina observó cómo se alejaba. Me había salvado. Extendió la mano para que la tomase.

—Ahora, Alden.

El miedo se había apoderado de mí, me controlaba, obligándome a pensar en el Portal y en lo que se escondía tras ella: un abismo ilimitado. Un vacío infinito. Así que me avergüenza decir que dudé. Solo durante una fracción de segundo, nada más; antes de dar una zancada hacia ella.

Pero ya era demasiado tarde. Había tardado demasiado y vi como el Portal se la tragaba antes de cerrarse.

• • •

De vuelta en el salón de baile, todo era un caos. La sala estaba a oscuras y gateé por el suelo sobre cuerpos sin vida y moribundos. Las velas se habían caído y la mayoría de ellas se habían extinguido solas, aunque no todas. Encontré las puertas. Cerradas. Traté de romper los candados con mis propios puños, pero era demasiado débil y mis manos, demasiado blandas. Mi vista comenzaba a fallar. Me volví hacia el abismo del salón, hacia los gemidos de los heridos y los galimatías nerviosos de aquellos que se habían vuelto completamente locos al presenciar aquello. Allí, busqué a tientas un aplique de hierro y arranqué la vela ardiente que portaba para lanzarla contra la pared. Con ayuda del candelabro, rompí el cerrojo y las puertas se abrieron de par en par.

—¡Alden! ¿Eres tú?

Calvin me atrapó en el momento en el que caía hacia delante. A mis espaldas, la pared contra la que había lanzado la vela comenzó a arder, y una cortina de llamas se elevó.

—Tenemos que salir de aquí ahora —dijo.

—Nina.

—¿Dónde está?

Me levantó de un tirón y yo me lancé de nuevo hacia el salón de

baile, gritando su nombre entre el humo espeso y tóxico. El fuego consumió el Portal de Plata y a todos los que permanecían dentro del infierno.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Van Nortwick posó su lápiz y se masajeó la mano cansada. Tomó la última botella de *ginger ale* y la inclinó sobre sus labios, pero se encontró con que estaba vacía.

—Menuda historia, señor Oakes.

Iba a escribirla. Redactaría el artículo, pero no estaba seguro de hasta qué punto se la creía.

—Nos hemos quedado sin cigarrillos, Andy. Creo que eso significa que es hora de dejarlo.

El pintor se apoyó contra la cómoda. Hacía horas que se había levantado del sofá, quejándose de que la pierna mala se le había agarrotado. Caminó de un lado para otro alrededor de la habitación del hotel mientras hablaba, tomando asiento en la cornisa de la ventana o apoyándose en algún mueble, como hacía en aquel momento.

—Nunca me dijo lo que le ocurrió a su pierna —dijo Van Nortwick.

—El techo se derrumbó. No en el salón de baile, sino en el vestíbulo. Me golpeó una viga y pensé que ese sería el fin, pero conseguí escabullirme. En el hospital dijeron que se trataba de una fractura, aunque salí de allí cojeando. Fue entonces cuando el bombero me abordó. Mi chaqueta estaba en llamas. Esto ya te lo he contado y no quiero empezar a repetirme. De todas formas, estoy curado; mi cuerpo lo está.

El periodista volvió a coger el lápiz y dio unos golpecitos en su libreta.

—¿Preston Fairmont y Minnie Devane…? —El lápiz de Van Nortwick revoloteó sobre el papel.

—Estuvieron viajando durante un tiempo y me enviaron postales de todo el mundo. Preston se sentía culpable por haber abandonado la ciudad, pero necesitaba escapar. Se salvó a sí mismo, y a Minnie. No le culpo. —Alden se separó de la cómoda y caminó hacia la ventana—. Leí en el periódico que su padre había muerto. No me imagino la presión que estará sintiendo ahora mismo.

La lluvia gris caía incesantemente.

—Bueno, gracias por su tiempo. Me ha dado mucha información que procesar.

Alden se volvió hacia él con una débil sonrisa.

—Cree que me lo he inventado.

Van Nortwick se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí juzgarlo. Yo solo recopilo los hechos y los escribo en columnas ordenadas tal y como mi editor lo quiere. Ahora les toca a nuestros lectores decidir qué opinan.

Alden asintió.

—¿Te importaría probar un experimento?

El periodista hizo una pausa, sopesando la oferta.

—En beneficio de tus lectores, por supuesto. Será fácil —dijo Alden.

—Claro, señor Oakes. Ha sido generoso conmigo, no hay problema.

El artista volvió a mirar por la ventana y entonces, como si hubiese tomado una decisión, giró sobre sí mismo y se colocó frente al único espejo de la habitación.

—Ven conmigo, Andy. Colócate detrás, junto a mi hombro, y mira el espejo.

No sin escepticismo, Van Nortwick se levantó y se situó junto a Alden frente al cristal.

—¿Así? —preguntó.

—Perfecto —respondió Alden—. Ahora concéntrate en nuestro reflejo.

Van Nortwick hizo todo lo posible por centrar su atención en la habitación duplicada en el espejo. Tras un largo minuto, Alden fijó la mirada en la suya.

—¿Y bien? ¿Has visto algo? Aparte de nosotros.

Van Nortwick clavó los ojos con fuerza en el reflejo, y entonces, negando con la cabeza, se hizo a un lado.

—Lo siento, señor Oakes —respondió.

—No pasa nada, al menos lo has intentado. Buena suerte con tu historia.

Alden comenzó a empaquetar su ginebra, la coctelera y los vasos dentro de la maleta de cocodrilo roja. Una vez hubo acabado, sacó su colgante y Van Nortwick pudo ver que de él colgaban dos llaves. Alden cerró la maleta y el periodista se preparó para irse. Ya en la puerta, se dijeron adiós.

—Diviértase en la gala —dijo Van Nortwick, saliendo de la habitación.

Se estrecharon la mano y el periodista se sobresaltó por unos segundos al tocar su piel áspera por las cicatrices. ¿Cómo se habría quemado? ¿En algún tipo de accidente? «Quizás fuera una lesión autoinfligida», pensó. «Probablemente tuviera que ver con el incendio del hotel. Tenía suerte de haber sobrevivido». Alden le sonrió

débilmente al tiempo que cerraba la puerta.

• • •

Diviértase en la gala. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Van Nortwick se reprendió mientras bajaba en el ascensor junto al extraño y viejo ascensorista vestido como el mono de un organillero. Puede que Alden Oakes estuviera tan loco como decía la gente, pero, tras una tragedia como la del incendio del Portal de Plata, ¿quién no estaría traumatizado? No necesitaba que nadie le desease que lo pasara bien reviviendo aquella experiencia. Estúpido.

Van Nortwick se quedó merodeando por el vestíbulo. No es que Oakes le hubiera dado poco material para escribir una buena historia. Todo lo contrario: le había dado demasiado. ¿Cómo iba a convertir toda aquella charla en un pequeño reportaje ingenioso? Compró un par de cigarrillos en el quiosco del hotel. Estaba observando la lluvia, esperando que amainara para así no acabar completamente empapado para cuando volviese a las oficinas del *Arkham Advertiser* cuando vio a Alden saliendo del ascensor. El artista llevaba una pequeña mochila sobre el hombro e iba directo a la sala de eventos.

Van Nortwick le siguió. Se encaminaba hacia el recién renovado salón de baile, el corazón de la tragedia y la ubicación de la fiesta de esa noche. El periodista esperó a acabar su cigarro para luego aplastar la colilla en un cenicero vertical antes de entrar. La sala estaba prácticamente a oscuras. Buscó al pintor, pero no vio ni rastro de él.

—Por aquí —dijo Alden.

El pintor estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas en una esquina alejada de la enorme estancia. Su bolsa estaba abierta y tenía un pequeño despliegue de botes de pintura y pinceles frente a él. Estaba pintando la pared, y el contorno de la imagen tenía tamaño de una persona.

—Empieza por abajo y ve trabajando hacia arriba. Así es como yo lo hago. —Alden esbozó una sonrisa.

—Algunos lo considerarían vandalismo —dijo Van Nortwick.

—Todo el mundo es un crítico. Aunque tienes razón en una cosa: a nadie le hará ninguna gracia si me pillan haciendo esto. Pero seré rápido, he estado practicando. —Se incorporó hasta quedar agachado y luego se levantó sobre sus rodillas. Sus pinceladas eran rápidas y seguras. Estaba pintando una persona.

—Es una mujer.

—Es Nina —explicó Alden.

—¿*Retrato de una dama*?

—*Retrato de una dama en otra dimensión*. ¿Podrías pasarme el rojo,

por favor?

Van Nortwick le tendió la pintura.

—Y ese pincel de ahí. No te preocupes, no eres mi cómplice. Yo asumiré toda la responsabilidad.

—Supongo que un original de Alden Oakes vale una fortuna hoy en día.

—El hotel no podría permitirse contratarme. —Alden estaba de pie, inclinado hacia delante. Ya casi había terminado el retrato de la mujer, de Nina. Era dinámico, estilizado. No llevaba una túnica, sino un vestido rojo, y su cabeza estaba ladeada ligeramente, con la barbilla alzada y el rastro de una sonrisa de complicidad apenas perceptible en sus labios—. Veo a Balthazarr en los reflejos, pero no está solo. Nina también está ahí. No sé si son conscientes de la presencia del otro siquiera porque nunca interactúan. Creo que sus figuras espectrales son como una doble exposición, dos imágenes que se superponen combinadas en la misma fotografía. He estudiado las imágenes, los cuadros de Balthazarr y otros que, durante mis investigaciones, he descubierto que guardan relación con sus rituales. Los he pintado una y otra vez. ¿Y sabes qué? Hay más formas de abrir una puerta además de la de Balthazarr.

Van Nortwick no veía nada, al igual que cuando había intentado fijar la vista en el espejo junto a Alden, pero no iba a interferir.

—¿Por qué llevaba el estilete consigo si era una creyente y seguidora de Balthazarr? Piénsalo, Andy. —Alden dio las últimas pinceladas a su retrato—. Aún era mi Nina. No sé quién se la llevó la noche que fui a la despedida de Preston, puede que fueran los colonos, o quizás el propio Juan Hugo. Si Nina tenía razón, podía proyectarse en dos sitios a la vez. Pero ahora eso no importa. Lo pasado, pasado está, dicen; aunque no sé si estoy del todo de acuerdo con ello.

—¿Quieres traerla de vuelta?

—No exactamente. Será mejor que te apartes, no puedo predecir todo lo que ocurrirá a partir de ahora.

Andy comenzó a alejarse hacia el lugar que le había indicado el pintor.

—¡Espera! Se me olvidaba algo. —Alden se desabrochó el colgante que rodeaba su cuello—. La dorada abre mi maleta de ginebra. Es tuya. Esta es mi llave de la habitación, para que puedas recogerla luego. —Sacó la llave del hotel de su bolsillo y Van Nortwick miró el par de llaves del colgante.

—¿Y para qué sirve esta otra llave?

—Aléjate un poco más. Más lejos. Ahí, con eso debería bastar — Alden empujó sus materiales, alejándolos del retrato, y luego miró a

Van Nortwick—. Fallé a Nina. Cuando el Portal la atrajo hacia sí, dudé. Me faltó valor. —Esbozó una sonrisa demacrada pero resuelta, marcada por la tristeza. Luego hurgó en su bolso y sacó un par de gruesos grilletes de hierro.

—Los grilletes de Houdini —dijo Van Nortwick.

¿En qué estaría pensando el artista? ¿Sería algún truco de magia diseñado por él? Esperaba que el resultado no fuera demasiado incómodo, o triste. Eso sería aún peor: observar cómo una frágil mente se desmoronaba frente a ti. Si eso ocurría, Van Nortwick decidió en ese mismo momento que no lo incluiría en su historia. Pero Alden ya no le prestaba atención. Estaba recitando palabras en un extraño idioma gutural, cantando en una cadencia improvisada. Van Nortwick estaba demasiado lejos para distinguir frases exactas, pero no tendrían ningún sentido para él.

La pared.

El retrato de Nina palpitó, y entonces brilló y ondeó como la superficie de un lago bañado por el sol. Van Nortwick dejó caer el colgante en el suelo, boquiabierto como un pez tirado en el muelle. ¡Era realmente sobrenatural! Se sentía extremadamente entusiasmado y aterrado al mismo tiempo. Si esto estaba ocurriendo, ¿significaba eso que el resto de la historia de Alden Oakes era verdad? ¿Podría ser rigurosa en cada detalle? La mente de Van Nortwick se había quedado atónita. Estaba anonadado. El mundo no era como él creía, era más tenebroso y oscuro y albergaba mucho más de lo que pensaba.

Nina Tarrington extendió el brazo hacia Alden, que esta vez no estaba dispuesto a dejar que el miedo se apoderase de él. Rodeó la muñeca de Nina con uno de los grilletes y cerró el otro sobre su propia muñeca. Alden respiró hondo y ambos cruzaron el umbral, desapareciendo juntos para siempre a través del Portal.

AGRADECIMIENTOS

De Aconyte, me gustaría agradecer a Marc Gascoigne, mi excelentísimo editor, la oportunidad de trabajar en esta apasionante y gratificante aventura. Estoy especialmente en deuda con mi editora, Lottie LlewelynWells, por su perspicacia, sus brillantes ideas y su total claridad en todos los aspectos. Y gracias a todo el talentoso equipo de Aconyte por su dedicación, trabajo y apoyo.

Gracias a Asmodee Entertainment, Fantasy Flight Games y *Arkham Horror* por este mundo.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi mujer, Lisa, y a mis hijos, Emma y Quinn. Sin su amor, este libro no existiría.

Nota

* Hay un pequeño ritmo, ritmo, ritmo
Que resuena en mi cerebro;
Es tan persistente
Que no tardará en llegar al día
en que me vuelva loco… (*N. de la t.*)

El último ritual

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The last ritual*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos. Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books
Ilustración de la cubierta: John Coulthart

Traducción de Laura Vázquez
Edición revisada por: Eduard Roca

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotaruro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2022

ISBN: 978-84-450-1264-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!